

PALESTINA

Daniel Jadue

CRÓNICA
de un ASEDIO

PALESTINA: CRÓNICA DE UN ASEDIO, acompañada de materiales documentales *Para saber más: breve pasaje por la Historia desde Palestina*, es una obra singular e inusual en varias de sus facetas y atributos.

Innovadora, es una hibridación de la crónica de viajes —tanto real, material, como interior, de introspección y búsqueda del Yo— con las emociones de la mejor literatura a lo Chatwin, y de la reflexión socio-política de alto rigor en su independencia basada en el materialismo dialéctico de los pensadores radicales en esta línea, de Hegel a Adorno *et al.* Dos mundos donde la emoción espontánea y la razón dialéctica suelen ofrecer paradojas.

Luego de años de soñar con visitar la tierra de sus padres y abuelos, el autor se embarca en una travesía que lo llevará a conocer de manera directa y dramática la realidad inmediata y cotidiana que vive el pueblo palestino bajo la ocupación militar israelí. Todo un relato personal de hechos reales.

El reencuentro con seres queridos, el encuentro entre las culturas, los lugares sagrados, el muro de la vergüenza, las diferencias sociales y las contradicciones entre los distintos componentes del pueblo palestino, la demolición de viviendas, las manifestaciones de resistencia no violenta, las detenciones arbitrarias y preventivas, los controles y obstáculos al libre desplazamiento de las personas, la violencia innecesaria, injustificable y desproporcionada, las identidades asesinas y los fundamentalismos religiosos, el terrorismo de Estado, la impunidad y la complicidad de una comunidad internacional que deja hacer... nos trasladan hasta el lugar de los sucesos para transmitir una realidad que parece distante, oculta por los medios de comunicación de masas en general. Y al mismo tiempo conduce luego y en especial en el capítulo "Otro regreso" a un análisis y reflexiones insobornables en su rigor y que son además propositivas: un aporte a la superación del actual estado del conflicto en Medio Oriente, invitando a construir una nueva solución con identidad laica, democrática, multinacional y multicultural.

Palestina: crónica de un asedio



Palestina: crónica de un asedio

Para saber más:

Breve pasaje por la Historia desde Palestina

Daniel Jadue Jadue

inmaterialmedia

Palestina: crónica de un asedio.

Para saber más:

Breve pasaje por la Historia desde Palestina

Texto e imagen de
Daniel Jadue Jadue

Editores
Raul Rispa, Valeria Varas

Co-editor
Giorgio Varas
Equipo editorial Elisabetta Domènech, Alessia Guerzoni,
Pilar Marín Villasante, Paco Márquez, Paul Harsh
Iconografía adicional documenta artes y ciencias visuales

© **inmaterialmedia s.l.** Santiago de Chile 2014
documenta artsDiffusion s.l. madrid modena santiago, con
documenta artes y ciencias visuales, s.l. madrid modena
santiago 2013, 2014, de la edición.

© Daniel Jadue Jadue Recoleta, Santiago de Chile 2009-2014
de sus textos y fotografías originales

ISBN Chile 978-956-9427-03-9

ISBN España 978-84-96130-66-1

D.L. - M-36732-2013

Imprime y encuaderna Salesianos Impresores S.A. Santiago de Chile

Printed in Chile

Sumario

CRÓNICA DE UN ASEDIO

Liminares	9
Un sueño hecho realidad	13
El primer contacto con la ocupación	27
Por fin Palestina	43
Beit Lehem: capital mundial de la Cristiandad	59
El muro de la vergüenza	81
La justicia comunitaria	95
Ramala o la capital de la paz económica	105
El lugar en la Tierra más cercano al Infierno	115
Libre para seguir luchando por la Libertad	121
La demolición de casas	133
Beit Jala, la ciudad de mis abuelos	139
La resistencia no violenta. David y Goliath	149
Al Jalil y Jerusalén	161
La última cena	175
Otro regreso	181

PARA SABER MÁS

Breve pasaje por la Historia desde Palestina	202
Colofón	224

A mi hija Nur
y a todos y todas
quienes me acompañan
en este relato...

A mi vida
y a todos y todas
que me acompañan
en este viaje...

Liminares

Había esperado toda mi vida una llamada como aquella. Corría el día dieciocho del mes de octubre del año dos mil nueve. El reloj marcaba unos minutos pasadas las diez. Hacía algo de calor y desde mi ventana se veía el ajetreo característico de una zona comercial en día de semana. La gente corría de un lado a otro sin levantar la vista. Todos parecían estresados.

Estaba en la oficina en la que trabajaba como gerente de operaciones de una consultora dedicada a la arquitectura, la planificación urbana y comunal, y la gestión de calidad aplicada a las instituciones del Estado. Era socio de la empresa, pero para mí, hacía rato que no representaba lo que deseaba para mi vida.

Desde mi juventud, le había dedicado muchas, pero muchas horas, a la defensa de la causa que casi todos los descendientes de palestinos abrazamos a temprana edad, no importa donde nazcamos, ni donde crezcamos, ni cual sea la vida que nos depara nuestra condición social.

A pesar de las ganas, ninguno de nosotros llega a integrarse de verdad en las filas de la lucha de liberación nacional y aunque la mayoría suele jactarse de ser activistas, e incluso de ser o haber sido miembros de la OLP. Solo unos pocos se dedican, de verdad, a realizar un aporte significativo a la materialización los derechos nacionales inalienables del pueblo palestino, que incluyen el retorno, la autodeterminación y el establecimiento de un Estado independiente en Palestina.

El resto se contenta con decir que son palestinos. Con lucir una *batta* —o *kuffiya*, pañuelo tradicional árabe— de vez en cuando; comer comida árabe los fines de semana; escuchar, y en el mejor de los casos, bailar música árabe; decir un par de garabatos en el idioma de nuestros abuelos para distinguirse y ganar posiciones en la lucha por la construcción de una identidad que te permita dar rienda suelta a las pretensiones de validez social que todos desarrollamos, con más o menos suerte, al llegar a la adolescencia.

Contados con los dedos de una mano son los que abrazan el conocimiento de la historia, la cultura y la situación actual del pueblo palestino. Aún menos son los que se comprometen de verdad, como una de las formas de afirmar su identidad. Dos o tres llegan a luchar, incluso, por destacarse en los ámbitos de acción donde se desarrollan, como una forma de demostrarle al mundo que los palestinos tenemos derecho a decidir por nosotros mismos; a tener nuestro Estado; y a vivir según nuestras propias creencias y opciones de desarrollo.

A estos últimos, si persisten, les está guardado un espacio real en esta causa, que por ser justa, es de carácter universal y trasciende a todas las creencias, nacionalidades y sensibilidades, aglutinando a muchos hombres y mujeres de todos los países que sueñan con un mundo donde la igualdad, la libertad, la fraternidad y la solidaridad se conviertan en mínimo común denominador del pensamiento y la cultura universal.

La llamada de esa mañana me ofrecía la posibilidad de convertirme en uno de esos otros hombres capaces de ayudar a superar los trágicos momentos que la historia, a veces, les depara a los pueblos. No podía estar más feliz.

Luego de diez y seis años de estériles y mal llamadas negociaciones de paz, la Oficina para las Negociaciones de la OLP Organización para la Liberación de Palestina había llegado a la conclusión de que la diáspora debía jugar un rol mucho más importante en la construcción del Estado palestino y que este rol debía colaborar en dar respuesta a tres necesidades básicas de la causa palestina.

La primera era la difusión hacia las sociedades en que viven de la realidad del pueblo palestino, de su causa, de su historia y de su cultura, como una forma de combatir la lente deformante de las cruzadas con que todavía algunos occidentales pretenden mirar los acontecimientos de Medio Oriente. La segunda, presionar a la comunidad internacional para que abandone la complicidad evidente que mantiene con la ocupación israelí, por una parte, a través de su silencio y a través de los procesos de normalización con el Estado de Israel, por otra, lo cual ha logrado convencer a los líderes de Israel que, no importa lo que hagan, el mundo jamás los castigará. La tercera y última, la aportación a la construcción de capacidades para la construcción del Estado Nacional.

Todo lo anterior podía lograrse, en la medida que los descendientes de palestinos tomaran conciencia del papel que se esperaba que jugaran, tanto en los países donde son ciudadanos como en Palestina misma, cuando fuese necesario.

En ese contexto, la Oficina para las Negociaciones, encabezada por Saeb Erekat, había llegado a la conclusión de que era necesario conocer, unir y organizar a la diáspora, en una especie de nación virtual, alojada en una red social capaz de, aprovechando las nuevas tecnologías de la información, coordinar a los palestinos del mundo entero para globalizar la lucha por sus derechos como tales.

Para que el proceso fuera exitoso y contara con la mirada estratégica que requería, debía estar acompañado de una elaboración desde las bases, lo que solo podía lograrse a través de un proceso capaz de aglutinar al núcleo duro de los descendientes reconocidos por su mayor nivel de compromiso, con todo el cúmulo de diversidad social y cultural que ello implicaría.

Para el puntapié inicial se había prediseñado la idea de un Congreso Fundacional de la Red Palestina Mundial, con la idea de poner a la diáspora en la senda de esta vital iniciativa. Para hacerlo realidad, deberíamos buscar a miembros activos de las comunidades, de la mayor cantidad de países posible, capaces de ayudar en la organización de este evento a realizar en Palestina a la mayor brevedad posible.

Corrían tiempos difíciles para las negociaciones y la mayoría de los palestinos ya no creían que pudieran rendir fruto alguno. Mucho menos, después del asesinato, a manos de un terrorista israelí, del Primer Ministro Isaac Rabin, el cuatro de noviembre de mil novecientos noventa y cinco y la consiguiente llegada al poder de la extrema derecha israelí, representada por el partido Likud de Benjamin Netanyahu.

A partir de entonces, los israelíes, de manera unilateral y silenciosa, dieron por terminado el proceso y comenzaron a violar sistemáticamente los acuerdos que le servían de marco, intensificando la edificación de asentamientos ilegales y aumentando en modo significativo la cantidad de obstáculos a la libertad de movimiento de los palestinos en su propia tierra, mientras insistían en criminalizar la lucha de liberación nacional, como pretexto para un aumento y una radicalización de la represión y el terrorismo de Estado, tan propios de las dictaduras y las ocupaciones extranjeras.

En ese contexto, fui contactado por los responsables internacionales del proyecto. Se me ofreció incorporarme al grupo que tendría la misión de organizar este primer congreso, asumiendo, si aceptaba, la responsabilidad de incorporar al proceso a las colectividades de Latinoamérica y de Caribe.

Las razones que me dieron guardaban relación con mi experiencia política dentro y fuera de la colectividad palestina. Había ingresado a temprana edad a trabajar en la Unión General de Estudiantes Palestinos de Chile y había actuado en numerosas organizaciones en Chile y en el resto de América Latina y el Caribe, antes de cumplir veinte años. Luego, había formado parte del movimiento estudiantil que había luchado contra la Dictadura Pinochetista en Chile. Y desde el año mil novecientos noventa y tres era militante del Partido Comunista de Chile donde incluso había llegado a ser parte de su Comité Central.

A pesar de lo planteado, en mi interior no alojaba duda alguna acerca de que Xavier debía tener algo que ver con la oferta que estaba recibiendo. El era chileno de origen palestino y luego de estudiar Ciencias Políticas, se había trasladado a Palestina a cumplir el sueño de volver a la tierra de sus abuelos. No me atreví a preguntar, ya que por razones de seguridad, la invitación no llegaba desde Palestina sino desde una consultora internacional, ubicada en Inglaterra, contratada por la OLP, para desarrollar la búsqueda de los cuadros necesarios para el desarrollo del proyecto en cuestión.

La información no me dejaba indiferente aunque al comienzo dudé de su veracidad. Solo el intercambio de los documentos oficiales, el envío del contrato y las condiciones entregadas para desarrollar mis responsabilidades me hicieron aceptar. Lo mejor de todo era que, para formalizar mi incorporación al equipo, debía viajar a Palestina, a un primer periodo corto de trabajo sobre el terreno, para afinar el diseño y los detalles de cómo se llevaría a cabo el tremendo desafío que estábamos asumiendo.

Yo no conocía Palestina y siempre había soñado con viajar a la tierra de mis raíces. No había tenido ni tendría muchas oportunidades de hacerlo. Había recorrido gran parte del mundo. Incluso había estado en países que limitaban con la tierra de mis antepasados, pero nunca... nunca había logrado ingresar a ella.

Todo indicaba que había llegado el minuto de hacerlo.

Un sueño hecho realidad

Era sábado veintiocho de noviembre del año dos mil nueve. Hacía exactamente treinta horas que había dado inicio al viaje más esperado de mi vida. Los últimos días en mi país natal habían sido de una ansiedad imposible de explicar con el limitado lenguaje que conozco, pues ninguna de las palabras adquiridas a lo largo de mi vida alcanza para describir la sensación de estar ante la posibilidad real de entrar en la tierra desde donde mis abuelos salieron hace aproximadamente un siglo, buscando mejores horizontes para ellos y los suyos, con la esperanza de volver cuando soplaran mejores vientos para su tierra querida.

Al igual que yo, mi padre soñó toda su vida con regresar a ella, con conocerla, pero no pudo. Falleció el diez de agosto del año dos mil siete, sin jamás llegar a Palestina. La razón de fondo es en realidad, por todos conocida. Hace ya más de 60 años, el sionismo viene transformando paulatina y sistemáticamente, a todos los palestinos y a sus descendientes, en verdaderos extranjeros en su propia tierra y mi padre fue uno de tantos que murieron guardando la llave de la casa de sus padres, llave que ahora me toca custodiar a mí, esperando el momento adecuado para volver.

Llevaba varios días durmiendo muy poco o nada, entre saltos inexplicables que se repetían, a ratos, durante las interminables noches que pasé entre esa llamada y el día del viaje.

La última noche en Santiago recibí en casa a varios de mis mejores amigos de toda la vida, compañeros entrañables de batallas titánicas contra la Dictadura chilena y contra la ocupación en Palestina, además de otros, que habiendo llegado a mi vida solo en los últimos años, se fueron fundiendo en esa hermandad que generan los sueños compartidos, la cultura y la psicología y la historia común.

Conversamos entre risas y un dejo de temor acerca del significado y

los riesgos que representaba la corta pero intensa estadía en Palestina que estaba a punto de vivir. En el aire había una sensación extraña. Algunos de los presentes tenían actitudes de estar viviendo una despedida que, a ratos, parecía definitiva y, por tanto, más desgarradora y triste de lo esperable.

Eran catorce días de viaje, pero parecían como si existiera la posibilidad de que no volviéramos a vernos jamás. La razón de fondo para aquello radicaba en que todos los que ahí estaban sabían que, cuando se viaja a Palestina, nunca se sabía lo que podía pasar. Mucho menos si posees esa condición tan insignificante y a la vez poderosa que, según los israelíes, te permite amenazar la seguridad de uno de los Estados más militarizados y arrogantes del planeta: ser descendiente de palestinos y tener, solo por el hecho de existir, ese derecho inalienable e irrenunciable a retornar a la tierra a la cual tus ancestros y tú, por supuesto, pertenecen por los siglos de los siglos.

Respecto de mi relación con Palestina, la suerte había sido sellada desde el mismo día de mi nacimiento. Además de ser hijo de palestinos por parte de padre y de madre, mis rasgos y mi color de piel hablan por sí solos y de manera absolutamente elocuente de mi lugar de procedencia. Las costumbres con las que crecí, y que se fueron transformando en cultura, también hicieron su parte del trabajo y vinieron a completar una identidad compleja, conformada por un conjunto de partes inconexas que determinarían, cada una por separado y todas juntas en general, todo lo que soy. Como si fuera poco, nací el 28 de junio de 1967, día en que los sionistas, una vez terminada la Guerra de los Seis Días de ese mismo año 1967, anexaron ilegalmente Jerusalén, para convertirla en la capital única, indivisible y eterna, según los sionistas más radicales, del Estado de Israel.

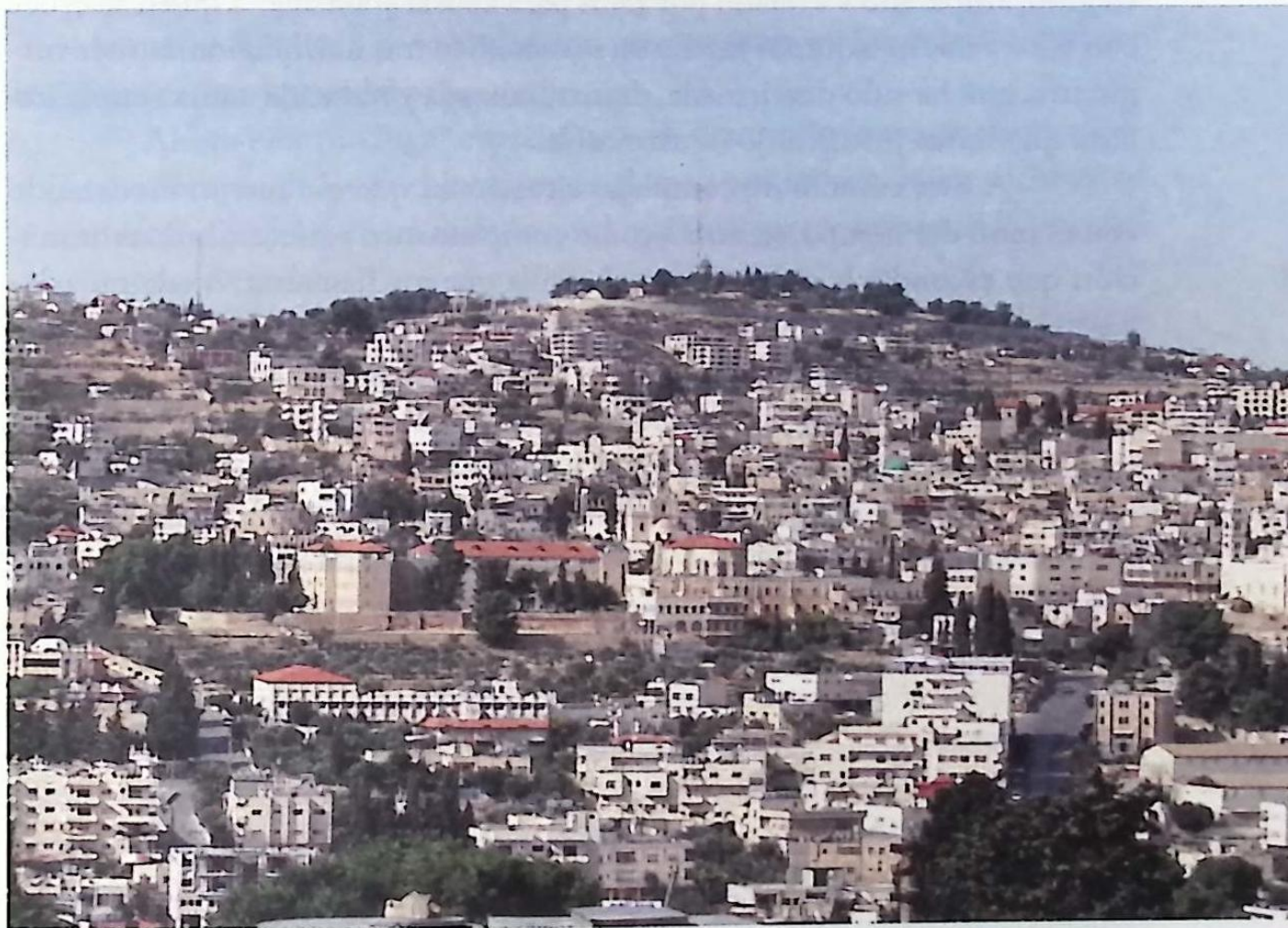
Si creyera en Dios, pensaría que esta última circunstancia que narro fue como un designio divino, pero estoy seguro que no fue más que la última de simples coincidencias de esas que no poseen razón aparente, pero que te marcan de forma indeleble el resto de tus días.

Adquirí, por tanto, una forma de ser que mezclaba la historia y la cultura de un territorio y de un pueblo, lejanos geográficamente, pero presentes, emocionalmente, en cada paso que daba, con una vida cotidiana desarrollada en un lugar al cual todo lo que me rodeaba indicaba que no pertenecía.

Esta contradicción terminó situándome en el difuso e inestable lugar

que ocupan todos los inmigrantes de este mundo. Esos seres que no pertenecen a ningún lugar y pertenecen, al mismo tiempo, a todos los lugares de la Tierra. Aquellos que no tienen raíces profundas en los lugares que habitan y que, por lo mismo, permanecen en todos los lugares, bajo una mirada desconfiada nutrida principalmente del temor a lo desconocido que deriva en una discriminación, a veces franca y abierta, y otras, soterrada e hipócrita.

Para colmo, no hubo jamás un cumpleaños ni una reunión familiar



donde no se hablara de Palestina, de la ocupación militar y del terrorismo de Estado israelí. De las aldeas arrasadas, de la crueldad del ejército ocupante, de las casas demolidas para ampliar caminos o, simplemente, como castigo colectivo para desincentivar la resistencia. No pocas fueron las veces que nos enteramos de casas de familiares que eran confiscadas para ser entregadas a sionistas provenientes de todo el mundo, que venían a reemplazar a los palestinos que habían habitado esa tierra y esas casas por cientos cuando no

miles de años. Hablábamos de los sufrimientos, de las dificultades y las humillaciones que nuestros familiares debían afrontar todos y cada uno de los días de sus vidas; todos y cada uno de los minutos de esos días. De hecho, no pocas celebraciones familiares quedaron en segundo plano, más allá de la normalidad, por alguna noticia acerca del encarcelamiento, la tortura o el asesinato de algún familiar cercano a manos de los agentes todopoderosos del Estado de Israel, que actúan como si de verdad fueran parte de un pueblo elegido, amparado y avalado por Dios para abusar y asesinar a quién se cruce con ellos y sus mezquinos intereses: se esconden tras una religión, la suya originaria, que ha sido desvirtuada, desnaturalizada y reducida a una simple excusa que busca justificar lo injustificable.

A este cúmulo de complejas situaciones que me fueron modelando con el paso del tiempo, se sumó, como complemento perfecto, la discriminación que escondía la palabra "turco" con la que me llamaron, desde mi adolescencia, mis amigos y compañeros del colegio y de la Universidad. Esa simple palabra, dicha algunas veces con cariño y otras con algo de odio y resentimiento, terminó por convencerme de que no era, y que jamás podría ser, completa y totalmente chileno; aunque hubiera nacido en Chile; aunque solo hablara el idioma español que se habla en Chile; aunque en el colegio solo hubiera aprendido su historia, la biografía de sus héroes y las fechas de las batallas más importantes de su proceso de independencia. A pesar de todo ello, nunca llegaría a ser completamente chileno, aunque mi primer y único acercamiento al concepto de patria fuera a través de esa larga y angosta faja de tierra, con vista al Pacífico, a la que tanto amo y debo.

No resulta extraño, entonces, que mi primer acercamiento al trabajo militante, consciente y comprometido fuera en torno a la cuestión de Palestina. Como tampoco es extraño que ese proceso, de enseñanza/aprendizaje, que me llevó por el camino del compromiso político de izquierda, me llevara de vuelta a Chile, mi país natal y me hiciera abrazar, a temprana edad, la causa de la restitución de la Democracia, la defensa de los Derechos Humanos y la libertad en el Chile de Pinochet.

Y cómo no, si la realidad que vivían a diario los palestinos y el pueblo de Chile me hablaba de enemigos comunes, de ideologías comunes, de violaciones a los derechos humanos, también comunes, y del mismo egoísmo de unos pocos que se sienten con el derecho a vivir y a disfrutar de todo lo que

la tierra puede ofrecer a costa de que las grandes mayorías, de todos los pueblos del planeta, estén privadas de aquello que los primeros gozan y desean exclusivamente para ellos y por lo cual están dispuestos a matar, incluso a sus propios hermanos, como Caín a Abel, cuando algo se interpone entre ellos y su hedonismo sin límite.

Así entonces, el compromiso político de alcance universal fue la primera, de varias consecuencias lógicas, de asumir mi condición de descendiente de palestinos, lo que conllevaba el desarrollo de una conciencia de clase y de pueblo que se fundió, a poco andar, con un compromiso inquebrantable con todas las causas justas del orbe.

Ahora bien, un lugar especial en este desarrollo lo ocuparían los derechos colectivos de los pueblos que aún claman por reconocimiento, libertad y autodeterminación, en un mundo en el que solo parece importar la libertad de comprar y vender.

Mi compleja identidad, entonces, fue el resultado de comenzar a estudiar e involucrarme en un conflicto contemporáneo que hunde sus raíces en el inicio de los tiempos en la Prehistoria, que atraviesa toda la Historia de la Humanidad y compromete, de una u otra manera, a gran parte de los pueblos del mundo contemporáneo: es que Palestina ha jugado, desde siempre, un rol de primera importancia en el desarrollo histórico de la humanidad, razón por la cual despierta tantas y tan profundas pasiones y concentra, a pesar de su insignificante tamaño geográfico, la más grande red de interés de la que se tenga memoria en la Historia.

Abordé el avión a las once horas con cincuenta y cinco minutos del día jueves veintisiete de noviembre. Justo antes de la media noche. Yo había viajado en innumerables ocasiones y había recorrido, como dije, un importante número de países y culturas, pero este viaje nada tenía que ver con los anteriores, pues tenía algunos ingredientes que jamás otro podía haber tenido. Quizá la única excepción eran los viajes en que visité a mi hija, durante los años que estuvo viviendo en París, alejada de mí, mientras acompañaba a su madre quien cursaba un doctorado en Psicoanálisis.

Era una sensación similar. No llevaba solo la alegría de visitar aquello que se ama y se extraña como lo que más. Llevaba, además, un nivel de ansiedad y tensión sin precedentes. Mi corazón no dejó de latir con una fuerza tan inusual como aterradora en todo el viaje, como si un ataque cardíaco hu-

biese estado acechando cada minuto de esa larga e interminable jornada.

Para sobrellevarlo me hice acompañar, como siempre, de un par de buenos libros. El primero de ellos era el primer tomo de las *Memorias de la Izquierda Chilena*, escrito por Jorge Arrate, por entonces candidato en la Presidencia de la República por la izquierda chilena. El segundo lo escogí sólo por lo sugerente de su nombre y la relación que podía establecerse con el motivo principal de este viaje: *La Inmortalidad* de Milan Kundera. En el viaje de ida me propuse terminar el primero de ellos y, a pesar de que me devoré sus páginas que cuentan, de manera ágil pero documentada, la historia de la izquierda chilena, gran parte del tiempo estuve entregado totalmente a la meditación y a la ansiedad que me colmaban, con una serie de cuestionamientos que me llenaban la cabeza.

Podría pasar o me deportarían como a otros descendientes de palestinos que han tratado, sin éxito, de entrar en Palestina. Pensaba, sin cesar, en el convenio de libre migración que desde los tiempos de la Dictadura, Chile poseía con Israel, cuando junto a la Sudáfrica del *Apartheid*, constituían el triunvirato más condenado en el mundo por violaciones a los derechos humanos. Pensaba en cómo sería atravesar el puente entre Jordania y los territorios ocupados, conocido como el Puente del Rey Hussein, en Jordania y llamado puente Allenby por las autoridades de la ocupación. Me preguntaba si el paisaje sería el mismo que he visto cientos de veces en las miles de fotos traídas por otros que han realizado este mismo viaje antes que yo. Intentaba, en vano, preparar las respuestas a cada una de las preguntas que sabía harían en el puesto de control fronterizo que la potencia ocupante posee una vez cruzado el puente. ¿Cuál es el motivo de su viaje?, ¿Viene por sus propios medios?, ¿Conoce a alguien en Israel?, ¿Tiene familiares?, ¿Qué lugares visitará?, ¿Cuántos días se quedará?, ¿Dónde se quedará? Tenía la certeza de que ellos poseían toda la información necesaria acerca de mí, de mi historia y de mis actividades en contra de Israel y su política de exterminio físico y político del pueblo palestino. No podía dejar de pensar en ese informe que alguna vez llegó a mis manos, realizado por la Juventud Sionista de Chile, donde aparecía como uno de los más peligrosos y dañinos activistas contra el Estado de Israel. No podía dejar de pensar en esos días de dictadura militar en donde fui detenido debido a la bomba que estalló en la casa del embajador de Estados Unidos en Santiago, pocos días después de que Estados Unidos bombardeara

Libia y asesinara a la hija, de dos años de edad, del entonces líder libio, Muamar el Gadafi, que en esos tiempos era parte del grupo de oficiales jóvenes que habían intentado, sin éxito, llevar al mundo árabe por la senda de la emancipación y la libertad, pero que habían terminado construyendo crueles dictaduras que nada tenían que envidiarle a las monarquías absolutas precedentes a las que habían derrocado.

Pasaban por mi cabeza todas y cada una de las manifestaciones en las afueras de la Embajada de Israel en Chile realizadas en los últimos treinta años, con la certeza de haber participado en todas o en casi todas ellas, salvo en las que por motivos de salud o por estar fuera del país, me había resultado imposible. Recordaba las cámaras de video que, en cada una de ellas sin excepción, aparecían por la ventana de ese quinto piso del edificio ubicado en calle San Sebastián 2812, con el objetivo de filmar a todos y cada uno de los participantes, seguramente para intimidarlos y hacerlos desistir de seguir hostigando al impune estado sionista.

Fue una larga noche en la que lo cual, lo que menos hice fue dormir, alternando entre la lectura, los recuerdos, las dudas y los preparativos para enfrentar lo que sabía que venía.

Aterricé en Madrid a las siete de la mañana del veintiocho de noviembre y pude disfrutar una vez más de la eficiencia y la eficacia de uno de los terminales aéreos más modernos y amables del mundo. Durante la espera en Madrid, que duró ocho horas, entré a una de las tiendas del aeropuerto donde vendían libros; hojeando en las novedades me encontré con *Caín*, que en ese minuto era el último libro de José Saramago, uno de los autores que más admiro y que con mayor gusto he leído en mi vida. Recordé la crítica literaria que había visto y algunas de las reclamaciones que muchos religiosos habían emitido en virtud de la parodia que, en ese libro, el autor hace de algunos de los parajes del Antiguo Testamento y me pareció que podía ser una excelente compañía para matar el tiempo cuando los israelíes me retuvieran, seguramente durante horas, antes de entrar en Palestina.

Lo compré y lo dejé en el bolso de mano que llevaba conmigo, seguro de que llegaría el momento exacto para tomarlo y relajarme un poco leyendo una herejía acerca de las Escrituras Sagradas, en nombre de las cuales se ha asesinado tanto y tanto daño se le ha hecho a la especie humana, a lo largo de toda su historia. No pude evitar recordar *El Evangelio Según Jesucristo*, del

mismo autor, que había leído un par de años atrás y que me permitía imaginarme lo grato que sería contar con un libro como este en un minuto como el que me aprestaba a vivir.

Mientras esperaba, casi terminé el libro de Arrate y solo el llamado al avión que debía abordar logró sacarme de su esclavizante dinámica.

Como de costumbre, esperé sentado frente a la puerta a que ingresaran todos los pasajeros del avión. Nunca entenderé a aquellos que son capaces de mantenerse parados, por decenas de minutos u horas, a veces, para asegurarse de entrar ellos primeros. Siempre me ha parecido una actitud muy propia de los hijos del modelo capitalista que tanto detesto y que trato de superar mediante las peleas que escojo. Competitivos, asegurados, egoístas y con los deseos irrefrenables de ser siempre los primeros.

Al abordar el avión de la Aerolínea Real Jordana una sensación extraña me sacudió. De todas las veces que había embarcado en un avión, jamás, salvo al llegar a Siria, veinte años antes, me había sentido más cómodo. Todas las caras me eran familiares, a pesar de no conocer a nadie. Era como estar viajando con varios de los chilenos de origen palestino que habitan en mi país natal. Cada una de sus caras me recordaba a alguien de mi familia o a algún amigo de la colectividad y sus modales. El comportamiento de todos los que ahí estaban, la ausencia de reglas claras y del estricto orden que caracteriza a las líneas aéreas de lo que muchos insisten en llamar Occidente, sumado a la familiaridad en el trato, me terminó por convencer que en efecto, me estaba acercando al mundo árabe y a Palestina.

El viaje se me hizo más corto de lo normal. Terminé el libro de Arrate a poco de haber despegado. Cabeceé un poco debido al cansancio acumulado y las tensiones reprimidas; y conversé con dos hombres palestinos que venían de Europa, volviendo a Jordania, donde vivían desde mil novecientos cuarenta y ocho. Antes de que pudiera volver a pensar en lo que estaba viviendo, una voz en inglés —con ese acento árabe tan característico de las películas hechas en Hollywood— interrumpió el murmullo incesante para informar que estábamos iniciando el descenso y solicitar que volviéramos a nuestros asientos y abrocháramos los cinturones de seguridad.

Al aterrizar, lo primero que llama la atención es el Aeropuerto Internacional Queen Alia, que impresiona por su modernidad y belleza. Está situado en el área de Zizya, a 32 kilómetros al sur de Ammán, y dispone de

tres terminales, dos de pasajeros y una de carga. Es la base principal de la Línea Aérea Jordana. Fue construido en 1983 y su nombre procede de la reina Alia, la tercera mujer del rey Hussein de Jordania, que murió en un accidente aéreo en 1977. Bajamos y al tocar se me vino a la cabeza esa genuflexión hipócrita de quienes al tocar tierra se arrodillan para besarla: me rei moviendo la cabeza cuando, al mirar hacia mi lado derecho, ví a uno de los que venía en el avión haciendo precisamente eso.

La entrada en Jordania fue algo más tensa de lo esperado. Como había sacado la visa en Chile, siguiendo las recomendaciones de Xavier, no tuve que hacer la fila para obtenerla en el mismo aeropuerto. Me dirigí de inmediato a policía internacional para ingresar oficialmente al país. Fue un trámite corto y sencillo, pero al llegar a buscar mi maleta viví la primera señal de un viaje que, si algo, con seguridad, prometía, eran tensiones al por mayor.

Me acerqué a la correa de distribución para retirar mi maleta y me dí cuenta que ya había dado la vuelta y estaba pronta a volver a pasar a la parte de la cinta que se encontraba detrás del muro. Me acerqué al agujero por donde debía reaparecer y, entre las correas de caucho negro que colgaban de la parte superior del vano por el cual salían las maletas, pude ver que un muchacho de mediana estatura y vestido con una especie de delantal de trabajo, estaba tomando mi maleta y sacándola de la cinta.

Me agaché y mirándolo con una sonrisa, le dije, en inglés, que era mía y le pregunté si había algún problema. Inmediatamente otro de los funcionarios presentes en la sala me hizo una seña para que esperara tranquilo. Ingresó por una puerta ubicada unos metros distantes de mi ubicación y le dijo algo al primero, haciendo señas con la mano para que devolviera mi maleta a la correa. Mi maleta volvió a la cinta y salió por donde yo esperaba, en pocos segundos. Me acerqué a retirarla y comencé a moverme con ella en la mano y, en una fracción de segundo, percibí un ambiente enrarecido y varias caras cuyas miradas se cruzaban, intercambiando gestos, subiendo las cejas y apuntando con los labios hacia donde yo estaba. De un momento a otro, todas las miradas se posaron en mí. La sensación térmica subió en cosa de segundos, cuando percibí un conjunto de lentos movimientos, de tres oficiales, que abandonando la inercia de sus cuerpos apoyados sobre los muros y los muebles en los que se encontraban, comenzaron a caminar en la misma dirección en la que yo me movía, con la clara intención de interceptarme en algún punto que

todavía parecía lejano.

Evidentemente incómodo, bajé la velocidad para forzar el encuentro lo antes posible. Cuando llegué al lugar donde revisan las maletas, antes de entrar formalmente al país, uno de ellos se me acercó y me pidió en árabe que me detuviera, que revisarían mi maleta, que estuviese tranquilo y que era policía de drogas.

Aparenté no entender y en inglés le pregunté si había algún problema y me repitió, también en inglés, las indicaciones que segundos antes me había dicho en árabe. Toda la tranquilidad que me caracteriza se esfumó en cosa de segundos. Recordé, tratando de que mis expresiones no enrarecieran aún más el ambiente, que mi maleta venía sin candado ni cierre alguno, por lo que si alguien hubiese deseado cargarme con drogas, para inculparme, como se dice en mi país, lo podría haber hecho sin ningún problema y sin que yo tuviera oportunidad alguna de darme cuenta ni de alegar inocencia. Lo miré directamente a los ojos y subiendo la maleta al mostrador le dije en inglés que la revisara, que no había ningún problema. Y mientras la abría, fijé los ojos en un afiche institucional del aeropuerto, escrito en árabe y en inglés, que hablaba de la Misión y de la Visión de la organización y sus miembros. En una rápida lectura, guiada por mi cercanía con el tema de la Planificación Estratégica, pude leer que, luego de las frases típicas acerca de la búsqueda de la calidad y de la orientación al cliente, había, en la última parte de cada párrafo, una mención especial a la colaboración que los agentes del Gobierno jordano debían prestar al mantenimiento y el fortalecimiento de la identidad nacional palestina.

Me tranquilicé pensando que, al menos, tenía algo a mi favor. El oficial comenzó a interrogarme mientras metía sus manos en mi maleta sin encontrar nada más que unos regalos que César, padre de Xavier, me había mandado para su hijo. Me pareció estar viviendo una pesadilla, pues las mismas preguntas que yo esperaba de los agentes israelíes, me las estaban haciendo agentes de la seguridad jordana, en una actitud francamente amenazante. Me pidió mi pasaporte y se lo pasó a otro de los agentes ahí presentes, que se alejó caminando con toda parsimonia mientras ojeaba el documento y me miraba, comparando la foto que en él había con mi rostro agotado por el viaje y el estrés. Con su mano derecha abrió una puerta, entró en una oficina y cerró la puerta tras él.

¿Cuál es el motivo de su viaje? Turismo. ¿Conoce a alguien en Jordania? No, a nadie. ¿Vino aquí por sus propios medios? Sí. ¿Qué lugares visitará y cuanto tiempo se quedará? Mientras escuchaba la última pregunta, mis ojos se fijaron en el afiche aquel. Me mantuve una fracción de segundo en silencio para que se notara mi malestar y con la vista fija en el afiche le dije: soy palestino, nací en Chile y es mi primer viaje a la tierra de mis padres. Vengo en búsqueda de mantener mi identidad nacional, no me quedará en Jordania ni un solo día, mañana trataré de entrar a Palestina. ¿Algún problema con eso? ¿Dónde se quedará? En un hotel hasta pasado las nueve de la mañana.

Me miró fijamente y, siguiendo mi mirada, fijó sus ojos en el mismo cartel que yo estaba mirando. Luego de un segundo se volvió hacia mí y me dijo, con una sonrisa llena de cinismo en la cara, bienvenido, mientras el otro agente llegaba con mi pasaporte y una fotocopia del mismo con una serie de anotaciones en árabe. El primer oficial hizo otro par de anotaciones en la fotocopia, me pidió, extendiéndome un tintero, que pusiera mi huella digital en el papel y me dijo que podía marcharme. Cerré la maleta con toda calma, mientras ellos no me quitaban la vista de encima. Luego, sin volver a cruzar la mirada con ninguno de ellos, me dirigí a la cabina de taxis más cercana, mientras varios de los ahí presentes me ofrecían taxis.

Para mayor seguridad, opté por un taxi oficial y luego de pagar en dólares americanos, subí inmediatamente a un auto que se había acercado mientras cancelaba y me esperaba a escasos metros de la entrada. Me quedé con la sensación de que era mejor desaparecer de ahí lo antes posible.

El viaje en auto duró cerca de 15 minutos. La noche se encontraba en todo su esplendor. Solo la luna y un número infinito de estrellas iluminaban un camino casi sin luces, mientras nos acercábamos rápidamente hacia un punto que destacaba por la luz que proyectaba sobre el cielo, por lo que debía ser Amman, la capital de Jordania.

Me mantuve en silencio, pues una de las formas habituales que tienen los aparatos de seguridad de los países totalitarios para conseguir información es a través de los taxistas oficiales de los aeropuertos que, no pocas veces, son miembros activos de los servicios de inteligencia. El conductor tampoco intentó romper el silencio, salvo para preguntarme a qué hotel me dirigía.

Una vez en él, me acerqué al mesón de recepción, ya que me habían

indicado que tendría una reserva a mi nombre. Se suponía que en el hotel me estaría esperando uno de los miembros del Departamento de Negociaciones de la OLP, pero no había ni reserva ni nadie que me esperara. Pregunté si había algún mensaje a mi nombre: nada. Yo no tenía ningún otro dato, ni información para moverme. No conocía a nadie y tampoco tenía indicaciones acerca de lo que tenía que hacer.

Había participado varias veces en actividades que requerían de un altísimo nivel de compartimentación de la información, pero en las circunstancias en que me encontraba, sin punto al que dirigirme y sin nadie a quien contactar, solo quedaba una cosa por hacer. Pasar desapercibido, no hacer más preguntas a nadie e intentar ingresar a Palestina lo antes posible. Seguramente en la tierra de mis abuelos encontraría todo lo que faltaba, pues tenía la certeza que todo el misterio y la incertidumbre que me asechaba era parte de la misión que venía a cumplir. Y no estaba dispuesto a estropearla por nada de este mundo.

Pedí una habitación y consulté por algún lugar o servicio de alimentación a la habitación. Estaba exhausto y hambriento. Eran las once de la noche del día sábado veintiocho de noviembre del año dos mil nueve, hacían varias horas que no probaba bocado. Lo único que mitigaba en algo la situación era saber que ya me encontraba a tan solo 80 kilómetros de mi objetivo final. Subí a mi habitación, ubicada en el último piso del hotel y miré por la ventana hacia donde mi sentido de orientación me indicaba que debía estar Palestina, pero la única imagen que podía verse era la de una ciudad árabe relativamente moderna, con edificios mayoritariamente blancos o color tierra, algunos de ellos seguramente correspondientes a edificios públicos, iluminados desde sus propios muros, mostrándose como protagonistas principales de una ciudad que exhalaba tanto su arabidad como el poder absoluto que emanaba del Monarca.

Las volumetrías de la mayoría de las edificaciones eran simples y compactas, simétricas y con un claro predominio del lleno sobre el vacío. Sobre ellas se levantaban, cada cierto trecho, las cúpulas y los minaretes de las mezquitas completamente iluminados, contrastando con las siluetas oscuras de las palmeras recortadas sobre un cielo azul, plagado de estrellas que se fundían, en el horizonte, con el plano del desierto que rodeaba la ciudad y que en conjunto con el cielo estrellado formaban esa bóveda celeste que cubría

todo lo visible y lo invisible, y que asemejaba una gran cúpula gigante que seguramente había servido de inspiración para todas las demás.

Me dí una ducha y me dispuse a dormir, tomando cuidado de dejar las cortinas abiertas con el objeto de despertar, como de costumbre, con la primera luz del día sobre mis ventanas, para preparar la última parte de esa travesía que me llevaría en un día veintinueve de noviembre, a las puertas de Palestina.

No era una coincidencia menor. En un día como ese, pero cincuenta y dos años antes, una incipiente e inmadura comunidad internacional, sin tomar la opinión de los directamente involucrados, pese a haber adoptado, pocos días antes, una Carta fundamental en la que la autodeterminación de los pueblos era un principio básico, decidió partir la tierra donde los palestinos habían vivido desde siempre, entre ellos y miles de inmigrantes venidos desde todas partes del mundo. Por si fuera poco, le habían entregado más de la mitad de la Palestina histórica a una organización de extranjeros que, con todo, no representaban ni siquiera el 30% de la población de ese minuto; y como guinda de la torta, había decidido que esa porción mayoritaria de tierra tendría continuidad territorial, en desmedro del resto, que quedaría separado en tres islas inconexas y rodeadas por gentes que soñaban con fundar, de la nada, un Estado que se desarrollaría hasta ocupar desde el Nilo al Éufrates.

Lo que pasó después es por todos conocidos. Más de quinientas aldeas fueron arrasadas. Miles de palestinos fueron asesinados y los sobrevivientes, luego de ser torturados, fueron paseados desnudos, en autobuses, como animales, por entre medio de los barrios palestinos que aún quedaban en pie porque habían resistido el genocidio planificado por los mejores aprendices de los nazis que la Historia haya conocido. El objetivo era generar terror entre los sobrevivientes y desatar una estampida. Más de 800.000 palestinos fueron expulsados de sus casas.

Veintisiete años más tarde, intentando enmendar su error y encubrir un poco su actitud cómplice y condescendiente con este nuevo genocidio, la misma comunidad internacional decretó el veintinueve de noviembre como Día Internacional de Solidaridad con el Pueblo Palestino, dando inicio a uno de los ritos más absurdos e impotentes del nuevo orden internacional de la época. Era, por lo mismo, una llegada a Palestina cargada, para mí, de un hondo significado y de un gran simbolismo.

El primer contacto con la ocupación

Desperté temprano y con un cansancio que pocas veces había sentido a lo largo de mi vida. De hecho, no tenía la certeza de haber dormido demasiado. Ni siquiera de haber dormido. Pasé la noche dándome vueltas en la cama, con los ojos cerrados por voluntad, como intentando descansar, pero al mismo tiempo, esperando y deseando que amaneciera pronto.

Durante esas horas llenas de ansiedad revisé toda mi vida. Recordé a mis seres queridos y muy especialmente a Nur, mi única hija. Pensé en todas las cosas que aun tenía pendientes en la vida. De pronto me dí cuenta de que me sentía en una especie de final de algún camino que había recorrido durante toda mi existencia. Me sentí como parado frente a un precipicio. Recordé a mi compañera entrañable y a mis amigos y volví a sentir el ambiente que existía en mi despedida, pero esta vez era como si fuera yo mismo quien me estuviera despidiendo.

Un escalofrío me recorrió desde la punta de los pies hasta la cabeza. A esas alturas solo pensaba en entrar a Palestina lo antes posible. Había esperado por espacio de treinta años con mucha más tranquilidad que con la que lograba esperar las pocas horas que quedaban antes de cumplir uno de los sueños más grandes de mi vida.

La primera señal de que la hora estaba llegando me la dio la llamada la oración que inundó todo cuando la luz comenzaba a despuntar. Un largo *Alilllllllaaaaaaaaaah Uh Akbaaar*, repetido varias veces, lo inundó todo. Miré el reloj pensando que serían las 7 u 8 de la mañana; sin embargo, marcaba quince minutos para las seis, en pleno invierno. Miré por la ventana y me percaté de que en esa parte del mundo, a esa hora, ya comenzaba a amanecer.

La llamada a la oración me pareció un fiel reflejo de las religiones conocidas. Era como si flotara en el ambiente, sin origen ni emisor conocido, pero con todo lo que existe, independientemente de su voluntad, como destinatario.

Nadie sabe, a ciencia cierta, de donde vienen ni hacia adonde se dirigen, pero la mayor parte del mundo y sobre todo en estas tierras, tan fuertemente marcadas por las religiones monoteístas, las siguen sin cuestionarse demasiado.

Eso ha permitido que muchos lleguen a creer en cosas absurdas como si fueran verdades irrefutables. Un ejemplo de ello es que alguien pueda pensar que algo o alguien superior, no conocido y de lo cual no se tienen antecedentes concretos ni verificables, pueda regalar a una tribu cualquiera, ubicada en cualquier parte del mundo, una tierra en la que no vive ni ha vivido jamás, a expensas de sus verdaderos, legítimos e históricos habitantes. Otro ejemplo igualmente elocuente es que alguien pueda creer, de verdad, que bienaventurados son los que sufren y que después de muertos, serán recompensados y podrán ver a Dios y quedarse a morar por siempre en lo que cada uno imagine que puede ser, en virtud de sus propias carencias materiales e inmateriales, el Reino de los Cielos. O que la guerra y, por tanto, toda la muerte y la destrucción que ellas generan, pueda llegar, bajo alguna circunstancia, a ser santa o sagrada.

Me levanté y asomé por la ventana buscando constatar lo que mi imaginación prefiguraba, pero las calles estaban vacías. Solo se veían algunos autos circulando y uno que otro transeúnte desplazándose de un lugar a otro. A pesar de todo, la ciudad se sentía viva. El canto de los minaretes le daba un movimiento difícil de explicar. Pensé en los ulemas que solían entonar esos llamados desde lo alto de los minaretes más de mil años antes, y comprendí que habían desaparecido víctimas del salto tecnológico y la globalización, siendo reemplazados, por modernos altoparlantes que estaban por doquier y que actuaban coordinados, todos y cada uno de los minaretes que se encontraban por todas partes, con una única voz, omnipresente, omnisapiente e infinita.

Las estrechas calles por donde a ratos aparecían y desaparecían personas y vehículos, en medio del amanecer, completaban la escena. Era como si pudiera sentir la presencia de todos aquellos musulmanes que detrás de los muros, en la privacidad de sus casas, en las mezquitas o simplemente en las aceras, arrodillados sobre pequeñas alfombras, especialmente diseñadas para ello, adoraban a su Dios antes de comenzar el día y varias veces durante el transcurrir de la jornada.

Volví sobre la razón de mi presencia en ese lugar y pensé que a pesar

de lo temprano que era, ya debía dar por iniciado el día. Me di una ducha corta y refrescante. La segunda desde mi salida desde Santiago. Habían transcurrido casi tres días y mi cuerpo necesitaba algo de humedad. Sobre todo porque la sequedad del ambiente comenzaba a actuar sobre mi piel, que ya lucía bastante más reseca que de costumbre. Mis manos estaban resquebrajadas y sentía el cuerpo tirante y con una especie de ardor general que pedía a gritos un poco de humidificación. La cercanía del desierto y el ambiente casi carente de humedad ambiental me recordó que, en estos parajes, el agua es un elemento escaso, infinitamente más importante que en otras partes del mundo donde no es más ni menos que una parte del paisaje y su derroche no preocupa a nadie o casi nadie —a pesar del cambio cultural que desde hace algunos años ha comenzado a operar en las nuevas generaciones—.

En la ducha pensé en los palestinos que viven bajo ocupación, a quienes los israelíes vienen arrebatándoles por espacio de 60 años el agua de los ríos milenarios que atraviesan Palestina. Han desviado el curso de sus aguas, alterando la geografía, para monopolizar su uso, y han instalado sus asentamientos justo en los lugares en donde el agua abunda, sobre las napas subterráneas que antes alimentaban bosques eternos que se entremezclaban con las aldeas palestinas que fueron arrasadas. En ese contexto, los palestinos tratan de sobrevivir casi sin agua, con un racionamiento que tiene por objeto ahogar su economía y debilitar su voluntad de resistir la ocupación.

Recordé las caras ajadas que muestran las fotos con que nos presentan, en el imaginario colectivo de Occidente, a los palestinos y el contraste con las pieles hidratadas y siempre frescas de los colonos israelíes. Sentí indignación y me dí cuenta de que en los días siguientes muchas cosas me indignarían y que tendría que soportar la humillación y contener mi rabia si quería volver a retomar la vida que tenía antes de este viaje que seguramente, la cambiaría para siempre. Cerré la llave y me vestí lo más rápido que pude.

Mientras ordenaba las cosas en mi maleta, encendí el televisor para cerciorarme de la hora, y cuando aparecieron las imágenes me fijé en la fecha rotulada en el borde superior derecho de la pantalla: era veintinueve de noviembre.

Traté de pensar en otra cosa para intentar olvidar esa fecha que marcaría para siempre la historia y la biografía de todos y cada uno de los palestinos. Me pregunté sobre qué sucedería si es que a mí se me ocurriera

desaparecer por cuarenta días y a mi regreso le informara al mundo que un dios que nadie, excepto yo, conoce, me ha prometido para mí y mis descendientes la tierra de los venezolanos, abundante en petróleo y recursos naturales de todo tipo. Qué pensaría el mundo entero si, para hacer cumplir esa promesa, los venezolanos debieran abandonar sus casas o resignarse a morir bajo las armas de un ejército capaz de destruir todo vestigio de vida que se interponga entre esa falsa promesa y ese supuesto pueblo, elegido para habitarla. Pensé que seguramente me tildarían de loco y me encerrarían en un hospital psiquiátrico e inmediatamente creí que era una pena que hace miles de años la Humanidad no tuviera conciencia de las alteraciones profundas de la realidad que generan algunas enfermedades mentales como la esquizofrenia, ni de las mentiras que algunos hombres son capaces de inventar para sustentar y justificar sus acciones cuando estas dañan a otros.

Por un segundo recordé las armas de destrucción masiva que algunos líderes de occidente habían afirmado que Saddam Husein tenía en Irak como excusa para destruirlo a él y a su país, dejando millones de muertos, solo para poner sus manos en los pozos petroleros de Irak. Recordé que nunca me gustó Saddam Hussein, ya que lo consideraba un dictador como Pinochet, pero que así y todo, occidente no tenía derecho a hacer lo que hizo, como los sionistas no tienen derecho a hacer con los palestinos lo que hacen hoy. Las armas de destrucción masiva eran tan falsas como la promesa de la tierra prometida.

Me dirigí a desayunar y luego volví por mis cosas. Mi celular estaba sobre el velador junto a la cama y el apuro por iniciar la parte final de la travesía me hizo olvidarlo. En la recepción liquidé la factura y le solicité al sujeto que ahí se encontraba que, por favor, consiguiera un taxi que me trasladara hasta el puente para cruzar a Palestina.

¿Cuál de los dos? preguntó él. No supe qué responder. Va usted a Jerusalén o al norte de Palestina. No voy ni a Jerusalén ni al norte respondí. Voy a Beit Lehem, a Beit Jala, a Ramala. Ok, respondió. Entonces es al Puente del Rey Hussein. Será, pensé yo. Sobre mí cayó el peso de la diferencia entre el conocimiento teórico y la realidad. Mil veces había escuchado y relatado cómo era el procedimiento para entrar por Jordania a Palestina, pero no conocía los hechos sobre el terreno. Será lo mismo con todo, pensé. Por primera vez tendré una aproximación a la realidad que me permitirá un salto cualitativo en mi comprensión del conflicto, por una parte, y seguramente en

mi compromiso militante, por la otra.

Mientras terminaba de pagar el hotel, un hombre de mediana estatura, moreno, relativamente macizo, con una abundante barba pero con menos pelo en su cabeza y con unos ojos oscuros y penetrantes, se me acercó, tomó la maleta y sin decir palabra la cargó hasta un vehículo que esperaba en la puerta del hotel. Yo no tenía dinero jordano. Le pregunté al sujeto de la recepción cuánto necesitaría y si podría pagar en dólares. Treinta y cinco dólares, me dijo, y amablemente se ofreció incorporar en la cuenta del hotel el dinero. Le agradecí el gesto. Llamó al taxista. Negoció con él un precio y, luego de un intercambio de ofertas y contraofertas, cerró el trato con un apretón de manos, en un punto intermedio que era exactamente el previsto; y me dijo que él se encargaría de todo, que no me preocupara de nada.

Me dio la sensación de estar frente a un rito que ambos conocían de memoria y que era más una puesta en escena que una negociación real. Que ambos sabían el valor de acuerdo al que arribarían pero que ninguno de ambos podía llegar a él sin antes negociar para construir un acuerdo en el que nadie saliera dañado económicamente y tampoco en su honor de hábil comerciante.

Me dirigí al taxi y, antes de abrir la maleta, el conductor me preguntó si quería viajar a su lado o atrás. Le dije que adelante, pues quería aprovechar el viaje para ver el paisaje y tomar algunas fotografías ya que era mi primera a Palestina.

Cuando escuchó la palabra Palestina sonrió con un brillo en los ojos, propio solamente de los palestinos que viven en el exilio cercano a su tierra y me preguntó si era palestino. Le dije que sí. Que había nacido en Chile y que venía a conocer la tierra de mis abuelos. Que era uno de los sueños más grandes de mi vida y que no podía más de la emoción. Que mi corazón latía con una fuerza que reservaba para ocasiones muy especiales y que este era el viaje más esperado de toda mi vida.

Todo cambió de ahí en adelante. Me dijo su nombre, me preguntó el mío y el trato devino en una cordialidad que me transmitió, con una elocuencia notable, la alegría infinita que los palestinos de la zona sienten cuando alguien de lo que llamamos la diáspora vuelve a Palestina.

Se llamaba Ahmad Afaneh. Era casado. Tenía cinco hijos y una señora, según él, maravillosa que tenía por nombre Haiche, igual que una de las mujeres del profeta Mahoma. Su familia había sido expulsada de Palestina

durante Al Nakbah —la “Catástrofe”, expulsados y refugiados palestinos— y la aldea desde donde era originario había sido completamente destruida. Yo sabía de lo que hablaba pero de todas formas la pena y la impotencia hicieron su aparición en mí.

Manejaba casi de memoria, mirando el camino de vez en cuando, mientras conversábamos como si nos conociéramos de toda la vida. Como un verdadero guía turístico, me fue mostrando y contando la historia de cada una de las pequeñas aldeas que fuimos dejando atrás, en el camino entre Amman y el Puente del Rey Hussein. El paisaje me tenía inmóvil. Los colores de la naturaleza, los rostros y las ropas eran como sacados de una película de Semana Santa. No podía creer que estuviera llegando a Palestina.

El viaje duró casi una hora. Llegamos al pueblo desde el cual se va al puente a las diez de la mañana con cincuenta minutos. Dos cuadras antes del edificio de control fronterizo jordano, Ahmad detuvo el motor y me explicó que debíamos cambiar de auto. Desapareció un par de minutos y volvió con otro automóvil con el cual negoció pagándole por anticipado. Me despedí sin entender mucho y me subí al auto sin entender ni preguntar el por qué del cambio, pero supuse que Ahmad no tenía permiso para operar fuera de la ciudad donde trabajaba como taxista. Me dio su tarjeta y le prometí llamarlo cuando volviera. Nos despedimos con un triple abrazo fraternal.

Al llegar al edificio me bajé y comencé a buscar alguna señalética que me indicara a donde debía dirigirme. No había nada ni nadie que ofreciera siquiera, la posibilidad de consultar. Algunos segundos después ví llegar un bus de turistas y decidí esperar a que se bajaran para seguirlos. Entré a la misma sala a la que ingresó el grupo y subí mi maleta a la máquina de inspección, como lo hicieron todos. Luego de que mi maleta atravesó la máquina de rayos que parecía sacada de una película de mediados de siglo pasado, la tomé y la dejé a un lado, por indicación de uno de los guardias, y pasé a otra oficina donde en tres cubículos distintos me solicitaron el pasaporte de forma sucesiva. En el primero, un oficial de Ejército tomó el pasaporte y lo miró recorriendo las páginas de una en una y revisando en detalle los timbres de los países en donde había estado. Llegó a la fotografía, me miró y sin decir nada se lo entregó al del segundo módulo, que le puso un timbre y me dio unos papeles con unos números escritos. No parecía una boleta pero la intuición me decía que correspondía a los derechos de salida de Jordania o algo similar.

Cancelé el importe sin saber a ciencia cierta qué era y luego me indicaron que esperara. El oficial del segundo cubículo le entregó el pasaporte al del tercero, quien se lo llevó a algún lugar detrás de la puerta. Pregunté cómo era el procedimiento, pero nadie de los allí presentes hablaba inglés y mucho menos español. Uno de ellos me dijo en una especie de inglés con acento árabe que los buses salían cada una hora y que el de las once se acababa de ir. Notable, pensé. Tendría que esperar casi una hora para poder embarcar. Recorrí con la mirada la habitación en búsqueda del mejor lugar para sentarme a esperar y, sin ningún otro intercambio, todos desaparecieron y me quedé en la sala, solo, esperando no sabía muy bien qué. No había rastros de mi pasaporte. Mi maleta estaba en la otra habitación. Comencé a intranquilizarme. Recordé que había comprado el libro *Caín* precisamente para sortear cualquier momento de espera con algo de incertidumbre y decidí leer. Volví a recorrer la habitación, primero con los ojos y luego caminando. Llegué hasta un rincón en el cual había una copia del mismo afiche que había visto en el aeropuerto durante mi primer interrogatorio. Me senté justo debajo de él y me sentí un poco más tranquilo. A los pocos minutos entró en la sala una familia que parecía palestina. El hombre era similar a Ahmad pero mucho más joven. La mujer vestía un traje azul, largo y con bordados plateados y dorados en sus costados, muy sobrio y simple pero de una hermosura notable. Llevaba en su cabeza un pañuelo que cubría completamente su cabello, su cuello y sus hombros como toda musulmana observante. Cargaba un bebé de unos dos años que venía durmiendo plácidamente en los brazos de su madre y él, una maleta y dos bolsos de mano que debían ser todo el equipaje familiar. Me pregunté si mi maleta estaría en el mismo lugar en donde la había dejado. Salí caminando rápido a buscarla y volví con la tranquilidad de saber que nada en la otra habitación había cambiado de sitio, todo seguía en el mismo lugar, como si nada hubiera sucedido.

Me senté, saqué el libro del equipaje de mano donde también llevaba el computador y los útiles de aseo personal. Comencé a leer y luego de cuarenta minutos de lectura y espera, me dí cuenta que mi incertidumbre contrastaba con la tranquilidad de la familia que acababa de llegar. Para ellos la espera era un simple trámite. Me acerqué al hombre y le pregunté en inglés cómo era el procedimiento para cruzar y por qué se demoraban tanto con los pasaportes. Me explicó de nuevo lo del bus que nos llevaría hasta territorios

ocupados, que los pasaportes nos serían devueltos una vez en el bus, y que luego nos llevarían hasta el puesto fronterizo israelí para el control de pasaportes del otro lado.

Inmediatamente me preguntó de dónde era. Soy chileno, dije yo. Aha, de Chile. Soy chileno de origen palestino, repliqué. Entonces no eres chileno, eres palestino —dijo él y sonrió— estirándome su mano mientras me decía *ahla u sahla*, que quiere decir bienvenido. Sonreí y estiré mi mano hasta encontrar la suya. Has estado antes en Palestina. No, es mi primer viaje, he esperado muchos años para esto. Cuál es tu apellido. Jadue, respondí. Min dar Al Hadwah, repitió él corrigiéndome. No eres de Chile, eres de Beit Jala, los Hadwah son todos de Beit Jala. Sonreí asintiendo con la cabeza. Sígueme, no hables con nadie y solo haz lo mismo que yo haga, yo te guiaré hasta que entres en Palestina.

Las reacciones de Ahmad y del joven en el control aduanero jordano se convertirían en muy poco tiempo en el primer ritual de mi estadía en Palestina, pues la alegría de los palestinos al ver que uno de los suyos, no importa de donde venga ni qué generación sea, vuelve a la tierra, es verdaderamente indescriptible y de una potencia imposible de explicar. Es como si el retorno, aunque fuera para conocer la tierra de nuestros antepasados, equivaliera a la recuperación de los que han nacido en la diáspora y fuera, por tanto, parte esencial de la resistencia a la ocupación. Ellos lo sienten, sin duda, como uno de aquellos ingredientes que permiten a los palestinos saber que estábamos acá antes del primer invasor y que seguiremos acá, después del último y que cuando se es parte del pueblo palestino, como dice Neruda... uno no termina en uno mismo.

Diez minutos pasados del medio día apareció el autocar que nos trasladaría a Palestina. Llevamos nuestras maletas y las guardamos en los compartimentos inferiores. Nadie nos entregó un recibo ni un ticket. Todo funcionaba de palabra, no como en los sistemas de dominación burocrática en donde lo que no está escrito, no existe. Acá, el valor del honor y la palabra parecía reemplazar a los criterios de verdad occidentales que parecen estar basados en el mutuo desconocimiento y desconfianza.

Subimos al bus y nos sentamos cada uno en una fila. No había mucha gente. Un niño jugaba con un auto de juguete de plástico mientras el chófer contaba a los pasajeros desde su asiento y a mano. Se subió un oficial jordano

al autobús y nos devolvió los pasaportes. Luego, un muchacho nos cobró el precio del viaje y el almacenaje de las maletas que llevásemos abajo. El ómnibus comenzó a moverse. Nadie hablaba, el ambiente se cortaba con tijera y solo el niño que jugaba con el autito parecía no sentir la tensión que existía en el ambiente.

Inmediatamente me surgió la duda acerca de si en ese bus pasaba algo en particular o si ya todos sabían quién era yo y a lo que venía. O si, por el contrario, ese era el ambiente natural con el que cruzaban a diario los palestinos que, desde Jordania, intentaban ir a Palestina.

Salimos del edificio y nos dirigimos hacia el puente. Atravesamos dos puestos de control jordanos más, antes de llegar al puente propiamente tal. Cuando estábamos en él, hicieron su aparición los primeros letreros escritos en hebreo, inglés y árabe. El corazón se me aceleró aún más. Pasamos dos puestos de control israelíes y las primeras armas de guerra dieron por inaugurado mis encontronos con la ocupación. Jamás había visto en ningún país democrático que el ingreso a su territorio estuviera custodiado con fusiles de guerra, ametralladoras y soldados en actitud hostil. El ambiente era cada vez más denso. Entramos al puesto de control fronterizo de la ocupación y todo se tornó aun peor. Como por arte de magia, los niños dejaron de jugar y se callaron. El joven tomó a su hijo de la mano, guardó al autito en el bolso y sentó a su hijo en sus rodillas abrazándolo por el estómago. El silencio nos invadió a todos. Nos hicieron esperar casi treinta minutos dentro del bus, esperando que los puestos de control se desocuparan un poco, sin decirnos ni una sola palabra. Le pregunté al jefe de la familia con la que había compartido la sala de espera por qué era, y sin pensar mucho pero con voz muy baja y subiéndole las cejas y los labios mientras chasqueaba con la lengua en su paladar superior, respondió: nos tienen miedo y nos odian profundamente.

¿Cómo? Absurdo, pensé yo. ¿Qué daño les podríamos hacer? Ellos son los criminales, pensé. Ellos están armados hasta los dientes. ¿Qué les podríamos hacer?

Cuando nos permitieron bajar, me percaté de que alguien había bajado nuestras maletas. Estaban ahí, una al lado de la otra. Cada uno tomó la suya y nos acercamos a un rincón donde había que entregarlas junto a los pasaportes. Quienes las recibían se las entregaban a otros sujetos que estaban detrás de un mostrador en algo parecido a un quiosco. Varios de ellos porta-

ban fusiles y metralletas entre los civiles con una naturalidad increíble. Mientras ellos hacían pasar las maletas por unas máquinas ubicadas detrás de los primeros oficiales, nosotros nos acercábamos a las máquinas con las cuales revisarían nuestro equipaje de mano. Esperamos veinte minutos más mientras revisaban una a una nuestras maletas. Nos comenzaron a devolver los pasaportes con unas estampillas con marcas que parecían indicar cosas acerca de los dueños de las mismas. Fuimos llevados a una fila conformada por vallas que nos llevaron hasta el primer control. Parecíamos ganado. No seres humanos. Hicimos pasar el equipaje de mano y nos dispusimos a iniciar el procedimiento de ingreso a Palestina. Lo que más me llamó la atención era que todos quienes ahí estaban eran demasiado jóvenes para tener a su cargo procedimientos como estos. Ninguno parecía llegar a los dieciocho años pero, al mismo tiempo, actuaban con una hostilidad que jamás había visto. Como si fuera poco, poseían un rictus que daba la impresión de una amargura y de un odio interior irreparables. Parecíamos ganado, ellos estaban completamente conscientes de esto y parecían disfrutar profundamente la humillación que nos infringían.

Cuando llegué al primer puesto de control una joven mediana, de pelo oscuro, tez blanca y belleza menos que promedio, comenzó a interrogarme mirándome fijamente a los ojos. ¿Por qué ha venido usted acá? Turismo. ¿Solo turismo? Sí, solo turismo. ¿Viene solo? Sí. ¿Conoce a alguien en Israel? No. ¿Qué lugares va a recorrer? Betit Lehem, Beit Jala, Ramala, quizá Jerusalén. ¿Donde se quedará? En un hotel en donde trabaja un amigo, Tanás Bendek. Antes me dijo usted que no conocía a nadie. Usted me preguntó si conocía a alguien en Israel y en Israel no conozco a nadie. Me miró fijamente a los ojos y yo me mantuve mirando los suyos durante una cantidad de segundos que se hicieron interminables. Ambos sabíamos que detrás de mis respuestas estaba la actitud propia de la resistencia palestina. ¿Y quién es él? Un amigo que conocí en Honduras hace veinte años atrás. ¿Sabe donde vive? No. ¿Sabe donde trabaja? No. Lo único que sé es que trabaja en un hotel y que en ese hotel me quedará. ¿Tiene su teléfono? No. ¿Cómo pretende encontrarlo? Me han dicho que acá todas las familias que son de la zona se conocen desde hace cientos de años, así es que preguntaré por él cuando usted me deje entrar. ¿Tiene parientes acá? No. ¿Hasta cuando se quedará? No lo sé, una semana tal vez. ¿Viene por su propia iniciativa? No entiendo su pre-

gunta. Si viene por su propia iniciativa. Miré a mi alrededor y dije: vengo solo, ¿qué otra iniciativa salvo la mía podría estar comprometida en mi presencia acá? Vino usted acá por su propia iniciativa, inquirió por tercera vez. Comencé a sentir un incremento de la sensación térmica de mi cuerpo, aunque mis manos no sudaban, seguramente debido a la sequedad del ambiente. Ya le respondí a esa pregunta. La miré fijamente a los ojos y le repetí su misma pregunta. ¿vino usted, acaso, por su propia iniciativa? Me miró fijamente a los ojos y con un odio apenas disimulado y una sonrisa absolutamente hipócrita cerró el pasaporte como en cámara lenta, sin quitarme los ojos de encima, extendió su mano y me lo devolvió diciéndome bienvenido.

Avancé hacia un galpón enorme con un sentimiento de satisfacción en mi interior. Sin embargo, mis piernas temblaban un poco, pues la tensión había sido evidente y por algunos segundos me imaginé deportado y recordé el dicho popular chileno que enseña que no se pueden perder los objetivos hasta el último minuto: en la puerta del horno se quema el pan.

Creía que lo peor había pasado pero mi satisfacción duró solo unos cuantos pasos. Al ingresar al galpón más grande, me percaté que el interrogatorio que había atravesado no era el control de pasaporte y que estaba recién llegando al lugar correspondiente a Policía Internacional. Nunca supe lo que era, quizá un simulacro o solo la intención de molestar. Recordé las técnicas de chequeo y contra chequeo que en mi juventud tuve que soportar en los interrogatorios de la Dictadura chilena y pensé en lo similares que eran las dictaduras con las ocupaciones extranjeras.

Adentro había tres filas separadas por pasamanos metálicos, una de las cuales decía en inglés: Turistas. Las otras dos estaban solo escritas en árabe y en hebreo. Me incorporé a la de los turistas, que afortunadamente era la más corta, y comencé a esperar mientras recordaba que hacía rato ya que había perdido toda pista de mi maleta. Pensé en que ya estaría abierta y con todo revuelto pero como sabía que no había nada que pudiera hacer, simplemente me resigné a esperar.

Mientras lo hacía observé un espacio en un rincón del galpón donde se encontraban sentadas todas aquellas personas a quienes el paso inmediato les había sido denegado. Pude ver cómo cada cierto tiempo aparecía alguno de estos jóvenes soldados y gritaba un nombre. Alguien se levantaba y se acercaba a él. Le hacían las mismas preguntas que me habían hecho y que segu-

ramente también se las habían hecho al interrogado antes de llegar a esa sala de espera. Algunos de ellos eran llevados para ser revisados y luego volvían ordenándose sus ropas. A más de uno lo interrogaron dos, tres y cuatro veces. Entre ellos comentaban la situación con una naturalidad y con una resignación que, sin embargo, no alcanzaba a disimular la rabia contenida y la humillación que se siente al ser tratado como criminal, solo por el hecho de ser palestino y pretender entrar o volver a Palestina.

Luego de casi cincuenta minutos en los cuales las primeras dos filas se desocuparon, la nuestra comenzó a avanzar. Éramos unos cincuenta turistas para dos puestos de control. Treinta minutos después era mi turno. De los que pasaron antes que yo, habían devuelto a la sala de espera a un cura proveniente de Colombia y a una turista española. Me acerqué al estante, estiré mi mano con el pasaporte y comencé a vivir de nuevo una situación que me parecía superada.

¿Por qué ha venido usted acá? Turismo. ¿Solo turismo? Sí, solo turismo. ¿Viene solo? Sí. ¿Conoce a alguien en Israel? No. ¿Qué lugares va a recorrer? No lo sé, soy de origen cristiano y quiero recorrer las ciudades cristianas como Belén, Beit Jala, Ramala y quizá Jerusalén. ¿Conoce a alguien en eso lugares? Ya se lo dije a la primera joven que me interrogó, al único que conozco es a Tanás Bendek. ¿Y quién es él? Un comerciante que conocí en Honduras hace más de quince años. ¿Y él es Palestino? En ese momento decidí comenzar a reírme un poco de la situación y de mi interlocutora y le contesté con un tono absolutamente irónico y estirando cada palabra como si estuviera recordando cada una de ellas. No lo sé, pero me imagino que sí porque no tiene cara de venir de Europa o de Rusia, por lo tanto, debe ser palestino.

Sentí su odio y su rabia y pensé: acabo de firmar mi propio decreto de deportación. ¿Cómo se escribe su nombre? No lo sé porque nunca lo he escrito. Le puedo decir cómo suena o puedo escribirle como me lo imagino. Me acercó un lápiz y escribí el nombre de Tanás, como me sonaba y se lo devolví. ¿Sabe donde vive? A su compañera le dije que No. ¿Pero sabe usted donde vive? Podría Ud. traer a alguien que entienda español o inglés porque usted parece no entenderme. Sus ojos se tornaron de color rojo y apretando un poco los labios volvió a la carga con otra pregunta repetida. ¿Sabe donde trabaja? No a ciencia cierta, pero creo que en un hotel. ¿Tiene su teléfono? No. ¿Y cómo piensa ubicarlo? Mire, me han dicho que la gente que efectiva-

mente es de acá se conoce desde siempre y no es difícil dar con ellos. Así es que preguntaré por él cuando usted me deje ingresar y no tengo duda que lo encontraré. ¿Tiene parientes acá? Decidí cambiar un poco la respuesta. No sé, sé que hace miles de años mis antepasados vivían acá, pero han pasado por estas tierras tantos invasores que no se si han sido asesinados, si están vivos o muertos; si han sido expulsados o si sus viviendas han sido entregadas a co-



lonos extranjeros. Pero tenga la certeza de que si están vivos los conoceré y le contaré a mi salida.

¿Hasta cuando se quedará? No lo sé, una semana tal vez, aunque por el trato, le juro que me dan ganas de quedarme para siempre. ¿Viene por su propia iniciativa? Ya me hizo esta pregunta su amiga de afuera y no entendí a qué se refería y a usted tampoco la entiendo. Si viene por su propia iniciativa? Miré a mi alrededor. Vengo solo, qué más necesita. Yo ya me había tran-

quilizado y había retomado el control de mis sentidos y acciones y me di cuenta de que eso le molestaba sobremanera.

Tomó mi pasaporte, me dijo que esperara un rato y lo llevó detrás de una pared. Yo moví la cabeza hacia ambos lados en señal de molestia y me quedé esperando que ella volviera. Decidí abrir el libro y comenzar a leer en el mismo lugar donde estaba siendo interrogado, para tranquilizarme. Esperé casi sin moverme, apoyado sobre mis codos y con el libro frente a mis ojos por más de 15 minutos. Volvió sin mi pasaporte y con voz calmada me dijo que esperara en la misma sala lateral donde se encontraban los que no habían logrado pasar a la primera. Ya lo llamarán.

Cerré el libro y sin volver la mirada hacia ella tomé mis cosas y me dirigí, nuevamente y como a cámara lenta, hacia la sala. Me senté entre el cura colombiano y la turista española haciendo un gesto con una sonrisa a cada uno de ellos. Los tres estábamos rodeados de quienes seguían esperando. Los miré a ambos por si intercambiábamos alguna palabra de contención y solidaridad, pero no había ánimo para ello. Luego de unos segundos de gestos en silencio con los cuales nos dimos a entender lo que los tres estábamos sintiendo, bajé la vista y recomencé mi lectura. Algunos de los que ahí estaban llevaban más de dos horas en la misma situación así es que supuse que no sería un trámite corto. Cada cierto tiempo salía un oficial del Ejército, gritaba un nombre y alguien se le acercaba. Luego de un rato considerable me levanté y le pregunté a uno de los que estaban en la sala, que venía regresando a ella con una botella de agua, dónde podía comprar agua. Me hizo una señal con la boca, estirando los labios, mostrándome una especie de pequeño quiosco dentro del recinto. Le dí las gracias y me dirigí hacia el lugar indicado, dejando todas mis cosas en el aquel espacio. Necesitaba agua para enfriar el cuerpo y la cabeza un poco. Compré la bebida y volví al recinto destinado a la espera y la humillación. Me senté junto a mis cosas y mientras aguardaba disfruté leyendo la forma cómo Saramago cuestiona y caricaturiza la crueldad, la falta de coherencia y de consistencia del Dios del Antiguo Testamento a través de una novela en que se mezclan una serie de pasajes bíblicos en los cuales quedaba de manifiesto lo absurdo de sus decisiones, la falta de justicia y equidad en sus determinaciones y la complicidad que termina teniendo con el diablo en algunos de los pasajes de la Historia Bíblica.

Fueron casi tres horas y media de una lectura fascinante y entretenida

que me hizo olvidar un poco el mal rato, recuperar el sentido del humor y reflexionar acerca de lo que estaba viviendo. Me dí cuenta, que, efectivamente estaba entrando a la tierra donde las barbaridades más grandes se llevan a cabo en nombre de un dios. Un lugar donde las mentiras más originales pueden convertirse en realidad. Donde todo lo que sucede parece un síntoma de una enfermedad colectiva que lo inunda todo y donde lo más grave es que cuando una sociedad completa está enferma, lo sano comienza a parecer enfermo, y lo enfermo cobra sentido de normalidad.

De pronto apareció un joven soldado con una metralleta en su hombro. En el recinto ya no quedaba nadie. La primera muchacha que me había interrogado se paseaba de un lado a otro como si nada pasara y como si nadie de los que ahí estábamos le importara un bledo. El soldado se detuvo justo en el límite del recinto en el que estábamos retenidos sin ninguna razón y mencionó mi primer nombre sin que nadie pudiera entenderlo. Lo miré y grité en inglés que me disculpara, que no se le entendía nada y que si podía repetir el nombre. Cuando lo repitió confirmé que era a mí a quien llamaba. Me puse de pie y me dirigí hacia él, dejando mis cosas en su lugar. Me condujo a un lado y me repitió las mismas preguntas que ya habían hecho las dos personas anteriores. Respondí lo mismo pero con un poco más de ironía y me volví a sentar.

Media hora después, yo era el último en todo el recinto, lo que comenzó a incomodarme un poco. Habían pasado casi siete horas desde que había cruzado desde Jordania. No sabía la hora pero ya estaba anocheciendo. Pregunté al guardia y me dijo que eran las seis y media de la tarde. No podía creerlo.

No me sentía humillado, pues sabía a lo que venía y la humillación es propia de quienes no tienen convicción o se avergüenzan de lo que han hecho o de lo que hacen. Tenía la certeza de que los únicos que podían sentirse humillados por sus propios actos eran los israelíes. Para ser honesto, lo que me hubiera hecho sentir humillado y me hubiera parecido sospechoso era que me hubieran dejado entrar con facilidad. Pero no podía dejar de pensar en lo que deben soportar los palestinos que viven cotidianamente bajo esa ocupación ilegal que todo lo controla, cada vez que entran o salen del lugar en donde han vivido ellos, sus padres, sus abuelos y bisabuelos por cientos y miles de años.

Frente al recinto de espera había dos módulos de control. Otra joven que no llegaba a los 20 años entró en uno de ellos y por los altavoces escuché que mencionaban mi nombre. Miré al único guardia que quedaba en la sala con cara de pregunta y abriendo mis manos. Me indicó que me acercara al módulo donde recién acababa de ingresar la joven. Esta vez tomé mis cosas y me acerqué al lugar. La muchacha no repitió todas las preguntas pero volvió a insistir con las más importantes.

¿Por qué ha venido usted acá? Turismo. ¿Solo turismo? Sí, solo turismo. ¿Qué lugares va a recorrer? Beit Lehen, Beit Jala, Ramala, quizá Jerusalén. Conoce a alguien en esos lugares. Sí, a Tanás Bendek. ¿Hasta cuando se quedará? Una semana o un poco más. ¿Dónde se alojará? En un hotel en algún lugar. ¿Viene por su propia iniciativa? Sí. Me miró a los ojos con la sonrisa más plástica, falsa e hipócrita que haya visto en toda mi vida, timbró mi pasaporte, metió en él un papel y extendió su mano diciéndome: bienvenido.

Salí pensando que todo se había terminado, pero al pasar a la sala donde suponía que estaba lo que debía quedar de mi equipaje, me encontré con otro módulo para el cual había que hacer fila. Afortunadamente no había nadie. Me acerqué y volví a extender mi mano para entregar mi pasaporte. Mi maleta estaba sola, sin rastros de haber sido abierta, a unos metros del lugar en donde me encontraba. El sujeto tomó mi pasaporte, buscó la fotografía, me miró en tres oportunidades a la cara mientras yo le mostraba una sonrisa igual de plástica e hipócrita cada vez que me miraba. Buscó el timbre anterior, retiró el papel que la otra muchacha había puesto en él y me lo devolvió. Esta vez no hubo hipocresía, ni sonrisa, ni bienvenido, ni nada. Solo una cara de odio y una mueca de profunda indignación en la cara. Creo haber devuelto una mirada similar o peor. Extendí mi mano. Tomé mi pasaporte que había sido lanzado por el tipo sobre el mueble en señal del profundo desprecio que sienten por los gentiles y me di vuelta para salir de ahí.

Mientras caminaba hacia mi maleta me preguntaba qué les habría parecido mi equipaje. Pensé en los encargos que traía para Xavier. Una plancha, un set de manicura y un equipo completo del Deportivo Palestino de Chile del cual es fanático, más 3 libros de fútbol que no podían ser de interés para absolutamente nadie. Además, la maleta permanecía sin ningún candado o dispositivo de cierre. Era evidente que en ella no había nada que ocultar.

Por fin Palestina

Apenas traspasé el umbral de la puerta del puesto de control fronterizo que la potencia ocupante tiene instalado en Palestina respiré tan profundo como no recuerdo haberlo hecho jamás. Había estado en él por más de seis horas, pero ya estaba en Palestina. Todo parecía distinto. No había nadie esperándome, por lo que supuse que Tanás debía haber perdido la esperanza de verme llegar hoy. Era invierno en Palestina y en esa época, a las seis y media de la tarde ya está oscureciendo. Sentí pena por haber perdido seis horas y algo más en un interrogatorio que no tenía ninguna razón de ser, salvo el hecho cierto de que soy un chileno de origen palestino que vuelve a tomar contacto con la tierra de sus abuelos. Eso a los israelíes les molesta sobremanera, pues pone en peligro su proyecto expansionista sustentado en esa pretensión estúpida de la señora Golda Meier que soñaba con que los viejos morirían y los jóvenes olvidaríamos.

Ellos no se resignan a nuestra lealtad y fidelidad con la tierra de nuestros ancestros, a nuestro amor por ella, aunque no la conozcamos, aunque no hayamos nacido aquí y, lo más importante para nosotros y doloroso para ellos: sin la necesidad de inventarnos cuentos surrealistas de pueblos elegidos y promesas divinas para sustentar nuestra relación con esa tierra.

De todas formas, parece increíble que los sionistas, que dicen tener derecho a retornar a Palestina luego de dos milenios de haber sido expulsados de ella, después de haberla ocupado y gobernado solo por espacio de ochenta años, insistan en negarle el mismo derecho a quienes ellos mismos expulsaron hace menos de cien y cuyos antepasados pertenecen a esta tierra desde siempre. Siempre he tenido la duda si, de verdad, creerán ese cuento primitivo del pueblo elegido y la promesa divina y si en ello sustentan su supuesto derecho a matar, torturar y violar los derechos humanos de todos y todas.

Afortunadamente, en el último tiempo han crecido bastante los gru-

pos de judíos no sionistas y anti-sionistas que han logrado desvelar el verdadero carácter del sionismo y del Estado de Israel. Algunos de ellos han vuelto a poner en su lugar las Sagradas Escrituras, no imponiéndoselas a nadie sino que guardándolas en su interior como un tesoro que solo tiene valor cuando uno le hace honor a la palabra que en ellas existe, sin hacer daño ni molestar a nadie. Ellos afirman que el Reino de Israel en la Tierra no puede ser reconstruido antes del regreso de su Mesías y que dicho regreso no implicará ni destrucción ni sufrimiento para ningún pueblo. Afirman que el Plan Divino no puede ser realizado con derramamiento de sangre de ningún ser humano, por lo que vendrá precedido de un cambio de mentalidad que permitirá a todos y todas vivir en fraternidad.

Otros, desde posiciones más racionales y progresistas, rechazan las violaciones de derechos humanos en que los israelíes incurren a diario y propugnan la solución de dos Estados y el reconocimiento incondicional de los derechos nacionales de los palestinos aquí y ahora, sin tardanza ni excusas de ningún tipo.

Los que se ubican definitivamente a la izquierda no creen en el Estado de Israel, lo consideran racista, colonial y suscriben la solución de un solo Estado democrático, secular multinacional y multicultural.

Yo no soy creyente, pero encuentro valioso el seguimiento pacífico y respetuoso de cualquier creencia, mientras ella no dañe ni viole los derechos humanos de nadie. Pero el sionismo, como ideología, parte de la discriminación y el racismo; arranca, como la mayoría de las ideologías conservadoras y sobre todo las de carácter religioso, de una concepción de superioridad y de posesión absoluta y excluyente de la Verdad, única, infinita y eterna, lo que lo ha convertido, en términos de Maalouf¹, en una especie de identidad asesina, que afirma su existencia negando la de los demás. Es como si se hubieran aburrido de esperar que su dios se hiciera responsable de su propio plan y les estableciera, casi por arte de magia, en algún lugar, un reino en donde ellos serían amos y señores de todo lo existente.

En reemplazo de ese Plan Divino que nunca llegó, los sionistas desarrollaron un plan absolutamente terrenal, que vienen cumpliendo hace un

1 Amin Maalouf (Beirut 1949), escritor libanés en francés, Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2010, miembro de la Académie Française sucediendo a Claude Lévi-Strauss

siglo con una rigurosidad increíble, mediante el establecimiento, por la vía de los hechos, de un Estado suyo en Palestina, apoyado por una red internacional de seguidores, adeptos y aliados incondicionales, capaces de ejercer presión, de influir y hasta de dirigir la política exterior de varios países del mundo, incluidas varias de las más conocidas e influyentes potencias globales.

Como si fuera poco, manejan gran parte de los medios de comunicación masivos en muchos países del mundo. Con ellos han logrado instalar la idea de que los palestinos, víctimas de todo tipo de violaciones a los derechos humanos y crímenes de lesa Humanidad por más de seis décadas, son los responsables de la ocupación sionista y de los sufrimientos que ésta ha traído consigo. Así borran del imaginario colectivo el hecho cierto e indementible de que es la ocupación ilegal de los Territorios Palestinos es la razón primigenia y fundamental del conflicto de Medio Oriente, mientras el único crimen de los palestinos es ser ellos mismos y pertenecer a la tierra que el sionismo eligió para materializar dicho plan.

Me dirigí hacia una caseta donde se contrataban los taxis que me permitirían continuar con la última etapa de mi viaje. Me preguntaron hacia donde me dirigía y respondí que a Beit Lehem. Sabía que ahí encontraría a Tanás, aunque sabía también que ya no me estaría esperando, porque en estas tierras nada o casi nada de lo que uno planifica resulta de acuerdo a los planes. Y yo llevaba más de seis horas de retraso.

Él me esperaba, con toda su familia, cerca de la una de la tarde. Estaba ansioso y en las conversaciones con Xavier me había enterado de que Tanás se mostraba más contento aún. Jamás imaginé la sorpresa que me llevaría al llegar. A Tanás lo conocí al final de la década de los años 80 del siglo XX cuando era el Coordinador General de la Juventud del Frente Popular para la Liberación de Palestina en América Latina y el Caribe. Era uno de mis compañeros más cercanos e incondicionales, entre los que vivían en Centro América, y particularmente en Honduras. Él, a diferencia de la mayoría de los otros compañeros con los que compartí, habían salido de Palestina mucho antes de la primera Intifada², luego de un largo periodo en la cárcel, buscando alguna oportunidad de desarrollo, ahogados por la ocupación, aburridos de ser tratados como extranjeros en su propia tierra, hastiados de ser

2 Levantamiento palestino a fines de 1987 en Cisjordania y la Franja de Gaza

encarcelados solo por el hecho de resistir.

Nos dedicábamos a organizar a las colectividades, a mantenerlas informadas y a recolectar dinero para ir en ayuda de las familias refugiadas, de los huérfanos y de los guerrilleros palestinos. Nos consagrábamos, además, a difundir en todo el Continente la realidad de nuestro pueblo, dando charlas en las universidades, colegios y centros comunitarios. Promovíamos la cultura y las tradiciones palestinas mediante el folclór, el arte y la reconstrucción de la identidad nacional, con el objeto de poner un dique contra el olvido y la indiferencia. Nuestra gran diferencia con el sionismo, eso sí, era que nosotros



no luchábamos contra el normal proceso de integración de los exiliados en los países a donde llegaban, y promovíamos la obligación de los hijos y nietos de palestinos de ser los mejores ciudadanos, en todos los países en que se hubieran establecido.

Luego de la firma de los Acuerdos de Oslo, en septiembre de 1993, casi toda nuestra organización se vino al suelo. Algunos, de verdad, creyeron que el momento de la paz había llegado. Nosotros creíamos todo lo contrario. Estábamos convencidos de que habíamos sido objeto de la peor de las trampas y proclamábamos, a quién nos quisiera escuchar, que ese Acuerdo nos conduciría a la guerra civil, o a algo peor, y que nada bueno podría salir de él.

El tiempo, lamentablemente, nos terminó dando toda la razón. El compromiso original partía con el establecimiento de una Autoridad Nacional Palestina en Cisjordania, para dar inicio al traspaso paulatino de responsabilidades, atribuciones y porciones de territorio que, en el plazo de cinco años, debían terminar con el establecimiento de un Estado Palestino independiente en Palestina con Jerusalén como capital. Ya han pasado veinte años. Los asentamientos se han multiplicado por seis y los puestos de control, conocidos como *Check Points*, se han multiplicado por diez, la Autoridad Nacional se encuentra debilitada y desprestigiada, los israelíes siguen haciendo caso omiso del Derecho Internacional y de sus compromisos adquiridos, con la venia y la complicidad de toda la comunidad internacional de países y principalmente de los Estado Unidos de Norteamérica.

Hacía quince años que no nos veíamos y solo habíamos tenido noticias cada uno del otro en contadas oportunidades, pero la fraternidad, el cariño y la lealtad, construidas a lo largo de años dedicados a nuestra causa, estaban intactas. La distancia, lejos de haberlas debilitado, las había tornado más fuertes, debido a los recuerdos maravillosos de esa época en que éramos capaces de movilizar al Continente completo en solidaridad con Palestina.

Según la información que yo manejaba, Tanás había vuelto a Palestina en el 1994. Ingresó poco después del establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina, luego de pasar siete años tratando de hacer su vida en Honduras, con el cuerpo allá y la cabeza en la tierra de sus padres, de él, de sus hijos y de sus nietos.

En el último tiempo, cada vez que hablábamos o nos escribíamos me invitaba a visitarlo. Pero las condiciones no estaban dadas. Tampoco lo estaban en ese minuto, pero luego de quince años de esperar y por razones que jamás hubiéramos imaginado, había llegado el momento de volver a encontrarnos y reconvertirnos en protagonistas de nuestra propia historia.

Hacía algunos años que yo me había vuelto a involucrar en el trabajo orgánico de la colectividad palestina de Chile, al interior de la Federación Palestina, y hoy venía a Palestina a trabajar en el lanzamiento de este proyecto destinado a la construcción de una Red Palestina de carácter mundial. No lo podía creer. Ya estaba en Palestina.

Me subí a un taxi y le dí la única indicación que tenía. Al Grand Hotel de Beit Lehem, por favor. No tenía ninguna otra indicación. Solo me

había aprendido el nombre de un tarjetero que Tanás me había enviado a Chile la última vez que se había topado con uno de mis familiares en la Capital Mundial de la Cristiandad. Lo llenó de regalos para mí y para mi familia. Me imaginaba que debía haber estado esperando, quizá cuántas horas mi llegada, pero en Palestina las cosas son así. Ya lo dije antes: todo puede suceder excepto lo que uno ha planificado. Los israelíes se encargan de ello y lo hacen con una maestría pocas veces vista.

Mientras el taxi se adentraba en Palestina me inundó una emoción que pocas veces había sentido. No podía ocultar la sonrisa que tenía mientras movía la cabeza en señal de que no podía creer lo que estaba viviendo. Mis ojos se llenaron de lágrimas que rodaban por la cara sin que pudiera explicar nada. El paisaje me parecía maravilloso. Los cerros se sucedían uno tras otro sin parar, en un ambiente semidesértico en el cual los olivos aterrazados en las laderas de esos cerros milenarios y los bosques avisaban de la existencia de napas subterráneas que no solo permiten la subsistencia de la naturaleza, sino que también forman parte central de la cuestión de Palestina. Hoy muchos de los bosques había han sido destruidos y reemplazados por los asentamientos israelíes que se han instalados justamente sobre ellos para monopolizar el agua, arrebatársela a los palestinos y destruir, de paso, su economía.

De pronto comenzaron a aparecer los primeros signos de la ocupación y del Apartheid Israelí sobre el terreno propiamente tal. A unos dos kilómetros del puesto fronterizo nos encontramos un conjunto de taxis amarillos parados, esperando pasajeros. ¿Por qué están aquí?, pregunté al taxista. Porque no pueden pasar al puente, dijo él. ¿Por qué no pueden pasar? Porque los israelíes son los que deciden quiénes pueden entrar y quiénes no. Por eso muchos toman taxi hasta este punto y luego cambian de auto para ir a sus ciudades, sin entrar en Jerusalén, porque tampoco tienen permisos para su acceso. ¿Cómo?, no entiendo. Yo tengo este taxi con permiso para llegar a Jerusalén y por lo mismo puedo ir hasta el puente y traer pasajeros por Jerusalén, o por cualquier carretera a cualquier parte, pero solo me pueden tomar los turistas o los israelíes o los palestinos que tienen permiso para transitar por Israel. Los otros deben venir acá a tomar estos taxis que solo pueden transitar por las carreteras para los palestinos y por los tramos de las carreteras israelíes donde no existe alternativa, pero sometidos a controles de todo tipo,

cada vez que desean circular, entrar o salir de ellas, explicó él.

No lo podía creer. Sobre los Territorios Palestinos había carreteras para los colonos, modernas, seguras, con estándares de diseño de última generación. Para los palestinos, en cambio, existían unos caminos mal asfaltados, sin estándares de diseño, ni seguridad alguna y sobre los cuales los israelíes han instalado todos los puestos de control que ellos creen necesarios para proteger, según ellos, las vidas de los colonos ilegales que viven en los territorios ocupados y que son verdaderos grupos paramilitares esparcidos por toda Palestina.

Por si fuera poco, los caminos palestinos pueden multiplicar por tres los tiempos de viaje que implican las carreteras para los colonos y pueden ser bloqueados en cualquier minuto, por el tiempo que los israelíes deseen, sin otra causa que la del simple deseo de molestar, de destruir la moral de los palestinos, de debilitar su resistencia.

Me quedé en silencio y la sonrisa que traía fue dando paso a una mueca de tristeza protagonizada por mis labios, cerrados, apretados de indignación. Las lágrimas de emoción se fueron transformando en llanto de rabia e impotencia. El taxista, al verme, me preguntó en inglés de dónde era. De Chile, dije yo. Eres chileno, preguntó él. Sí, dije, pero soy palestino. ¿Y por qué no hablas árabe entonces?. Porque soy tercera generación y mis padres jamás me lo enseñaron. ¿De qué ciudad eres? De Santiago en Chile y de Beit Jala, en Palestina. ¿Y de qué familia? de la familia Jadue, dije cerrando el interrogatorio.

Inmediatamente cambió el tono y con una sonrisa que ya comenzaba a parecerme familiar, preguntó: ¿es tu primera vez en Palestina? Sí, mi primera vez. Soltó el volante y dio un aplauso con las manos sobre el volante, gritando algo así como yapayieeee, y con la misma alegría y con esa mueca de satisfacción que antes habían hecho Ahmad, el taxista y el joven palestino que me orientó en el puesto fronterizo de Jordania, me dijo. *Ahla u sahla, Ajui, ahla u sahla, alla maak*; que quiere decir "bienvenido hermano, bienvenido y que dios te acompañe".

Nuevamente el viaje mutó hacia la fraternidad y la familiaridad. Hablamos menos. pues él no hablaba mucho inglés y yo, si bien, entendía el árabe, no lo hablaba como para expresar todo lo que iba sintiendo a medida que avanzaba en el recorrido.



Mientras avanzábamos, pude ver con espanto la cantidad de asentamientos que existen en la Palestina ocupada y que cada día se amplían un poco más. Asentamientos que constituyen enclaves que han ido generando una conurbación gigante en torno a Jerusalén, borrando la topografía y el paisaje de Palestina y consolidando una ocupación que, sobre el terreno, no muestra ni la más mínima intención de retirarse y mucho menos de establecer una paz justa y duradera.

Nos demoramos veinte minutos a Jerusalén y veinte minutos a Beit Lehem. En los puestos de control pude ver las filas de árabes esperando pasar, bajando de sus autos, abriendo las maletas para permitir a jóvenes soldados fuertemente armados y en una actitud siempre odiosa y prepotente, revisar a quien ellos estimaran conveniente. Pregunté cuanto se demora el camino de los palestinos en unir los mismos puntos y la respuesta me produjo indignación. Una hora y cuarenta minutos, si es que no te detienen en ningún *Check Point*. Nuevamente no lo podía creer.

El resto del camino lo transitamos en silencio. Fue hermoso y duro a la vez. A pesar de todo, llegar a Beit Lehem fue maravilloso. La ciudad formaba una unidad consustancial con los cerros sobre los cuales se encontraba desde su nacimiento. Las casas se descolgaban por las laderas buscando las maravillosas vistas que surgen naturalmente, de cualquier parte de la ciudad hacia cualquier otra parte de ella o hacia las cercanías de Palestina. Las calles estrechas, con casas y edificios antiguos, de cientos de años de antigüedad, le daban un aspecto incomparable con todo lo que haya conocido antes. Todas las construcciones eran de color ocre, muy cercanas al color de la tierra que las rodeaba. Algunas más claras, otras más oscuras, pero todas formaban parte de una postal, mil veces vista y completamente perfecta. La imagen superaba



con creces todas las expectativas que yo traía. Me dí cuenta de inmediato de una de las diferencias más importantes entre los nuevos asentamientos ilegales y las antiguas ciudades palestinas. A simple vista se nota que éstas pertenecen al terreno donde están, que son parte de los cerros, que han ido creciendo y se han ido consolidando junto a ellos, escalándolos a través de la historia convirtiéndose en una amalgama indestructible, tal como se consolida un texto de un libro en construcción, en el que cada nuevo párrafo toma en consideración al anterior y sirve de guía al siguiente, generando una coherencia maravillosa, que en el caso de las ciudades se expresa en una fusión casi perfecta entre territorio, naturaleza circundante, edificaciones e historia: una verdadera y maravillosa síntesis entre continuidad y transformación.

A diferencia de ellas, los asentamientos israelíes no respetan nada de lo que existe. Se posan sobre el terreno arrancando árboles y bosques, aplastando los cerros, construyendo grandes plataformas con las que borran de un plumazo la geografía y la imagen espacial precedente. Sus casas son repeticiones de un prototipo que no necesita ni aspira a adaptarse a la pendiente de los cerros; que no hace diferencias entre sus habitantes, ni entre sus gustos personales; ni representa las distintas épocas que conviven en cualquier ciudad con historia. Son todas iguales, estandarizadas y repetidas una y otra vez, como pensadas para personas sin historia ni identidad. Se nota de solo mirarlas que han surgido por generación espontánea, que no pertenecen a ese lugar y que lo desprecian, como desprecian a sus habitantes, a su medio ambiente y a su historia.

Pensé en lo que sucede cuando uno deja de ver a un amigo entrañable durante veinte años o más. Siempre existen en él los rasgos fundamentales que lo definen, y que te permiten reconocerlo en ese par de segundos que la

memoria se demora en recorrer sus archivos internos para sacarlos a la superficie y que de ellos emane una sonrisa y un saludo cariñoso generado por la identidad, la historia y la memoria. Comparé en mi mente aquella situación con lo que sucede cuando, un día cualquiera, te encuentras con un amigo al que ves todos los días, pero sin cabello, completamente calvo. No lo reconoces o te cuesta mucho, caes en shock, hasta que sus gestos te recuerdan que te son familiares. Lo saludas sin atrever a preguntar qué le pasó, porque esos cambios radicales, en la vida y en el aspecto de las personas son fruto de crisis internas demoledoras o de enfermedades terminales que te llevan a la muerte.

Las ciudades palestinas están vivas y tienen esos rasgos fundamentales, esa esencia que te permite saber que son las que siempre han estado ahí. Los asentamientos se parecen a las enfermedades terminales, al cáncer, llegan un día sin avisar y aniquilan todo a su alrededor. Destruyen la esencia, borran la historia, ignoran la unidad consustancial que existe entre Arquitectura, habitante y Lugar, entre los cerros y quienes los han habitado por miles de años. Los asentamientos se apoderan de todo, son ajenos a todo y a todos y llegan para quedarse hasta terminar con la vida misma de lo que ahí existía.

Me parecía consistente con el proyecto sionista. Para poder hacer nacer a Israel sobre la tierra de Palestina han tenido primero que asesinar a Palestina. Han tenido que borrar todo vestigio de lo que era y lo siguen haciendo ante la mirada silenciosa y cómplice de toda la comunidad internacional de naciones.

Luego de un rato de dar vueltas por la ciudad y de preguntar a todas las personas que nos encontramos en la calle, dimos con el Gran Hotel de Beit Lehem, al que, como era lógico, casi nadie conocía por su nombre sino por el de la familia al que pertenecía: era el hotel Bendeck.

Ingresé con las maletas y pregunté por Tanás o por Douha, su señora. Por la cara del joven que estaba en recepción y que seguramente era parte de la familia, me percaté de que todos estaban esperando mi llegada. Me dijo que Tanás no estaba, que se acababa de salir, pero que de inmediato lo llamaría. Entre gritos de alerta para que vinieran a buscar mi equipaje y para que me trajeran algo de beber y de comer, marcó el número de teléfono de Tanás y apenas le dijeron que había llegado una persona de Chile, se escuchó por el teléfono un griterío de grandes proporciones. Me pasó el teléfono y luego de los saludos interminables, de los primeros intercambios de palabras fraternas

y de bendiciones, me dijo que enviaría inmediatamente un taxi a buscarme. Le dije que tomaría una habitación y me dijo que hiciera lo que quisiera, que el hotel estaba a mi disposición y que me preparara inmediatamente para cenar porque el almuerzo estaba esperando por mí desde las dos de la tarde.

El reloj marcaba las siete y media. Ya era de noche y aun estaban esperándome. Reitero: es que en Palestina ocupada las cosas son así; todo puede suceder excepto lo que está planificado. La ocupación ha hecho del tiempo de los palestinos algo total y completamente relativo y éstos han desarrollado esa flexibilidad que les permite adaptarse a casi todo y tolerar los sufrimientos más inimaginables pero con la determinación de permanecer que solo pueden darte las raíces que se hunden en cada palmo de su tierra.

A pesar de los alegatos para que alguien cargara mis cosas, subí yo mismo mi maleta a la habitación. No soportaba la idea de que me sirvieran o me trataran de manera especial. Me mojé la cara para recuperar algo de fuerzas. Llevaba cincuenta y dos horas de viaje, con nueve de espera con interrogatorios incluidos, pero por fin estaba en Palestina, entre los míos.

Bajé de inmediato y a los pocos minutos llegó el taxi. Junto conmigo subieron a él un niño y una niña que evidentemente eran hijos o familiares cercanos de Tanás. El taxista nos condujo por las calles de la ciudad hacia el edificio donde vivía la familia. Cuando llegamos, Tanás estaba esperando frente a la entrada, sentado en la cuneta, con las piernas cruzadas y las manos en las rodillas. Apenas vio girar el automóvil se levantó de un salto y comenzó a bailar *dabke*, con un *mesbaha*¹ en la mano, para recibirme. La cara de felicidad se le notaba a la distancia. La mía no era muy distinta. Nos fundimos en un abrazo interminable, sin palabras, con lágrimas corriendo por nuestras mejillas. El sabía lo que para mi significaba estar en Palestina y yo sabía lo que para él significaba estar, una vez más, recibéndome en su casa, como tantas veces lo había hecho en Honduras, pero ahora en la tierra que movilizaba hasta la última gota de sangre que corría por nuestras venas.

Habíamos pasado varios de los mejores años de nuestra juventud trabajando juntos, soñando juntos, conversando hasta el amanecer acerca de las maneras de ayudar a nuestro pueblo y a nuestra causa, tratando de hacer lo

1 Dabke es la danza popular árabe más usual en el Levante mediterráneo. Mesbaha es el rosario musulmán



posible por borrar la imagen de terroristas que los israelíes habían construido de nosotros hasta la primera Intifada de 1987.

No teníamos el mismo apellido, ni la misma sangre corría por nuestras venas, pero éramos de verdad hermanos y demasiadas cosas nos unían. Los años habían pasado. Su pelo estaba disminuido y cano. Su cara llevaba marcado el sufrimiento que implica vivir la cárcel, el exilio y luego nuevamente la ocupación, todos y cada uno de los días de tu vida. Estábamos sin duda distintos, más viejos o con más juventud acumulada, todo depende de con qué cristal se miren las cosas. Nosotros los de entonces ya no éramos los mismos, pero nuestra amistad y fraternidad se había renovado como por arte de magia en un solo segundo.

Subimos a su departamento. En él estaba casi toda la familia y la que faltaba ya estaba en camino. Me esperaban en la cocina como se espera a los que te pertenecen, sin protocolo, sin formalidades. No conocía a nadie pero desde el minuto que ingresé al apartamento me sentí como en familia. Todos sabían quién era. Conocían de mí mucho, más de lo que yo sabía de ellos. Tanás se había encargado de las presentaciones previas, de las explicaciones,



de la historia común y los sueños compartidos. En pocos minutos estábamos todos conversando en una mezcla entre árabe, español e inglés, como si nos conociéramos de toda una vida. La familia de Douha, la esposa de Tanás, está conformada en su mayoría por miembros del Partido Comunista Palestino y quienes me conocen, saben lo que eso significa para mí. Douha era concejal de la municipalidad de Beit Lehem. Su padre fue comunista hasta el día de su muerte y su madre es, hasta el día de hoy, militante y una de las mujeres más respetadas del partido. Su hermana menor, Lubna, estudia un Doctorado en la Universidad, trabaja y también es militante del partido. Por esos días todos eran cercanos a Mustafa Barghouti¹, de quién se dice que es, hoy por hoy, el único líder de la nueva izquierda palestina.

Durante la charla hablamos de todo, pero de manera especial recordamos los viejos tiempos y comencé a vivir la mayor de las sorpresas de este viaje que recién estaba comenzando. La mayoría de mis compañeros que esta-

1 Jerusalén 1954, médico, político y activista pacifista, estudió Medicina en Rusia y Economía en Estados Unidos, fundador de la Iniciativa Nacional Palestina en 2002 con Edward Said y otros

ban en Honduras, Nicaragua, El Salvador y Guatemala se encontraban viviendo en Palestina. No sabían que yo venía, pero Tanás había preparado una sorpresa. Luego de cenar volveríamos al hotel y los llamaríamos para contarles. El corazón volvió a latir como cuando comencé a entrar en Palestina. Yo no lo podía creer, los volvería a ver a todos o a casi todos. No lo podía creer.

Una de las formas tradicionales de demostrar el cariño a los seres queridos en Palestina es a través de la comida y esa vez no fue la excepción. Habían preparado muchas cosas y cualquier intento por comer de manera mesurada hubiera sido interpretado como una falta de consideración, así es que, mientras conversábamos, comimos como si de la última cena se tratara, a pesar de que, luego de la noticia de la presencia en Palestina de la mayoría de mis amigos y compañeros, estaba seguro de que solo sería la primera de muchas cenas, llenas de recuerdos y alegría, de las que disfrutaría.

Volvimos al hotel y nos sentamos en el bar. Tanás recordaba perfectamente que yo no bebía ni fumaba, por lo que inmediatamente trajo agua y unos picadillos para acompañar la conversación. Mientras departíamos, comenzaron a desfilan todos quienes trabajaban en el hotel y algunos amigos de Tanás que me querían conocer y saludar. Tanás había hecho de nuestras hazañas una verdadera leyenda. Comenzó a llamar a los otros. Todos quedaban estupefactos con la noticia. El único que se encontraba en la ciudad era Raúl, quien no tardó en llegar. A los otros, los saludé por teléfono, entre risas y gritos de alegría y enojo, porque nadie había avisado a tiempo que yo venía de camino. Los reclamos recayeron sobre Tanás, pero él se disculpó diciendo que era una sorpresa y que yo había dado indicaciones claras de no avisarle a nadie, puesto que hasta que hubiera llegado, nadie sabría a ciencia cierta si los sionistas me dejarían entrar a Palestina o si me deportarían. Acordamos reunirnos todos a la mañana siguiente. Cuando Raúl llegó, nos fundimos en otro abrazo interminable, no podíamos creer que estuviéramos juntos en Palestina, después de tantos y tantos años de no vernos ni saber los unos de los otros. A diferencia de Tanás, Raúl se había ido a Honduras en el tiempo de la primera Intifada ahogado por la falta de oportunidades y había vuelto solamente hacía un par de meses, con toda su familia, su esposa, sus hijos, todos hondureños y palestinos.

Yo, por mi parte, telefoneé a algunos amigos que no siendo de ese grupo, no podía dejar de llamar y la respuesta fue siempre la misma. No ha-

bían pasado tres horas desde mi llegada y el hotel estaba lleno de mis hermanos y hermanas en Palestina, y la agenda estaba copada de comidas, encuentros y reuniones de trabajo, visitas y presentaciones formales e informales, sin contar las actividades correspondientes a las razones que me traían a Palestina, que por motivos que no era menester explicar, se atrasarían un par de días con respecto a lo planeado, por lo que los primeros tres días, podría dedicarlos por completo a conocer la tierra de mis abuelos y a ponerme al día con los míos. Supe que Xavier también estaba de viaje, en una ronda de negociaciones en Europa, pero que estaba por llegar al día siguiente.

Mientras la cháchara avanzaba, inundando nuestras cabezas de recuerdos, un dúo de músicos amigos de la familia comenzó a animar la noche en el hotel con música árabe. Los turistas que estaban presentes no demoraron en ponerse a bailar tratando de seguir un ritmo que para ellos era absolutamente desconocido, pero que para mí era tan cotidiano y familiar como escuchar a Silvio, a Pablo o a Serrat. Yo había bailado *dabke* en Chile durante más de 15 años y había sido director de dos grupos folclóricos palestinos de gran calidad. Uno de ellos, el del Colegio Árabe de Santiago, había realizado giras internacionales por toda América Latina y el Caribe, incluyendo Brasil, Honduras, Guatemala, Panamá, Colombia y otros países donde había comunidades importantes.

Volví a pensar que, a pesar de la distancia, de las generaciones y de las diferencias culturales existentes entre los presentes, mi identidad estaba conformada por partes que no competían entre ellas, sino que afloraban con la misma fuerza, dependiendo del contexto y de las emociones. Me sentí más cercano que nunca antes a esa definición que tantas veces había hecho sobre mí mismo. Era un ciudadano universal.

Estuvimos hasta las tres de la madrugada de ese mi primer día en Palestina, comiendo, conversando y remomerando otros tiempos. Nos pusimos al día en lo que alcanzamos, nos reímos a carcajadas recordando nuestras historias y desafíos. Lloramos un poco por los que ya no estaban con nosotros, por los que nos habían dejado sin volver, pero sobre todo disfrutamos de este reencuentro maravilloso, en este viaje maravilloso y en esta tierra maravillosa que es Palestina. Nos despedimos cuando mis ojos ya no se sostenían abiertos, con el acuerdo de encontrarnos al otro día para iniciar el recorrido más esperado de mi vida.

Beit Lehem: capital mundial de la Cristiandad

Despertar con la llamada a la oración de los musulmanes ya comenzaba a convertirse en un rito imposible de soslayar. Abrí los ojos después de un sueño verdaderamente reparador y recordé que a pesar de lo alto que se encontraba el sol, en Palestina no debía ser tan tarde como parecía. Traté de seguir durmiendo, consciente de que lo que había descansado no era suficiente para recuperar las fuerzas que me habían arrebatado todas las emociones del día anterior. Dí un par de vueltas en la cama y terminé por convencerme de que mi organismo no tenía la menor intención de volver a dormir. Que prefería, sin duda, salir a caminar y recorrer la ciudad sagrada de Beit Lehem, la misma que había sido testigo del nacimiento de Jesús; la misma que le quitaba el sueño a tantos chilenos de origen palestino cuyos antepasados venían de esta tierra; la misma que desde mi humilde perspectiva, la Cristiandad universal había abandonado a su suerte bajo la ocupación israelí.

Me acerqué a la ventana y ví por primera vez, en vivo, en directo y a plena luz del sol, una imagen de lo que para mi debería ser la Capital Mundial de la Cristiandad. Pensé en Roma y me pregunté si esa ciudad con toda su opulencia, podía significar más para los cristianos que la ciudad que tenía frente a mis ojos. La respuesta vino en seguida: No había ninguna posibilidad, no importaba cuánto Roma pudiera significar para los poderes que utilizan la religión para otros fines, nunca superaría lo que Beit Lehem significaba para los cristianos.

A escasos metros, una iglesia ubicada en una punta de diamante hacía de puerta de entrada a la ciudad antigua. A través de una de la calles que la conformaban se llega a la Iglesia de la Natividad, el lugar donde según la tradición cristiana nació Jesús. A través de la otra, te internabas en otra de las arterias principales de esa ciudad, que había albergado la vida de Jesús y su familia. Sobre los techos se divisaban terrazas con hierros saliendo sobre la

superficie, como si estuvieran, todas ellas, esperando la construcción de otro piso donde vendría a instalarse una nueva generación de la familia que vivía en los pisos inferiores, puesto que las familias palestinas, de carácter extendida, estaban acostumbradas a vivir juntas, generación tras generación, sumando un piso nuevo, cada vez que el crecimiento de la familia superaba la capacidad de la casa original.

Recordé las palabras desafiantes de Magaly, mi madre, antes de mi partida, advirtiéndome que si entraba en la Iglesia de la Natividad recuperaría la fe perdida tantos años atrás, cuando me convencí, por propia y amarga experiencia, que las religiones son superestructuras jurídicas que han actuado y actúan, a lo largo de la Historia de la Humanidad, como meros instrumentos de dominación de clase, y que todas ellas se basan en mitos y mitologías más o menos originales que pretenden contener el malestar social, mediante una resignada espera de la llegada de algún dios o mesías que traiga la alegría y la paz para los que sufren.

Mi reflexión incluía también a aquellos que durante miles de años han muerto esperando su regreso, luego de una vida entera de paciente sufrimiento, creyendo en que después de su muerte llegarían a un lugar maravilloso a compartir el Reino de los Cielos con algún dios que, a pesar de ser todopoderoso, había preferido dejar en libertad de acción a los partidarios del Mal, en la Tierra, para poner a prueba, según sus seguidores, a los justos.

Dejé los recuerdos de mi madre de lado, consciente de que habría tiempo para poner a prueba su última esperanza de verme reconvertido al cristianismo. Me metí a la ducha y me vestí lo más rápido que pude. Sabía que Tanás aparecería en cualquier minuto y que, a partir de ese momento, administraría mi agenda a su antojo y se preocuparía de llevarme a todos los hitos más importantes del circuito turístico más emblemático del mundo cristiano. Y que si quería tener la oportunidad de recorrer las calles sin destino conocido ni apuro, buscando captar con mi cámara todo lo que me permitiera luego reproducir las emociones y las sensaciones de mi viaje en este relato, tendría que aprovechar todos los minutos del mismo. Los que estuviera en compañía de Tanás y, sobre todo, los que estuviera sin él.

Al salir de la ducha me percaté de que sobre el velador, del otro lado de mi cama, había una bandeja llena de fruta, dos botellas de agua sin gas embotellada, un termo de té árabe y algunas delicias árabes para pasar la

noche y enfrentar el amanecer. Era una muestra más del cariño de mis hermanos. No les bastaba todo lo que había comido en la cena y luego durante la velada, no les bastaba todo el cariño que me habían prodigado desde el primer minuto. Simplemente, no soportaban la idea de que durante mi estadía en Palestina algo pudiera faltarme. Era uno de los signos más característicos de la cultura árabe que primero aprendí: la hospitalidad sin límites que los palestinos ofrecían a sus hermanos. Probé algunas frutas entre las que destacaban las naranjas y los caquis, además de los frutos secos tan propios de nuestros pueblos. Luego me tome uno de los té más exquisitos que jamás haya probado. Estaba a la temperatura justa y tenía un aroma inigualable. Era el aroma de Palestina y del amor de mis hermanos.

Me vestí con lo primero que encontré en la maleta. No quería perder tiempo en desarmar maletas ni ordenando mis ropas en los armarios disponibles. Solo me preocupé de tomar la cámara, revisar que la memoria estuviera vacía y la batería cargada para comenzar a retratar la tierra de mis ancestros, su gente y su paisaje, sus edificios y todo lo que siempre había soñado con poder visitar.

Cuando salí de la habitación eran las siete de la mañana. Lo primero que hice fue subir por la escalera del hotel hasta el último piso, buscando una terraza desde la cual pudiera ver una imagen general de la ciudad. Llegué a la octava planta y por una escalera más pequeña seguí camino hasta la azotea. La impresión al salir fue excitante. Se veía casi la totalidad de Beit Lehem desde la terraza y más allá se podía divisar Beit Jala y parte de Beit Sahur. Como en todas partes, las maravillosas vistas de las ciudades palestinas eran enmarcadas por la insoportable presencia de los nuevos asentamientos israelíes, que vienen rodeando y ampliando por la vía de hechos consumados, de manera ilegal y por la fuerza, los límites de la Jerusalén ocupada, a costa de tierras rurales de las primeras. Esas que acogen a los olivos milenarios y a las cabras que forman parte fundamental de la economía y el paisaje palestinos.

Saqué varias fotos de todas las imágenes de la ciudad que tenía frente a mis ojos. El cielo parecía más azul que desde donde yo venía y estaba recortado por las siluetas siempre presentes de los minaretes y las cúpulas de las mezquitas y las cruces de las iglesias, musulmanas y cristianas, respectivamente. A pesar del contraste evidente entre los edificios nuevos y antiguos y sus volumetrías más o menos simples, la escala de la ciudad era una y la

misma, como si cada nueva edificación viniera a sumarse a ese texto inacabado que son las ciudades cuando forman parte de la historia de la tierra en donde se posan. Resultaba evidente el cuidado por no romper con el pasado y, a la vez, la delicadeza con la que se abría, en cada nueva construcción, una puerta al futuro, sin que nada pudiera poner en peligro esa esencia y esa vocación que permite que Beit Lehem siga siendo hoy, más de dos mil años después, la misma ciudad de los tiempos de Jesús y los apóstoles.

La ansiedad y las ganas de estar en esas calles, entre mi gente, me llevaron a bajar casi sin tocar la superficie de la escalera que me había conducido a la terraza. No había nadie en el hotel más que quien se quedaba a cargo de la recepción durante la noche. Su nombre era Elías. Era amigo cercano de Tanás y durante el día trabajaba de taxista, por lo que debía ser un excelente guía turístico. Me saludó con mucha seriedad y preocupación y me dijo que Tanás había indicado que lo llamaran en cuanto yo apareciera. Le rogué que no lo hiciera y que lo dejara descansar, pues la noche anterior habíamos permanecido despiertos hasta muy tarde. Que yo saldría a dar una vuelta corta y volvería en un par de horas para desayunar con él. Asintió con la cabeza, salí rápidamente del hotel y me interné en la ciudad antigua, seguro de que, en cuanto yo partiera, Elías le avisaría a Tanas de que ya me había ido.

En un comienzo, cada paso que daba me enfrentaba a una imagen digna de ser fotografiada e inmortalizada para mis recuerdos. Todo me parecía maravilloso, las casas antiguas, las tiendas, que ya estaban abiertas desde muy temprano. Los rostros de toda esa gente que ya circulaba como si el día ya estuviese maduro. El sol pegaba bastante fuerte y no había pista alguna del invierno que me habían dicho que encontraría. Frente al hotel había una botillería de nombre Giacaman Market. Sonreí recordando a mis amigos de Chile que eran parte de esa familia y pensé, en silencio, que no había lugar a dudas, los palestinos chilenos somos tan parte de esta tierra como de nuestro país. No es que ella nos pertenezca, somos nosotros los que pertenecemos a esta tierra. Recordé a Pancho y a Andrés y le tomé una foto a la fachada del local para llevárselas de recuerdo.

La gente caminaba con normalidad. Tuve la sensación, por un par de segundos, que la ocupación militar israelí no se sentía tanto como yo esperaba. La gente parecía alegre y tranquila, habían niños jugando en las calles, jóvenes caminando al colegio o la Universidad, gente comprando, hablando por ce-

lular, tomando café y conversando en las calles. En la esquina del hotel vi la primera señal de la existencia de la Autoridad Palestina. Había dos policías, vestidos con uniformes palestinos, resguardando la calle. Caminé hasta la esquina y me volví para tomar una foto del hotel y, en un vano del zócalo, ví a un viejo palestino, vestido de terno azul, con su *kuffiya* en la cabeza, afirmada con un cordel negro, bebiendo un café recién comprado a un vendedor ambulante que se alejaba, mientras se despedía llamándolo por su nombre. Esa imagen me llamó la atención pues en mi país la segregación social no te deja ver escenas donde pobres y ricos convivan con tanta naturalidad, conscientes de que, a pesar de las diferencias, son seres humanos iguales entre ellos, con una historia y un destino común, partes de una misma comunidad.

Dí una pequeña vuelta a la manzana. No habían pasado veinte minutos y uno de los muchachos que trabajaba en el hotel llegó corriendo en mi búsqueda. Tanás ya había llegado al hotel y me esperaba para desayunar. Volví entre resignado y feliz de sentir la fidelidad de este amigo al que había reencontrado luego de veinte años, casi sin saber el uno del otro, pero ligados por un pedazo de nuestra historia que nos hermanaba más allá de la sangre y de nuestra voluntad.



Efectivamente, Elías lo había llamado apenas yo había salido del hotel y se había demorado menos de veinte minutos en aparecer a ponerse a mi disposición. Me sirvieron un desayuno típicamente palestino, en una mesa típicamente palestina. Había tomates cortados en medias lunas, huevos, aceitunas, queso y pan árabe, acompañado de pasta de garbanzo, de berenjena y de habas; falafel y queso fresco, orégano molido y, por supuesto, aceite de oliva para mezclar con lo que yo quisiera. Para acompañar la comida, una cafetera llena de un exquisito café recién preparado. No recuerdo un desayuno como aquel desde a última vez que había estado en Honduras con Tanás. Comimos suficiente como para pasar el día entero sin volver a hacerlo. Durante el desayuno, se nos sumó Douha y en pocos minutos estábamos hablando de política, analizando el estancamiento de las negociaciones y el descrédito en el que habían caído los partidos políticos tradicionales de la OLP después de los Acuerdos de Oslo. Le consulté, con especial interés y a pesar de que sabía la respuesta, acerca de la situación de los partidos de la izquierda palestina y me contestó que casi habían desaparecido. Que tras Oslo ya no quedaban organizaciones políticas y que todos habían sido cooptados de una u otra forma por americanos y europeos. Confirmé mis apreciaciones de los últimos años. La gente perteneciente a lo que se conocía como la derecha palestina estaba en la Autoridad Nacional Palestina, envueltos todos en un proceso de paz en el que ni ellos mismos creían, sin saber a dónde ir, pero algo cómodos con los sueldos del gobierno que les permitían reproducir su existencia y la de sus familias sin demasiados sobresaltos. Se estaban convirtiendo a pasos agigantados en la clase burocrática dominante que no tendría problema, al cabo de unos años, para negociar en los términos de Israel y Estados Unidos.

Por otro lado, la gente que militaba en los movimientos o partidos de lo que se conocía como la izquierda palestina estaba en una situación similar, con la única diferencia de que, en vez de estar en los cargos de gobierno, estaban en un sinfín de ONGs (organizaciones no gubernamentales) con financiamiento externo, consumidos en objetivos diminutos, que agotaban todas sus fuerzas, pero también con sueldos que, siendo bastante menores que los de la Autoridad Nacional, les daban algo de tranquilidad y subsistir bajo la ocupación. En medio de ambos seguía estando un pueblo relativamente desmovilizado, pero siempre a punto de estallar, buscando alternativas de liderazgo, pero con una desconfianza soberana en todas las fuerzas tradiciona-

les, incluida Hamás, nacida en los años 80 del siglo XX con el apoyo financiero de las autoridades de Israel para instalarse como una fuerza paralela a la OLP, que afirmaba por entonces ser el único y legítimo representante del pueblo palestino, mientras levantaba un proyecto nacional de un Estado laico y democrático, aglutinado a la mayoría del pueblo palestino pero que Hamás, por ser un movimiento fundamentalista, nunca aceptaría.

La discusión se tornaba cada minuto más interesante, pero sabía que se iría desarrollando a medida que pasarán los días. Decidimos dejarla en suspenso para ir a recorrer algunos de los lugares clave de la ciudad y aprovechar para saludar a algunos de los amigos que ya sabían de mi llegada y que estaban, desde temprano, esperando que apareciera.

El paseo comenzó con la visita obligada a la ciudad antigua. Atravesamos la zona comercial que media entre el hotel de los Bendek y la iglesia de la Natividad, donde se nos unió Raúl. Recordé mis clases de arquitectura árabe y de cómo las ciudades árabes apenas tenían perspectivas lejanas, porque las calles se encontraban una con otras, sin continuidad, en tanto las diversa edificaciones iban llenando todos los recovecos posibles de ser construidos. Aparecían escaleras de piedra por doquier, todas con barandas metálicas pintadas de un color celeste, que con el paso de los días se convertiría en un elemento tradicional de la ciudad. Los letreros de las calles estaban con-



formados por un triángulo rojo acompañado de un rectángulo ocre, casi del mismo color de la piedra de las murallas. En su interior, el nombre de las calles estaba escrito en árabe. Cuando uno miraba desde lejos, daba la sensación de ser un letrero compuesto por el mapa de Palestina, acompañado del nombre en árabe. Casi todos los letreros de las tiendas combinaban de forma original casi siempre los mismos colores, generando una unidad estética formal bastante característica. Las ventanas eran casi todas alargadas vertical y no pocas veces terminaban coronadas por un arco de medio punto, hecho con piedras cortadas especialmente para conformarlo. Las calles eran pequeñas y el conflicto con los automóviles, para los cuales no habían sido pensadas, era también evidente. Claramente, la ciudad existía mucho antes que los vehículos modernos. No existían tampoco los antejardines, tan comunes en nuestras ciudades, y los muros separaban de manera tajante el espacio público del privado. Las tiendas mostraban su mercadería en pequeñas estructuras metálicas que salían de las fachadas y se constituían en toldos bajo los cuales colgaban las prendas que se encontraban a la venta.

Sobre las paredes había rayados alusivos a la resistencia y también convocatorias a protestas y marchas contra la ocupación. Eran reconocibles las mismas técnicas que utilizábamos en Chile durante la Dictadura, como los moldes de madera y cartón con los emblemas de los partidos políticos sobre los que se aplicaban espráis, firmando los rayados.

A pesar de ser una ciudad identificada desde siempre con el cristianismo, las mujeres lucían, en su gran mayoría, el *shador* propio de las musulmanas, lo que daba cuenta del cambio demográfico que se estaba dando en el territorio: resultaba evidente el reemplazo de la población cristiana por una mayoría musulmana.

Mientras deambulaba por la ciudad, mi cara no daba crédito a lo que estaba viviendo. Sentía una euforia que me inundaba con una sonrisa imposible de disimular. Las caras de quienes nos rodeaban me eran tan familiares como aquellas que me saludaban cada vez que ingresaba al Club Palestino de Santiago. Los niños corrían y sonreían mientras jugaban y posaban para las fotos que yo intentaba tomar sin previo aviso. Sin embargo, una tristeza latente se percibía en esos rostros llenos de historias. Luego de un par de escaleras y de numerosas calles que conforman un verdadero laberinto, llegamos a una gran escalera que anunciaba la llegada a la Plaza principal de la ciudad.

En su perímetro se encontraba la sede del gobierno local o Municipalidad, unos edificios comerciales, un hotel y un museo o casa de la cultura y, justo frente al lugar por donde habíamos llegado, la Iglesia de la Natividad.

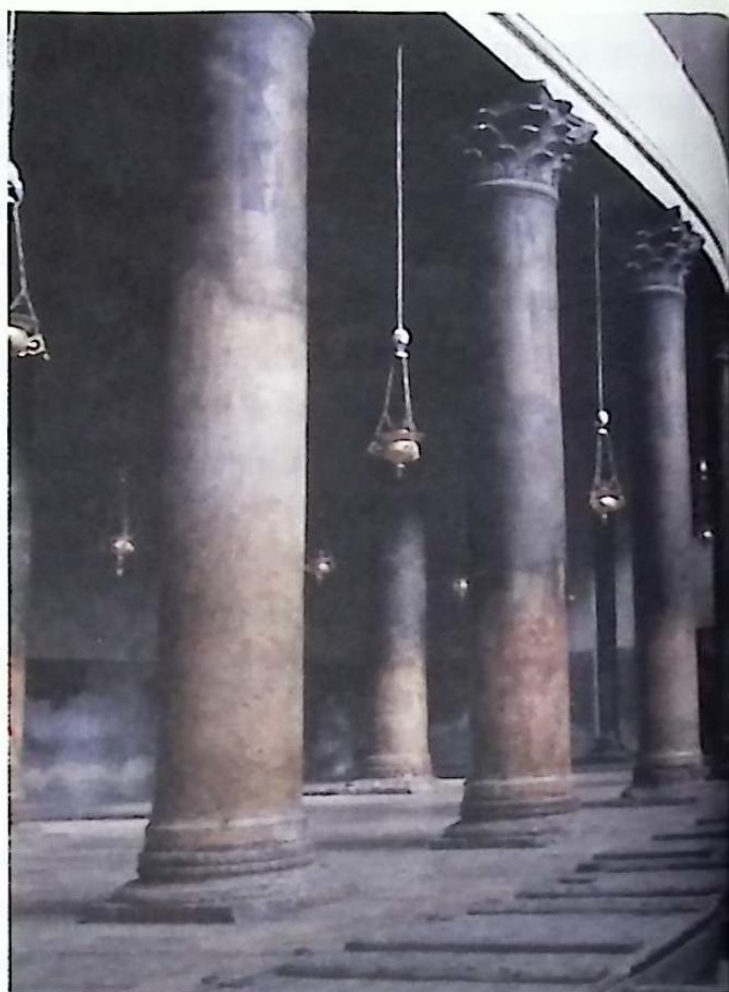
Me sorprendió lo tosco del edificio que albergaba uno de los lugares más sagrados para el Cristianismo.¹ Casi no tenía ventanas y el ingreso era atravesando una puerta que medía menos de un metro cincuenta de alto. La nobleza de su significado y simbolismo contrastaba con la falta de unidad arquitectónica del edificio. Eran evidentes los ejercicios de construcción y reconstrucción, sobreponiendo unos estilos y técnicas arquitectónicas sobre otros, con diferentes materiales y texturas, con ventanas todas diferentes entre sí. Unos machones absolutamente extemporáneos hablaban con elocuencia de todos los esfuerzos por reforzar la estructura original que en estricto rigor, nadie sabía cuántos años de antigüedad podía tener.

A pesar de no haber sentido nada particular que pudiera asociar a ese salto ciego que provoca la fe, entre lo que uno observa y lo que se supone que las cosas observadas significan, fue sobrecogedor el recorrido por esos edificios que guardan historias de tiempos remotos, llenos de leyendas y mitos que dan sentido a gran parte de la Humanidad. Me acerqué a la puerta y luego de fotografiarla me dispuse a cruzar el umbral del edificio que marca, hasta el día de hoy, el lugar donde según la tradición nació Jesús.

En su interior, luego de atravesar un patio intermedio antes de la nave principal de la iglesia, presencié atónito las columnas que soportan la nave principal —claramente con un interés más arquitectónico que religioso— y me sorprendí al ver numerosos grupos de turistas que tenían convertido el templo en una sala de conferencias. Las lámparas que colgaban del techo parecían de oro y tenían unas ampollas rojas que albergaban unas velas que solo se prendían de noche. Unas ventanas altísimas iluminaban el lugar y en una parte del piso se mantenía, bajo unas maderas abatibles, un fragmento del suelo original de la iglesia, para poder ser visto por los visitantes de todas partes del mundo.

Recorrimos el lugar, y una vez que el templo principal estaba más desocupado, ingresamos a él para ver con tranquilidad cada detalle de la ar-

1 El Cristianismo es la primera religión del mundo por población, seguido del Islam y del conjunto de creencias no teístas del Hinduismo, éste, según sus textos, la más antigua, con unos 5.000 años.



quitectura. Entré luego al sitio preciso donde se afirma que nació Jesús. Era una escalera por donde apenas cabía una persona con una puerta flanqueada por columnas de mármol gris con arcos semi-ogivales. Al fondo se veía una cortina de color café que acompañaba el desarrollo en curva de la escalera. Al girar te encuentras con un espacio que está habitualmente lleno de gente sacando fotos y tratando de encender velas, seguramente compradas en la misma iglesia. Adentro y abajo, una estrella de catorce puntas, de color plateado y con un centro redondo de color oscuro—foto en pag. 210—, sobre el cual cuelgan unas lámparas de color verde, marca precisamente el lugar del nacimiento. A espaldas del lugar hay una pequeña sala en donde se exponen litografías sobre la vida de Jesús, desde su nacimiento hasta la cruz. Es el lugar de peregrinación, sin duda, más importante para el mundo cristiano, pero para tristeza de mi madre y satisfacción mía, no sentí nada que no pudiera ser explicado por el interés que despertaba en mí el estar en un lugar tan cargado de historia e ideología como aquel donde me encontraba.



Recorrimos el resto del edificio y visité todas y cada una de las capillas que en él existían, impresionado de la arquitectura, de las puertas, de las columnas cuyos estilos hablaban de todas las épocas que habían pasado por estos edificios, de los vitrales con sus representaciones de escenas bíblicas elementales para la fe de los cristianos, impresionado de los suelos de los asientos y el mobiliario que parecía sacado de una de esas películas de Semana Santa que uno ha visto tantas veces como años tiene. Al volver a la plaza mi vista chocó con una mezquita ubicada justo en la esquina opuesta a la de la iglesia de la Natividad y recordé con un poco de resignación el papel que la religión juega en esta parte del planeta. Rememoré la frase de que mientras más responsabilidad deja el hombre a dios en la resolución de sus propios problemas, menos responsabilidad y capacidad de acción se deja a sí mismo. Pensé que algo de eso había en este conflicto, en el que muchos piensan y actúan como si fuera un conflicto entre dioses y no entre seres humanos, lo que lo hace casi imposible de resolver por la vía de la razón fundada.

Poco después recorrí las calles por donde se supone que José y María escaparon a Egipto, salvando a Jesús niño de una muerte segura a manos de los soldados del rey Herodes el Grande (36 a.n.e. - 4), que según las Escrituras, al enterarse de que por esos días nacería el verdadero Rey de los Judíos, mandó asesinar a todos los recién nacidos. En el mismo camino ingresé a la Gruta de la Leche, donde la tradición tiene que la caravana se detuvo para que María pudiera darle de mamar a su hijo, en plena huida. Es una pequeña y hermosa capilla, donde, se dice, existe la única imagen de la Virgen dándole pecho a Jesús.¹ Justo antes de acceder a esa capilla, se nos unió Raúl y me di cuenta por su irreverencia con los lugares sagrados, que ideológicamente estaba mucho más a tono con mi opinión de ellos que con la actitud absolutamente respetuosa y reverencial con que se comportaba Tanás. Recorrimos algunas calles más para buscar, sobre todo, las vistas de los lugares circundantes que aparecían de improviso cada vez que girábamos de una calle a otra.

Luego subimos al auto en el que viajábamos y tomamos dirección hacia el lugar donde María habría recibido la noticia de que estaba embarazada del Hijo de Dios. Era un bosque milenario de olivos donde se encontraba una iglesia espléndida, construida exactamente sobre una cueva de piedra. Su forma estaba dada por un cuadrado en el centro del cual se insertaba un octógono. El cubo estaba deconstruido con muros que ascendían diagonalmente hacia el centro y, a medida que iban desapareciendo, aparecía el octógono, que estaba coronado con una cúpula, montada sobre un pequeño zócalo, también octogonal. La cúpula y los muros del cubo eran de piedras casi blancas y los muros octogonales centrales eran de piedras color ocre. Sobre la puerta se ubicaban tres campanas, una mayor al centro y dos menores ubicadas de manera simétrica a lado y lado de la mayor. Sobre la cúpula aparecía una estructura metálica de color negro con una cruz sobre la cual lucía una estrella de cinco puntas seguida de una estela que simulaba la llegada del ángel que le había traído la buena nueva a María. El altar estaba conformado por un espacio semi-circular y en su fondo contenía una pintura centenaria que mostraba el nacimiento del Mesías de los cristianos, iluminado por un haz de luz que venía del cielo. En el subterráneo de la iglesia permanecía in-

1 En realidad la Historia del Arte nos da a conocer numerosas imágenes que representan la "Virgen de la Leche" a lo largo de los siglos, siendo muy numerosas en el arte Bizantino y en el Renacimiento.

tacto uno de los lugares que sirvieron para acoger las reuniones de los seguidores de Jesús en tiempos de clandestinidad, cuando eran perseguidos por Roma, siglos antes de que el Imperio, bajo el emperador Constantino I, abrazara el Cristianismo en 313. Era nada más ni nada menos que una cueva en estado casi natural, con techo de roca y muros de piedra, con un conjunto de bancas de madera y metal, ordenadas en dirección a una especie de altar rupestre marcado con una fogata que permanecía encendida permanentemente. La altura de la cueva apenas permitía estar de pie a un hombre de estatura media y quienes ingresaban en ella sentían una sensación de encierro, capaz de transmitir con absoluta elocuencia lo que deben haber sentido los cristianos que ahí se reunían, para protegerse y proteger sus creencias, hace casi dos mil años. Pensé que, a pesar del tiempo transcurrido, las cosas no habían cambiado tanto en un mundo que acostumbraba, con mucha naturalidad, a perseguir o estigmatizar a quienes piensan distinto y buscan el cambio de la sociedad.

Al salir de la cueva volví a sentir la omnipresencia de la ocupación. Frente a mis ojos estaba un asentamiento israelí que, literalmente, había bo-





rrado la geografía y la historia del lugar donde había sido construido, para judaizar —con esa visión tan particular que el sionismo ha construido de la religión judía— los lugares sagrados de los palestinos con el objeto de destruir todo vínculo de ellos con su historia en esas tierras. Me enfureció en particular la forma en cómo el asentamiento se posaba sobre el territorio. Habían aplastado siglos de paulatino cambio, arrancando olivos, borrando cerros y bosques que existían desde siempre, para dejar en claro que ellos eran y son la potencia ocupante, que tienen el poder de hacer lo que les plazca, que nada logra interponerse entre ellos y sus objetivos y que poseen hace ya más de 60 años una total impunidad, no porque sean el pueblo elegido, lo que a estas alturas ya parece solamente un mal chiste, sino porque saben que gran parte del mundo, y principalmente las potencias occidentales, mantienen un silencio cómplice con la ocupación, haciendo pagar a los palestinos los crímenes cometidos por Occidente a lo largo de siglos contra una población de religión judía que nada tiene que ver con el sionismo, ni con toda su maquinaria de guerra, pero que ha servido de excusa perfecta para blindar a esta nueva ideología racista, quién sabe por cuánto tiempo más.

Salimos del lugar, entre mis reclamos en voz alta y la resignación de Tanás y Raúl. Nos subimos al auto para seguir nuestro recorrido que, por un momento, dejaría de lado las visitas de lugares sagrados para dirigirnos a Beit Jala, a darle una sorpresa a otro de los compañeros con quienes habíamos compartido el trabajo militante veinte años atrás en Centroamérica. Yo estaba feliz por todos estos reencuentros, pero algo había cambiado ya, esa alegría que me acompañaba desde mi llegada a Palestina, en la medida en que la ocupación se hacía cotidiana y comenzaba a estar en todas partes. Comencé a sopesar de verdad lo que ha significado la dominación para mi pueblo en estos sesenta y cinco años interminables.



Issa no sabía de mi presencia aquí. No lo habíamos podido contactar y Tanas y Raúl casi no lo habían visto desde su regreso a Palestina. Ellos no se juntaban demasiado por temor a que reuniones constantes fueran interpretadas por las autoridades israelíes como un retorno a la resistencia activa, por lo que preferían, cada uno, vivir como si no se conocieran, tratando de no dar ninguna excusa para volver a sufrir el exilio o la cárcel. Recordé la prohibición de sostener reuniones de más de tres personas durante la Dictadura chilena, recordé el toque de queda con el que crecí, sin poder salir siquiera a la calle a compartir con mis vecinos, siempre asustados de que pudiera pasar algo y de que alguno de mis conocidos desapareciera sin razón y sin dejar rastro. Sabía que no eran lo mismo la Dictadura que la ocupación extranjera, pero de que se parecían demasiado, ya no me quedaba duda alguna.

Como sucede con la gente que pertenece desde siempre al lugar que habita, llegamos a casa de Issa y a su tienda, adosada a la primera, preguntando a quienes nos topábamos por la calle. Era una casa bastante grande. A su lado había un galpón donde funcionaba una tienda de artesanía, era reconocida como una de las más importantes de la ciudad. De hecho, Issa era presidente del sindicato de artesanos palestinos y a pesar del bajo perfil que cultivaba, desde su retorno a Palestina, era parte de las luchas gremiales que en el marco de la ocupación militar israelí también se daban por el derecho al trabajo en Palestina.

Cuando llegamos al lugar, Tanás y Raúl me propusieron jugarle una broma a nuestro hermano. Se quedaron fuera de la tienda y me pidieron que entrara y actuara como un turista cualquiera para ver si él me reconocía y si no lo hacía, me pidieron que inventara cualquier cosa para molestarlo hasta que reaccionara. Entré al local e inmediatamente divisé su figura. Estaba igual que siempre. Los años en las cárceles israelíes y el padecimiento de haber te-

nido que dejar su tierra y su familia no habían logrado destruirlo. Yo lo miraba y comparaba su imagen con la historia que yo, y solo unos pocos, conocían y no lograba entender la fortaleza y esa capacidad humana de asumir con flexibilidad situaciones límite y sobreponerse a ellas, conocida como resiliencia que muestran los palestinos: pueden levantarse una y otra vez, desde el dolor y la pena, para seguir viviendo con una mezcla, casi perfecta, entre alegría, esperanza y resignación, como si los acompañara la certeza mil veces repetida de que ellos habitaban esta tierra desde antes de que llegara el primer invasor; y que estarían en ella, con todos los que desearan fundirse con ese pueblo, vinieran de donde vinieran, en este crisol de fraternidad y solidaridad, mucho después que se fuera el último.

Comencé a vitrinear en la tienda. Era grande y contenía una infinidad de piezas de artesanía en madera y en piedras características de Palestina. Casi la totalidad, por no decir todas las piezas en exposición, eran de carácter religioso y no divisé ningún presente que pudiera comprar un ateo recalcitrante como yo. Pensé un segundo con los ojos cerrados y se me vino a la cabeza el libreto de la tomadura de pelo. Pregunté en voz alta a uno de los que atendía si había algún regalo que no tuviera que ver con religión. Respondió que no. Alegué que me parecía una aberración que toda la artesanía estuviera dedicada a los mismos dioses que tenían, hace miles de años, estas tierras sumidas en la guerra y la destrucción. Todos los presentes, tanto los que atendían como los visitantes, me miraron atónitos. El muchacho interpelado no sabía qué responder y buscaba, en la cara de sus compañeros, un poco de ayuda para afrontar una situación tan original como inesperada, en una tierra en donde la religión era, sin lugar a dudas, el mínimo común denominador del pensamiento y la cultura dominante.

Issa, al darse cuenta de la discusión, se acercó a donde estábamos y trató de introducirse en la conversación para retomar el control de la situación, adoptando la posición de dueño de la tienda. Al verlo acercarse, lo incomodé hablando en español conmigo mismo, pero dirigiéndome a la pared, como dando a entender que no sentía que existiese un interlocutor válido en esa habitación, tratando de proyectar que creía que nadie entendía mis palabras. Yo sabía que él hablaba español, pero él no recordaba quién era yo y por tanto, tampoco se imaginaba que yo sabía. Luego repetí la frase pero en inglés y le pregunté directamente, mirándolo a los ojos, si él era de la zona y si podía

ayudarme a encontrar un regalo que yo pudiera llevar a mi país, Honduras. Cuando escuchó la palabra Honduras fijó su vista en mí, con los ojos apretados y más pequeños de lo normal. Comenzó a mirarme con atención, como tratando de reconocer algo que le era familiar. Yo lo miré y le dije subiendo la voz: claro, usted ni siquiera debe saber dónde queda Honduras, ni qué idioma se habla en mi país. Además espeté, Ud. es muy joven para entender que existen otras formas de pensar y que la religión no es lo único que existe para entender el mundo. Un tanto enojado sacó el habla y subiendo un poco la voz me dijo: usted se equivoca, hablo español bastante bien y sé perfectamente dónde queda Honduras.

No me diga —respondí yo— y comencé a mirarle fijamente a los ojos. Se sintió absolutamente contrariado. Me miró con cara de no querer iniciar una discusión conmigo y, en la medida que se fue acercando, su cara comenzó a transformarse desde el enojo hacia la duda, con un gesto propio de quien comienza a reconocer algo familiar en quien lo interpela, pero sin poder recordarlo con certeza. Se notaba cómo había comenzado a revisar todos los compartimentos de su cerebro buscando, como en carpetas de un computador, algún archivo o alguna pista que le permitiera recordar mi voz, mi mirada y mi tono de hablar.

En ese momento guardé silencio, esbozé una sonrisa y mirándolo fijamente a los ojos le pregunté si veinte años eran suficientes para olvidar a un hermano. Me dijo que no. Y entonces ¿cómo no me reconoces, *rafik* Issa?, pregunté abriendo mis brazos, mientras detrás de mi entraban a la tienda Raúl y Tanás, muertos de risa. La imagen de los tres juntos fue como un balde de agua fría que le trajo a la memoria, de golpe, todos los episodios que habíamos compartido los cuatro en Centroamérica. Abrió sus ojos, levantó las cejas y estalló en carcajadas mientras comenzaba a gritar y levantar los brazos para golpearnos a los tres, diciendo en voz alta que éramos unos locos, que cómo estaba yo en Palestina, que cómo nadie había informado de mi venida y todas las preguntas para las cuales nadie tenía respuestas suficientes. Los otros turistas y los trabajadores de la tienda no entendían nada, De un minuto a otro la tensión había dado paso a la alegría del reencuentro y a la fraternidad tan característica entre nosotros. Subimos a la oficina de Issa, tomamos café y comimos algunos dulces árabes. Nos pusimos al día, con breves intercambios de la información y los acontecimientos más relevantes de nuestras vidas en



los últimos veinte años. Issa tomó el teléfono y llamó a otro de los nuestros, llamado Anuar. Cuando le dijo que yo estaba en su tienda, estalló en gritos del otro lado del teléfono gritándonos que nos fuéramos de inmediato a verlo. En cinco minutos ya habían organizado la primera cena para todos nosotros con esposas e hijos incluidos. Sería en la casa de Anuar, a quien acabábamos de contactar y que era otro de los compañeros que había logrado volver a Palestina y que ahora tenía un restaurant en Beit Lehem. Disfrutamos del café, reímos suficiente, lloramos más de la cuenta, todo en cinco minutos. Palestina es así, capaz de llevarte de la alegría al llanto y de la felicidad a la rabia y la impotencia, llenándote de emociones contradictorias tan solo en un par de segundos.

Decidimos visitar a Anuar para estrecharnos con él en un abrazo y coordinar la primera cena nocturna que tendría en Palestina. El auto de Tanás cada vez se hacía más pequeño. Ya íbamos en él Issa, Raúl, Tanás y yo. Llegamos al restaurante y el rito no fue muy distinto: gritos de alegría, abrazos, recuerdos y risas. Más abrazos, más recuerdos, algo de tristeza y mucha alegría de estar cumpliendo un sueño repetido mil veces, veinte años atrás. Algún día, todos juntos, en Palestina.



Ya era hora de almorzar y los clientes comenzaron a llegar al restaurante. Anuar trató de obligarnos a almorzar con él allí y en ese minuto, pero la suegra de Tanás ya nos había avisado que el almuerzo estaba listo en el Hotel, para toda la familia y algunos invitados que querían saludarme o conocerme, según fuera el caso.

Yo había solicitado que mantuvieran prudencia respecto de mi presencia aquí. En particular con mi familia, puesto que si se enteraban de que estaba en Palestina, no aceptarían que me quedara ni un solo día más en el Hotel me llevarían a sus casas y no podría eludir todas sus invitaciones y cortejos: por ser familia directa tendrían más derechos que cualquier otro sobre mi agenda, lo que podía terminar siendo algo sumamente delicado e incómodo para los objetivos de mi viaje.

Luego de mucho discutir, logramos que Anuar entrara en razón y pudimos partir hacia el Hotel, al almuerzo familiar que había preparado Hind Bandak para presentarme en sociedad. El restaurante del hotel era la última de las ideas de Tanás. Como había vivido tanto tiempo en Latino América, había decidido poner un pedacito de esa parte de su historia en Palestina y

había instalado un restaurante de comida mexicana en pleno centro de Beit Lehem. Llevaba por nombre "Mariachi".

Para que la descortesía no fuera total, Issa se sacrificó y se quedó a almorzar con Anuar, de tal manera que, en la negociación, ninguna de las partes pudiera decir que había triunfado sobre la otra y ninguna quedara derrotada en sus pretensiones de hospitalidad.

Volvimos al Hotel y lo que pretendía ser un almuerzo, tenía características de una fiesta popular. Estaba toda la familia, el Alcalde de la ciudad, algunos amigos de la familia y el diputado palestino Fayes al Saca. Con él me enteré de los detalles del viaje que había impedido hasta ese momento que pudiera ver a Xavier y le entregara los encargos que su padre le había enviado desde Chile. Andaba de viaje representando a la Oficina de las Negociaciones de la OLP en un encuentro con el Parlamento Europeo que estaba discutiendo la posibilidad de enmendar el Tratado de Libre Comercio que la UE había firmado con Israel, con el objeto de condicionar sus beneficios al respeto irrestricto de los Derechos Humanos por parte de la potencia ocupante. Estaría de vuelta al día siguiente y de seguro, entonces, mi agenda comenzaría a ser compartida entre el trabajo que venía a realizar, las actividades organizadas por Tanás, su familia y amigos y aquellas que surgieran de la agenda semi-oficial que, sin duda, trataría de incorporarme Xavier por ser ese mi primer viaje a Palestina.

El almuerzo fue un verdadero interrogatorio en el cual toda mi nueva familia y mis antiguos compañeros se preocuparon que toda la ciudad supiera quién era este extraño visitante. Estuvimos sentados desde las tres hasta las siete de la tarde y en todo este rato nadie se movió de sus asientos. La conversación devino con el pasar de las horas en una discusión eminentemente política, donde la coyuntura nacional fue la principal protagonista y me permitió constatar la gran crisis de credibilidad en que la Autoridad Nacional Palestina estaba inmersa y lo profunda que era la frustración de nuestro pueblo por el mal llamado Proceso de Paz. Ya nadie creía en él y, ya nadie esperaba nada de nadie.

El único que se levantó de la mesa fue Fayes, no supe si por incomodidad, porque tenía mucho que hacer o por alguna emergencia. Lo cierto es que de un momento a otro se puso de pie, se me acercó y dándome un beso en la mejilla, prometió volver lo antes posible para charlar más tranquilos, poder

desmenuzar con una mirada mucho más política la actualidad nacional palestina y para hablar de nosotros un poco más en privado, puesto que entre militantes, la profundidad y la calidad de la información sería claramente distinta.

La gente comenzó a retirarse y, cuando nos quedamos solos con la familia de Tanás, Lubna me dijo que aprovechara subir para descansar en mi habitación porque cerca de las 21:30 h tendríamos que partir a la casa de Anuar para la cena con mis compañeros. Subí a mi habitación y me recosté sobre la cama. No deben haber pasado ni un par de segundos cuando mis ojos se cerraron sin más. Había sido un día extenuante, sobre todo, considerando el cúmulo de emociones que me habían inundado. Me sentía apaleado. En un solo día había reído, había llorado, había reabierto lugares olvidados de la memoria y había traído al presente los recuerdos más potentes de una parte de mi juventud.

Cerca de las 21:30 h, oí unos golpes en la puerta que me despertaron de manera un tanto violenta. Era Tanás, que hacía rato llamaba por teléfono desde abajo para que nos fuéramos a la cena. Me levanté con un peso en la cabeza. Feliz, hubiera pasado de largo hasta el otro día, pero desde mi llegada había entendido que en este viaje no habría espacio para ese tipo de consideraciones y que dormiría solo lo imprescindible, porque cualquier minuto adicional de sueño sería solo una pérdida de tiempo.

Fuimos a buscar a Raúl a Beit Sahur para dirigirnos a la cena. Él estaba soltero, todos los otros casados y con familia. Llegamos a la casa de Anuar cerca de las 10:15 h de la noche. Era una casa maravillosa y su familia era, como todas las familias palestinas, humilde, acogedora y fraterna. Nos sentimos como en casa y gozamos de una cena tradicional palestina compuesta por un conjunto de pastas para picar con pan árabe, luego otro conjunto de guisos de porotos verdes, de berenjenas y cordero relleno con arroz y carne. Conversamos y nos reímos exactamente como lo hubiéramos hecho veinte años antes, recordando nuestras historias comunes, que al parecer, habían tomado absolutamente por sorpresa a las mujeres e hijos de mis compañeros. Al igual que yo habían atesorado todo nuestro trabajo en la más completa clandestinidad y nunca, ni cuando estaban juntos, habían revelado nada de lo acontecido durante aquellos años cuando éramos, todos juntos, parte de la columna vertebral que sostenía a uno de los pocos partidos de izquierda de la única y legítima representante del pueblo palestino, la OLP, el

FPLP Frente Popular para la Liberación de Palestina, liderado por el Dr. George Habash.¹

Como era lógico, también recordamos a los que no estaban, tanto a aquellos que ya habían dejado este mundo y que no habían logrado volver, como a aquellos que aún permanecían en muchos países de América Latina, esperando su oportunidad o definitivamente integrados a los maravillosos países que los habían acogido, cuando Israel los había expulsado y les impedía vivir en su tierra. Fue una velada inolvidable, como cada segundo que pasaba en esa tierra, tantas veces soñada.

Volvimos al hotel cerca de las tres de la mañana. Raúl y Tanás se dirigieron al restaurante del primer nivel y pidieron bebidas y picadillos para seguir conversando. Yo solo los miré y les dije que no contaran conmigo, que necesitaba descansar, que mañana volvería a la carga y que continuaríamos con nuestro recorrido apenas despertara. Que los esperaría en el restaurante para desayunar. Los besé a ambos y les dí un abrazo lleno de sentimiento. No podía explicar lo que sentía pero llevaba demasiadas horas con el corazón en un hilo y necesitaba reponer fuerzas. Les dí las gracias en voz baja y me marché entre sus intentos por convencerme de permanecer y seguir festejando mi llegada. Al entrar en mi habitación volví a percatarme de que, sobre el velador, estaba la misma bandeja llena de frutas, bebidas y café, dejada para que nada pudiera faltarme. Resultaba increíble que entre tanto sufrimiento, aun hubiera tanto espacio para el amor y la hospitalidad. No dejaban nada al azar, no había un minuto en el día en el que yo no supiera, por la pesada evidencia de los hechos, que ellos estaban pendientes de mí y hasta de la más básica de mis necesidades. Ya eran cerca de las cuatro de la mañana. Tomé la precaución de cerrar las cortinas para intentar dormir hasta un poco más tarde. Necesitaba descansar y el amanecer estaba a pocas horas. Para mí el día había terminado pero para los palestinos estaba a punto de comenzar.

1 Vid página 220

El muro de la vergüenza

Al día siguiente desperté cerca de las once de la mañana. Tome café y comí algo de frutas antes de ducharme. Me quedé en la cama un rato, tratando de pensar qué haría ese día. El tiempo de relajo comenzaba a llegar a su fin. Al día siguiente, tendría que partir, casi de madrugada, a Ramala para presentarme en una de las oficinas del gobierno palestino antes de las ocho de la mañana. Por lo tanto, este sería el último día en que podría recorrer otros lugares y ver otros amigos que aún no se enteraban de mi presencia en Palestina. Xavier llegaba ese día. Así es que lo más seguro era que apenas entrara en circulación, tratara de ubicarme.

Cuando bajé, me enteré de que Tanás se había marchado recién como a las cinco y treinta de la mañana y que se habían quedado en el restaurante escuchando música y viendo bailar a unos turistas. Supuse que no volverían temprano, así es que comencé a averiguar el paradero de un amigo que hacía algunos años había vuelto a Palestina luego de vivir tiempo en Chile. Su nombre era Saleh Bendek. Era familiar de Tanás pero no demasiado cercano. Su historia no era muy distinta a la de los demás jóvenes palestinos en los últimos 60 años. Había nacido poco después del Nakbah, la "gran catástrofe", crecido bajo ocupación y a poco andar conocido la represión, la demolición de las viviendas, la muerte de amigos entrañables y de muchos de sus familiares, las limitaciones para estudiar y para abrirse paso en una sociedad marcada por las violaciones de todos los derechos humanos conocidos y por conocer. Como era obvio, se había transformado antes de los doce años en un joven consciente de su realidad y había abrazado la resistencia en el Frente Popular, como la mayoría de los palestinos de religión cristiana que, normalmente, se identifican más con las posiciones de los partidos de izquierda, por su carácter más laico y progresista. Eso lo había conducido tempranamente a participar en protestas y operaciones de resistencia contra la ocupación y por supuesto a la

cárcel. Luego de salir de ella, la familia lo había enviado a Chile a vivir con la familia de su hermana mayor que había contraído matrimonio con un chileno de origen palestino y se había ido a vivir allá. Su familia evaluaba, al igual que las muchas familias palestinas, que la única manera de mantenerlo fuera de la cárcel era mandándolo fuera. Llegó a Chile a principios de los años 80 del siglo XX, en plena Dictadura. A pesar de los esfuerzos de la familia por mantenerlo alejado de los problemas, sus valores no le permitían vivir en Chile sin participar de las protestas contra la dictadura. Era basquetbolista, a pesar de tener uno de sus pies significativamente más corto que el otro, lo que lo hacía caminar con una cojera absolutamente única y original. A pesar de ello, se convirtió en un excelente deportista y representó los colores del Club Palestino durante años. Hizo amigos y participó siempre en las actividades de la colectividad, que tenían que ver con la causa palestina, pero la familia estaba permanentemente intentando alejarlo de ellas, puesto que si era sorprendido participando de actuaciones de ese tipo, corría riesgo de ser deportado de inmediato, sin posibilidades de volver a Palestina y sin tener a donde ir.

A pesar de todos los años que vivió en Chile, nunca pudo acostumbrarse a la cultura occidental y cada vez que intentó iniciar algún negocio para mantenerse, finalmente terminó quebrando o traspasando el mismo a alguien que realmente quisiera trabajar en ello y estuviera dispuesto a todo lo que hay que hacer para que te vaya bien en los negocios. Él solo soñaba con volver a su tierra. Cuando se dio la posibilidad, no lo pensó dos veces. Volvió y se instaló en Beit Lehem con una tienda de artesanía. Todo iba estupendamente bien, hasta cuando Israel, bajo una serie de pretextos inaceptables, decidió, unilateralmente, construir un muro de segregación en medio de los territorios ocupados que atravesara por mitad de las ciudades palestinas más importantes, partiéndolas en dos y destruyendo toda su vida social, cultural y económica.

En la recepción me dieron su dirección. Le solicité a Elías que me llevara a ese lugar. Me preguntó si deseaba que él mismo llamara a la tienda para asegurarnos de que Saleh estuviera, pero le dije que no. Que quería darle una sorpresa y que, si no estaba, volveríamos más tarde o daríamos alguna vuelta para seguir conociendo la ciudad. Me dijo que Tanás se molestaría si me llevaba sin él y le dije que estaba seguro de que apenas Tanás se enterara de donde estábamos, nos seguiría y se nos uniría, que no se preocupara. Fi-

nalmente accedió. Nos subimos a su taxi y nos dirigimos al lugar. Jamás imaginé la sorpresa y la indignación que me causaría la visita.

Comenzamos a avanzar por las calles de la ciudad y lo primero que me llamó la atención fue la gran cantidad de grafitis, con alto significado político que había por todas partes. Uno de los más interesantes era una pintura de dos burros caminando en direcciones opuestas, pero que se encontraban amarrados por sus colas —foto en página siguiente—. Uno de ellos era gris y sobre su lomo se encontraba pintado un asentamiento israelí que se mezclaba con una ciudad árabe. El otro era blanco y sobre su lomo se encontraba pintada una ciudad árabe, ambas fácilmente reconocibles por su estructura y por la forma en que las casas se ordenan o amontonan unas sobre otras. Ambos burros se veían verdaderamente en problemas, tratando de separarse sin poder lograrlo.

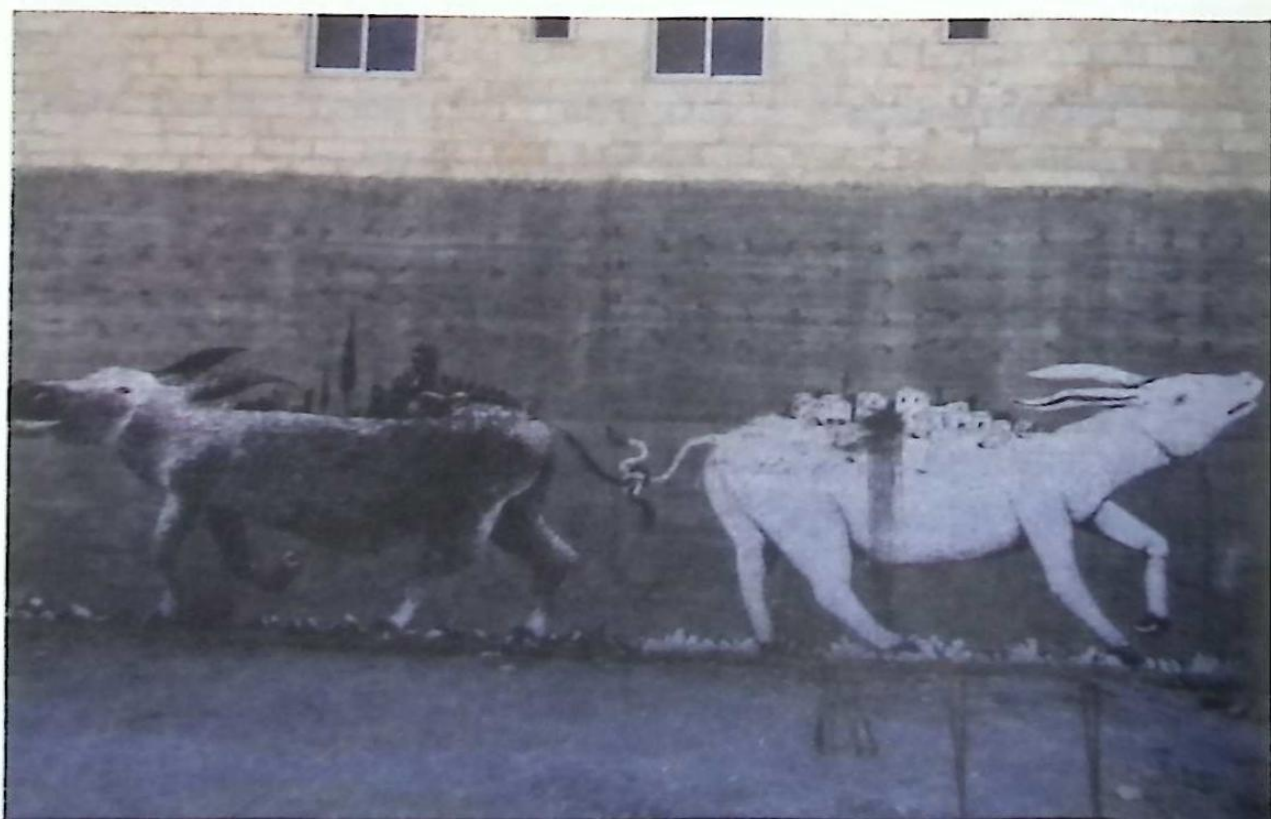
Pregunté en voz alta a Elías qué representaba ese dibujo y riéndose, respondió, es la solución de los dos Estados. Reí a carcajadas por la brillantez de los artistas, que estén donde estén siempre nos han habituado a esa fidelidad a las causas justas y a su presencia permanente en la vanguardia de los pueblos, normalmente ubicados años luz por delante de sus propios gobiernos. Era evidente, ambos burros representaban a los liderazgos palestino e israelí tratando de separar por la fuerza algo que estaba condenado a vivir unido por los siglos de los siglos. Dando a entender con una claridad meridiana que la única solución se encuentra en asumir nuestro destino, prepararnos y disponernos a vivir juntos y en una verdadera democracia, de aquí en adelante. Me pareció notable, por utópico que parezca ahora una solución como esa en este mundo gobernado por identidades asesinas que afirman su existencia negando las demás.

De pronto doblamos en una esquina y como por arte de magia, en la mitad de la calle, apareció un muro de hormigón de aproximadamente unos ocho metros de alto. En la parte superior del mismo sobresalían unos hierros verticales que a un metro de altura aproximadamente se inclinaban hacia donde nosotros estábamos. Los hierros estaban ubicados aproximadamente cada dos metros y estaban unidos por una especie de malla acma, donde, con absoluta claridad, uno podía reconocer unos cables que se introducían hacia el centro de la malla, terminando en una especie de círculo pequeño idénticos a los terminales eléctricos que se usan para los cercos de seguridad, en mi

país, en las casas de los que más tienen y que por lo mismo, le tienen pánico a no tener. Cada unos cincuenta metros de muro, se ubicaban unas torres, también de hormigón, unos tres metros más altas que los muros, que terminaban en una especie de cabeza en donde aparecían unas ventanas diminutas por donde aparecían las puntas de unas ametralladoras, siempre listas para disparar. Sobre ellas, una especie de viga de amarre sobre la cual se ubicaban sendos focos halógenos y un pilar que contenía un parlante a través del cual, los soldados israelíes se comunicaban con los transeúntes. El muro se encontraba a tan solo cinco metros de las casas y separaba a unos palestinos, de otros palestinos que, hasta antes de la construcción del muro, vivían unos frente a otros, podían visitarse a diario y prestarse ayuda si lo necesitaban.

Pregunté a Elías dónde estábamos y respondió que en el boulevard de los turistas. ¿Cómo?, volví a preguntar. Sí, me dijo, el boulevard, estamos llegando a la tienda de Saleh. Esta era la zona viva más importante de Beit Lehem. Como ves, está llena de tiendas de artesanía y ropa, restaurantes y cafés. Era una zona muy bonita pero los israelíes confiscaron la mitad de la avenida y pusieron el muro justo en el eje de la calle para matar el comercio palestino y para favorecer su economía a costa de la destrucción de nuestras pequeñas empresas.

Mis manos se fueron de golpe hacia mi cabeza y cerré los ojos moviéndola mientras la indignación se introducía en mi cuerpo hasta llenarlo por completo. Mantuve silencio durante unos segundos y comencé a reabrir los ojos lentamente para comprobar si lo que había visto era realidad. Deseé por un segundo, que no fuera más que un mal sueño, pero al abrir los ojos me





encontré de nuevo con una de las imágenes que más me golpearía en toda mi estancia en Palestina. Era lo que todos nosotros, en la diáspora palestina, conocíamos como el muro de la vergüenza.

Solo una imagen pudo sacarme de mi estupor. Delante del taxi caminaba un grupo de personas entre las que distinguí una figura inconfundible. Era un hombre mayor que apoyado en un bastón caminaba para disimular una evidente cojera. Bajé la ventana en un reflejo automático y grité *Rafik*, que en árabe significa “compañero”, pero nadie se dio por aludido. Era obvio, nadie se arriesgaría volviendo su cabeza al llamado de compañero. Grité más fuerte, ¡Saleh!, y ahí recién se detuvo sin darse la vuelta, como esperando un poco para ordenar y decodificar, dentro de su cabeza, los estímulos que estaba recibiendo. De hecho, cuando escucho la palabra compañero, agacho la cabeza como escondiéndose e intentando no exponerse más de lo imprescindible al responder con un gesto a una palabra que, al igual que en mi país, durante muchos años era por si sola casi constitutiva de delito. Sin embargo, cuando escuchó su nombre, pareció reconocer la voz que lo llamaba y se dio la vuelta para confirmar con sus propios ojos lo que sus oídos le estaban avisando.

Cuando me vio, una sonrisa apareció en su cara y comenzó a acercarse con los brazos abiertos, atravesando entre los autos que se acercaban hasta dar con el taxi que me trasladaba. Reconoció el taxi de Elías y al verme casi con medio cuerpo saliendo por la ventana, gritó varias veces con tono de pregunta: ¿Jadue? ¿Machnun, cómo que estas aquí, cuándo llegaste, cómo es que no avistaste que venías? Nadie sabe hermano mío, respondí. Estoy aquí por trabajo, no por turismo.

Cuando escuchó eso, cambió de actitud y me dijo: venga, vamos a la tienda, tomaremos café y me contarás los detalles, pero cuidado, que en público es mejor no hablar de estas cosas, pues nunca sabes quién está a tu lado.

Le dije a Elías que se fuera de vuelta al hotel. Que le contara a Tanás donde estaba y que me quedaría con Saleh hasta que llegara de vuelta. Nos fundimos en un abrazo de esos que solo le das a tus compañeros de toda la vida. Caminamos varias cuadras por el borde del muro y cada vez que nos acercábamos a una de las torres de vigilancia escuchábamos la voz metálica que salía de los altavoces conminándonos a alejarnos del mismo y amenazándonos con disparar si es que no lo hacíamos. Ninguno de ambos hizo siquiera el ademán de obedecer. Me dijo: no harán nada, es para infundirnos miedo y no les daremos en el gusto. Solo camina tranquilo, esta es nuestra tierra y ellos lo saben tanto como nosotros. Comenzamos a sentir el movimiento y los ruidos de botas y rifles sobre el muro. Recordé esa frase de la cultura popular árabe con la cual das a entender que confías plenamente en aquel a quien se la dices, abandonándote a sus decisiones. Miré a Saleh y le dije: hermano mío, de tus manos, hasta veneno. Te sigo, dije, y guardé silencio.

Luego de unas cuadras de tenso y silencioso caminar llegamos a su tienda. Estaba justo frente al muro, de tal manera que en el vidrio de la puerta de acceso se reflejaba el hormigón lavado con los grafitis en la parte que quedaba al alcance de los visitantes y de los que a él se acercaban a protestar. Sus ventas habían bajado a menos de la mitad desde la construcción del muro, pero él sabía que permanecer en el lugar no era una decisión económica, era un acto de resistencia. Y él no abandonaría ni su tierra, ni sus derechos, ni la lucha de su pueblo, sin importar el costo económico que dicha decisión le presentara.

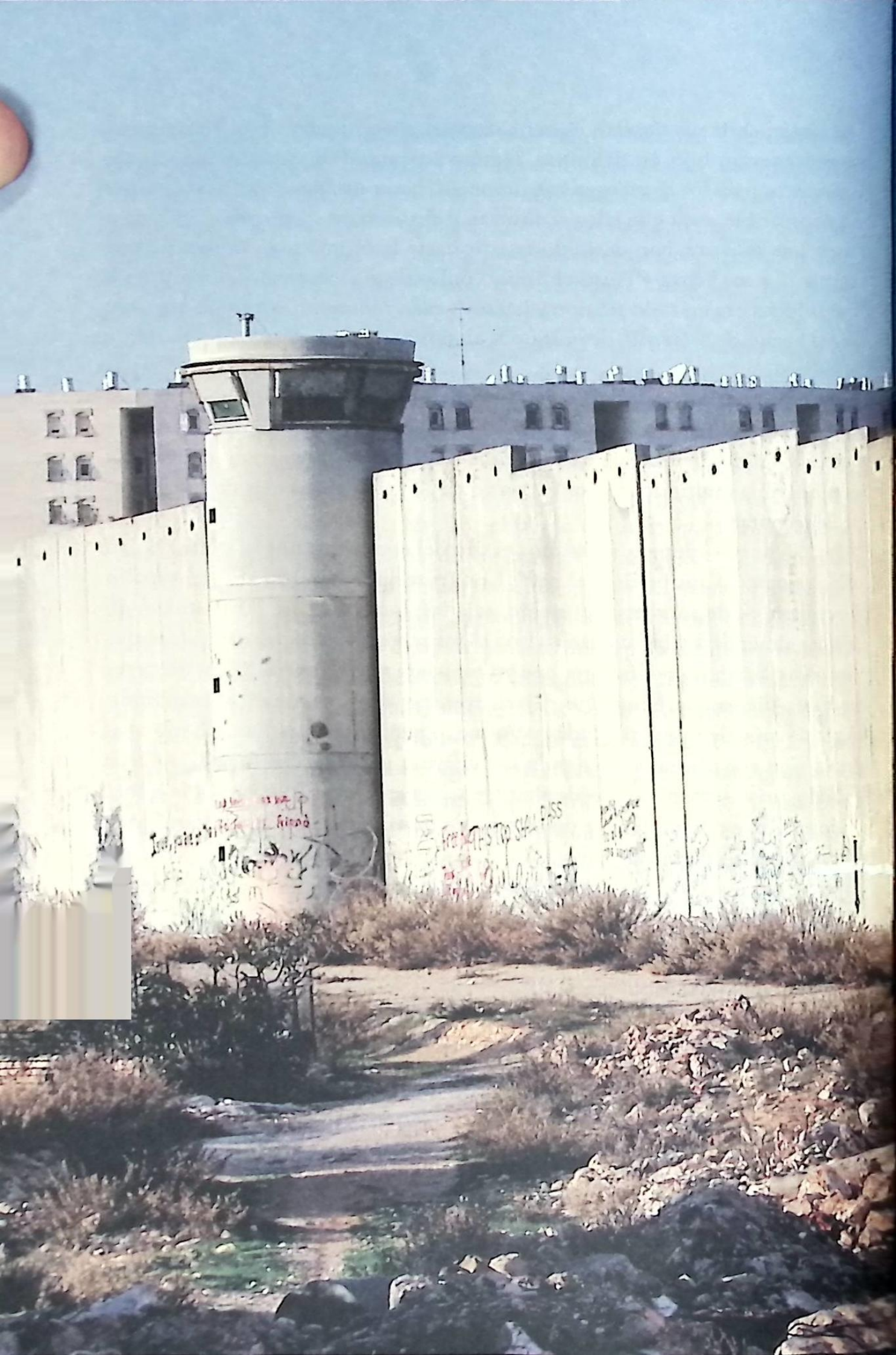
No me costó demasiado entender que en Palestina todo lo que hacen a diario los palestinos es, finalmente, un acto de resistencia. Enviar a sus hijos

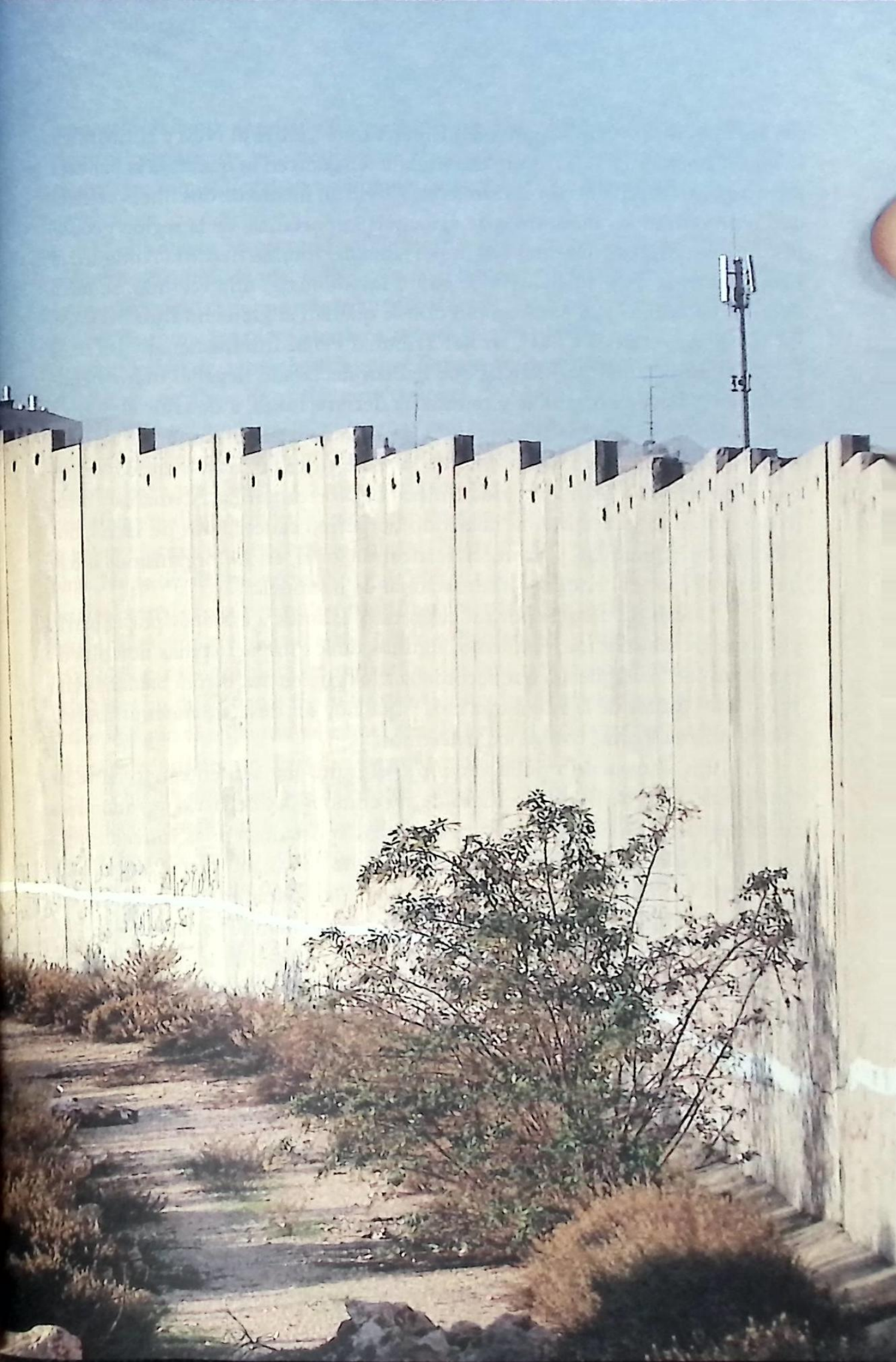
al colegio; abrir sus tiendas; visitar a sus parientes; plantar un olivo o un naranjo; tener un hijo, en definitiva, seguir viviendo: todo, todo es un acto de resistencia, pues los israelíes se han propuesto hacer de la vida de los palestinos algo insufrible, para que ellos se aburran y desistan de seguir ahí. Los palestinos, por su parte, han decidido resistir hasta la última gota de sangre que circule por sus venas y hasta el último pulso de sus corazones. Comprendí que la lucha era en todo tiempo y lugar. A cada momento entendía que solo por el hecho de estar allí, de visita por algo más de diez días, ya era parte de la resistencia.

No puedo ocultar que me sentí distinto. No sabía si todos quienes visitaban Palestina entendían lo que yo había entendido, pero desde ese minuto, el sentido de mi viaje había cambiado de forma muy significativa y su valor se había multiplicado por varias veces. Muchas veces más de las que yo podía recontar.

Una vez adentro, repetimos el rito del encuentro una vez más. En su oficina apareció sin pedirlo el café. Los frutos secos, las pepas de zapallo —calabaza—, de sandía y de melón, saladas, los pistachos, las castañas de cajú, las almendras y las avellanas. Los higos secos, las ciruelas deshidratadas y las pasas. Saleh no podía creer que yo estuviera en Palestina. Miles de veces me había dicho que jamás me dejarían entrar pues, según él, sabían todo acerca de mí y de mis actividades y no me lo perdonarían jamás. Llamó a su esposa para que pasara por la tienda a saludarme, pero le había tocado trabajar llevando turistas cristianos desde Beit Lehem a Jerusalén. Ella también había vivido en Chile durante un tiempo, luego de un viaje de Saleh a buscarla para casarse con ella y llevarla allá con él.

Conversamos como con todos. En el caso de Saleh, hablamos de Chile, de nuestras familias, de los motivos de mi viaje, de la realidad palestina, de cómo el muro había cambiado su vida y la vida de los palestinos en general. De cómo familiares y amigos, que habían vivido siempre unos al lado de los otros hoy tenían que pedir permiso a la ocupación para poder verse, que los dos minutos que antes separaban sus vidas se habían transformado en una hora y media, por la necesidad de atravesar los puestos de control que la ocupación había puesto en medio de las ciudades, para confiscar, por la vía de los hechos, más territorio, dándole continuidad a su proyecto histórico de borrar Palestina del mapa e instalar sobre ella y sobre algunos de





sus vecinos el proyecto original del Eretz Ysrael¹, entre el Nilo y el Éufrates, lo que el sionismo había dejado claramente reflejado en lo que sería la bandera del ocupante, diseñada con la estrella de David en medio de dos líneas celestes que representan los dos cursos de agua más importantes de la región geopolítica y geoestratégicamente más importante del mundo desde la Antigüedad hasta nuestros días. Hablamos de cómo los sionistas, una vez más, se reían del mundo entero y se pasaban por donde querían el Derecho Internacional, las resoluciones de la ONU, las del Tribunal Penal Internacional y las de la Corte Internacional de Justicia, que habían declarado ilegal el muro y conminaban a Israel, en sendas y reiteradas declaraciones, a destruir el muro y abstenerse de continuar aumentando, de manera unilateral sobre el terreno, los obstáculos al libre movimiento de los palestinos en los territorios ocupados. Hablamos de cómo Estados Unidos de Norteamérica, Alemania y otros países del mundo continúan haciendo de perros cancerberos de Israel, dotándolo de impunidad y protección incondicional, en los organismos internacionales y en el concierto internacional de naciones.

Luego de charlar por un largo rato, salimos a caminar por el barrio pues quería mostrarme, él mismo, algunos de los impactos más notables de este muro de la vergüenza que recordaba a los guetos que otrora habían hecho sufrir a los judíos de la Alemania nazi y que hoy sus descendientes utilizaban, con la misma lógica, contra los palestinos.

En el recorrido pude ver cómo el muro iba serpenteando entre las casas y las calles de Beit Lehem. Pude ver cómo miles de visitantes anónimos se acercaban a él, desafiando a los soldados apostados en las torres de vigilancia, siempre listos para disparar, para plasmar en el muro grafitis y rayados en contra del muro, de Israel y de la ocupación militar. Habían también llamado a la comunidad internacional para que asumiera su rol en este conflicto y una serie de llamados a la resistencia y frases en recuerdo de mártires que habían muerto en acciones de resistencia o bajo los disparos de los soldados, que consideraban peligroso a cualquier civil desarmado que se acercara de

1 Eretz Ysrale, en hebreo, La Tierra de Israel, expresión de tradición judía — “Tierra Prometida” — y cristiana — “Tierra Santa” — para denotar los Reinos antiguos (Edad del Hierro) de Judá — al sur, siglos IX-VI a.n.e. — y de Israel — al norte, aprox. 930-720 a.n.e. —, ambos sucesores del Reino Unido de Israel — 1020-930 a.n.e. — iniciado bajo la Monarquía de Saul (c. 1079-1007 a.n.e.).

manera desafiante al mismo. Desde el inicio de su construcción, ya sumaban cientos los muertos, en condiciones absolutamente extrañas, con investigaciones que nunca llegaban a ninguna parte y terminaban justificando lo injustificable.

El mayor impacto lo sufrí frente a una casa que estaba instalada en un predio esquina de una calle cercana al boulevard. El muro la rodeaba por completo, como si de sus muros medianeros se tratara y todas las ventanas de la casa, de todos los pisos, tenían a menos de tres metros este gran murallón construido, sin derecho alguno, por el Estado de Israel. La casa, edificada con el esfuerzo de años, de varias generaciones de la familia que la habitaba, ya no miraba a ninguna parte, ni estaba inserta en ningún barrio. Era una verdadera Isla, completamente cercada por la ocupación. En el primer piso, el edificio lucía una tienda de ropa que parecía cerrada hace ya algún tiempo. Era obvio, nadie podía ya llegar a comprar en ella. La casa era, en definitiva, la mejor síntesis de la ocupación ilegal. No te dejaba vivir. No te dejaba respirar. No te dejaba moverte. No te dejaba ver la realidad. Los espacios intersticiales entre la casa y el muro estaban convertidos en verdaderos vertederos, llenos de escombros dejados por quienes habían construido el muro, con la prohibición más absoluta de retirarlos. La ocupación convertía a todos los palestinos en prisioneros en su propia tierra y había transformado los Territorios Palestinos en la mayor cárcel a cielo abierto del mundo bajo la mirada cómplice e indiferente de todas las gentes del planeta.

Había escuchado y había reproducido miles de veces la crueldad y los padecimientos que la ocupación le significaba al pueblo palestino, pero lo que estaba observando superaba con creces todo lo que yo pudiera haber relatado o escuchado en mi vida. Por primera vez en el viaje sentí un ahogo insoportable y unas ganas incontenibles de llorar de rabia y disponerme a luchar por todas las vías posibles contra la ocupación.

Caminamos un buen rato hasta que llegamos a la puerta que separaba los dos lados del muro. Era un puesto de control donde los palestinos hacían cola para poder pasar, luego de llegar caminando o en automóvil desde sus casas. Muchos de ellos eran devueltos, otros eran interrogados por lapsos de tiempo que podían destruir cualquier plan. Los autobuses que atravesaban eran enteramente desocupados para ser revisados por completo y para poder interrogar, uno a uno a todos los pasajeros. Les consultaban acerca del motivo

de su desplazamiento, acerca del tiempo de estancia en el otro lado de Palestina ocupada. Actuaban como si de verdad se creyeran una raza superior, rodeada de seres insignificantes para ellos. El desprecio por el género humano superaba todo lo que yo había visto en mi vida.

Los palestinos más jóvenes esperaban en grupos, con una mezcla de resignación y odio, en sus caras, que pocas veces había visto. A pesar de ello, se reían de la ocupación, se reían de estos seres supuestamente superiores que actuaban como los seres más despreciables existentes sobre la Tierra, abusando cotidianamente de un poder ilegítimo, que los mostraba de cuerpo entero, no eran ni mejores ni peores que los nazis, eran claramente de la misma familia ideológica y sus actos y sus convicciones lo demostraban a cada instante y en todo lugar. Se reían de su pequeñez, como si ante tanta miseria y tanta crueldad, ante tanta humillación y maltrato cotidiano, las únicas armas posibles fueras la risa y la fraternidad.

Al lado del muro ya se habían instalado algunos comerciantes que proveían a quienes iban y venían de un lado a otro de algunas frutas, verduras y productos básicos, que eran ofrecidos a quienes pasaban a pie y por las ventanas de los buses, luego de que eran revisados. Las colas eran interminables y no pocos de quienes intentaban cruzar, de un lado a otro, volvían sin lograr hacerlo, día tras día, para probar suerte hasta que les tocara el premiado. Mi impresión fue devastadora. Ya no se trataba de la tortura, el encarcelamiento



o el asesinato. No se trataba de la demolición de casas, ni de la confiscación de territorio: la ocupación estaba allí a cada segundo de cada día de la vida de los palestinos, haciendo esfuerzos



sobrehumanos para transformarla en algo insoportable. Desde ese minuto en adelante, el muro estaría presente en cada paso que diera en Palestina y mi vista comenzaría a buscar, casi de manera automática e inconsciente, en cada paraje, su presencia, transformándolo en el símbolo más elocuente del desprecio israelí por la vida, por la libertad y por los derechos humanos.

Volvimos caminando a la tienda mientras le contaba a Saleh la razón de mi viaje. Fue el primero en plantearme su desconfianza hacia todo lo que pudiera venir desde la Autoridad Nacional Palestina o desde la OLP. Según él, ya habían perdido el derecho a dirigir a nuestro pueblo y hoy estaban a la búsqueda de un liderazgo distinto. Me planteó que pronto me contactaría para que conversáramos y que no le comentara a nadie lo que habíamos hablado.

Encontramos a Tanás esperándonos, acompañado de Xavier, que se



había comunicado con él para saber de mí, tomando café y algunos *shawarmas* —plato árabe y turco de finas láminas de carne que se van cortando de un asador vertical— para el almuerzo. No nos habíamos dado cuenta y ya eran pasadas las cuatro de la tarde. Nadie sabía a ciencia cierta dónde estábamos, así es que su única posibilidad fue la de comprar cosas para almorzar en la tienda, mientras disfrutábamos una vez más del rito de los reencuentros.

Luego de almorzar, ya casi terminando la tarde, nos dirigimos de vuelta al hotel. Al llegar me enteré de que miembros de mi familia se habían enterado de mi presencia en Palestina y habían llegado a él para buscarme, llevarme a sus casas y homenajearme con varias cenas de bienvenida. No había posibilidad de escapar a esa invitación, por lo que le pedí a Tanás que llamara y les rogara que pasaran por mí, al hotel, a las veintiuna horas de ese día. Yo subiría y trataría de descansar un rato, y si alcanzaba, abriría por primera vez desde mi llegada, el computador, para anotar las primeras impresiones de este viaje prodigioso, con la esperanza de poder convertirlas en un libro que pudiera transmitir la experiencia que estaba viviendo a los cientos de miles de descendientes de palestinos que no tienen, y seguramente no tendrán, la oportunidad de conocer en persona y en vivo Palestina, de no mediar el final de la ocupación.

Le entregué a Xavier los encargos de su parte, conversé a solas con él un rato en el lobby del hotel, y me dispuse a descansar un rato y a escribir.

La justicia comunitaria

Ya en mi habitación, intenté escribir un poco pero el cansancio me condujo directo a la cama. Ya llevaba tres días en Palestina y sentía que había pasado una eternidad. Las emociones habían sido demasiadas y demasiado fuertes para tan poco tiempo. Tenía el corazón agotado. A pesar de ello, quedaban muchas cosas pendientes entre las cuales se contaba, por cierto, el objetivo fundamental de mi presencia en Palestina: era comenzar a darle forma a la Red Palestina Mundial.

Poco antes de las siete de la noche recibí llamadas de Fayes, explicándome que funciones propias de su cargo le habían impedido tomar contacto antes conmigo y que me contaría los detalles apenas nos encontráramos. Quedamos en juntarnos esa misma noche en el hotel de Tanás, luego de la cena con mi familia. Nos conocíamos hacía demasiado tiempo y nos unía una historia no exenta de diferencias pero marcada por una gran fraternidad. Nos habíamos conocido en Madrid casi 18 años atrás cuando yo volvía de un encuentro de Jóvenes Palestinos en Argelia, cuyo eje central había sido la formación política e ideológica y la discusión acerca del rol de la diáspora en la lucha de los palestinos.

Como en Chile estábamos bajo la Dictadura, había tenido que viajar con una identidad prestada y lo había hecho saliendo de Chile con la mía, para luego viajar desde España a Argelia con pasaporte e identidad provistas por un gobierno amigo. Luego había vuelto a España con esa misma identidad, para finalmente, volver a Chile con la propia, luego de una supuesta estancia en España cercana a los tres meses. A nuestro regreso a España, quienes habíamos participado en el encuentro decidimos visitar la embajada madrileña de la OLP para llevarnos información relativa a la cuestión de Palestina y pisar, simbólicamente, suelo palestino. Al llegar nos atendió un joven que era Presidente de la Unión General de Estudiantes Palestinos de España y

miembro del Comité Central de Al Fatah. Nos llenó de información y de algunos presentes para llevar a nuestro país. Poco a poco comenzó a recabar información acerca de quiénes éramos los que estábamos ahí. En un momento desapareció por espacio de diez minutos y regresó con una actitud un poco distinta. Años después supimos que se había levantado para llamar a Chile y preguntar a la oficina de la OLP en Santiagopor nosotros. Volvió y reinició la conversación hasta llevarnos al punto que quería llegar. Cuando supo que éramos parte de la organización que él presidía con sede en Chile, pero que no estaba reconocida por ser una organización más cercana al Frente Popular que a Al Fatah, evitó continuar cualquier conversación que tuviera que ver con la política interna del pueblo palestino. Nos invitó a su casa y nos preparó un *Maclube*, comida popular palestina que consiste en una preparación de verduras, carne y arroz, que luego de fritos, se ordenan en una olla, por capas, de manera tal que al terminar la cocción, se da vuelta sobre una bandeja y al retirar la olla queda como una verdadera torta de carne, arroz, berenjenas, papas y tomates, todo bañado con almendras salteadas en mantequilla, mezcladas con perejil y cilantro. Nos quedamos conversando hasta altas horas de la noche y luego de esa velada no volvimos a vernos hasta varios años después. Sin embargo, desde ese primer momento, mantuvimos un contacto permanente y sistemático a lo largo del tiempo, siempre con la promesa de encontrarnos algún día en Palestina. Entretanto, nos encontramos un par de veces en Chile, en viajes de trabajo cuando visitaba el país para estrechar lazos entre la OLP y nuestra comunidad palestina nacional: esta se caracteriza hasta el día de hoy por ser una de las comunidades más grandes fuera del mundo árabe y por tener una organización bastante desarrollada, incluso desde mucho antes del nacimiento de la OLP.

Luego de la firma de Oslo (1993), Fayez había vuelto a Palestina a colaborar en todo lo necesario, dentro de lo posible, con la Autoridad Nacional Palestina y se había convertido en diputado de su partido por el distrito de Beit Lehem en las elecciones legislativas del 2006. Su familia había ingresado con él, pero a poco andar había retornado a España debido al peligro latente y a las grandes dificultades existentes para desarrollar una vida normal. Desde entonces viajaba a España, tan seguido como podía, para visitar a los suyos. El Parlamento palestino, por su parte, se encontraba funcionando a media máquina desde que los israelíes habían entrado por sorpresa al edificio

en el que funcionaba y habían tomado prisioneros, sin cargos y sin juicio previo a sesenta diputados electos, por pertenecer todos ellos a Hamás, un partido de carácter fundamentalista e islámico, nacido en la década de los 80, bajo el amparo de las autoridades israelíes que había apostado a su fortalecimiento para debilitar a la OLP como único y legítimo representante del pueblo palestino y que había resultado triunfador en las mismas elecciones en las que Fayes se había convertido en diputado. La mayoría de esos diputados permanece hasta hoy tras las rejas y nunca se les ha realizado juicio alguno, pero se les acusa de ser terroristas y de representar una amenaza para la seguridad de Israel. Es decir, se acusa a quienes viven bajo la ocupación y son permanentes víctimas de sus abusos y arbitrariedades, de abrazar la resistencia y, por lo mismo, ser un peligro para el ocupante. Algo que, por supuesto, solo sucede en Palestina.

Cerca de las ocho de la noche mi familia se hizo presente en el lobby del hotel. Bajé de inmediato y sin mediar grandes presentaciones nos subimos al auto en el que se movían. Nos trasladamos a Beit Jala, que era la ciudad de mis abuelos y a pesar de ser de noche, pude apreciar lo fantástico de la ciudad —vid fotos en páginas 15 y 138-139—. Conocí de pasada la casa donde habían vivido hasta antes de su exilio y me mostraron todas las otras casas de la familia, ordenadas a lo largo de una calle que ascendía por el cerro, dando vueltas, hasta la cima de la colina. La ciudad estaba en silencio. A pesar de ser temprano no se veía gente en las calles ni comercios abiertos. Solo un par de restaurantes ubicados en la cima se mantenían funcionando y desde abajo lucían como verdaderas mansiones.

Llegamos a la casa del mayor de los Jadue que quedaban en Palestina. En pocos minutos fueron llegando los demás hermanos, con sus esposas, hijos y nietos. Estaba toda la familia expectante por conocerme y por preguntar acerca de sus respectivos parientes en Chile. Me interrogaron sobre toda mi vida, los familiares que a estas alturas, eran más numerosos en Chile que en Beit Jala y me relataron, con lujo de detalles, la historia de mi familia, su relación con la ciudad y las razones por las cuales su mayor parte había emigrado. Era tal la relación que existía entre esa localidad y el país donde yo había nacido que la única escuela de Beit Jala se llamaba República de Chile y varias de las últimas inversiones en ella habían sido financiadas por un grupo de chilenos provenientes o descendientes de aquella ciudad, que se hacían

llamar Los Hijos de Beit Jala. La conversación consumió las tres horas que tenía destinadas para estar con ellos. Les expliqué que tenía una reunión de trabajo en el hotel y que al día siguiente partiría a Ramala, a primera hora, luego de descansar lo que pudiera. No les gustó la idea pero entendieron que no tenía alternativa. Tuve que rechazar varias invitaciones a cenar, en todas y cada una de sus respectivas casas y les rogué que entendieran que no estaba en Palestina ni por turismo ni por razones familiares. Prometí volver el sábado a la hora de almuerzo y quedamos en tener un almuerzo familiar, ese día, con todos los demás que no habían podido llegar esta noche.

El mayor de los hermanos le encomendó al menor que me llevara de vuelta al hotel. Ya eran cerca de las once de la noche.

Esperé a Fayes en compañía de Tanás y su familia que, a esa altura, ya era como la mía. Llegó como a las once y quince minutos. El momento de nuestro encuentro en Palestina había llegado, esa noche, dieciocho años después de conocernos en Madrid. Claramente los de entonces ya no éramos los mismos. No en vano habían pasado dos décadas desde aquel enero del noventa y uno.

Luego de los abrazos de rigor y de las preguntas obvias acerca de nuestras familias y de nuestras vidas, durante todo ese tiempo, la conversación derivó inevitablemente temas de actualidad. Conversamos sobre el proceso de paz, sobre la nula disposición de los israelíes a generar garantías mínimas para avanzar hacia una paz justa y duradera. Conversamos acerca de las instituciones palestinas y de cómo se venían debilitando, en virtud de la evidente falta de avances, después de diez y siete años de estériles negociaciones.

Me contó en detalle las razones por las cuales no había aparecido antes y grande fue mi sorpresa y mi satisfacción cuando, a partir de un suceso lamentable, me detalló cómo funciona, hasta hoy, una de las instituciones comunitarias más antiguas, importantes y tradicionales de la sociedad palestina.

El mismo día que yo había llegado, un joven de Beit Sahour, cercana a Beit Lehem, había sido asesinado por otro de esta última ciudad. Las circunstancias del crimen aún no estaban del todo claras, pero el asesino se encontraba ya entre rejas y la Justicia, como todos la conocemos, había comenzado a hacer su trabajo. Se habían formulado cargos y el debido proceso estaba en pleno desarrollo, con abogados representando a ambas partes y con

una investigación judicial lo más en regla posible, considerando los límites que imponía la ocupación, y cercana al funcionamiento de cualquier institución que pretendiera independencia plena y rigor.

En paralelo, la justicia comunitaria, que funciona como un dispositivo social para evitar daños colaterales o actos de venganza entre las familias involucradas, había comenzado a funcionar para cumplir de manera cabal con su papel en la sociedad palestina. Fayes, como diputado de una de las ciudades involucradas, actuaba como uno de los garantes del proceso y, por ende, no podía estar ausente de esta institución donde la comunidad asume su cuota de responsabilidad en lo sucedido y en el rumbo que los sucesos podrían tomar si la comunidad no actuaba para contener y mitigar, lo más posible, el daño a las familias y a la paz social.

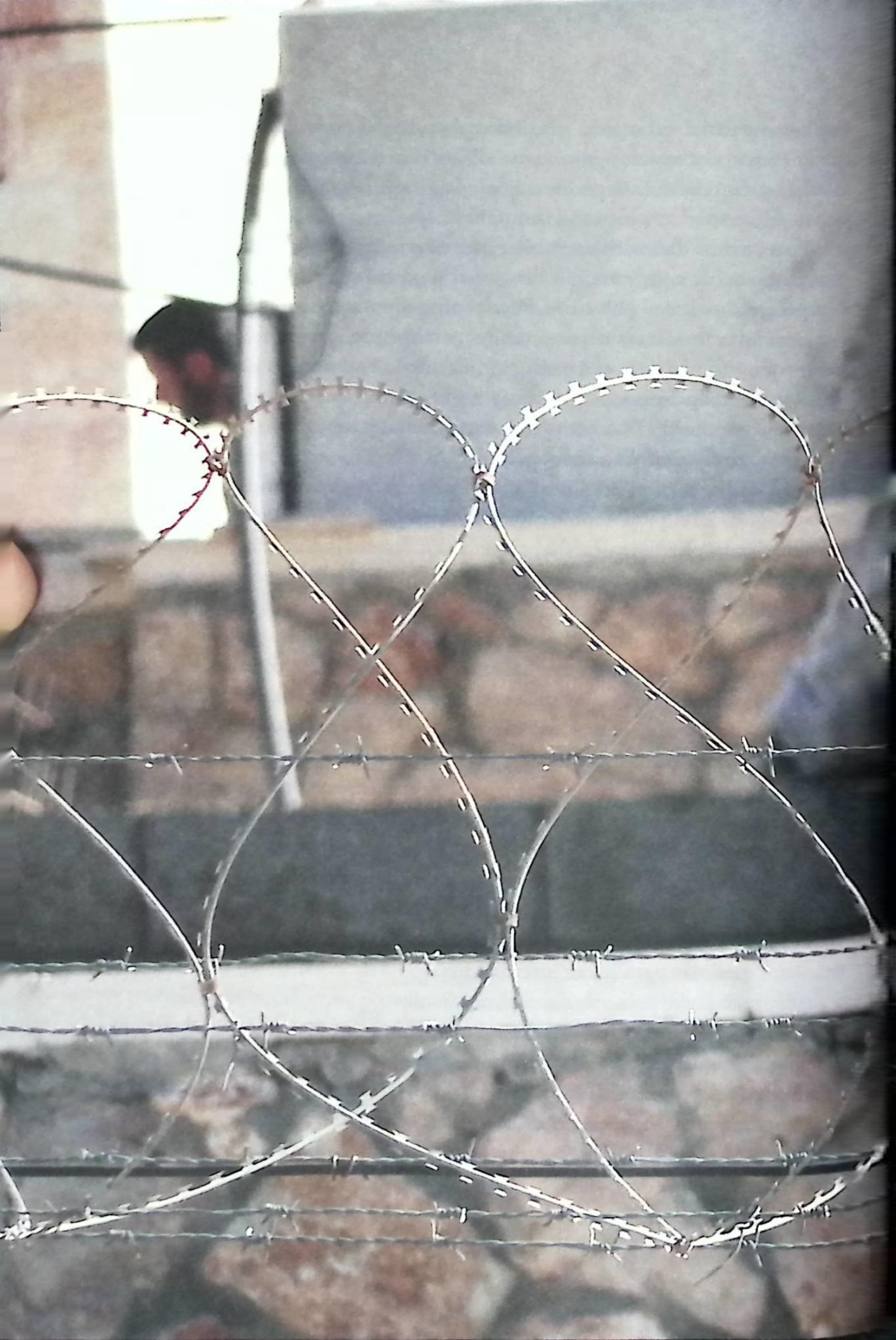
La idea central era llevar a cabo una investigación indagatoria y una negociación inicial para acordar los términos en que la sociedad en su conjunto impondría justicia. Para aquello, la familia del inculcado y la de la víctima nombrarían, cada una, un grupo de representantes que se reunirían a discutir y acordar las acciones reparatorias y los acuerdos para evitar cualquier escalamiento del lamentable hecho.

Cada una de las partes había nombrado un grupo de aproximadamente 150 personas, entre las más honorables de cada comunidad, para reunirse, escuchar las distintas versiones y pactar las medidas de reparación que permitiría, a las familias implicadas, esperar en paz el desarrollo del juicio y el establecimiento de la verdad procesal y de la justicia social formal.

Luego de un par de días de intensos debates y negociaciones, en el que todos habrían dado su parecer, con el objeto de arribar a un consenso los representantes de las familias, junto a las autoridades de las ciudades afectadas, acordarían un conjunto de medidas que no serían apelables ni negociables.

El debate duró tres días con sus noches, al cabo de los cuales acordaron cuatro medidas para hacer justicia a la familia de la víctima y para prevenir cualquier roce entre ésta y la familia del inculcado.

La primera de ellas era que ningún miembro de la familia del inculcado podría circular por las calles donde viviera o trabajara cualquiera de los miembros de la familia de la víctima, por espacio de un año, con el objeto de inhibir y dificultar cualquier malentendido que pudiera parecer una provocación.





La segunda medida era que la familia del inculcado se haría cargo de todos los costos derivados del entierro de la víctima, hasta una cantidad que cubriera los gastos, con toda la dignidad necesaria y, al mismo tiempo, no representara abuso de una parte sobre la otra.

La tercera acordaba una primera indemnización cercana a cincuenta mil dólares, que la familia, o en su defecto la comunidad representante del inculcado, pagaría a la familia de la víctima para paliar, en primera instancia, el daño moral y el patrimonial sufrido por la pérdida del ser querido. Además, una segunda indemnización, que se discutiría una vez terminada la investigación judicial y esclarecidas todas las circunstancias del crimen, para reparar, de la manera más completa posible, el daño causado.

La cuarta medida era que este acuerdo no sería utilizado en el juicio como atenuante del delito, ni de ninguna responsabilidad, directa o indirecta, que la investigación estableciera, dejando claramente estipulado que de aparecer algún cómplice del asesinato, debería realizarse una nueva negociación, distinta a la realizada, para cualquier otro involucrado, de manera tal que cada familia se hiciera responsable, ante la comunidad, por el daño causado por un miembro de su propia familia.

La negociación había sido dura pero exitosa y a partir de ella, la comunidad podía estar tranquila y segura de que no habría venganzas, ni nada que pudiera amplificar el daño causado por el suceso a la comunidad en su globalidad.

Yo estaba sorprendido de cómo la comunidad era capaz de administrar sus conflictos de una manera que combinara el funcionamiento de las instituciones, por un lado, con las formas más tradicionales e informales de resolver los conflictos que la comunidad se daba, donde el bien común y la cohesión social se instalaba muy por encima de cualquier otra consideración, sobre todo, si esta se refería a intereses o problemas individuales o familiares.

El tiempo pasó volando. Al terminar la conversación ya eran cerca de las dos de la mañana. Fayes, con evidente cansancio, hizo ademán de retirarse, mientras la familia de Tanás me esperaba en un rincón del bar para compartir un rato conmigo y programar los próximos días. Ellos sabían que al día siguiente debía estar a primera hora en la capital. Habían arreglado todo para que Elías me trasladara a las seis y treinta de la mañana. Se sentaron conmigo y me dieron una serie de indicaciones acerca de cómo debía actuar

si me detenían o si me interrogaban. Me entregaron un teléfono celular israelí, conseguido con un amigo palestino de aquellos que viven en Israel, como ciudadanos de segunda categoría, pero que pueden desplazarse con menos restricciones entre los territorios actualmente ocupados y aquellos que desde 1948 se habían transformado en el Estado sionista.

Con ese teléfono no tendría problemas de señal y podría comunicarme en cualquier momento con ellos y con Xavier, que era a quien primero recurriría en caso de problemas. Me repitieron unas veinte veces que estarían pendientes de mí y de mi agenda, por si algo salía mal y que si me enfrentaba a algún problema de aquellos que en Palestina son pan de cada día, no dudara en llamarlos de inmediato.

Justo antes de despedirme para ir a descansar, Elías se acercó desde el mostrador de la recepción y me dio un papel con tres nombres y tres teléfonos. Un tal Ramzi Khouri había llamado y había dejado los números con los que tendría que comunicarme una vez en Ramala.

Nuevamente subí a mi habitación. Nuevamente encontré la bandeja de frutas, agua y café para el desayuno y, por primera vez desde mi llegada, dormí con el sueño más reparador que recuerde desde mi juventud, hasta que el amanecer entró por la ventana cerca de las cinco cuarenta y cinco de la madrugada.

Ramala o la capital de la paz económica

Ya era mi cuarto día en Palestina y comenzaba el trabajo al que había sido convocado. Para ello debía trasladarme a primera hora de la mañana a Ramala, la capital administrativa de la Autoridad Nacional Palestina. Estando allá, debía llamar a cualquiera de los teléfonos que me habían dejado la noche anterior para que me entregaran más indicaciones de cómo llegar a las dependencias de la Oficina para las Negociaciones que lideraba Saeb Erekat.

A las seis y quince minutos bajé de mi habitación y encontré a Elías esperándome en la puerta. No llevaba más que un pequeño bolso con un par de mudas de ropa, mi computador y mi cámara fotográfica. Elías me preguntó si deseaba irme por Jerusalén o si prefería asegurar el viaje, tomando el camino por donde circulan los palestinos que no poseen permiso para acceder a Israel. Mi respuesta fue automática. Quiero conocer cómo viven mis hermanos, por tanto nos iremos por donde ellos tienen que irse, solo por el hecho de ser palestinos. Además, le dije, no soportaría que los israelíes me impidieran pasar y me hicieran perder tiempo precioso solo por querer ahorrarme una hora de viaje, que era la diferencia que había entre los dos caminos. Por otra parte, también me molestaría si, a diferencia de lo esperable, ellos tomaran mi identificación y me dijeran como si nada, adelante y bienvenido.

Subimos al auto y partimos de inmediato. Estábamos con el tiempo justo para llegar a la hora. Salimos de la ciudad y tomamos un camino que bajaba entre los cerros hasta el fondo del valle para luego iniciar un lento ascenso hasta nuestro destino. El camino no tenía nada que envidiarle a los caminos rurales que existen en mi país en los lugares donde el Estado aún no se hace presente. Sus estándares de seguridad eran completamente opuestos a los estándares de las carreteras por donde transitaban los israelíes, como ya sabíamos. Los caminos israelíes estaban siempre iluminados y muy bien señalizados. Eran generosos y sus curvas suficientemente abiertas para que los

virajes se realizaran en condiciones de seguridad aceptables. Los caminos para los palestinos eran, a diferencia de los primeros, angostos, normalmente sin bermas ni condiciones de seguridad mínimamente aceptables, sus pendientes y curvas no tenían ninguna condición que pudiera asociarse a algún tipo de estándar y normalmente iban acompañados, permanentemente, del muro de segregación ilegal que los israelíes venían construyendo contra todo marco del Derecho Internacional existente.

A lo largo del camino iban apareciendo ciudades palestinas encerradas como guetos o simplemente divididas por el muro, siempre adyacente a algún camino construido por la ocupación, sobre el lugar habitado hasta ese minuto por decenas y a veces cientos de casas, demolidas sin ningún procedimiento que pudiera revestir algún grado de legalidad. Esas acciones unilaterales están orientadas, según ellos, a mejorar las condiciones de seguridad de los colonos ilegales, aunque para ello vayan en desmedro de la libertad de movimiento y de los derechos de los palestinos, que vienen soportando, eso y mucho más, hace más de sesenta años ante la mirada cómplice de una comunidad internacional que es capaz de movilizar a todos los ejércitos del mundo para asegurar su acceso al petróleo, pero que es absolutamente incapaz de, al menos, una declaración de condena clara y tajante cuando quien viola los derechos humanos es este aliado incondicional de Estados Unidos de Norteamérica.

Por largos trechos del camino el muro se ubicaba en medio de la nada, separando territorio palestino de territorio palestino, con el único y claro propósito de anexar, por la vía de los hechos, cada vez más territorio, matando de paso la solución de dos Estados y avanzando persistente y silenciosamente hacia el proyecto original del sionismo del Eretz Ysrael.

Esto y otras cosas similares convertían las mal llamadas negociaciones en un ejercicio casi retórico, en el que el pueblo palestino aparecía como un ser humano discutiendo y negociando con otro, claramente más poderoso que él, para que le devolviera, al menos una parte de la manzana que le había robado, mientras el usurpador continua dándole mordiscos con clara intención de devorarla por completo.

En otros trechos del camino el muro de segregación acompañaba la instalación de nuevos asentamientos ilegales o la ampliación de los ya existentes, siempre conectados a supercarreteras que incluso eran capaces de atra-

vesar cerros y quebradas, sin ningún cuidado por la naturaleza y por el medio ambiente, mediante túneles o puentes kilométricos que aseguran una rápida y resguardada conexión de los colonos, también ilegales, con Jerusalén o con cualquier infraestructura que a la ocupación le parezca necesaria.

Justo antes de llegar a Ramala atravesamos Kalandia, una aldea palestina que hoy es uno de los símbolos que expresa del modo más eficaz ese afán de los israelíes por entorpecer todo movimiento de los palestinos en su propia tierra, ya que para entrar o salir de Ramala casi no hay alternativa y siempre existe la posibilidad de que los israelíes, sin razón alguna, simplemente lo cierren o definan que alguien no puede ingresar, en ese instante, por sospechas de que pueda representar un peligro para Israel. El puesto de control era similar a los peajes que existen en nuestro país. La diferencia, claro, la hacía la presencia militar y la posibilidad de que antes de pasar te detuvieran, interrogaran, hicieran bajar del vehículo en el que circulas y pudieran, sin tener ningún derecho o razón aparente, registrar tu vehículo, registrarte a tí e incluso hacerte pasar a una sala para pedir que te desvistieras y poder cerciorarse de que no trasladas nada que pueda constituir una amenaza para la ocupación. Por supuesto, el trámite puede tardar media hora o más, siempre que no haya ningún problema que les dé una excusa, por simple que sea, para tomar una determinación radical y devolverte o cerrar el paso aduciendo peligro inminente, que es como alimentan sistemáticamente esa enfermedad colectiva del miedo y del odio que padecen, voluntariamente, los israelíes. No fue el caso en esta mi primera llegada a la capital palestina, como le dicen a Ramala los que aun creen en el proceso de negociaciones, tantas veces fenecido y una vez más resucitado.

Avanzamos por un camino con pendiente, siempre subiendo, mientras comenzaba a aparecer una ciudad que me pareció significativamente distinta a las que ya había visitado.

Sus calles eran más anchas y mejor iluminadas que en ninguna otra ciudad. Los edificios que las rodeaban, eran mucho más altos y modernos. En promedio, estaban entre los seis y los diez pisos. Habían letreros luminosos y algunas señaléticas que atravesaban las calles de lado a lado, informando de los barrios a los que conducía cada variante del camino. Los autos que circulaban eran también distintos a los que se veían en el resto de la Palestina ocupada. Me sorprendió el boom inmobiliario de la ciudad. Había edificios en

construcción por doquier y, de no ser por Kalandia, cualquiera podía jurar que en la capital de los palestinos, la ocupación, si bien no desaparecía, se hacía mucho más difusa que en el resto de los territorios ocupados.

Me dio la sensación de que el ocupante había optado por firmar la paz económica con la clase dominante de los palestinos. Esa que hace negocios con los israelíes, sin ningún asco, llegando incluso, algunos, a manejar varios monopolios de productos de primera necesidad que compran a los israelíes y venden a los palestinos, que no tienen dónde comprar alternativas, en las ciudades y aldeas que sufren la variante más difundida de ocupación.

Para consolidar esa paz económica, les había entregado un territorio en el cual dejaría que los palestinos armaran su aparato burocrático, de tal manera de construirle a la clase dominante el aparato de dominación en el cual ella no trabajaría, pero instalaría a la clase burocrática palestina que finalmente se preocuparía de actuar de intermediarios entre la ocupación y el pueblo palestino.

A medida que me adentraba en la ciudad y me acercaba al centro administrativo de la misma, mi impresión se hacía cada vez más sólida. Habían plazas y parques que no había visto en Beit Lehem, Beit Jala o Bait Sahur y como si de las ricas Providencia o Las Condes, en Santiago de Chile, se tratara, en la ciudad se alternaban casas antiguas muy bien mantenidas o reutilizadas para instituciones o empresas, con edificios de ocho, diez o más pisos, que albergaban departamentos costosos donde se habían ido instalando las familias del aparato burocrático palestino.

Entre los edificios que destacaban había hoteles tipo boutique, como le llaman ahora a las casas antiguas rehabilitadas y algunos nuevos, recién contruidos, que nada tenían que envidiarle a ningún hotel de ninguna cadena internacional de aquellas que controlan el negocio mundial de los hoteles de alto nivel.

Los mismos cerros, que en otras ciudades albergaban casas milenarias de pequeño tamaño que se iban encaramando unas sobre otras para buscar la vista, acá albergaban casas y edificios aterrizados, que no requerían de encaramarse sobre nadie para mirar. Ellos mismos se proveían de las vistas que necesitaban, con grandes terrenos circundantes, convertidos muchos en verdaderos parques urbanos.

Elías me condujo hasta el hotel donde estarían las indicaciones que

debía seguir. Estaba en pleno centro de la capital, rodeado de restaurantes y pubs que, a diferencia de lo que uno pudiera imaginar cuando piensa en la capital de la causa palestina, permanecen abiertos hasta altas horas de la noche y con una vida nocturna, de una u otra forma, similar a la que se disfruta en Occidente.

Incluso las mezquitas y las iglesias existentes eran distintas, de otro tamaño y nivel. La capital palestina era como todas las capitales del mundo, un símbolo de la la relación incestuosa entre el poder económico y el poder político, acompañado, por cierto, de la centralización de la toma de decisiones



y de la concentración del poder económico, en porciones acotadas del territorio, que siempre parecen de un país distinto al que viven las mayorías de cada pueblo.

En las cercanías del hotel había infraestructura deportiva de primer nivel y en las inmediaciones se percibían barrios exclusivamente residenciales, con verdaderos departamentos de lujo, que en el contexto donde estaba, parecían verdaderamente sorprendentes. Me despedí de Elías y le dije que cual-

quier cosa que necesitara lo llamaría, que estaría en contacto y que esperaba volver a Beit Lehem antes del fin de semana.

A mi llegada al hotel estaba todo dispuesto para que subiera, dejara mis cosas, tomara el desayuno y me dirigiera, sin prisa pero sin tardanza, a las oficinas en donde trabajaría los próximos tres días. No tuve que decir nada. El desayuno, eso sí, ya no era el desayuno típico palestino que servía de reunión familiar. Era el desayuno intercontinental que existía en todos los hoteles internacionales, en cualquier parte del mundo, con un jugo de naranja de envase, un par de tostadas con mantequilla y mermelada en pequeños dispositivos plásticos, más alguien que circulaba permanentemente ofreciendo café express. El lugar para desayunar tenía televisión y los que estaban ahí no conversaban entre sí, veían televisión y hablaban por teléfono como en los hoteles de todas las capitales del mundo. Subí a mi habitación, un tanto bajo shock, ordené mis cosas, separé el computador, la máquina de fotos y una bufanda y bajé hasta el lobby. En menos de cinco minutos llegó un taxi a buscarme.

El taxista no dijo una palabra y me condujo hasta un barrio de oficinas que estaba a menos de diez minutos del hotel. En la calle me llamó la atención la coexistencia entre la nueva ciudad que iba surgiendo, con la forma de vida milenaria que caracterizaba a los palestinos. De hecho, en medio del trayecto debimos detenernos y en cosa de minutos me tocó presenciar algo inaudito. La imagen era sorprendente. Había en medio de esta ciudad capital una pendiente casi en estado rural, rodeada de edificios recién construidos, con autos del año circulando por las calles y gente vestida de oficinistas deambulando de un lugar a otro, en actitud de ir con prisas al trabajo o algo así. De pronto, entre los edificios apareció un par de cientos de cabras, guidas por un joven pastor. Se dirigían a esta área no edificada compuesta por un conjunto de terrazas formadas por pequeños muros de piedra, cubiertas de una capa mixta de rocas y pastizales. Todo el tráfico se detuvo por varios minutos. Sin embargo, nadie tocó la bocina, nadie se molestó. Muy por el contrario, quienes permanecían en sus autos saludaban al joven pastor llamándolo por su nombre y algunos le preguntaban por su padre, que era quien habitualmente llevaba a las cabras a pastar.

Sonreí y pensé que, a pesar de lo que se veía, ese pueblo seguía comportándose como una comunidad integrada y cohesionada. Las diferencias entre ricos y pobres eran significativamente menores y casi no se sentía dis-

criminación entre los miembros de la comunidad, sin importar su condición socioeconómica. Lo que acababa de ver jamás pasaría en un país como aquel de donde yo venía.

Llegué a las oficinas del departamento de negociaciones de la OLP. Me esperaba un conjunto de compañeros a quienes no conocía, pero con los que me unía un conjunto de sueños respecto de la materialización de los derechos nacionales del pueblo palestino, que incluyen el retorno, la autodeterminación y el establecimiento en Palestina de un Estado independiente.

Luego de las presentaciones de rigor y de una larga entrevista con el director del proyecto, me indicaron el lugar de trabajo donde podría instalarme. Armé mi computador y dejé sobre el escritorio un par de libros que siempre me acompañan. Sostuvimos, luego de un rato, la primera reunión donde se nos presentó, a manera de propuesta, el proyecto, sus objetivos, una descripción general de la estructura, de los estatutos, de los principios rectores y de las distintas etapas que tendríamos que atravesar para hacer realidad esta nueva herramienta cuyo potencial era enorme y no tenía precedentes en la historia de nuestro pueblo.

La idea era que luego de la presentación, cada uno expusiera sus experiencias de organización, en cada uno de los continentes que estaban representados en esta primera apuesta, para luego trabajar de manera individual las observaciones que tuviéramos a los documentos, de tal manera que poder tener una segunda discusión que nos permitiera sacar conclusiones de esta gran apuesta que haríamos, para organizar y aunar en una misma organización y plataforma a todos los palestinos del mundo que compartieran nuestras definiciones, principios y objetivos de desarrollo.

Era obvio que la Red se demoraría un par de años en madurar, pero igualmente obvio resultaba el hecho de que, si luego de un par de años éramos capaces de tener una herramienta como la que soñábamos, la causa palestina daría un salto cualitativo en su capacidad de permear la conciencia de la Humanidad y de atraer el apoyo necesario para avanzar en la materialización de sus derechos nacionales.

Repetimos el ejercicio de reunirnos, exponer, discutir y llegar a acuerdos tantas veces como fue necesario, hasta definir la propuesta de arquitectura institucional y los procedimientos con los que debería operar esta nueva organización.

El problema pendiente era que nuestros acuerdos no debían ser impuestos a la diáspora *Urbe et Orbi*, sin antes construir, con ellos, un proceso de validación de las mismas, por lo que luego de varios y arduos días de trabajo, en que casi no salimos de nuestras oficinas excepto para un par de cenas un poco más formales y para dormir y descansar lo mínimo necesario, acordamos la realización de un Congreso Fundacional de la Red Palestina Mundial, que se realizaría entre los meses de enero y febrero del año siguiente, con representantes de la mayor cantidad de continentes que nos fuera posible convocar y captar.

Cada uno de los presentes asumiría el desafío de validar este acuerdo en su continente, lo que implicaría un gran trabajo durante los meses siguientes. Cada uno tendría que recorrer el territorio que quedara bajo su responsabilidad, elegir con las comunidades a los líderes más o menos representativos y prestigiados de cada una y convocarlos a este evento que realizaríamos en la ciudad de Beit Lehem, por su gran proyección en la escena mundial y en el imaginario colectivo de Occidente.

Las dos noches intermedias las aproveché para escribir algunas notas, pensando en que más temprano que tarde llegaría el momento de poder relatar los hechos, las emociones y las reflexiones que me estaba provocando ese viaje incomparable que estaba viviendo. Si el relato llegara a ver la luz, sería sin duda, de dulce y agraz, de alegrías y tristezas, de frustraciones pero también de esperanza. Así es esta crónica publicada cinco años después.

El último día, luego de trabajar con los colegas hasta cerca de las dos de la tarde, suspendimos nuestras actividades para concentrarnos en un almuerzo de despedida que Ramzi, el líder del equipo, nos había preparado en su casa.

Nos trasladamos hacia un departamento en uno de los barrios más exclusivos que recuerde haber visto en Palestina. Me sentí, de verdad, extraño en esa realidad, tan distinta a la que había visto en las otras ciudades y aún más distante de lo que me faltaba por ver. Mi malestar iba en aumento. Ya quería salir de Ramala.

Fue un almuerzo de camaradería exquisito que me dejó, sin embargo, un sabor amargo. Había pasado tres días de una experiencia, de verdad, compleja para mis expectativas. Me disponía a abandonar Ramala y a pesar de que el trabajo de imaginarnos como podría ser una Red Palestina Mundial

había resultado muy satisfactorio, traía sobre mis hombros el peso de las diferencias sociales que se estaban incubando en la sociedad palestina y de cómo todo el proceso de normalización, como le llaman algunos, a la paz económica entre las clases dominantes de ambos pueblos estaba dañando seriamente uno de los activos más importantes del palestino: su unidad en la diversidad y su cohesión en torno al Programa Nacional Palestino aprobado por la OLP.

Había detectado conductas absolutamente reconocibles de algunos funcionarios públicos que, a menudo, pierden el sentido de la urgencia que tienen los problemas de la población para la que trabajan. Y había visto cómo, a pesar de los avances en numerosas materias, que aparecen como parte de la arquitectura institucional de lo que podría llegar a constituirse en el Estado Palestino, los funcionarios de la ANP mantenían, en términos de su calidad de vida y de la relación con la ocupación, una distancia sideral con la realidad del resto en los territorios ocupados. De una u otra manera, se habían ido acomodando en sus puestos, perdiendo de vista, no pocas veces, quiénes eran sus verdaderos mandantes y quiénes sus enemigos y adversarios.

Había reconocido también algunos indicios claros de la corrupción de la que todos hablan, como si de un secreto a voces se tratara, que termina por poner en duda las reales intenciones de quienes se incorporan al aparato y de cómo van variando desde la figura de servidores públicos hacia la figura de los que se sirven de lo público.

Me llevaba la sensación de que los capitales europeos y norteamericanos habían cooptado a la derecha palestina entregándoles un aparato de dominación que, a pesar de no tener siquiera las atribuciones normales de los Estados nacionales, gozaban de privilegios que al resto de los palestinos indignaban, generando una creciente distancia con sus propias estructuras de gobierno, las que comenzaban a sufrir, como si de un plan israelí se tratase, una crisis de credibilidad de alcances insospechados.

De hecho, llamaba la atención el nivel de salarios que tenían los funcionarios de la ANP, los departamentos en los que vivían y la forma en cómo la ocupación los trataba, mientras ellos participaban de un proceso que, como el llamado a la oración musulmana, que como ya he citado, nadie sabe de dónde viene ni a dónde se dirige, pero determina indirectamente, gran parte de su calidad de vida.

El lugar de la Tierra más cercano al Infierno

Cuando el almuerzo había terminado coordiné con Elías para que viniera a recogerme, sin saber que mi decisión desembocaría en uno de los episodios más estresantes del viaje, recordándome que en Palestina —lo reitero a modo de estribillo—, lo más común es que aquello que uno planifica nunca salga como se espera, siempre gracias a la ocupación.

Quedamos en reunirnos cerca de las cinco de la tarde en las oficinas en que había estado trabajando. A las cinco y quince minutos recibí una llamada avisándome que los israelíes habían cerrado Kalandia y que Elías no podría llegar a buscarme. Que me esperaría al otro lado del puesto de control y que debería llegar a ese punto por otro medio.

Bassam, uno de los compañeros de trabajo con quién más cercanía desarrollé, me ofreció llevarme a Beit Lehem, pero por Jerusalén, ya que él vivía en la parte oriental de la ciudad y poseía permiso para transitar sin problemas entre Israel y los territorios ocupados, y viceversa. Luego de pensarlo y discutir de manera fraterna, rechacé su oferta y le pedí, por favor, que me acercara a Kalandia y ahí veríamos cómo atravesaba al otro lado. Trató infructuosamente de disuadirme, diciéndome que cuando cerraban Kalandia todo era un desastre. Pensé que luego de lo que había vivido ya nada me sorprendería demasiado, así es que insistí una y otra vez hasta convencerlo, a regañadientes, de que me llevara. Accedió y solo me pidió que lo acompañara a buscar a una de sus hijas que también estaba en Ramala y que se trasladaría a Jerusalén con él. Logramos un acuerdo mutuamente satisfactorio y nos fuimos. Volvimos al lugar de los edificios exclusivos. Recogimos a su hija y enfilamos hacia Kalandia. Al llegar al lugar nos percatamos de que los israelíes estaban deteniendo a todos los autos que intentaban cruzar, haciendo bajar a todas las personas que en ellos iban y revisando uno a uno cada vehículo y a todo aquel que deseaba pasar al otro lado.

De pronto ví a una mujer musulmana con una niña de unos cinco años bajar del auto en el que viajaban, por el lado del copiloto. Fijé la vista en esa imagen que me parecía realmente indignante. Los soldados israelíes obligaron a la madre y a la niña a apoyarse en el auto con sus dos brazos y con sus piernas semi-abiertas para registrarlas por completo, la niña comenzó a llorar y la madre trató de acercarse a ella para consolarla, recibiendo un fuerte grito de reprimenda de uno de los soldados que la apuntaban con una ametralladora y un fusil, exigiéndole que no se moviera. Mi vista buscó a algún hombre que fuera con ellas y divisé, al otro lado del vehículo, dos soldados que apuntaban con sus fusiles al conductor, mientras él permanecía sentado, con la puerta abierta, frente al manubrio, con las manos detrás de la nuca. El hombre, que debía ser el marido de la mujer y padre de la niña, comenzó a gritar que las dejaran tranquilas y a pedir que lo revisaran a él y no a ellas. Trató de empujar la puerta para poder bajar un par de veces. Cada vez que lo hizo, los soldados golpearon la puerta con más fuerza impidiéndoselo, mientras lo amenazaban con disparar, mientras se llevaban los fusiles a la cara y adoptaban la posición necesaria para hacerlo. Le escena me indignó. Traté de tomar la cámara fotográfica pero Bassam me lo impidió. Bajé la cabeza cerrando mis ojos por un segundo. Cuando la volví a levantar percibí, por el rabillo del ojo, que la escena se repetía en varias de los sitios de la fila en la que nos tenían parados.

El malestar social comenzó a subir como por arte de magia. Se oyeron gritos en contra de la ocupación, salir de los autos. De pronto, de un colectivo bajaron tres jóvenes y comenzaron a gritarles a los soldados y muchos de los que ahí estábamos comenzaron a sumarse a la protesta instantánea que empezaba a estallar. En cosa de segundos, la coexistencia pacífica con el abuso y la opresión dio paso a una protesta social absolutamente pacífica. La respuesta no se hizo esperar. Todos los gritos fueron interrumpidos por una ráfaga de ametralladora dirigida al aire que provocó un silencio aún más aterrador que los disparos. Fue uno de esos segundos de absoluto silencio que anteceden a los desastres. Comenzaron a sentirse otros disparos y una lluvia de piedras comenzó a caer sobre las fuerzas de ocupación. Se desató una estampida entre quienes estaban en la fila de automóviles. Muchos de ellos se desplazaron hacia los lados de la misma. Algunos trataron de girar para volver por donde habían llegado. Otros se internaron en el campamento de Kalan-

dia, pasando incluso por las pocas veredas existentes para intentar sortear el enfrentamiento y tratar de saltarse el puesto de control por el interior del campamento de refugiados. Bassam tomó la segunda opción e ingresó, como pudo y de manera desesperada, al interior de este. Todo fue a peor. Las calles eran demasiado angostas ya que se habían ido consolidando, en la medida que la promesa del retorno al lugar desde donde habían sido expulsados se demoraba. No tenían continuidad alguna, ni espacios para estacionamiento, ni semáforos ni señaléticas que sirvieran para saber por dónde seguir ni hacia dónde dirigirse. Con suerte, por ellas pasaba un vehículo pequeño, siempre y cuando no hubiera otro estacionado. Los edificios habían ido creciendo de la mano de las familias y varios de ellos ya tenían tres o cuatro pisos de autoconstrucción. Nos fuimos internando en un zigzageante proceso de toma de decisiones, sin ningún tipo de información, doblando para uno y otro lado, avanzando y retrocediendo para no chocar con los otros vehículos que pretendían escapar igual que nosotros. Llegado un momento, ya no pudimos movernos más. La entrada masiva de vehículos había colapsado las pequeñas calles de Kalandia y ya nadie lograba avanzar ni retroceder a ninguna parte. Sus habitantes comenzaron a salir de sus casas para intentar ayudar a los que ahí estábamos, dando indicaciones de cómo sortear los obstáculos, pero en cosa de minutos todo se tornó en un verdadero infierno.

Sobre los techos de los autos aparecieron piquetes de soldados israelíes saltando y corriendo armados detrás de grupos de jóvenes que habían respondido a sus disparos lanzando piedras y cócteles molotov desde el campamento hacia el lugar del puesto de control. Desde las ventanas comenzaron a llover insultos en contra de los soldados israelíes y gritos que intentaban darle pistas útiles a los jóvenes que escapaban entre medio de los autos y de las casas, subiendo por los techos de los autos hasta alcanzar los de los edificios, todo para evitar ser capturados.

La tensión se multiplicó varias veces en cosa de segundos. Comenzaron a sentirse disparos por doquier y la gente empezó a entrar en sus casas presas del pánico. Lo más impresionante fue que todos se daban el tiempo preciso para sacar de los autos a los que estábamos varados. Todos sin excepción, intentaban conducirnos a salvo hasta el interior de sus casas, para esperar un poco más seguros que el peligro pasara y la tensa calma de siempre volviera al campamento.

Una anciana que no representaba menos de 75 años abrió, sin preguntar, la puerta de nuestro auto y le ordenó a Bassam que bajara. Bassam obedeció sin chistar, solo haciendo un ademán a la señora para indicarle que en el asiento de atrás había otra persona. La señora me miró y abrió mi puerta apuntando con su brazo el lugar hacia donde tenía que desplazarme. La hija de Bassam que iba en el asiento del copiloto ya había bajado por el otro lado y estaba en la casa que se encontraba más cercana a su puerta.

Permanecemos en silencio en el estar de la casa de la anciana. Ella, sin decir ni una sola palabra, ni preguntar nada, se internó en la cocina y trajo té servido y algunos frutos secos para que comiéramos. Yo estaba sorprendido por la naturalidad con que todos reaccionaban. Ni siquiera un episodio como el que estábamos viviendo hacía olvidar la hospitalidad tan propia de nuestro pueblo. Bassam me miró y con una sonrisa en los labios me dijo lo que yo sabía que no podría dejar de escuchar. Con tono de pregunta susurró: ¿entendiste por qué prefería que no viniéramos a Kalandia? Moví la cabeza afirmativamente, le pregunté si esto pasaba a menudo y me respondió que sí. Pregunté cómo saldríamos de ahí y respondió: esperaremos un rato a que terminen los disparos y las fuerzas de ocupación se retiren. Luego iremos por el auto y retomaremos nuestro camino para encontrar a Elías. No te preocupes.

Al cabo de unos treinta minutos ya todo había vuelto a la normalidad, aunque todos sabían que esa noche no sería tranquila y que las fuerzas de ocupación volverían, cuando todos durmieran, para allanar las casas de los palestinos, buscando apresar a los jóvenes líderes de la resistencia, sin importar si habían participado en el incidente o no. Era simplemente un rito macabro para encarcelarlos antes de que crecieran, para infundir temor en los más jóvenes y en aquellos que los seguirían.

Salimos de la casa luego de agradecer una y mil veces la solidaridad y de recibir como respuesta una y mil veces que no era solidaridad, que era un deber porque los palestinos somos uno y el mismo pueblo, sin importar nuestros nombres, nuestras riquezas, nuestra ciudad de origen ni nuestra religión. Llegamos al auto y recién en ese minuto me dí cuenta que al bajar había dejado mi computador, mi cámara y todo lo que llevaba en el asiento y que todo estaba ahí, en la misma posición donde había quedado. Salimos con ayuda de los vecinos y retomamos nuestro camino. Diez minutos después ya estaba con Elías, al otro lado del puesto de control, que a nuestro paso lucía

completamente desocupado. El soldado que nos controló había mirado la patente y se había dado cuenta de que era un auto de Jerusalén por lo que nos detuvo para preguntar qué hacíamos por ahí. Bassam le explicó que trasladaba a Beit Lehem a un chileno que estaba de paso. El soldado se dio la vuelta y me hizo con la mano una señal para que bajara mi cristal moviendo sus manos de manera circular, mientras me miraba fijamente a los ojos. Sin mirarlo, bajé la ventanilla del vehículo y escuché una voz en inglés que me pedía mi pasaporte. Dude si entregárselo o alargar el momento diciéndole que no entendía, pero mirando a Bassam, comprendí que ese hombre, que había accedido a traerme por Kalandia, a pesar de su reticencia, solo quería llegar a su casa y no quería ningún otro episodio de tensión, al menos, no por ese día.

Entregué mi pasaporte sin quitar mi vista de enfrente. El soldado lo miró una y otra vez, revisó todas las hojas del mismo para verificar qué países había visitado y luego de unos segundos de mirarme a la cara de lado, extendió su mano para decir, en árabe, "adelante".

Elías me recibió con un abrazo, estaba preocupado y Tanás lo había llamado decenas de veces para saber si todo estaba bien y si ya nos habíamos encontrado. Le avisamos que no había de qué preocuparse y partimos, luego de despedirme de Bassam y su hija, casi seguro de que ya no los volvería a ver, al menos no en lo que restaba del viaje.

De vuelta a la libertad, pero bajo ocupación

Me encontraba exactamente en la mitad de esta travesía interminable. Había vivido cada instante intensamente, pero los que me quedaban por vivir me deparaban emociones aun más agudas y desgarradoras.

Ya era tarde y estaba exhausto luego de un día completo de trabajo en la capital administrativa de los territorios ocupados y de un episodio verdaderamente traumático en Kalandia.

A pesar del agotamiento, había logrado fijar un nuevo encuentro con Xavier, a quién a pesar de la cercanía y de la fraternidad que nos unía, no había podido ver más que un par de veces. Era claro que nadie en Chile sabía, en realidad, lo que era la vida actual y la apretada agenda de Xavier en Palestina. Él había perdido toda señal física e intelectual de sus apenas veinticinco años y más bien parecía un hombre mayor, de unos treinta y cinco o cuarenta. No representaba su edad, ni tampoco era imaginable el peso de las responsabilidades que había ido tomando, en la medida que su retorno a Palestina le había permitido incorporarse, cada vez más plenamente, a la cotidianidad de nuestro pueblo y a una faceta bastante especial de su lucha de liberación nacional.

Aún recuerdo la primera vez que me llamó a mi celular cuando apenas tenía trece años de edad. Era un día de invierno de mil novecientos noventa y siete, estaba en mi departamento en el Centro de Santiago, vivía con Nayaret, la compañera que más tarde se convertiría en madre de mi única hija. Sonó el teléfono y al contestar escuché una voz casi infantil que preguntaba por Daniel. ¿Quién habla? pregunté. Xavier Abu Eid, contestó él con una voz que inspiraba ternura. ¿Qué eres de César y de Andrés?, espeté de inmediato, recordando a dos de mis amigos más entrañables de los años ochenta. Sobrino del primero e hijo del segundo, respondió de manera instantánea. Quién te dio mi teléfono. Lo conseguí en el Club Palestino. Y qué

quieres, dije para cerrar. Estamos tratando de revivir la Unión General de Estudiantes Palestinos y el único que nos puede ayudar eres tú. Queremos que nos des clases y que nos enseñes cómo partir. Ninguna posibilidad, respondí. Desde 1993 que no estoy ligado a la colectividad y no creo en el proceso de paz, ni en la OLP. No tengo nada que aportar. La información que tengo es distinta. Todos dicen qué eres el único que nos puede guiar y si bien no estás ligado a ninguna organización de la colectividad, eres el único que ha seguido trabajando de manera continua todos estos años, dando charlas y escribiendo en medios de comunicación de manera constante. Puede ser, pero si los ven conmigo, la colectividad los rechazará, los tildará de comunistas y tratarán de segregarlos como lo hicieron conmigo y con mi generación. Creo que es mejor que lo intenten sin mí o será difícil que puedan lograr sus objetivos. Eso no es verdad, respondió él, todos dicen que eres el único que nos puede ayudar. Pensé algunos segundos ante la mirada inquisidora y extrañada de mi compañera que escuchaba solo mi parte del diálogo y no entendía nada. Su determinación me sorprendió y luego de unos instantes le dije que aceptaba. Le di mi dirección y le pedí que viniera a verme el fin de semana. Lo cité el domingo a las ocho de la mañana para poner a prueba su compromiso y su disciplina.

Llegó con una ansiedad a cuestas que le impedía escuchar y dejar hablar a sus interlocutores. Le pregunté si estaba dispuesto a volver a Palestina o si su interés era solo parte de la moda que les daba a los chilenos descendientes de palestinos por un par de meses. Me dijo que sí. Que volver a Palestina era lo único que soñaba. Me relató las historias que su abuelo le contaba acerca de nuestra tierra y la pasión con que relataba esas historias me convencieron de que su interés era real. No obstante, le quise poner algunos otros obstáculos que lo pusieran a prueba y le propuse clases todos los fines de semana, temprano en la mañana y con la condición de que si fallaba una sola vez, daríamos por terminado el proceso. Sin pensarlo dos veces aceptó y desde ese entonces iniciamos una relación de colaboración y mutuo aprendizaje que fue fuente de una riqueza argumentativa y de una agudeza intelectual que terminaría por sorprender hasta los más incrédulos.

Luego de terminar el colegio y ya con la Unión General de Estudiantes Palestinos en pleno funcionamiento, como en sus mejores años, Xavier se propuso estudiar Ciencias Políticas. Su tesis la realizó sobre *La Cuestión*

de Palestina y luego de titularse con distinción máxima, emprendió un viaje a Palestina que no tendría retorno. Aterrizó en casa de sus tíos y se quedó hasta aprender completamente el idioma y convertirse en uno de los asesores comunicacionales más importantes de la Oficina para las Negociaciones de la OLP, primero, y de la Autoridad Nacional Palestina, después.

Nunca dejamos de hablar y muchas veces yo me enteraba por él de las últimas noticias, antes incluso de que estas llegaran a los medios de comunicación. Habíamos construido una hermandad a prueba de todo y hoy, luego de muchos años, estábamos juntos aquí en Palestina, cada uno tratando de aportar, desde su particular trinchera, un grano de arena al proyecto nacional palestino.

Xavier me había recogido en el hotel de Tanás a mi llegada de Ramala. Antes de juntarnos, habíamos acordado salir del hotel y pasar por el centro de la ciudad para comer algo, con el objetivo de sortear otra segura invitación de Tanás a cena hotelera, en la que por enésima vez no nos dejaría pagar la cuenta y, menos, comer liviano, ni elegir lo que comería, todo lo cual ya me parecía un verdadero abuso de mi parte y una preocupación desmedida, de la suya. Y eso a pesar de entender que, en nuestra cultura, la comida es quizá la forma más elocuente de demostrar el amor filial, el respeto y la fraternidad.

Nos dirigimos al centro de la ciudad, que no es más que una avenida más larga y continua que el resto de la ciudad y con algo más de iluminación y de vida nocturna, lo que contrasta fuertemente con los barrios interiores y las faldas de los cerros en donde, a esa hora, la ocupación militar ya ha llevado a todos a guardarse en sus casas, debido al temor permanente a las incursiones militares israelíes que asechan de noche para mantener el temor como el poder detrás del poder.

Mediante estas incursiones la ocupación captura a los líderes de la resistencia que, día a día, surgen de cada rincón de Palestina ocupada, sin que la comunidad tenga la más mínima posibilidad de defenderlos ni de reaccionar. Inventan razones, enfrentamientos feroces, esgrimen razones de Estado para llevarse a nuestros mejores hombres y mujeres sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. Eran casi las diez de la noche.

Transitábamos tranquilos, conversando de política y escuchando una canción de Nancy Ajram, cuando de pronto y sin darnos cuenta, dimos al-



cance a una caravana de automóviles que se movía en una actitud que podía ser interpretada como una manifestación política y, al mismo tiempo, como una celebración.

Se movían tocando bocinas, sentados en las ventanas de los autos y con la música a un volumen claramente fuera de lo normal. Le pregunté a Xavier qué sucedía y me dijo que no sabía, que no tenía noticias de ningún





acto que estuviera organizado, ni de alguna noticia que estuviera causando una reacción popular en esos minutos.

Decidimos seguirlos para intentar averiguar qué pasaba y, de pronto, reconocí entre los vehículos varias banderas rojas con un símbolo en el centro que me era tremendamente familiar. Eran banderas del FPLP Frente Popular para la Liberación de Palestina. La emoción me inundó por completo. Y a pesar



de la lejanía que mantenía desde hacía tiempo con la izquierda palestina, tan a mal traer, mi corazón comenzó a latir con la misma intensidad que al entrar en Palestina. Nos miramos de reojo. Ambos sabíamos lo que el otro estaba sintiendo y pensando y sin hablar, concordamos que encontrarnos con una manifestación del Yabha, era una oportunidad que no podíamos dejar pasar.

El Frente Popular es la organización en la que comencé mi vida militante cuando apenas superaba los 11 años. Había nacido de la unión de innumerables organizaciones sociales y políticas luego de la derrota en la guerra de 1967, cuando cualquiera que deseaba luchar por la Liberación de Palestina se juntaba con dos amigos, buscaba una máquina de escribir y papel y mediante una Declaración Pública daban nacimiento a una nueva y más revolucionaria organización patriótica. No fue mucho el tiempo que demoraron en darse cuenta de que la excesiva atomización dificultaría el logro de los objetivos y que el poder y las redes del enemigo al que se enfrentaban demandaban la máxima unidad para afrontar la lucha que se avecinaba. La única organización que no se sumó a la iniciativa fue Al Fatah, debido a que tenía una historia ya hecha y una identidad que chocaba en parte con el espíritu abiertamente revolucionario de las que terminarían conformando el Frente Popular. Con el tiempo, el FPLP había devenido en una organización claramente de izquierda y se había convertido en el segundo partido político más importante dentro de la Organización para la Liberación de Palestina.

Le pedí a Xavier que los siguiera. Mientras lo hacíamos me advirtió que si nos sorprendían, yo sería deportado al instante. Le dije que no me importaba, que había venido a conocer todos los detalles posibles acerca de la vida de mis hermanos bajo ocupación y que este no era el momento para echar pie atrás. La adrenalina comenzaba a hacer efecto en mí mientras Xavier apretaba los puños en una mezcla de temor y audacia. Sin duda para él, el costo de que nos sorprendieran era mucho mayor que para mí. Yo volvería a lo que ahora era mi vida, pero él sería devuelto a algo que en su biografía era un pasado al que no pretendía retornar. Miré su cara de determinación y mientras una sonrisa cómplice aparecía en su rostro, le insistí que los siguiéramos y sin mediar palabra nos sumamos a la caravana.

Dimos un par de vueltas por la ciudad. En un comienzo éramos los últimos pero en un par de minutos ya estábamos en el centro de la caravana. Cada segundo que pasaba se sumaban más autos al festejo. Toda la gente que

nos veía nos saludaba con las manos y con gritos de algarabía y felicidad. Aún no sabíamos de qué se trataba pero Xavier había comenzado a buscar alguna de las radios clandestinas que funcionan en nuestras ciudades, con antenas repetidoras instaladas en algunos autos de manera tal que jamás la señal se encuentre en el mismo lugar. Si bien encontramos varias, no había rastro de la noticia que buscábamos.

De pronto la caravana se detuvo, los automóviles se estacionaron y de ellos comenzaron a bajar decenas de jóvenes que se internaron en el campamento de refugiados de Aida, que se encuentra en las inmediaciones entre Beit Jala y Beit Lehem. Bajamos y comenzamos a seguirlos. No había luz en las calles y las casas, amontonadas unas sobre otras, generaban una intimidad acogedora y a la vez atemorizante. A medida que nos adentrábamos en el campamento comenzamos a escuchar música de la resistencia, llantos y gritos de alegría, acompañados por el ulular de las lenguas de las mujeres palestinas con las que suelen asociarse a toda muestra de alegría y euforia colectiva. En la medida que avanzábamos las calles se tornaban diminutas y zigzagueantes. De pronto comenzaron a llover dulces, chocolates y golosinas que mujeres mayores tiraban desde las ventanas de los edificios y, algunas más jóvenes, desde sus techos. Las calles estaban llenas de lienzos con frases de bienvenida, dirigidas a algún héroe mítico que parecía haber vuelto desde el centro del mismo infierno.

Sin darnos cuenta llegamos a un pequeño ensanche donde se habían reunido cientos de personas. Los jóvenes bailaban *dabkeh* y los mayores sostenían sobre sus hombros a sus hijos menores. En el centro del círculo —formado por quienes estaban bailando— había tres jóvenes que sostenían a hombros una silla sobre la cual permanecía sentado otro, que alzaba con su mano izquierda una bandera palestina con una foto de George Habash en su interior.

La alegría que se respiraba en el entorno me resulta imposible de describir. Todos cantaban, bailaban y reían bajo una incesante lluvia de dulces y golosinas. Decenas de jóvenes se turnaban para mantener en las alturas a aquel que sostenía la bandera y la foto de Al Hakim. Mientras tanto, los niños deambulaban entre las piernas de los mayores, que disfrutaban de la fiesta, en búsqueda de los dulces que no habían encontrado dueño o dueña antes de llegar al suelo.

No quedaba duda. El protagonista principal de aquella noche era ese joven al que todos vitoreaban, como si él solo hubiera triunfado sobre la ocupación. Todo el pueblo estaba festejando su presencia, pero aún no sabíamos por qué. Comenzamos a preguntar, y a pesar de la evidencia contenida en nuestras caras, algunos de los que ahí estaban desconfiaron de nosotros y comenzaron a rodearnos e interrogarnos acerca de nuestras identidades. Cuando respondí que era palestino de Chile y que andaba de viaje conociendo la tierra de mis antepasados, sus caras cambiaron del cielo a la tierra y la desconfianza inicial desapareció para dar paso a los abrazos y a los saludos acogedores entre hermanos que, sin conocerse, se saben depositarios de una fraternidad difícil de encontrar en otro lugar.

Una vez más volví a sentir esa alegría infinita que llena los corazones de los palestinos cuando perciben que no los hemos olvidado y que sin importar el paso de las generaciones, seguimos siendo parte del mismo pueblo.

Recordé el poema "A mi partido" de Pablo Neruda y pensé que el sentimiento de ellos podía ser, sin duda, similar al que describe el poeta cuando afirma que perteneciendo al partido uno no termina en uno mismo. Lo mismo funciona para los palestinos. Cada vez que ven llegar a uno de nosotros, los del exilio, sienten que siendo parte del pueblo palestino, uno inevitablemente no termina en uno mismo.

La música se detuvo por un segundo y el joven homenajeado se acercó a saludarnos, pues alguien ya le había comentado sobre nuestra presencia en la celebración. Otros jóvenes lo acompañaban de cerca, como si lo estuviesen cuidando de un peligro inminente, que podía salir de la oscuridad, en cualquier minuto. Nos presentamos e intercambiamos unas pocas palabras mientras nos invitaban a bailar *dabkeh* con ellos. Es el baile típico de los palestinos: lo bailan en grupo, tomados de las manos, danzando al unísono y siguiendo al que encabeza la hilera, mientras giran formando una circunferencia que, como el pueblo palestino, no tiene principio ni final conocido. Le preguntamos a uno de los que lo acompañaban el motivo de la celebración y una serie de sentimientos encontrados llenaron mi mente y mi corazón cuando supimos la verdad. El joven aquel, que no representaba más de 18 años, acababa de recuperar su libertad. Había estado en una cárcel israelí durante cinco años por participar en una protesta y lanzar piedras contra la ocupación ilegal de su tierra. Los israelíes le habían encerrado sin juicio previo y sin derecho

a defensa por atentar contra la seguridad del Estado. ¿Cómo un niño, seguramente armado con un par de piedras, era capaz de atentar y poner en peligro la seguridad de un Estado dotado de toda la fuerza y la impunidad necesarias para violar todos los derechos humanos conocidos? Era una pregunta que me había hecho varias veces a lo largo de la vida y de tanto hacerla, sin encontrar respuesta satisfactoria se había convertido en la muestra más elocuente de la debilidad de los cimientos del Estado de Israel.

El joven había sido condenado con pruebas secretas, que nunca fueron reveladas y de las cuales jamás pudo defenderse. No lo podía creer. Le pregunté su edad. Me respondió que acababa de cumplir los 19 años, había sido encarcelado por la ocupación antes de cumplir los 14; lo habían torturado sin éxito para que delatara a sus compañeros de lucha; lo habían amenazado con la destrucción de su casa y con la muerte de toda su familia para conseguir información. Luego habían intentado comprarlo, ofreciéndole de todo para él y su familia; e incluso habían llegado a ofrecerle un dulce despertar sexual, a manos de una agente del Mossad, para convertirlo en colaborador. El había resistido todas las presiones, las tentaciones y el hostigamiento constante de los representantes del “pueblo elegido”: sabía que para su pueblo no había nada peor que la traición de uno de los suyos y la fortaleza de su voluntad había sido forjada a punta de resistencia. La tortura solo había conseguido endurecer su piel y su determinación. No había delatado a ninguno de sus compañeros y la prueba más fehaciente de aquello era que después de cinco años, todos estaban ahí, libres, o mejor dicho, casi libres, celebrando el retorno de uno de los suyos a su casa, a su aldea, a su familia y sobre todo a la lucha interminable por expulsar al ocupante.

Los integrantes de la familia lucían en los rostros una mezcla indescriptible de resignación, tristeza, dolor y desgarró, mientras portaban las fotos de cuando había sido encarcelado; pero hoy, todo eso daba paso a caras en las cuales destacaban miradas que transmitían orgullo y una esperanza en él que era difícil de explicar. Era solo un muchacho.

Su madre lloraba de alegría, al igual que todas las mujeres del campamento que cantaban y aplaudían, mientras desde los techos de sus casas y desde las ventanas de los pisos superiores no se cansaban de gritar y lanzar —como decía— dulces, golosinas y chocolates, para celebrar el retorno de este pequeño gigante que con su testimonio y su fortaleza era capaz de con-



vertir en miserable a uno de los ejércitos mejor armado del mundo, que se sentía amenazado por estos niños, por esos jóvenes miembros de ese pueblo, que ha estado en esa tierra —lo repetiré una y otra vez— desde antes de que llegara el primer invasor y que seguramente seguirá estando luego de que se vaya el último.

Pensé que cuando un niño nace en una playa aprende a pescar en el mar antes de aprender a leer y a escribir; que cuando otro nace en las cercanías de un lago, aprende a nadar antes de comenzar a ir a la escuela. Me resultaba tan lógico, tan claro, tan evidente... Los niños palestinos que nacen bajo la ocupación militar aprenden a resistir la ocupación y el terrorismo de Estado incluso antes de aprender a jugar. Era la ley de la vida que les había tocado vivir y ellos eran la muestra más esperanzadora de que el proyecto sionista había sido derrotado.

Yo no paraba de llorar. Bailé con ellos hasta no dar más y ellos celebraron que otro de los suyos, venido de tan lejos, pudiera ser parte de esa maravillosa celebración que simbolizaba la determinación inquebrantable de todo un pueblo para seguir luchando por su libertad.

Al salir de Aida ya no había ningún lugar abierto, así es que tuvimos que volver al hotel y cenar una vez más con Tanás, quién esta vez además es-



peraba con ansias que yo pudiera relatarle en detalle lo acontecido en Kalandia, a lo que podríamos sumarle, sin duda, lo que acabábamos de vivir.

Llegamos al hotel cerca de las diez de la noche. Junto a Tanás nos esperaban Lubna, su cuñada y Marwuan, un compañero de Lubna que trabajaba con ella en una ONG dedicada a denunciar, resistir y reconstruir el castigo colectivo de la ocupación.

Cenamos juntos y luego de escuchar las historias del día, dedicamos un tiempo importante a programar lo que serían los días sucesivos.

A pesar de todo lo que había vivido, lo que quedaba era demasiado, así es que programamos una salida a terreno para el sábado en la mañana, antes de mi almuerzo familiar en Beit Jala. Luego, una reunión, que prometía ser inolvidable, para la noche del sábado; y dos visitas imperdibles para el domingo, en lo que sería el inicio del fin de mi formidable aventura.

El lunes quedaría reservado para despedirme de todos los que me habían acogido de manera tan espléndida desde mi llegada, convirtiéndose por la vía de los hechos, en mi familia adoptiva, y para un par de trámites sin los cuales jamás me perdonaría haber salido de Palestina.

Con el programa listo me fui a mi habitación a intentar descansar, pues los días que quedaban no serán menos intensos que los primeros.

La demolición de casas

Ya era sábado y a diferencia de donde venía, donde la cultura dominante nos ha acostumbrado a que el domingo es el último día de la semana, el sábado en Palestina es el primer día de la semana. La ciudad, por tanto, había despertado temprano, y ya se sentía en el ambiente el ajetreo propio de los días hábiles. Como ya me había ido acostumbrando al sonido ambiente, el llamado a la oración de los musulmanes ya no lograba despertarme, pero la combinación de la luz en la ventana y el ruido en las calles me avisaba que ya debían estar esperando para desayunar en el lobby. Había acordado juntarme a primera hora con Lubna y Marwan, que, como dije, trabajaban en una ONG que se dedicaba, con financiamiento extranjero, a denunciar, resistir y reconstruir las casas demolidas por la ocupación israelí en los territorios palestinos.

Las excusas para demoler viviendas eran de las más variadas. Podían ir desde el castigo colectivo para las familias de quienes eran apresados o asesinados, en actos de resistencia, hasta supuestas ampliaciones o construcciones de nuevos caminos para asegurar una más expedita y segura conexión entre los nuevos asentamientos ilegales, que crecían en los territorios ocupados como la maleza en los campos abandonados, y las carreteras exclusivas que conducían a los colonos hacia los lugares que ellos frecuentaban.

Lubna era la Directora ejecutiva de la ONG y Marwan, una especie de Jefe de operaciones. Entre ambos habían preparado una visita que se transformaría, para mí, en el episodio más duro del viaje. Visitaríamos una casa que estaban reconstruyendo cerca de Beit Jala. La demolición se había concretado días antes, luego de que los sionistas le avisaran a los dueños, que el muro de segregación pasaría por la mitad del predio en el que habitaban y justo por encima de su casa. Tres días después del aviso, se hicieron presentes en el terreno los bulldózers israelíes y le dieron a la familia media hora para sacar todas sus pertenencias y enseres.

La familia se había resistido y luego de los treinta minutos, las máquinas simplemente pasaron por encima de su casa, de los muebles y de la historia de esta familia que retrataba, en su propia y amarga experiencia, todo el drama del pueblo palestino a lo largo de sesenta y cinco años.

Llegamos al lugar por uno de los caminos en donde Beit Jala se conecta con Jerusalén. El terreno estaba en medio de una quebrada que alber-



gaba una zona completa de olivares milenarios, ordenados en terrazas que estaban desde siempre. Nos estacionamos en un claro desde donde podían verse los olivos y comenzamos a bajar. Lubna y Marwuan se adelantaron un poco, mientras yo miraba el paisaje que tenía frente a mis ojos y tomaba unas fotografías para captar ese momento. Avanzamos como unos treinta metros

y de pronto apareció, delante de nosotros, un conjunto de escombros entre los que se podían ver, sin mucho esfuerzo, los restos de una mesa que, por el tamaño, parecía de comedor, con su mantel y sus sillas. La mesa estaba partida en dos y con las patas completamente rotas. Un poco más allá estaba la cama matrimonial, destrozada pero aún con la ropa de cama puesta. Al lado de la cama, un televisor antiguo y un armario de madera de esos que se encontraban en los campos chilenos, en las casas patronales antiguas.

La rabia me inundó. Los puños de mis manos se apretaron de manera refleja. Seguí avanzando puesto que los demás habían seguido descendiendo y se habían adelantado unos quince metros. Mientras los seguía, comencé a escuchar unos saludos en árabe. Se habían encontrado con alguien. Seguí bajando hasta unirme a ellos. Conversaban con un hombre de unos sesenta años, semi-calvo y canoso, con bigotes completamente blancos. Estaba vestido con un jeans y una camisa color azul eléctrico. Su voz era pausada y su andar tranquilo. Su cara expresaba una tristeza y a la vez una templanza que, de solo verla, te generaba una mezcla entre ternura, rabia y pesar. Lucía despeinado y cansado. Se notaba que no había dormido bien hacía mucho tiempo. Escuché lo que conversaban en silencio y con mucha atención. Llevaba una semana durmiendo en el predio, pues los soldados habían sabido que estaba reconstruyendo su casa y lo habían amenazado con venir de nuevo a demolerla y él había decidido no permitirlos de nuevo. La tercera es la vencida, había dicho. Ya no habrá una cuarta vez.

Miré con cara de pregunta a Marwuan y con un tono de ultratumba comenzó a relatar lo que había sucedido, desde el principio.

Ahmad era un palestino nacido en los territorios de 1948. Durante "la Catástrofe" palestina, su aldea había sido destruida por completo y toda su familia había sido fusilada por los grupos paramilitares sionistas en los días previos al nacimiento del Estado de Israel. Era el plan Dalet, que tenía por objetivo la ampliación inmediata y por la fuerza del Estado Sionista definido en la partición de 1947 mediante la expulsión de cerca de ochocientos mil palestinos y la destrucción de más de quinientas aldeas.

Él se había librado gracias a que era solo un niño y había encontrado refugio en casa de unos parientes que, al enterarse de lo sucedido, habían decidido dejar todo y huir de la tierra donde su familia había vivido por siglos.

Se había instalado luego en los territorios palestinos que entre 1948

y 1967 quedaron bajo jurisdicción de Jordania pero en la guerra árabe-israelí de 1967, ya casado y con hijos, había corrido, esta vez como jefe de familia, una suerte similar a la de su padre, con la única diferencia que no lo habían fusilado, ni a él ni a su familia.

Habían perdido todo por segunda vez, por lo que decidió trasladarse a los terrenos en los que habitaba en estos días y entre 1967 y 2009, había logrado reconstruir su vida y con su mujer habían criado a seis hijos, dos de los cuales habían muerto a manos del Ejército de ocupación. Los dos siguientes estaban en cárceles israelíes, cumpliendo penas de cinco y diez años, por participar en la primera y en la segunda Intifada¹. Los dos restantes vivían con ellos. Cuando llegaron los soldados, a decirle que el muro de segregación pasaría justo por encima de su vivienda, él no hizo nada. Cuando demolieron su casa, simplemente bajó cincuenta metros más al sur, en su mismo predio, y comenzó a reconstruir la que sería su vivienda. En una reunión familiar habían decidido que nunca más los sionistas los sacarían de su tierra y que si Ahmad tenía que morir bajo los escombros de su casa, lo haría, pero no volvería a trasladarse de nuevo.

Su mujer y sus hijos lo entendieron. Se trasladaron a vivir temporalmente a casa de unos familiares, mientras Ahmad, con la ayuda de Marwan y Lubna, reconstruían su casa. Todos los días, sin embargo, se levantaban temprano y se dirigían de inmediato a acompañar al jefe de la familia, que pernoctaba todas las noches en su casa, haciendo guardia por si los bulldózeres o los soldados volvían.

Marwan se había enterado del caso y de inmediato había iniciado las gestiones para darle todo el apoyo que fuera posible. Él llegaba también todos los días, a primera hora, con un grupo de voluntarios que venían gratis a hacer de maestros, jornales y ayudantes. La ONG compraba los materiales, los trasladaba y ponía asesoría legal, además de documentar el caso para guardar los testimonios del terrorismo de estado hasta que llegara el momento de la verdad y la justicia. Todos ellos, en conjunto con Ahmad, iban dando forma a la nueva vivienda.

Luego de que Marwan terminó de hablar, él le preguntó en árabe quién era yo. Haciendo gala de lo poco que yo hablaba, le dije que era pales

¹ La primera se inició en 1987. La segunda, conocida como de al Aqsa, por la mezquita de Jerusalén, en 2000

tino de Chile y que estaba de paso, conociendo la tierra de mis abuelos y la realidad de mi pueblo. Me miró con una mirada que jamás podré olvidar y sin ninguna muestra de enojo pero con una dureza comparable solo a la de la roca, me dijo: no eres palestino, si fueras palestino estarías acá, resistiendo y no en Chile. Este es el lugar de los palestinos, este y ningún otro lugar en el mundo es nuestro lugar.

Sus palabras penetraron mis oídos y taladraron mi cabeza con una fuerza que me impidió volver a abrir la boca durante un largo rato. En ese momento llegó su señora. Vestía un buzo (chandal) gris y bajo su chaqueta aparecía un "polerón" del mismo color que la camisa de su marido, pero con cuello alto. En la cabeza lucía un pañuelo rojo, perfectamente ordenado. Sus manos reflejaban años de trabajo. Sus ojos, como los de su marido, expresaban una vida entera de sufrimiento, de abuso y de una resignación infinita, mezclada con una fidelidad y una fortaleza a toda prueba. Venía con el desayuno preparado. Se acercó a su marido y lo besó en las dos mejillas, él le tomó la mano que traía libre con las suyas y se la llevó a la cara para besarla tres veces, mientras repetía una y otra vez, *sukran habibi, shukran rafika*, que en árabe quiere decir "gracias mi amor, gracias compañera mía".

Mi corazón estaba destruido. Nos invitaron a pasar a una pieza de la nueva casa que ya estaba en pie pero sin techo. Dentro de la habitación ya había algunos muebles nuevos. Una mesa, sillas y un par de sillones, además del colchón en el suelo donde Ahmad dormía todas las noches. Mientras él desayunaba y nosotros lo acompañábamos con un té, llegaron sus hijos y nos contaron sus vidas. Ambos estaban estudiando y ambos eran militantes de la juventud del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Ambos eran activos en la resistencia a la ocupación y compartían plenamente la determinación de su padre de permanecer en su tierra. Venían todos los días a acompañarlo y a trabajar para reconstruir su vivienda.

Yo no hablaba. Su reproche había calado tan hondo en mí, que, sin decir una palabra, me propuse jamás abandonarlos, no importaba donde estuviera ni en que me desarrollara, trabajaría desde mi trinchera por la liberación de Palestina, hasta el último pulso de mis venas y hasta la última gota de sangre que corriera por mi cuerpo.

Salimos de ahí, al cabo de un par de horas y nos dirigimos al hotel porque ya se acercaba la hora en que se harían presentes mis parientes para

llevarme a la ciudad de mis abuelos, a conocer a la familia y a recibir todos los homenajes que desde el martes anterior habían quedado pendientes.

En el camino Lubna percibió mi profunda tristeza. Me tomó la mano y me dijo que la rabia de Ahmad no era con los palestinos de la diáspora que, a pesar de no haber nacido en ella, vivían con la mente puesta en Palestina, como era mi caso, sino con los que habiendo nacido en Palestina y habiendo vivido la ocupación, preferían buscar mejores horizontes y se marchaban, facilitando la tarea del ocupante, que soñaba con esa tierra sin pueblo que nunca existió y nunca existirá, pero que utilizaban como pretexto para todas sus acciones.

Marwan venía conduciendo el auto al lado de Tanás, y cada cierto tiempo me miraba por el retrovisor y me decía, como para consolarme, que ojalá existieran más palestinos como los de Chile, porque a pesar de las generaciones que han pasado y de haberse integrado plenamente al país donde viven, nunca se han olvidado de Palestina. Sus palabras no lograban devolverme la sonrisa que me caracterizaba. Mi conciencia había recibido uno de los golpes más duros que recuerde en toda mi vida.



Beit Jala: la ciudad de mis abuelos

Llegamos de regreso al hotel cerca del medio día y como era de suponer, dos representantes de mi familia, vestidos como para una fiesta, esperaban en el lobby del hotel en compañía de Tanás. Cuando nos vieron llegar se levantaron y fueron a encontrarme con los brazos abiertos. Yo, que aún venía un tanto chocado por lo que acababa de ver y sentir, me dejé abrazar y, sin darme tiempo siquiera para decir algo, me sacaron del hotel para subirme al auto que nos llevaría a Beit Jala.

A diferencia de lo que en nuestros países entendemos por ciudades, Beit Jala es parte de una conurbación bastante grande y se acerca mucho más a nuestra definición de Comuna/Municipio que a la primera. Solo una calle la separa de Beit Lehem y el paso de una población a otra es casi imperceptible en el lugar en donde ambas se encontraban. Sin embargo, las diferencias históricas y las rivalidades por la importancia de cada una marcan una historia que, a estas alturas, está más llena de de cuentos para la risa que de conflictos. Sin embargo, desde la calle común se percibe la primera gran diferencia entre la capital de la Cristiandad y la ciudad de mis abuelos. La primera parecía más rica que la segunda y esta última se desarrollaba en la pendiente de un



par de cerros que casi se veían por completo desde la entrada por Beit Lehem.

Les pedí que se detuvieran un segundo antes de iniciar el ascenso, para tomar una panorámica de la ciudad: la sensación era similar a la de las ciudades-puerto: tenía un adelante y un atrás, y todas las casas, a medida que se ubicaban en las cotas más altas, se iban encaramando unas sobre otras para buscar las mejores vistas hacia Beit Lehem, en la parte más baja, o hacia Jerusalén en la parte más alta. En la parte más baja se encontraban viviendas que hablaban por sí solas de una historia milenaria. Eran casas de piedras que se confundían con la tierra que las rodeaba, llenas de balcones adonados con rejas de hierro fundido que asimilaban formas curvas y vegetales. A medida que la mirada se desplaza hacia las zonas superiores se encuentran casas más modernas —o menos antiguas, dependiendo de la perspectiva con que se mire— y solo en las zonas más altas comienzan a destacarse edificios claramente contemporáneos, con departamentos más pequeños que hablan del cambio demográfico que la sociedad palestina está viviendo, en un tránsito lento pero paulatino desde la familia extendida hacia la familia nuclear.

Comenzamos a subir y a medida que avanzábamos mi tío me iba indicando a qué familia pertenecía cada casa, quién vivía en ella en esos momentos y donde se encontraban las familias originales ahora. Llamaba la atención que todos manejaran la información de todos, como si la ciudad, finalmente, estuviera compuesta por una sola y gran familia. Muchas de las casas correspondían a familias avecindadas en Chile hace ya un par de generaciones, en algunos casos, con familiares que permanecían en ellas o que las mantenían en custodia mientras esperaban condiciones favorables para poder retornar. Otras familias se habían resignado a no volver y habían ido vendiendo sus casas a otras familias palestinas y, una porción muy menor, a los sionistas, lo que era considerado alta traición dentro de los palestinos.

Muchas de las ventas entre palestinos se habían ido realizando de familias cristianas a familias musulmanas, por lo que se percibían en el ambiente una transformación que para la ciudad era esencial. De ser una urbe mayoritaria o casi exclusivamente cristiana, venía mutando, al igual que Beit Lehem, en una ciudad mixta pero en dirección a trocarse en una ciudad eminentemente musulmana. De hecho, mis tíos comentaban que hace unos veinte años los minaretes de las mezquitas, que hoy se veían con frecuencia en Beit Jala, eran casi inexistentes, a diferencia de hoy, que convivían en perfecta armonía

con las cruces de las iglesias cristianas, aún mayoritarias en ambas ciudades símbolos del Cristianismo mundial.

En medio de las casas iban apareciendo pequeñas tiendas de frutas, verduras o enceres para las viviendas, normalmente apostadas en los encuentros de calles que formaban puntas de diamante o en torno a aquellas que hacían de punto de inflexión entre las subidas y bajadas de la ciudad. La mayoría de ellas se extendían sobre el espacio público, como en los barrios más tradicionales, y no pocas veces las calles pasaban por portales que atravesaban de uno a otro lado, con arcos de medio punto contruidos con piedras que parecían estar ahí por siglos, no solo sosteniendo las casas que las rodeaban, sino también la identidad de una ciudad que se niega a desaparecer.

En las calles los niños y niñas corrían y jugaban, alegres como la mayor parte de los niños del mundo. Sin embargo ante el primer estímulo inesperado, sus caras mutaban hacia la incertidumbre y el miedo. Traté de fotografiar a varios pero ninguno se dejó y, apenas veían la cámara, se escondían o se daban la vuelta para no ser retratados.

Antes de dirigirnos a la casa de mis tíos me llevaron a dar una vuelta por la ciudad subiendo por la calle principal hasta la zona más alta de la ciudad. Mientras más alto nos encontrábamos, más hermosas eran las vistas de Beit Lehem y Jerusalén. Al llegar a la cima nos encontramos con otro de los espectáculos cotidianos que nos recordaban la ocupación. Justo antes de salir de Beit Jala, nos encontramos con una casa contruida hace solo un par de años, pero con formas y materiales propios de la arquitectura tradicional del lugar. Tenía una vista privilegiada de la quebrada que separaba la ciudad de Jerusalén, donde aún era posible ver los olivos milenarios que habían permitido a los palestinos destacarse en la producción de aceitunas y aceite de oliva a nivel mundial. Para aprovechar las vistas, había sido diseñada con sendas terrazas enmarcadas por pilares redondos que caían sobre bases cuadradas. Los pilares estaban coronados por arcos de medio punto que le daban un aire de mezquita por su monumentalidad. La terraza se repetía en los dos pisos superiores, y en el zócalo mantenía su forma curva, pero contruida enteramente en piedra, con pequeñas ventanas que entregaban luz al piso semi-enterrado; en éste se encontraban las despensas y bodegas de una casa preparada para albergar sin duda a una gran familia. Era un verdadero palacete que pertenecía a una familia compuesta por tres hermanos, que habían retornado

desde Guatemala, Honduras y El Salvador, respectivamente, y que yo, por mi trabajo en la década de los ochenta, conocía perfectamente. La familia Turjman había invertido, luego de la firma del supuesto Tratado de Paz, una suma cercana al millón y medio de dólares para volver, todos juntos, a vivir a la ciudad de sus padres. Eran tres hermanos, todos con sus esposas y con más de diez hijos entre todos, que llegarían a habitar, cada uno con su familia, un piso de la magnífica construcción. Eran comerciantes prósperos en el lugar que los había acogido luego de la guerra de 1967, pero la sola idea de volver a la tierra a la cual pertenecían, a vivir como la gran familia que eran, los había motivado a poner todos sus esfuerzos en esta casa que coronaba una de las

colinas más hermosas y mejor ubicadas de la ciudad.

Una vez que estuvo terminada, se fueron trasladando a vivir en ella de forma escalonada. Primero, el mayor de los hermanos con su familia, luego el de enmedio; y en pocos meses, debía llegar el menor. Todo iba de maravillas hasta que la ocupación decidió, por sí y ante sí, que esa ubicación no era apta para ser habitada por palestinos, porque en las cercanías estaba proyectada la ampliación de uno de los asentamientos ilegales



con los que el Estado de Israel pretende terminar de construir un anillo urbano en torno a Jerusalén para, por la vía de los hechos consumados, imposibilitar que cualquier negociación pretenda devolverle a la ciudad sagrada su *status* original. El objetivo seguía siendo apropiarse de una ciudad que nadie en el mundo, salvo Estados Unidos y un conjunto de países cómplices de la ocupación israelí, reconocen como capital.

La decisión de la potencia ocupante generó protestas en la ciudad y todos, sin excepción, solidarizaron con los Turjman. En una de esas protestas y cuando el pueblo en pleno se encontraba en una manifestación, justo en las inmediaciones de la misma, los israelíes la habían bombardeado dejándola

completamente inhabitable.

De la maravillosa terraza solo permanecían los arcos y uno que otro pilar. Los muros estaban llenos de perforaciones hechas por misiles y desde el interior se podía ver, a través de las murallas agujereadas, los asentamientos que se iban expandiendo sobre tierras palestinas, como una señal permanente



de la nula voluntad de Israel de terminar con la ocupación. Desde otra de las habitaciones podía verse —foto en páginas 146-147—, a través de uno de los boquetes, un puente magnífico que desembocaba en un túnel, construidos por la potencia ocupante para que los colonos ilegales pudieran atravesar de manera rápida y segura, sin toparse con los palestinos, una de las colinas que

rodea Jerusalén en dirección a la ciudad sagrada de las tres religiones mono-teístas más grandes de la Humanidad. Como guinda de la torta, el muro de segregación decoraba toda la escena, separando a los palestinos de los palestinos, consolidando guetos que nada tenían que envidiarle a los campos nazis en los que apresaron y aniquilaron a miles y miles de judíos¹ que, estoy seguro, si vieran lo que sus descendientes hacen hoy con los palestinos darían gracias a su dios por haberles arrebatado la vida en el Holocausto, para no ver a sus supervivientes haciendo con los palestinos los que los nazis hicieron con ellos.

Durante el bombardeo había muerto el mayor de los hermanos y parte de su familia. Los otros dos habían regresado, devastados, a sus países de refugio. A pesar de tener los medios para reparar la vivienda y terminarla, decidieron dejarla en el mismo estado en que la abandonaron los israelíes, para que se constituyera en museo vivo de lo que significa la ocupación y en una de las imágenes más pregnantes de la civilización israelí que pude obtener en todo mi viaje.

Unos doscientos metros más afuera de la ciudad, las alambradas y los buldózers israelíes ya trabajaban en la ampliación del asentamiento ilegal, con sus aplanadoras y máquinas especializadas en borrar todo y reemplazarlo por casas sin identidad, que tal como podían instalarse ilegalmente en estos territorios ocupados, podrían estar en Toronto, en Berlín, en Santiago o en Nueva York.

La bajada hacia la casa de mi familia fue menos expedita que la subida. Por la hora en que nos encontrábamos, la ciudad ya estaba mucho más viva y las calles se encontraban llenas de gente. Me llevaron a conocer el Club Ortodoxo de la ciudad y la escuela básica que lleva por nombre "República de Chile". Nos detuvimos unos minutos a fotografiar la casa de mis abuelos, que ya no estaba en poder de la familia, sino en manos de la familia Shawan. Era una casa de tres pisos, enteramente construida en piedra y cuya fachada estaba compuesta por un cubo dividido en nueve partes iguales. En el lado izquierdo estaban contruidos los tres pisos. Al centro y al lado derecho, el tercer piso se transformaba en una gran terraza que miraba a la ciudad y hacia

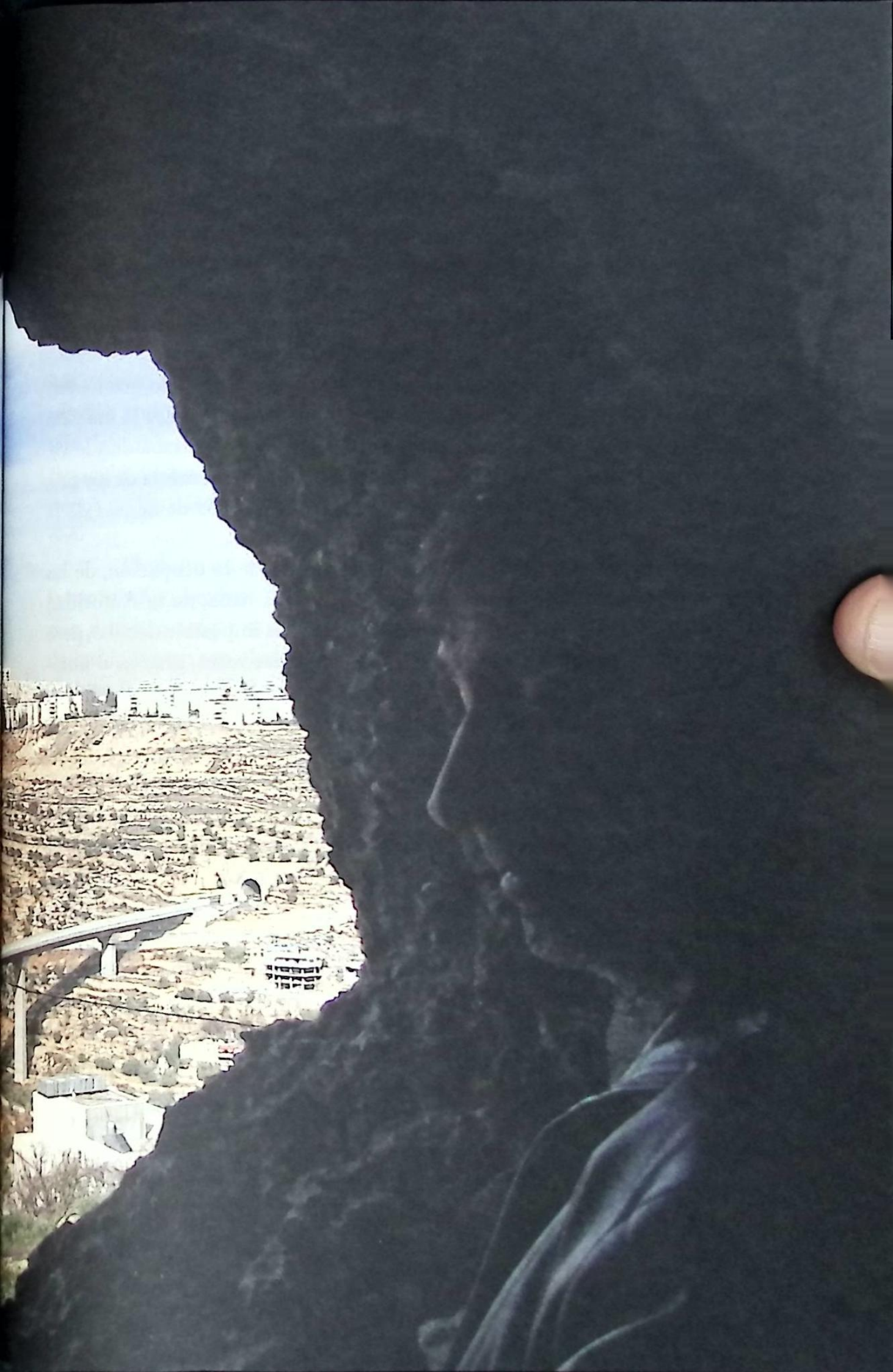
1 Los historiadores independientes más solventes documentan en varios millones —en torno a seis— las víctimas del Holocausto judío por el Nazismo de Hitler

Beit Lehem. El primer y segundo piso eran absolutamente simétricos. Al centro, la puerta, en el primero, gigante y robusta. En el segundo, un gran balcón coronado por un arco pasado de medio punto, hecho en piedra y hierro forjado. Detrás del arco se ubicaba una puerta central flanqueada por dos ventanas, situadas entre columnas griegas que sostenían, a su vez, otros arcos similares pero menores en tamaño. Cada piso estaba separado de los otros por un friso de piedras, dispuestas en sentido horizontal. En el primer piso la pendiente era absorbida por piedras que, al llegar al suelo, se iban recortando para encontrarse con la calle, a un lado, y para descansar en un zócalo de piedra, sensiblemente más tosco que la de las murallas, al otro. Tomé un par de fotos pensando en los hermanos de mi padre y de mi madre, a quienes, supuse, les encantaría conocer el lugar donde nacieron, se criaron y vivieron sus padres y abuelos hasta antes de salir al exilio en dirección a Chile.

Seguimos camino hasta la casa del mayor de ellos. Al llegar me di cuenta que lo que habían preparado no era un almuerzo. Era una verdadera fiesta familiar, donde estaban todos, o casi todos los Hadweh que quedaban en Beit Jala. Eran más de cincuenta entre los adultos y los niños y habían dispuesto una mesa larga, en la que los puestos del centro estaban reservados para el mayor de los hermanos y para mí. Los más pequeños, en una mesa dispuesta en especial para ellos. Nos sentamos apenas llegamos, pues los niños ya corrían de un lado para otro aburridos de esperar al tío que venía de Chile. Las mujeres comenzaron a desfilas con bandejas de comida y cada una que traía algo a la mesa se detenía donde estábamos sentados y nos servían de todo lo que había.

Luego de aproximadamente una hora de estar comiendo *Kubbeh* —plato nacional del Líbano, común en Oriente Medio, de carne picada con especias y trigo elaborado—, *Hummus* —ensalada con puré de garbanzos, sémola, aceite de oliva—, *Falafel* —croqueta de garbanzos o habas—, *Baba Ganush* —pasta a base de puré de berenjenas—, *Full*, *Sfijas* —empañadas árabes de carne de vacuno— y otras delicias, trajeron el plato principal que era un cordero al que solo le faltaba la cabeza, relleno con arroz, carne y *snobar*, que es una especie de fruto seco parecido a las almendras pero de menor tamaño, puesto sobre una capa completa de arroz árabe y adornado con rodajas de pimentones rojos, amarillos y verdes, coronados por hojas de





lechuga en toda su extensión, todo ordenado sobre una bandeja enorme, recubierta por papel de aluminio.

Yo ya estaba satisfecho con cuanto habíamos comido, que habría alcanzado para un ejército completo y más, pero era solo el picadillo antes del banquete. Comí lo que pude mientras escuchaba los nombres de cada uno de mis primos y primas, sus biografías, sus proyectos personales, las historias colectivas que atesoraban como familia y las utopías que albergaban en conjunto con el resto de los palestinos esparcidos por la Tierra.

Sus caras me eran absolutamente familiares y nada de lo que hacían o decían me hacía sentir en un lugar distinto al de mi familia. Era la muestra más imponente de que pertenecíamos a este lugar, no importaba donde viviéramos ni cuantas generaciones hubieran pasado, desde la salida de los primeros emigrantes. Éramos todos palestinos, éramos todos de la casa de la herradura y hoy estábamos todos juntos en Palestina.

Hablamos de todo. De la familia en Chile, de la ocupación, de las supuestas negociaciones en las que no se negociaba nada, de la Autoridad Nacional Palestina y de muchas otras cosas que me es imposible detallar, pero esa tarde bastó para que mi familia creciera en varias veces, gracias al horizonte histórico que aquella parte le introducía a mi vida cotidiana. Ahora sabía de primera fuente, de dónde venía y podía definir mucho mejor hacia dónde quería dirigirme.

Cuando terminamos de almorzar, el día sábado ya estaba llegando a su fin. Eran más de las siete de la tarde y al otro día, mis tíos y primos tenían que volver a trabajar y mis sobrinos y sobrinas debían volver al colegio.

Llegué al hotel a juntarme, como ya era el rito, con Tanás y su familia, a quienes les relataría los acontecimientos del día y complementarí mis visiones con la información que todos ellos guardaban de los mismos. Cerca de las once de la noche nos trajeron cosas para cenar. Yo solo puede probar algunos vegetales pero la conversación de esa noche abrió la puerta a la posibilidad de irme sin deudas de la tierra de mis ancestros.

La resistencia no violenta. David y Goliath

Mi viaje comenzaba a llegar a su final. Las emociones vividas no cabían en mí. Sin embargo, había algo que no había hecho por un compromiso que guardaba relación con mi seguridad. No había participado en ninguna manifestación contra Israel, pues podía significar mi deportación inmediata, en el mejor de los casos, y nadie quería imaginarse qué podía llegar pasar, en el peor.

Durante mi estadía habían habido protestas casi todos los días, pero la razón y los objetivos de mi viaje a Palestina y el éxito de los mismos requerían de no arriesgar más de lo necesario y eso Tanás, Douha, Lubna y los demás lo tenían tan claro que habían hecho su trabajo de muy buena forma. Habían llenado mi "tiempo libre" de manera que no me quedara espacio para participar en nada que no estuviera controlado por ellos.

Yo no dormía tranquilo pensando que saldría de los territorios ocupados sin haber participado en ninguna manifestación. En tiempos de la Dictadura solía participar de manera decidida y combativa. No concebía la idea de irme sin tener la oportunidad de manifestarme en Palestina por la libertad de nuestro pueblo y por el fin de una ocupación contra la cual me había manifestado cientos de veces, pero a miles de kilómetros de distancia.

La penúltima noche en Palestina, cuando cenábamos en el hotel de los Bendek, una información que no me podía dejar indiferente llegó a mis oídos. El Doctor Barghoutti estaba convocando una manifestación pacífica en las afueras de Bil'in, una aldea palestina que, a punta de protestas, había logrado que los israelíes desmantelaran un puesto de control militar israelí que habían ubicado a sus afueras, a una distancia tal que no provocara la indignación diaria de los palestinos residentes.

No obstante este triunfo, la potencia ocupante no estaba dispuesta a permitir una victoria de la resistencia palestina, por lo que había echado a co-

rrer el rumor de que el puesto volvería a su lugar, porque resultaba determinante para definir el lugar por donde pasaría el muro de la vergüenza, para continuar con su expansión ilegal, a vista y paciencia —remacho otra vez— de una comunidad internacional que cuando se trata de la ocupación israelí guarda riguroso y cómplice silencio, mientras Israel esgrime la coartada, a estas alturas intolerable para los hombres y mujeres de buena voluntad, de la seguridad de su Estado.

La manifestación se iniciaría cerca de las diez de la mañana, al día siguiente, en un club de carácter social ubicado en la periferia de la aldea y se dirigiría desde ahí hasta el lugar donde los sionistas pretendían volver a instalar el puesto, ubicado a unos quinientos metros del lugar.

Cuando escuché, fingí estar cansado y me fui a dormir, jurando a todos que no me arriesgaría por nada del mundo a echar a perder el objetivo del viaje, comprometiéndome a juntarme con ellos apenas dieran señales de haber llegado al hotel, para iniciar el día, como era debido, con un desayuno familiar.

Me despedí de todo el mundo, confiado en que llegarían después que yo ya me hubiera ido a la manifestación. Todos se despidieron de manera natural, pero cuando me acerqué a Lubna, me miró con una cara de cómplice desconfianza, que me hizo sentir que sabía perfectamente lo que yo estaba planeando.

Casi no dormí, como el primer día de mi llegada a Jordania. Yo no conocía al doctor Barghoutti, pero sentía gran admiración por él y por su movimiento, llamado "La Iniciativa" —ver Nota del Editor en página 55—. Él era un-ex militante del Partido Comunista Palestino que había dejado de militar cuando el partido había decidido cambiar su nombre por el de Partido del Pueblo durante la crisis desatada en la década de los años 90 del siglo XX, luego del fracaso del experimento soviético en su apuesta de superación del capitalismo.

Desde entonces, se había dedicado a construir una alternativa al impotente camino de las negociaciones, trayendo a voluntarios de todo el mundo a solidarizar con los palestinos y a realizar trabajos voluntarios internacionales en la Palestina ocupada. Destacaban, entre sus actividades, las recolecciones solidarias de las aceitunas que habían quedado bajo control israelí, luego de la construcción del muro.

De esta manera, los europeos y norteamericanos que solidarizaban con los derechos nacionales de los palestinos y que se avergonzaban de la posición de sus respectivos países, entraban en las zonas palestinas bajo ocupación, cosechaban las aceitunas de los milenarios olivos y las devolvían a sus legítimos dueños, para que pudieran continuar con la producción del aceite de oliva, uno de los más antiguos y famosos productos de Palestina. Su trabajo lo había convertido en uno de los líderes más respetados en los territorios ocupados y fuera de ellos, además de poseer excelentes relaciones con el conjunto de países proclives a la causa palestina, dentro de la comunidad internacional, universidades e intelectuales del Primer Mundo.

A la mañana siguiente me levanté un poco más temprano y tratando de que nadie me divisara, bajé al lobby del hotel y salí a buscar un lugar donde desayunar. Me senté en un local que quedaba dando vuelta la esquina del mismo hotel y tomé un café con un poco de queso, aceitunas y huevo, acompañado de aceite de oliva y *zattar*.¹

Mientras desayunaba, consulté la forma de llegar al lugar donde estaba convocado el inicio de la manifestación. Salí a la calle y me puse a caminar hasta apartarme del área de influencia del hotel, pues si intentaba abordar un taxi en esa zona, Tanás se enteraría de mis intenciones incluso antes de que yo lograra que un taxi se detuviera a recogerme.

Caminé unas cuantas cuadras (manzanas) y detuve el primer taxi que se acercó. Cuando le dije a donde me dirigía se negó a llevarme. Lo mismo pasó con el segundo y con el tercero, hasta que luego de unos minutos, ví que un taxi se acercaba directamente hasta donde yo estaba, sin que yo lo hiciera parar.

Comencé a acercarme antes de que se detuviera, alargando mi mano en señal de querer abordarlo. Cuando finalmente se detuvo, tomé la manilla de la puerta trasera y la abrí. Me subí sin mirar hacia adentro e intenté acomodarme en el asiento, pero antes de que alcanzara a decir la primera palabra, sentí un par de manos que desde dentro me tomaban el brazo izquierdo. Dividido entre mi intento de cerrar la puerta y el tironeo del que estaba siendo objeto, volví la cabeza para ver qué estaba sucediendo y, al girar, ví una cara

1 Mezcla de especias de las cocinas palestina, siria, jordanía, libanesa, israelí y, a veces, turca.

conocida, con un gesto que me resultaba absolutamente contradictorio. Me miraba con la frente arrugada y los ojos apretados en una clara señal de molestia. Sin embargo, al terminar de ver el resto de su cara, ví una sonrisa cómplice y dos manos que desde ese entonces no me soltarían por el resto del viaje. O al menos eso era lo que ella pretendía. De hecho no me buscaba para impedirme ir a la manifestación, me buscaba para acompañarme y asegurarse de que no corriera peligro alguno.

Era Lubna. Había llegado minutos después de que yo saliera del hotel y se había demorado solo otros minutos en reconstruir todo lo que yo había hecho esa mañana, desde que había cruzado el umbral de la puerta hasta encontrarme tratando de abordar un taxi, con solo salir del hotel y preguntarle por mí a quienes se encontraban frente a sus ojos. Yo quizá no lo había entendido, pero en el seno de una comunidad tan unida y cohesionada como los palestinos era verdaderamente imposible desaparecer y pasar desapercibido. Mucho menos, en una situación como la mía.

Me miró y con una voz que intentaba sin éxito mostrar un poco de molestia, me reprendió diciéndome que en esos pocos días había logrado conocerme y que la noche anterior mi cara mostraba con absoluta claridad mi determinación de asistir a la manifestación.

Sin decírselo a nadie —para no provocar una discusión tan innecesaria como impotente, si de que cambiar mi decisión se trataba— se dispuso a acompañarme para guiarme e intentar protegerme o, al menos, poder transmitir directa y fehacientemente la información de lo que sucediera en esa aventura si esta resultaba en algún problema mayor o en una tragedia inesperada.

Venía acompañada de Nadia, otra amiga palestina de la diáspora que a pesar de no haber jamás participado en nada como lo que se venía, le planteó que quería acompañarla para vivir de cerca lo que era enfrentarse con la ocupación. Lubna era militante, muy cercana al Dr Barghoutti y lo conocía bastante como para poder llegar a él sin problema, así es que le había avisado a los encargados de su seguridad de nuestra posible presencia en la manifestación.

Una vez superado el *impasse*, le dio las indicaciones al chófer, que claramente era alguien de confianza, y nos dirigimos al lugar desde donde iniciaríamos la marcha. Al llegar nos bajamos en silencio. Lubna y Nadia me

tomaron una de cada brazo, aprestándose a no dejarme solo ni por un minuto. Avanzamos hacia el interior y nos dimos cuenta de que había unas doscientas personas esperando, en una actitud francamente absurda. Todos sabían por qué estaban ahí, pero nadie hablaba con nadie y todos fingían no saber qué los convocaba.

De los presentes, unos cincuenta eran voluntarios europeos. Todos sabíamos que podíamos estar rodeados de infiltrados, por lo que el silencio era lo único que escucharíamos hasta ver una señal que fuera absolutamente evidente de lo que debíamos hacer. El lugar estaba apartado un par de cuadras de la parte más consolidada de la aldea. El doctor no se veía por ningún lado. Ya estábamos en la hora fijada para el inicio de la manifestación. La gente se miraba sin saber qué pasaba, algunos entraban y salían de la única construcción que había en el predio. El aire se podía cortar con una tijera.

Parecíamos demasiado pocos, como para materializar una protesta que pudiera generar algún impacto. Pasaron unos minutos que supusieron una eternidad. De pronto, comenzamos a escuchar gritos de protesta que se acercaban hacia nosotros desde la calle por donde habíamos entrado al recinto. No veíamos nada pues estábamos por debajo de una pequeña loma sobre la cual pasaba la calle que unía el lugar con la aldea. Vimos aparecer unas quinientas personas que se dirigían por la calle hacia el lugar donde se encontraba lo que hoy eran los restos de lo que había sido el puesto de control israelí. Iban encabezados por un lienzo que cargaban entre cinco o seis mujeres de bastante edad, que me recordaron de inmediato a las Madres de la Plaza de Mayo bonaerense. Un par de pasos más atrás caminaba el doctor Barghoutti, flanqueado por tres hombres que evidentemente eran los encargados de su seguridad.

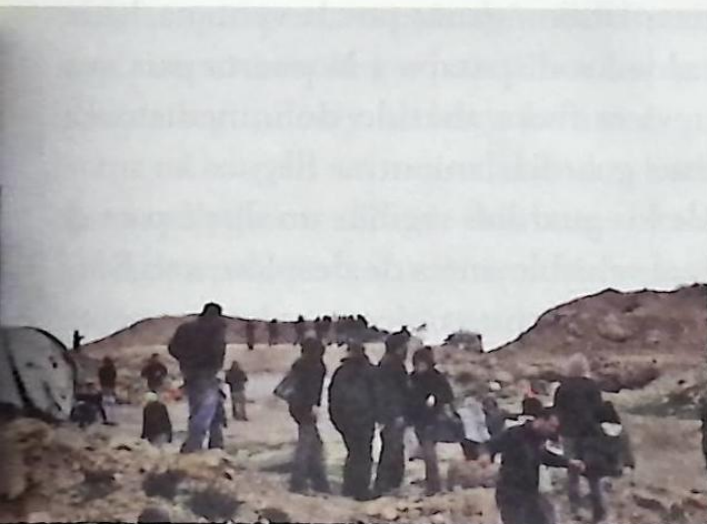
Comenzamos todos los que ahí estábamos a caminar tan rápido como podíamos, sin llegar a correr, hasta integrarnos a la columna de la marcha principal, en medio de una ansiedad galopante. Lubna y Nadia no me soltaban, lo que hacía un poco más difícil nuestro avance. Sin embargo, en pocos segundos nos encontramos a un lado del doctor, que saludó muy afectuosamente a Lubna. Ella le dijo algunas palabras al oído y él se volvió de inmediato hacia mí, me dio un fuerte abrazo y me dijo *ahlan ua sahlan rafik*, que quiere decir "bienvenido compañero". Luego le tendió la mano a Nadia mientras retomábamos nuestro camino. Comenzamos a hablar en inglés

Protesta por la reinstalación de un puesto de control flotante en las afueras de Bil'in, con intervención de las fuerzas israelíes para su disolución. Fotos de participante en la misma, no del autor.



mientras caminábamos. Me sorprendió que supiera todo lo esencial de mí. Me planteó que quería reunirse conmigo luego de la marcha y nos pusimos de acuerdo para que Lubna arreglara un encuentro secreto, en alguna casa que fuera segura y discreta.

De ahí en adelante no se conversaría más y los hechos se sucederían de una manera vertiginosa y brutal. Comenzó a llover y de a poco comenzaron a aparecer los primeros paraguas. De inmediato, uno de los guardias sacó uno y lo abrió para cubrir al doctor. Él hizo un ademán para que nos protegiéramos y luego miró a Lubna y le dijo que me cuidara, que no podía pasarme nada ese día. Continuamos la marcha hasta atravesar los restos de la alambrada que protegía el puesto de control cuando estaba en funcionamiento. Habíamos accedido al terreno mismo del puesto de control. Teníamos enfrente una subida corta pero pronunciada, al final de la cual se levantaba una



torre de vigilancia en desuso y una construcción rectangular con vanos que ya no tenían puertas ni ventanas. A continuación solo se veía el cielo, pues el terreno comenzaba inmediatamente a descender de manera bastante abrupta.

Faltaban unos cincuenta metros para que el lienzo que encabezaba la marcha llegara al lugar más alto. Se detuvo y el doctor se adelantó y giró hacia la manifestación mientras alguien le alcanzaba un megáfono para decir algunas palabras. Nosotros nos encontrábamos casi enfrente de la construcción abandonada. El doctor comenzó a hablar y sin mediar provocación alguna y con una rapidez inusitada, aparecieron en la cima de la colina, las fuerzas de ocupación sionista. De un segundo a otro, teníamos frente a nosotros dos carros lanzagases, dos jeeps con ametralladoras en sus techos y cerca de ochenta soldados, fuertemente armados y cubiertos con implementos de seguridad de pies a cabezas. El doctor siguió hablando y llamó a la calma y a

no dejarse provocar. Las mujeres que encabezaban la marcha comenzaron a enrollar el lienzo y antes de que terminaran, empezaron a caer bombas lacrimógenas, una tras de otra, en medio de los manifestantes. Se desató la estampida y al dar la vuelta la gente se dio cuenta de que estábamos rodeados por un par de tanques y otro centenar de soldados apostados en el mismo lugar por donde habíamos llegado.

La lluvia se tornó más gruesa y la gente se descontroló mientras unos jóvenes comenzaron a recoger piedras del suelo para tirárlas a las fuerzas de ocupación. Bastó que la primera piedra tocara suelo y los soldados abrieron fuego de forma indiscriminada. Muchos corrieron intentando refugiarse en el interior de la construcción abandonada que allí estaba. Uno de los carros se acercó a la casona y comenzó a lanzar lacrimógenas por la ventana, hacia el interior, mientras un conjunto de soldados disparaba a la puerta para que nadie saliera o para que el que se atreviera fuera abatido de inmediato. El doctor fue rodeado de inmediato por sus guardias, mientras llegaba su automóvil a intentar sacarlo de allí. Uno de los guardias recibió un disparo en el hombro izquierdo, pero alcanzó a subir al vehículo antes de desplomarse. Empezaron inmediatamente la huida con el doctor cubierto completamente por los cuerpos de los otros dos compañeros que lo cuidaban. Las ancianas que encabezaban la marcha se habían puesto de rodillas, en el suelo, con las manos apuntando al cielo y gritando insultos contra los soldados israelíes. El lugar se había convertido en cosa de segundos en algo incluso peor que Kalandia.

Al primer disparo, Lubna había tomado a Nadia del brazo y la había llevado corriendo en dirección a la entrada. Les perdí el rastro en cosa de segundos, me agaché y cogí un par de piedras para lanzarlas hacia las fuerzas de ocupación. Lo debo haber hecho un par de veces consecutivas. En cosa de segundos, cayeron tres lacrimógenas a escasos metros de donde me encontraba, corrí hacia una de ellas y tal como lo había hecho cientos de veces en mi país, la pateé con toda mi fuerza tratando de hacerla volver por el mismo camino por donde había llegado, para intentar disminuir su impacto sobre nosotros.

Un periodista español que estaba de pie sobre un montículo de tierra registrando, con su cámara, todo lo que estaba pasando, lanzó un grito mirándome fijamente: ven a mi lado, a los periodistas no nos disparan, es el lugar

más seguro que puedes encontrar en estas circunstancias. Seguí sus instrucciones al pie de la letra. Las balas volaban en todas direcciones. Al menos cinco jóvenes que no tenían más de catorce años cayeron malheridos. Otros tantos fueron apresados. De pie junto a él, ví y sentí docenas de balas impactar cerca de nuestros pies y pasar cerca de nuestro oídos. No podía creer lo que estaba viviendo. Era la represión más brutal y sanguinaria que había visto en mi vida. Ni siquiera sentía el latido de mi corazón. Pensé que no saldría vivo de allí.

A los pocos minutos accedieron al terreno un par de ambulancias palestinas que comenzaron a levantar del suelo a los heridos. Una Van —monovolumen o furgoneta de pasajeros— ingresó y se llevó al conjunto de mujeres que permanecía de rodillas, con sus manos apuntando al cielo. No supe si eran israelíes o palestinos los que lo hicieron, pero desaparecieron en cosa de segundos y no las volví a ver.

Cuando solo quedaban los heridos en el suelo, los disparos se detuvieron y llegaron al lugar dos buses israelíes que se los disputaban con las ambulancias palestinas, mientras los buses se dirigían fuera del recinto tratando de detener a la mayor cantidad posible de manifestantes. Su objetivo fundamental eran los niños y los jóvenes. En menos de quince minutos, el trabajo estaba terminado.

El estruendo ensordecedor de las balas y las bombas lacrimógenas dio paso a un silencio que solo era interrumpido por los gritos que se oían desde la aldea. Bajamos de donde estábamos y comenzamos a caminar hasta juntarnos con tres periodistas más que se hallaban en el lugar. Hicimos un grupo de cinco o seis y nos dirigimos caminando hacia la salida mientras los soldados nos apuntaban de forma amenazante. Uno de los gráficos que iba con nosotros se volvió para sacar las últimas fotos a los heridos que estaban regados en el suelo, pero un disparo al aire lo disuadió antes de que lograra su objetivo. Soltó la máquina y subió las manos en señal de renuncia y resignación. Pasamos la barrera de soldados y cuando nos encontrábamos a unos cien metros, una Van similar a la que había retirado a las ancianas se acercó a nosotros y nos hicieron señas para que subiéramos. Sin preguntar nada, los periodistas subieron al vehículo. Yo me quedé abajo, pero una voz que venía del interior me llamó por mi nombre y me dijo *tfatdall rafik Daniel*. Era el doctor Barghoutti. Le pregunté si tenía noticias de Lubna y Nadia. Me hizo

una seña levantando la mano con un movimiento en forma de látigo, dándome a entender que me despreocupara y en un inglés con marcado acento árabe, dijo que estaban en el hotel, en perfecto estado y esperándome.

En ese minuto me dí cuenta de lo mojado que estaba. Cerré los ojos y me dispuse a procesar lo que había sucedido. Me vinieron a la mente Nur y toda mi familia. Solo una vez había estado tan cerca de la muerte. Había sido en una protesta, en mi país, luchando contra la dictadura. Recordé los años ochenta. Recordé la trilogía de países más condenados en el mundo por sus constantes y sistemáticas violaciones a los Derechos Humanos. Pensé que el *Apartheid* ya había desaparecido y que la Dictadura en Chile, aunque permanecían muchos de sus candados en términos de la arquitectura institucional y de sus enclaves más importantes, también lo había hecho. Me permitía soñar, por un segundo, que algún día esta pesadilla también terminaría.

El bus me fue a dejar al hotel. Al llegar estaban Lubna, Nadia y toda la familia Bandak esperándo. Las caras de enojo, preocupación y espanto se transformaron en abrazos y caras de alegría y reconocimiento. Yo sé que ellos no tenían dudas acerca de mi compromiso, pero ese día les había quedado aún más claro que yo era uno más de los suyos. Nada más, pero nada menos. Xavier llegó al poco rato. Venía según él, con ganas de matarme, pero en su cara se notaba que venía lleno de orgullo. Nadie podía dudar de que los chilenos de origen palestino estuvieran tan cerca de Palestina como podían estar.

Me cambié de ropa para almorzar con ellos. Esta vez no sería en el hotel. Algo habían preparado que yo aún no sabía. Era la primera consecuencia de la jornada de esa mañana. Me dijeron que nos trasladaríamos a la casa de uno de los hermanos de Hind que todavía no había podido conocer. Era un profesor universitario que trabajaba además en el Ministerio de Educación palestino y según ellos, tenía interés en analizar conmigo algunas acciones para involucrar a la diáspora palestina en el desarrollo de la educación en Palestina. Me pareció interesante pero ni siquiera podía imaginar la charla que me habían preparado para esa tarde.

Al salir del hotel, algo me pareció un poco raro. A pesar de que los invitados cabíamos en dos autos, había cuatro vehículos disponibles para trasladarnos, cada uno con su chófer. En el primero se subieron Hind y Lubna con un hombre que no estaba dentro de mis registros. En el segundo subieron Tanás y Douha. En el tercero subimos Marwan y yo. Y en el cuarto, dos hom-

bres también desconocidos. Me parecía raro tanto despliegue para un almuerzo, pero luego terminaría por entenderlo todo. Comenzamos a desplazarnos en caravana, lo que de por sí llamaba bastante la atención. Dimos varias vueltas por la ciudad hasta que un quinto automóvil se nos unió y nos condujo hacia la calle en donde se encontraban Beit Lehem y Beir Jala. Luego de unos minutos, el auto de Hind y Lubna entró al patio de un edificio de departamentos relativamente antiguo, siguiendo al coche que se nos había unido. El segundo se estacionó afuera. A nosotros nos hicieron entrar al mismo edificio y el cuarto se estacionó detrás del segundo, también sobre la calle por la que veníamos.

Nos bajamos y subimos por las escaleras hasta el tercer piso. Nos esperaba una puerta abierta con una mujer, de mediana edad, de pie junto a ella. Entramos en fila y nos fuimos acomodando en el estar. La mujer desapareció sin decir nada y unos segundos después, desde el interior del departamento, se nos unió el hermano de Hind. A pesar de que el ambiente era bastante familiar, había una formalidad que no calzaba con la situación. Luego de unos minutos de presentaciones y saludos protocolarios, nos hicieron pasar al comedor donde almorzaríamos. Era una mesa bastante larga. Nos distribuyeron en un orden previamente establecido. El dueño de casa ocupó una de las cabeceras de la mesa y la opuesta quedó desocupada, pero lista para que alguien se sumara. Seguimos conversando y antes de que comenzaran a traer el almuerzo golpearon la puerta y se produjo un silencio absoluto de unos segundos. Sentimos unos pasos, unos segundos de espera, la apertura de la misma y finalmente un saludo afectuoso y lleno de respeto. Buenas tardes, doctor, bienvenido. Era Mustafá Barghoutti que se nos unía para sostener, durante y después del almuerzo, una conversación que terminaría siendo inolvidable. En ese instante entendí lo de los autos. Nos habían trasladado en diferentes autos para evitar que la ocupación, si es que estaba al tanto de que el doctor, en esa hora, se trasladaría entre lugares de la zona, que era lo más probable, nos atacara para intentar darle muerte. Solían hacerlo cuando trataban matar a los líderes emergentes del pueblo palestino. Compraban informantes, averiguaban sus desplazamientos y cuando tenían información fiable, soltaban sus helicópteros que aparecían de un momento a otro entre los edificios y lanzaban un misil en contra de la caravana que, se suponía, trasladaba al objetivo. Nunca había cargos, ni juicio previo, ni investigaciones ni nada. Era el

método más empleado de la ocupación para eliminar a nuestros líderes. Las ejecuciones extrajudiciales prohibidas en todo el mundo civilizado eran una práctica habitual para los sionistas.

Luego de las presentaciones le pregunté por el guardia herido esa mañana en la manifestación y me respondió que estaba fuera de peligro y recuperándose. Me planteó que le parecía una irresponsabilidad el haberme arriesgado esa mañana, ya que los palestinos de la diáspora, según él, teníamos un papeldemasiado importante que jugar en nuestros países para estar corriendo riesgos innecesarios. Conversamos de todo y discutimos acerca de la crisis de la izquierda y su rol en la superación definitiva de la cuestión de Palestina. Me contó acerca del proceso de actualización de la izquierda palestina, de la escasa relación con la izquierda israelí y de la debilitada situación actual de ambas en un marco de polarización de sus respectivas sociedades. Yo le comenté el trabajo que teníamos en Chile, de nuestro aporte como comunidad al desarrollo nacional, del proceso de integración que hemos desplegado en los más de cien años de presencia en el país y de cómo hoy somos parte integrante del pueblo chileno.

La conversación fue verdaderamente notable. Estuvimos cerca de tres horas conversando. Me obsequió varios de sus libros y un material audiovisual que él con su equipo habían producido para presentar la realidad palestina en países europeos. Quedamos en encontrarnos nuevamente cuando yo volviera a Palestina y mantener un intercambio fluido para mejorar nuestro trabajo fuera de ella.

De pronto, sin mediar aviso alguno, se puso de pie y se despidió. Los hombres que lo acompañaban tomaron sus cosas y se dirigieron a la puerta. Salieron primero y revisaron la escalera y las afueras del edificio. No querían más sorpresas. Menos después de lo acontecido en la mañana. Estaban a cargo de la seguridad de uno de los líderes más importantes del pueblo palestino y eso era una responsabilidad tremenda a los ojos de nuestro pueblo.

Conversamos cerca de media hora más y luego nos informaron que ya podíamos retirarnos. Volvimos al hotel, esta vez en un solo auto, la situación era ya más tranquila. Todo aparentaba estar en calma.

Al Jalil y Jerusalén

Ya comenzaba a despedirme, pero aun quedaban tres cosas pendientes que no podía soslayar. La primera, visitar Jerusalén, no para recorrerla por completo, pues para eso se necesitan varios días y yo tenía menos de uno. La idea era visitar la Cúpula de la Roca y llevarme un par de fotos de lo que era la ciudad más importante de Palestina y, seguramente, su futura capital. La segunda, visitar Al Jalil¹, ciudad 30 km al sur de Jerusalén que había sido expropiada casi por completo por ubicarse en ella, según la tradición judía, la tumba de Raquel. Para la ocupación, entonces, era necesario asegurar que los judíos pudieran llegar sin problemas a visitar ese lugar sagrado sin importar lo que eso implicara para los palestinos. La tercera, volver al muro de segregación, esta vez solo para dejar en él un rayado que quedara como testigo de mi presencia en Palestina. Era, sin duda, la última licencia que me daría en este viaje. Lo de Bil'in, era cierto, había sido de una irresponsabilidad soberana y rayar el muro, que era mucho menos arriesgado, no dejaba de constituir un peligro, aunque menor, para el feliz término de las razones de mi viaje.

Había acordado con Lubna y Marwan que nos juntaríamos en la mañana temprano para partir a Al Jalil. Después del almuerzo visitaría Jerusalén con Xavier y, sin avisar a nadie, le solicitaría que pasáramos a despedirme de Saleh para cumplir mi objetivo en algún minuto en que me perdieran de vista.

Todo, o casi todo, se cumplió como lo habíamos planeado. Nos juntamos un poco después de las nueve de la mañana. Le pedimos a Elías que nos trasladara hasta las afueras de Al Jalil y le solicitamos que se mantuviera lo más cerca posible por si teníamos algún problema.

1 Hebrón, de las más antiguas del mundo (IV milenio a.n.e.) habitada por los cananeos desde el III Milenio a.n.e., capital de un reino según la Biblia en el siglo XXVIII a.n.e., alberga la Tumba de los tres Patriarcas y esposas —Abraham y Sara; Isaac y Rebeca; Jacob y Lea—, la Ciudad Vieja es de calles sinuosas y estrechas. Desde 1997 está dividida en dos sectores: israelí, de poca población, y palestinos, unos 160.000





Comenzamos a avanzar por una calle de arquitectura antigua y de gran nobleza pero completamente abandonada. Había tiendas cerradas en el primer piso de cada edificación y algunas ventanas y puertas tapiadas en los segundos. A pesar del triste espectáculo, los edificios evidenciaban un pasado lleno de vida y belleza. A medida que nos internábamos, fueron apareciendo algunas casas destruidas y otras en las que no se podía saber si estaban en pleno periodo de ampliación, cuando fueron abandonadas, o si habían sido saqueadas después de la huida. Algunas tiendas lucían los toldos con que cubrían sus entradas y vitrinas, arrancados de las estructuras metálicas que los sostenían y las maderas de las ventanas mostraban indicios de haber recibido municiones de guerra, además de pedradas. Sobre los techos de las casas había maleza creciendo y estanques de agua oxidados. Algunas calles laterales estaban tapiadas con tarros metálicos apilados unos sobre otros, hasta formar verdaderas murallas que traían a la memoria los campos de refugiados de los nazis. Los colores eran similares, si no idénticos, a todas las ciudades palestinas que había conocido: la piedra color tierra y las puertas y barandas metálicas, de un color celeste claro. De pronto vimos que en medio de la calle, en sentido transversal a la misma, aparecía una estructura metálica que la bloqueaba de lado a lado. Eran contenedores metálicos dentro de los cuales funcionaba un puesto de control israelí similar a los que se encontraban en las afueras de las ciudades y pueblos palestinos.

En el frente, un escudo de Israel hacía evidente el uso que la ocupación le daba. Pocos metros antes, había un contenedor de basura rodeado de escombros que más parecían barricadas que otra cosa. En su interior, un grupo de soldados israelíes, con absoluta prepotencia y arbitrariedad, decidían quién podía pasar y quién no. Nos presentamos ante el Ejército de ocupación, uno a uno. Nos pidieron nuestras identificaciones y nos interrogaron, también uno a uno. La tensión se elevó cuando al ver mi pasaporte chileno, de color azul, el soldado me habló en inglés para interrogarme y yo fingí no entender nada. Lo intentó en árabe y nuevamente no consiguió más que un "no entiendo", en español. Entró en una especie de oficina que más parecía ratonera y comenzó a llamar a por teléfono. Salió con un celular, discó un número y habló en hebreo con alguien. Luego se me acercó y puso el altavoz para que yo pudiera escuchar, mientras del otro lado, comenzaba a hablar en español una voz femenina con claro acento argentino. ¿Cual es tu nombre? me preguntó.

Daniel Jadue contesté yo. ¿Y qué haces en Israel?, volvió a preguntar. No estoy en Israel, estoy en Palestina, respondí yo. ¿Y qué haces en Palestina entonces?, replicó ella. Conociendo y visitando los Lugares Sagrados, respondí. ¿Conoces a alguien en Israel? La pregunta me recordó los interrogatorios a la entrada por lo que decidí contestar exactamente de la misma forma. No, a nadie. ¿Y dónde te estás quedando?, preguntó la voz desde el otro lado del teléfono. En el hotel de un amigo en Beit Lehem. ¿Cuántos días estarás?. Solo hasta mañana o pasado, respondí, ha sido tan malo el trato recibido, por parte de ustedes, que no dan ganas de quedarse sino es para resistir la ocupación. Antes de que yo terminara, me interrumpió, pero hablando en hebreo y dirigiéndose al soldado que sostenía el celular en su mano. El me miró con un odio indescriptible y me devolvió el pasaporte. Luego se dio media vuelta, sin decirme nada, entró en la oficina y siguió hablando por teléfono. Me mantuve de pie justo antes del torniquete que estaba al centro del puesto de control. Marwan y Lubna miraban desde el otro lado, moviendo la cabeza, de un lado a otro, en señal de reprobación por mi tozudez. Sabían que había sacado un poco de quicio a los soldados con mis respuestas y que, con eso, solo arriesgaba el fracaso de la visita. Al cabo de unos segundos interminables, otro soldado salió de la oficina y me dijo que podía pasar. Me dí la media vuelta y con una sonrisa en la cara, atravesé sin decir nada. No había nada que decir.

Seguimos avanzando por una calle que describía una curva suave pero que al avanzar te iba permitiendo ver en todo su decadente esplendor la arquitectura de una ciudad que debía haber sido ser maravillosa antes de la llegada de la ocupación militar israelí. A pocos metros, pudimos ver un Jeep militar que se nos acercaba y que en el resto de la visita no se nos despegaría. Metros más allá pudimos leer en una muralla, sobre una placa de color azul intenso, escrita en hebreo y en inglés, la historia oficial israelí de Hebrón, que es el nombre con el que los sionistas llaman a Al Jalil. La burda selección de los acontecimientos que narraba la placa no era distinta a los asentamientos ilegales y su relación con el territorio. Pretendía borrar toda presencia palestina en la ciudad, desconocer su historia y contar solo una parte diminuta de ella, en la que solo los judíos eran protagonistas de la misma. La historia partía con ellos, ni un segundo antes, ni un segundo después. Siempre era igual. El resto del mundo no existía, esa es la esencia del argumento sionista y su derecho exclusivo sobre Palestina. El resto del mundo no existe, no son huma-

nos, no tienen derechos. Solo son gentiles al servicio del pueblo elegido.

Llegamos a un lugar donde, sobre lo que debía haber sido una casa formidable, como todas las que estaban allí, había una estructura metálica que protegía silos de almacenamiento de agua y gas, que por supuesto eran de uso exclusivo de los colonos ilegales.

Más adelante, sobre las paredes de las casas que luego de ser expropiadas habían sido entregadas a sus nuevos moradores, habían letreros que hablaban de la era bíblica, intentando dar por hecho que esas calles eran parte del Hebrón que fue capital de Judea por espacio de algunos años y sitio del establecimiento del Reino de David. Como si eso les diera derecho a asesinar, a confiscar, a robar y a mentir. A pesar de la relación que el sionismo quería establecer con la religión judía, se había transformado en un compendio perfecto de todas las violaciones a los Diez Mandamientos. La contradicción era evidente y lindaba con la blasfemia más absoluta. Recordé con gran satisfacción que, hacía demasiados años, había dejado de creer en pueblos elegidos, en tierras prometidas, en bienaventuranzas y en guerras santas, como para detenerme un segundo más a presenciar tanta afirmación sin sentido.

La cantidad de calles bloqueadas aumentaba a medida que nos íbamos introduciendo en el lugar. Un par de cuadras más allá hicieron su aparición los colonos israelíes, vestidos de civiles pero fuertemente armados con fusiles y ametralladoras. Siempre mirando con desprecio soberano a todo lo que se moviera por esas calles y que no fueran ellos mismos. Presencié en silencio cómo hostigaban a los visitantes, cómo les gritaban que se fueran de su tierra, que esa era una tierra sagrada y que no debía ser pisada por infieles.

El Jeep que nos acompañaba a un par de metros no hacía nada para evitar las provocaciones y la arrogancia de los colonos. Los dejaba hacer. Estaba ahí para protegerlos a ellos, armados hasta los dientes, de los visitantes premunidos de peligrosas cámaras de fotos y video-grabadoras que los miraban e intentaban retratarlos como si de verdad fueran piezas de un museo.

En medio del encuentro de varias calles se había instalado una torre vigía similar a las que acompañan al muro de segregación. En las ventanas de su parte superior lucían amenazantes las ametralladoras que, se suponía, resguardaban la seguridad de los ocupantes ilegales. Más allá, en otra de las calles que ascendían hacia las zonas altas del pueblo, descansaban sobre unos poyos redondos dos inmensas vigas metálicas reticulares que bloqueaban el paso

hacia donde aún vivían sus habitantes de siempre, como en una gran cárcel al aire libre.

En las esquinas permanecían, casi inmóviles, parejas de soldados israelíes con sus armas en mano que se entretenían apuntando a las cabezas de los niños palestinos que cruzaban delante de ellos, entre caminando y corriendo, sin quitarles la vista de encima, por temor a ser asesinados. Cada cierto trecho, los soldados de pie en las calles eran reemplazados por pequeñas casetas metálicas hexagonales instaladas sobre bloques de hormigón que conformaban torres vigías de menor tamaño, siempre listas a defender de los palestinos desarmados a los sionistas armados hasta los dientes.

Las áreas verdes de las zonas confiscadas ilegalmente lucían perfectas y muy bien mantenidas. Las plazas de las zonas que permanecían en manos de los palestinos estaban secas y descuidadas, pues la ocupación no solo había restringido el agua potable para privilegiar a sus colonos, también había eliminado las llaves para regar las plazas de los palestinos. Todo estaba pensado para que al entrar, el contraste fuera demoledor.

Avanzamos al lugar hasta donde operaba la confiscación israelí, que se suponía era el espacio necesario para asegurar el peregrinar de los judíos hasta la tumba de Raquel. Una vez atravesando el puesto de control y las vallas que definían ese límite, el ambiente cambió sorprendentemente. La vida volvía a inundar las casas que siendo similares a las de la otra zona, lucían como eran, todo su esplendor. Aparecieron las primeras tiendas palestinas de artesanía, tejidos y productos típicos de la cocina palestina. Los soldados israelíes dieron paso a una policía israelí un poco menos hostil y la ciudad, de pronto, se tornó llena de vida.

Los palestinos negociaban en las calles bajo fuertes medidas represivas, pero al menos podían buscar el sustento para sus familias. Los colonos circulaban armados pero por caminos rodeados de vallas que impedían que se mezclaran con los gentiles, fueran estos palestinos o turistas. Al traspasar un nuevo umbral, el cambio era aún mayor. La ciudad semi-viva por la que veníamos atravesando daba paso a una porción de ciudad que se encontraba en su estado anterior a la intervención de la ocupación, o mejor dicho, casi en el estado anterior. Ante nuestros ojos se abrió un mercado absolutamente tradicional. Eran unas calles milenarias formadas por casas de entre dos y tres pisos que tenían en sus primeras plantas locales comerciales donde podías

encontrar todo lo que necesitaras. Ropa, lentes, comida, aliños, artesanía y enseres de cualquier tipo. De los muros colgaban ganchos que funcionaban como maniqués en altura y quienes atendían llamaban a los que por ahí circulaban ofreciendo de todo al mejor precio, regateando y logrando acuerdos para que nadie se fuera sin comprar. Los que no estaban atendiendo se mantenían en la puerta de sus tiendas, conversando entre ellos, fumando argile o jugando *taule*. Sus rostros eran sobrecogedores. En el rictus tenían una mezcla perfecta entre la rabia y la determinación, entre la tristeza y la alegría, entre sus biografías marcadas por la ocupación y el futuro colectivo signado por la utopía de la libertad. Los pasillos y calles a cielo abierto, con sus toldos para proteger las tiendas y los productos del sol y de la lluvia, se alternaban con unos verdaderos túneles que unían calles y pasajes, en los cuales se ubicaban cientos de tiendas, una al lado de la otra, ventanas que miraban a las calles y claros de calles que permitían mirar los edificios, que claramente tenían más años de los que todos los presentes podíamos contar.

Llegamos a uno de los pasajes del mercado hacia el cual daban las ventanas de las casas de la calle por la que habíamos entrado y que hoy estaba en manos de los colonos ilegales. Sobre la calle había una alambrada hecha con una malla electrosoldada para hormigón tipo Acma que atravesaba de lado a lado. De un momento a otro, la ciudad viva se había acabado y la presencia de la ocupación volvía a ser absolutamente hegemónica. Pregunté a Lubna y a Marwuan a qué se debía la malla y si la habían puesto los israelíes. Su respuesta me sorprendió y me llenó por enésima vez de rabia e impotencia. No la habían puesto los israelíes, la habían puesto los palestinos para mitigar en algo, el impacto de las aguas servidas y la basura que los colonos arrojaban sobre la calle, para obligar a los palestinos que ahí permanecían a retirarse.

Ellos se habían organizado y habían puesto la malla metálica y una serie de toldos que evitaban que las aguas dañaran su mercadería y cayeran sobre sus cabezas. Una vez más, la comunidad había decidido resistir cotidianamente, permanentemente, veinticuatro horas al día, al abuso, al maltrato y a la pequeñez humana, con unidad, fortaleza y determinación, conscientes, como todos, de que los palestinos estaban en ese lugar —lo repetiré— antes de que llegara el primer invasor y que estarán en él, luego de la salida del último, simplemente porque a diferencia de ellos, pertenecen a esta tierra desde siempre.

Habíamos caminado alrededor de tres horas, casi sin darnos cuenta. Se acercaba la hora del almuerzo y como era mi último día en Palestina, no volveríamos al hotel sino que nos dirigiríamos a casa de Hind, que hacía todas las veces de jefa de la familia Bendek. Ella era militante del Partido Comunista palestino y desde mi llegada había estado siempre a nuestro lado, escuchando nuestras historias y discusiones. Cada una de sus intervenciones me habían dejado la sensación de que ella era no solo el pilar de esa familia —que me había acogido como uno de los suyos— sino que en silencio y a lo largo de toda su vida había sido parte esencial de la resistencia palestina. Su fortaleza física y moral era en verdad inspiradora. Había escuchado historias que la ubicaban como protagonista de numerosas acciones donde había arriesgado, no solo su vida, sino también sus bienes y a su familia, por enfrentarse ella misma con el Ejército de ocupación, algunas veces, o por defender a jóvenes que lo hacían, todas las demás.

La fraternidad con la que me habían tratado y cómo me habían integrado a su vida cotidiana y familiar me habían llevado a la convicción de que si me hubiese tocado elegir una familia en Palestina, de la cual me hubiera encantado ser parte, hubiera escogido, sin dudar, la familia de Hind, a quien desde ese día comencé a llamar, cariñosamente, madre.

Ella había invitado a su familia y a mis compañeros más cercanos a un almuerzo de despedida. Terminamos de cocinar todos juntos, unos preparando las ensaladas, otros picando la carne y Hind dando instrucciones a todos y a todas. En el ambiente había una tristeza disimulada por las risas y los recuerdos de ese corto pero intenso viaje que llegaba a su fin. Habíamos preparado el que sería mi mejor almuerzo durante mi estadía en Palestina.

Luego de almuerzo recibí una llamada de Xavier. Había prometido llevarme a Jerusalén. La idea no era recorrer la ciudad ni nada por el estilo, pero sentía que no podía volver a Chile sin presenciar personalmente el conjunto más importantes de Lugares Sagrados existente en todo el mundo, en el cual se condensa, como en el mejor de los resúmenes, los símbolos de todos los mitos y leyendas y las mentiras originales que tanta muerte y destrucción le han costado a la Humanidad por miles de años, en nombre de dioses que nadie hasta el día de hoy tiene el gusto de conocer.

Tomamos su automóvil y nos dirigimos a la ciudad de los dioses. En la calle que estaba justo antes de llegar al puesto de control que separa a Beit

Lehem de nuestro destino nos topamos con un mural que me hizo reír a carcajadas. Lograba retratar por completo la situación relativamente esquizofrénica que se vivía en Palestina. Le pedí a Xavier que se detuviera para tomar una fotografía que no podía faltar entre los recuerdos, una vez en Santiago. Un soldado israelí aparecía apoyado en un muro con las dos manos, con las piernas relativamente abiertas, en la misma posición en la que durante mi viaje había visto a decenas de palestinos, cuando eran cacheados, en las puertas de sus casa o al lado de sus automóviles, mientras detrás de él una niña de unos seis años, con coleta y vestida con una solera bordada, revisaba sus piernas como buscando armas o algún contrabando ilegal. Al lado apoyado en pie sobre el muro, estaba dibujado un fusil a un costado de la niña. La imagen retrataba a ese Ejército poderoso, que posee incluso armas de destrucción masiva, incluidas las químicas y las nucleares, siendo humillado por una niña desarmada premunida de dos de las armas más letales que existen en el mundo para la ocupación israelí: los niños palestinos y su identidad nacional.

Atravesamos el puesto de control sin problema alguno, ya que Xavier era funcionario palestino de alto rango y como todos los funcionarios de la ANP Autoridad Nacional Palestina, gozaba de facilidades para transitar entre los Territorios Palestinos e Israel. La ciudad exhalaba Historia. Por donde uno mirase había construcciones centenarias cuando no eran más antiguas. A pesar de su aparente modernidad, en el ambiente todo parecía de una antigüedad bíblica. No existen porciones de la ciudad donde no haya belleza y Patrimonio tanto Arquitectónico como Urbano y espiritual, de carácter universal. Solo la gran presencia de soldados y de civiles armados perturba profundamente una imagen que podría llegar a ser celestial. Me hubiera gustado recorrerla en detalle pero no había ya tiempo.

Subimos por el camino que conduce al mirador que está emplazado justo frente a la Mezquita de Al-Aqsa, el Muro de las Lamentaciones, la Iglesia Ortodoxa Rusa y un par de Cementerios, todo ello entre cientos de otras edificaciones más o menos notables. El todo forma, quizá, la panorámica más famosa, bella, conflictiva y apasionante de todo el planeta, a lo largo de miles de años de Historia.

El espectáculo era verdaderamente sobrecogedor. Llegué a convencirme de que no existía persona en el mundo que pudiera sentir indiferencia



frente a lo que había delante de mis ojos. Jerusalén existía desde mucho antes de la invasión hebrea a Canaan. El lugar donde se posa fue habitado por los Natufienses muchos miles de años antes y luego por variados pueblos, civilizaciones y culturas que buscando dominar la región —lo volveré a decir— geo-políticamente más importante de la Historia de la Humanidad, intentaron ocupar de manera exclusiva el territorio, dominar a sus habitantes y controlar el intercambio económico y cultural que a través de él se producía. Se convirtió en el centro del Mundo Antiguo por estar en una colina, casi en el centro del puente natural que une África, Asia y Europa, y porque los hombres que han soñado desde la Antigüedad con poner el mundo a sus pies se la disputaron en nombre de dioses inventados por ellos mismos para servir a sus propios intereses.

La convirtieron en Ciudad Santa, a pesar de que fue, desde sus inicios, un nido de intolerancia, supersticiones y sacrificios humanos. Ha estado gobernada, en innumerables oportunidades, por credos y sectas que siempre han creído ser sus únicos dueños, a pesar de que en estricto rigor y al igual que el resto de la naturaleza, no le pertenece a nadie. Sin embargo, es la fuente de inspiración para muchas de las identidades asesinas que afirman su existencia negando la de los demás.

Luego de décadas de haber discutido sobre ella, sobre su historia y sobre su destino, estaba ante mis ojos con todo su resplandor, con todo su eclecticismo expresado en la superposición de estructuras arquitectónicas, que representan, cada una, una superestructura jurídica de dominación de carácter religioso. Era, en síntesis, el mejor resumen de lo más representativo de las ansias de poder y del desprecio por los otros, a nivel universal.

La estupefacción fue interrumpida abruptamente cuando luego de fijar la vista y recorrer el panorama una y otra vez, mis sentidos comenzaron a retomar su normalidad, lo que me permitió escuchar los relatos de los guías turísticos que llegaban por montones a este punto supuestamente sagrado.

Noté diferencias significativas entre los relatos que hacían los guías sionistas y aquellos que hacían los guías musulmanes o cristianos. Una vez más me sorprendí de las distintas interpretaciones que, sobre los mismos hechos, pueden desarrollar las visiones religiosas excluyentes, absolutas, eternas e inmutables.

Me inundó un caudal de fuertes contradicciones. La imagen era so-

brecogedora pero su significado y el impacto en la vida de las personas me parecían repugnantes. Debo reconocer, eso sí, que desde un punto de vista exclusivamente arquitectónico, el contraste entre la arquitectura musulmana y el resto era abismal. La madurez lograda por la arquitectura islámica, en lo que a combinación de forma y color se refiere, era incomparable, ya que generaba una amalgama que ninguna otra tradición arquitectónica ha podido igualar.

Estuvimos solo algunos minutos en el lugar y le pedí a Xavier que me llevara de vuelta. La presencia de la ocupación militar israelí parece doler en Jerusalén más que en ningún otro lugar de Palestina y no me gustaba estar ahí, rodeado de quienes insisten en ser los únicos con derecho a habitar esa ciudad que, más que sagrada, parece una ciudad maldita, por todo aquello que es capaz de generar.

En el camino de vuelta, tal como lo había planeado, le solicité que pasáramos a despedirnos de Saleh. Accedió de inmediato a mi solicitud y enfiló hacia su tienda de artesanía. Con absoluta normalidad saqué de un pequeño bolso un spray negro que había comprado algunos días antes. Lo tomé entre mis manos y seguí conversando con Xavier con toda la naturalidad del mundo. De pronto, Xavier me miró para decirme que reencontrarnos en Palestina había sido formidable y que pensaba que ese era de verdad mi lugar. Antes de terminar de decir lo que estaba diciendo vio el spray y con la misma naturalidad con la que yo hablaba, comenzó a reírse. Me preguntó si estaba loco y en un brusco cambio de opinión me dijo que era mejor que estuviera en Chile, pues en Palestina lo más seguro era que no durara vivo demasiado tiempo. Yo lo miré con cara de no entender lo que me estaba diciendo y le pregunté a qué se refería. No puedes hacerlo, nos meteremos en problemas justo el día antes de tu viaje. No te arriesgaré, dijo y comenzó a bajar la velocidad intentando dar la vuelta, pero ya era tarde. Estábamos llegando al muro, justo debajo de una torre de vigilancia. Abrí la puerta con el auto andando y le dije que parara y se fuera, pero que yo no saldría de Palestina sin antes rayar ese muro de mierda que envenenaba nuestra tierra e hipotecaba toda posibilidad de paz. No te puedo dejar solo, replicó él. Sí puedes. Tú debes permanecer acá. En cambio, si me deportan hoy, no habrá diferencias con lo planificado.

Frenó bruscamente y con cara de resignación dijo: bájate. Me daré la

vuelta y te recogeré en tres minutos al lado del muro. Si sientes ruido de armas no mires ni te detengas ni nada. Solo haz lo que tienes que hacer y retrocede cuanto antes, me indicó. Así lo haré, respondí yo y bajé con toda tranquilidad. Caminé solo hasta ubicarme justo debajo de la torre de manera de dificultar la visión. Escuché por los altoparlantes una voz que me instaba a alejarme del muro asumir las consecuencias. Levanté las manos. En una de ellas tenía el spray y en la otra mi pasaporte de color azul. Soy ciudadano chileno, contesté, estoy completamente desarmado y voy a hacer un rayado solidario en contra del muro de segregación, así es que, si algo pasa, usted y yo asumiremos las consecuencias.

La voz volvió a hablar amenazándome con la deportación instantánea si era detenido mientras dos ametralladoras trataban infructuosamente de ponerme frente a su mira. Saqué la tapa del spray y escribí en español, Viva Palestina Libre: Volveremos.

Me dí media vuelta y me alejé en dirección a la calle más cercana. Xavier apareció frente a mi un par de segundos después. Me subí al auto y nos fuimos. No intercambiamos palabras solo miradas y sonrisas de complicidad mezcladas con reproche. Ahora podía marcharme algo más tranquilo.

La última cena

Camino al hotel le pedí a Xavier que me llevara al mercado. Compré cordero troceado, papas, berenjenas, coliflor, tomates, lechuga, perejil y almendras en varias de las tiendas que aún se encontraban abiertas. Volvimos al hotel y solicité a la familia Bendek que me dejaran cocinar para ellos esa noche. Que quería agradecerles toda su hospitalidad y todas sus atenciones durante la que, sin duda, se había convertido en la mejor semana de mi vida.

Solicité a Tanás y a Xavier que llamaran a todos los compañeros más cercanos que durante esa semana se habían convertido en mi familia. Le pedí además que incorporáramos a Elías, al cocinero, al ayudante y a los muchachos del hotel que estaban de turno ese día. Quería atenderlos a todos de la misma forma en que ellos lo habían hecho durante mi estadía. Trataron de disuadirme. Nunca supe si era para que no trabajara o porque desconfiaron de mis conocimientos de cocina; pero al final, accedieron a mi último deseo antes de partir.

Mientras Xavier y Tanás hacían las convocatorias de rigor, Hind, Lubna y yo nos metimos a la cocina del hotel y comenzamos a preparar una de las comidas típicas de Palestina más populares dentro y fuera de ella.

Corté en rodajas, de aproximadamente un dedo de espesor, el tomate, las papas, y las berenjenas. La coliflor la desarmé hasta dejar pequeños ganchos susceptibles de pasar por aceite. Le pedí a Lubna que friera las papas y las berenjenas hasta dejar las papas a punto, y las berenjenas y las coliflores de un color café más bien oscuro. Puse a freír en mantequilla los fideos cabello de ángel, revolviéndolos sin parar hasta que tomaran un color café, ni muy claro ni muy oscuro. Cuando alcanzaron el color esperado, vertí sobre los fideos el arroz, previamente lavado para sacarle el almidón, y dejé que se saltara en mantequilla junto con los fideos.

Mientras todo eso avanzaba y todos los ingredientes que iban pasando por aceite o mantequilla, iban siendo ordenados sobre servilletas de

papel para sacar el exceso de aceite, puse el cordero a cocer en una olla con todos los aliños necesarios para asegurar el sabor. Le incorporé la sal precisa, un poco de pimienta, clavos de olor, canela, nuez mozcada y otros aliños típicos de la gastronomía palestina. Pelé varias cabezas de ajo y puse agua a hervir para pelar en ella las almendras. Cuando el arroz estuvo a punto lo saqué del fuego y lo reservé para comenzar a armar las ollas que ya esperaban listas para recibir los ingredientes. Luego de pelar las almendras las salté también en mantequilla hasta que tomaran un color café intenso pero sin permitir que se tostaran demasiado.

Serían tres ollas, cada una para aproximadamente diez o doce personas. En la base de cada una puse una delgada capa del arroz con fideos. Sobre ellos una capa de rodajas de tomate, teniendo cuidado de ir llenando los espacios que quedaban entre las rodajas con trozos de tomate cortados para crear una capa lo más pareja posible. Una vez lograda la capa de tomate, puse otra delgada capa de arroz para que, al cocer, éste llenara todos los espacios que los trozos de tomate iban dejando. Entre medio de algunos trozos de tomate fui instalando las cabezas de ajo para que su aroma lo inundara todo durante la cocción final. Sobre la capa de arroz repetí el mismo ejercicio con las rodajas de papa, hasta formar una capa lo más pareja posible. Luego nuevamente el arroz, y por último, las berenjenas. Sobre las berenjenas ordené los trozos previamente cocidos de cordero, en dos ollas, y de pollo en la tercera, que en vez de las berenjenas fritas tenía una capa de coliflor igualmente pareja. Sobre los trozos de carne vertí partes iguales de arroz hasta dejar en la olla solo el espacio para que, al cocerse, el arroz llegara al tope de la misma. Una vez terminadas las tres ollas, vertí sobre ellas el caldo en el que había cocido previamente las carnes, hasta cubrir por completo el arroz de la parte superior de la olla y puse a cocer las tres ollas a fuego lento por espacio de una hora.

Mientras esperábamos, corté perejil con unas tijeras de forma tal de reservarlo para adornar la preparación junto con las almendras fritas una vez terminado el proceso de cocción. En paralelo preparé *tabule* —ensalada libanesa de perejil, tomate, lechuga y otras hierbas aromáticas con zumo de limón— y otra ensalada de verduras surtidas mezcladas con frutos secos. Luego de terminar la preparación, nos fuimos al estar del hotel a esperar conversando que el tiempo de cocción pasara y que los comensales se hicieran

presentes.

En el ambiente había un poco de tristeza. Todos nos mirábamos las caras y reíamos, expresando palabras de buena crianza por habernos conocido, por compartir nuestros sueños, todos juntos, en Palestina. Hablamos de los desafíos del futuro y del incierto destino del proceso de negociaciones que siempre estaba más muerto que vivo. Los invitados fueron llegando de a poco y, en la medida que el grupo se ampliaba, la tristeza daba paso al espíritu que reina en el pueblo palestino cuando celebra, festeja o despide a los suyos.

Al cabo de una hora volvimos a la cocina y comenzamos la parte final de la preparación. Retiramos las ollas del fuego, las tapamos con unas bandejas redondas, ligeramente más grandes que las bocas de las primeras. Tomamos cada una de las ollas y las dimos vuelta, de manera que la bandeja quedara convertida en la base de la preparación y comenzamos a acariciar las ollas con unos paños mojados con agua helada para que se contrajeran y luego volvieran a expandirse, despegando la preparación de las paredes y del fondo de las mismas. Después de unos minutos, fuimos levantando las ollas con mucho cuidado una a una, mientras, entre aplausos y risas, los que allí estaban celebraban la aparición de estas verdaderas tortas saladas, de múltiples colores, perfectamente compactadas, tan típicas de la gastronomía palestina. Sobre los tomates que coronaban el volumen pusimos una capa de perejil con almendras. Y a comenzar a sacar las bandejas y las ensaladas hacia las mesas en donde todos esperaban.

Disfrutamos de la comida en un ambiente un poco más festivo que la espera. Charlamos y compartimos las reflexiones acerca del viaje hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Al día siguiente debía partir cerca del medio día, al mismo puesto de control por el que había ingresado, por lo que debía anticipar mi salida considerando seriamente la posibilidad de estar detenido unas cuantas horas, solo por el gusto que sienten los sionistas de humillar y maltratar a los palestinos y sus descendientes, sin importar donde vivan ni de donde vengan.

A la mañana siguiente ordené mis cosas. Compré en la tienda de artesanía del hotel algunos regalos imprescindibles para mis seres más cercanos. Una Biblia para mi madre, un vestido típico para mi hija, unos aros artesanales y algunos colgantes de plata para mi compañera de vida y algunos engaños menores para mis hermanos y amigos más próximos. Intenté sin éxito pagar



la cuenta del hotel pero desistí luego de la insistencia, los reclamos y las amenazas de sacarme de la lista de la familia que me acaba de adoptar si es que lo hacía. El argumento central era que, de no ser por las responsabilidades que tenía en el viaje, no hubieran jamás aceptado quedarme en el hotel y me



hubiese ido a la casa de alguno de ellos, donde por supuesto no hubiera pagado nada, por lo que la estadía en el hotel no valía como tal, sino que equivalía a haberme alojado en sus casas. No hubo forma de hacerlos cambiar de parecer.

Debía tomar un taxi que me acercara al paso del Puente del Rey Hussein para volver a Jordania. Al otro lado me estaría esperando otro taxi que me llevaría desde el puesto de control fronterizo hasta las afueras de la ciudad, donde me reencontraría con Ahmad para volver a Amman y regresar a mi país por el mismo lugar por donde había llegado.

Dejé todo listo cerca de la una de la tarde. Comí algo antes de la partida y evitando los escándalos y las despedidas demasiado estridentes subí las maletas al taxi de Elías, me despedí, uno a uno, de todos los que allí estaban y me dirigí hacia la puerta delantera. Mientras lo hacía, comenzaron a salir todos a la puerta del hotel y se ordenaron en la escalera del mismo como para presenciar mi partida. Me subí al taxi, Elías cerró la puerta detrás de mí y ocupó el lugar del conductor, mientras yo echaba un último vistazo a mi familia adoptiva y a los amigos que habían llegado a la despedida. Una vez que el motor se encendió, mire hacia adelante mientras unas lágrimas comenzaban a aparecer en los ojos. No quise volver la cabeza. Solo dije en voz alta para que Elías me escuchara: volveré lo antes posible.

El Congreso de la Red Palestina Mundial estaba programado para seis meses más tarde, así

es que, si todo marchaba según lo planeado, yo estaría de regreso antes incluso de terminar de ordenar y procesar todo lo que este viaje me había dejado.

Otro regreso

Una vez dentro del avión sentí un relajo que hace días no experimentaba. Sin embargo, las experiencias vividas daban vueltas en mi cabeza y no me dejaban descansar del todo. Repasaba cada instante de mi estadía en Palestina. Revisaba las fotografías en mi computador, imaginando las frases que convertirían lo vivido en un texto que describiera y expresara todas los escenarios, los hechos, las emociones y las reflexiones que cada porción de territorio, cada historia y cada nueva adquisición —en lo que a conocimiento práctico de la realidad se refiere— me había provocado. El viaje me había transformado profundamente y no podía más que intentar transmitir a todos mis hermanos de la diáspora que no tienen la oportunidad de viajar y a aquellos hombres y mujeres que buscan conocer algo más la realidad de este conflicto, lo que yo había sentido.

No podía conciliar el sueño. Decidí escribir, alternando entre las notas realizadas, la revisión de las imágenes y las reflexiones surgidas de todo aquello, intentando buscar respuestas sobre la situación actual y el futuro de la cuestión de Palestina. De pronto me vino a la mente una faceta distinta del conflicto. Creí reconocer dos padecimientos generalizados que, según mi parecer, ahogan a nuestros pueblos y se encuentran casi en un punto de no retorno, en camino a convertirse en rasgos culturales que se han ido sedimentando hasta formar parte del ADN de ambos y cuyo impacto es mucho mayor a todo el sufrimiento acumulado en esos 65 años.

Recordé el mural de la niña palestina cacheando al militar y pensé en que era la muestra más elocuente de una especie de esquizofrenia colectiva que el sionismo ha inoculado en los ciudadanos israelíes de religión judía y que encuentra eco en gran parte de la comunidad internacional. Como contrapunto, recordé los rostros de mis hermanos, siempre marcados por una especie de desesperanza aprendida, tan ampliamente difundida, que casi define

hoy el ser palestino, no pudiendo serlo, en Palestina.

El concepto de esquizofrenia colectiva se me venía presentando como posibilidad, desde hace algunos años, a partir de varios autores judíos de izquierda, muchos de ellos anti-sionistas, que afirman hace mucho tiempo, que el sionismo es un movimiento esquizofrénico. Que lo aqueja una incongruencia irreconciliable entre su mensaje, supuestamente liberador, y las prácticas que utiliza para ponerlo en práctica. Que el cultivo de una autoimagen intachable y la adopción discursiva de la épica de los pocos contra los muchos; a imagen de la épica del heroico David enfrentando al brutal Goliat, era y sigue siendo el modo primordial que el sionismo usa para tratar de mediar entre sus contradicciones irreconciliables. Muchos proclaman, más en privado que en público, que la utilización política y económica del Holocausto ha sido el único elemento discursivo que ha permitido que las distintas culturas que convergieron en el Israel actual se unificaran, a través de la victimización, en la forma de un cheque en blanco para el accionar del Estado israelí.

Como diagnóstico psiquiátrico, la esquizofrenia se caracteriza por trastornos mentales crónicos y graves, definidos por alteraciones profundas en la percepción de la realidad, lo que en el caso de los israelíes ha generado una sociedad que, perteneciendo a un país con uno de los ejércitos más poderosos y avanzados del mundo, que es capaz de destruir toda amenaza, real, potencial o inventada, se siente amenazada por un pueblo casi desarmado, sin ejército ni apoyo internacional y que, como en el mejor de los chistes, parece tener a su lado, solo a dios. Una sociedad que, a pesar de toda la destrucción que ella misma genera, de los crímenes que ejecuta y del terrorismo de Estado que viene desarrollando de la manera más impune que la Historia haya conocido, se siente víctima de un conflicto en el cual ella aparece como la única victimaria. Una sociedad que mira y trata a los niños palestinos como sujetos peligrosos porque desconfía hasta de su propia sombra, representada por la crítica política, racional y democrática de algunos de sus propios ciudadanos que, hastiados de tanto horror, han decidido alzar su voz para defender a los palestinos.

Por supuesto, esta alteración de la realidad no es un hecho espontáneo. Es consecuencia de una política comunicacional desarrollada y conducida por el movimiento sionista a escala mundial, que ha contagiado a gran parte de la comunidad internacional, que ha optado por iniciar un proceso de nor-

malización separando lo que Israel hace a diario, de las relaciones privilegiadas que algunos países promueven para lavar sus conciencias, como si nada hubiésemos aprendido del rol que el boicot al *Apartheid* sudafricano jugó, en marcar el principio de su final.

Llegué a la conclusión de que lo más grave de todo era, en definitiva, que en una sociedad enferma, lo enfermo comienza a parecer sano, y lo sano, como anormal.

Luego mis pensamientos se desplazaron hacia la arena palestina y repasando todos los rostros que había visto, logré sintetizar en la desesperanza aprendida, el rasgo distintivo que reconocí como mínimo común denominador del pensamiento contemporáneo palestino. Inmediatamente relacioné ese sentimiento con lo que la sociedad palestina ha vivido o vive, bajo la lógica de tener que soportar delitos permanentes en su contra, acompañados de la permanente impunidad de quien los comete. Se afirma en las Ciencias Sociales que la desesperanza aprendida nace de experiencias traumáticas e injustas, de carencias o falta de reconocimiento a los derechos más básicos y a las pretensiones de validez de quien la padece. Frente a ello, el protagonista no ha podido, ni puede, ni podrá defenderse adecuadamente, por lo que desarrolla un estilo de pensamiento en el que se convence de que todo abuso que pueda experimentar en el futuro es y será inevitable —estará fuera de su control— y que, sin embargo, ante los ojos del mundo, seguirá apareciendo como responsable, en última instancia, de su propia suerte, como si de un Karma del cual resulta imposible escapar se tratara.

Reconocí en parte importante de la sociedad palestina el sentimiento de que sus acciones no tienen ni podrán tener efecto alguno sobre el sufrimiento que le rodea, que han perdido el control sobre las situaciones que los aquejan y que no existe salida alguna a su *Vía crucis*. Por ello, y ante la insostenible evidencia de que vivir dignamente se ha convertido en una utopía, para muchos el único camino posible, por lamentable y dramático que nos parezca, es resistir hasta morir al menos con dignidad. Re-signifiqué los sentimientos de inseguridad, de pesimismo y de desesperanza que había visto en mi viaje. Entendí que la sociedad que había conocido pareciera triste y pasiva, por un lado, y que algunos comenzaran a pensar en el suicidio como la única posibilidad de escape, por otro. Entendí que muchos hubieran dejado de creer y de crear; de soñar y de aspirar. Entendí que el desapego y la falta de expec-

tativas les permitiera ser felices con tan poco, porque, en síntesis, ser palestino hoy es vivir en una especie de muerte anticipada, como si de un tiempo de regalo se tratara, pues la vida, que no parece vida, está definida por el abuso y el asedio constante y en completa impunidad. Entendí que los palestinos hubieran perdido la confianza en la Democracia, en la especie humana, en las normas, en el Derecho Internacional y en la Justicia que parecen funcionar para todos... menos para nosotros, los palestinos. Recordé que, en términos generales, la desesperanza es considerada un pesar, una enfermedad, una maldición de gran potencia limitante. De hecho, Nietzsche la consideraba "la enfermedad del alma moderna", pues pensaba que era un estado en el que se ven debilitados o extintos el amor, la confianza, el entusiasmo, la alegría y la fe. Como una especie de frustración e impotencia, en que se suele pensar que no es posible por ninguna vía lograr una meta, o remediar alguna situación que se estima negativa. Es una manera de considerarse a la vez atrapado, agobiado e inerme. Es la percepción de una imposibilidad de logro, la idea de que no hay nada que hacer, ni ahora ni nunca, lo que plantea una resignación forzada y el abandono de la ambición y del sueño.

La realidad de una Palestina ahogada entre la esquizofrenia colectiva de unos y la desesperanza aprendida de otros me golpeó con fuerza indescriptible y mi retorno a casa se tornaba cada vez más angustiante en la medida que mis reflexiones avanzaban. Me preguntaba cómo creer en quienes hablan de paz mientras viven planificando y pensando en la guerra y la destrucción final del enemigo, con el único objetivo de ganar tiempo y apostar —en el largo plazo— al olvido y a la resignación, mientras mantienen a su propia sociedad y a la comunidad internacional prisionera de esta esquizofrenia colectiva. Cómo creer en la comunidad internacional que, en el caso de otras ocupaciones mucho más cortas que la israelí, había sido capaz de movilizar al ejército más grande que la historia haya conocido para derrotar a quienes se atreven a desafiar sus intereses y los de sus aliados. Cómo creer si, a pesar de todas las evidencias irrefutables, a pesar de las miles de resoluciones condenatorias desoídas, a pesar del desprecio constante por el Derecho Internacional y por los Derechos Humanos, sigue mirando a Israel como la proyección natural de las víctimas del Holocausto nazi y teme decir las cosas por su nombre y avanzar hacia acciones concretas que presionen de verdad a la potencia ocupante a cumplir la Ley y el Derecho Internacionales.

Ya no les creemos, pensé con impotencia y con dolor.

Llegué a la conclusión de que ninguna filosofía que sea capaz de generar ese tipo de identidades asesinas, que afirman su existencia en la negación de las demás, nos podría ayudar. Pensé en el fundamentalismo sionista que plantea la posibilidad de la existencia de una Tierra Prometida como justificación para el exterminio físico y político del pueblo palestino. Pensé luego en el fundamentalismo cristiano que enseña que bienaventurados son los que sufren y los que tienen hambre y sed de justicia y que luego de muertos serán recompensados con la vida eterna al lado de un Padre que nadie tiene aún el gusto de conocer, como una forma de seguir legitimando la avaricia y la pobreza. Pensé, por último, en el fundamentalismo islámico, que plantea que una guerra, con todo el reguero de muerte y destrucción que conlleva, pueda ser Santa cuando se hace en nombre de Alá. Me dí cuenta de que ninguno de los tres podía ofrecer una solución justa y duradera del conflicto que nos ocupa. Pensé que todos estos discursos religiosos que constituyen —desde mi humilde perspectiva— un conjunto de mentiras notables ya no tienen nada que ofrecernos, porque siguen centrando la discusión en asuntos sobre los cuales no existe posibilidad de síntesis dialéctica y nos deparan, por ello mismo, otros cinco mil años de discusiones estériles, sin poder arribar a ninguna solución. Lo único que tenía claro es que los palestinos ya no pueden esperar.

Luego pensé que, mientras sigamos actuando de la misma manera, seguiremos obteniendo los mismos resultados. Mientras continuemos elaborando maravillosos discursos que buscan no quedar mal con nadie y no seamos capaces de decir las cosas por su nombre y de tomar acciones concretas para aislar a la potencia ocupante, que se ha salido, por su propia voluntad, de la comunidad internacional, por el desprecio profundo que ha mostrado ante sus propias normas, persistiremos en obtener los mismos resultados. Mientras no seamos capaces de cambiar de manera significativa nuestros discursos y nuestros programas de acción y no logremos convertir, de verdad, los Derechos Humanos en valores sin fronteras, seguiremos teniendo los mismos resultados.

Pensé, por lo mismo, que debemos comenzar a ser mucho más radicales, puesto que seguir fomentando las diferencias y el odio entre nosotros sobre el destino común que, sin lugar a dudas, tenemos, ya no resulta para



nada radical. Es lo que mucho vienen promoviendo y justificando hace ya demasiados siglos, en nombre de todos sus dioses sin excepción. Seguirnos matando entre nosotros, tampoco. También lo venimos haciendo hace demasiado tiempo. Hoy lo único que queda, lo único verdaderamente radical, es asumirnos, de una vez por todas y para siempre, como iguales. Asumir el reto sin precedentes de mirarnos como iguales. Sin promesas divinas, sin bienaventuranzas ni recompensas póstumas y eternas para los sacrificios permanentes ni para el sufrimiento eterno.

Mientras anotaba me venían cientos de ideas a la mente. La solución de dos Estados, por una parte, se me representaba como en estado de coma debido al empecinamiento de Israel en seguir colonizando, cada día que pasa, un metro más de la tierra de los palestinos. Moviendo la cabeza repetía en silencio: ya no podemos seguir apostando a lo mismo. Pensaba, por otra parte, cómo Israel —día a día— instala un nuevo obstáculo a la libertad de movimiento para profundizar el sentimiento de los palestinos de ser tratados como extranjeros en su propia tierra; y nuevamente movía la cabeza y repetía: ya no podemos seguir apostando a lo mismo.

Pensé que se hacía necesario ir más allá y pensar en la solución de dos Estados única y exclusivamente como un primer paso, justo y necesario, para volver a poner las cosas en su sitio y volver a soñar en la creación de un Estado laico, democrático e independiente que asegure a todos sus ciudadanos los derechos universalmente reconocidos como tales. Pensé de nuevo en la necesidad de dejar de lado las lentes deformantes de las Cruzadas, del Sionismo y del Fundamentalismo Islámico que ya se han mostrado como absolutamente incapaces e impotentes para conducirnos a la paz. Pensé que necesitamos avanzar hacia un Estado multicultural y multinacional, respetuoso de las minorías de todo tipo, inclusivo, justo e igualitario, en el que podamos enfrentar la condena de vivir juntos, que es nuestro único destino, mirándonos como iguales, nos guste o no. Pensé en la necesidad de reconocer —por primera vez en la historia— que todos los derechos que reconocemos como inalienables para nosotros mismos deben ser extendidos a todos los pueblos de la Tierra incluyendo también, cómo no, a los israelíes con su esquizofrenia y a los palestinos, que ya no creemos en nada y que no esperamos nada de nadie. De lo contrario, pensaba para mí, seguirán los israelíes sintiéndose víctimas a pesar de la evidencia y seguiremos los palestinos sabiendo que —como gusto repetir— estábamos en esa tierra antes de la llegada del

primer invasor y que estaremos en ella luego de la derrota y la huida del último, pero persistiremos, como siempre, abiertos a abrazar y fundirnos en ese abrazo con todos aquellos que habiendo pasado por Palestina, estén dispuestos a unirse en el crisol de este pueblo que ningún dios ha elegido, que no es mejor ni peor que los otros, pero que claramente pertenece a esta tierra.

Por un momento volví a la realidad y pensé que el primer paso, necesario e imprescindible, no es la paz. El primer paso infranqueable es el término de la ocupación y el desarrollo de una mirada integradora, multicultural y multinacional para abrazar el futuro, forjando en el largo plazo un Estado, de verdad, para todos y todas.

Mientras las imágenes, los recuerdos y las palabras escuchadas, leídas y dichas se me repetían mientras tomaba notas, llegamos a España para el trasbordo de avión. Esperé sentado varias horas, sin moverme, con mi computador abierto. No recuerdo haber comido ni bebido nada. No recuerdo haberme siquiera levantado para ir al baño. La experiencia me traía absorto. Cabeceé unos minutos en el mismo asiento, mientras esperaba frente a la puerta de embarque del vuelo que me llevaría de vuelta a Santiago y en tanto esperaba, una tesis iba tomando fuerza en mis reflexiones.

Llegué a la conclusión de que sólo un liderazgo de la izquierda en ambas sociedades puede hacer una verdadera contribución a la superación del actual estado de cosas, siempre y cuando sea capaz de deconstruir las identidades dominantes y reconstruirlas bajo los valores y bajo la cosmovisión que la matriz cultural de la izquierda nos impone, mirando no los últimos 150 años sino los próximos.

Abordé el avión cerca de media noche y luego de una hora de sueño reparador, volví a mis reflexiones y a mis textos. Me percaté de que no resultaba fácil pensar la situación actual, el desarrollo y los desafíos de Medio Oriente desde la matriz cultural de la izquierda. Sobre todo, si consideramos que aún en las sociedades palestina e israelí las religiones siguen siendo el mínimo común denominador del pensamiento contemporáneo y el Estado Nacional, laico y democrático, como superestructura política del capitalismo, un horizonte en construcción.

La dificultad estriba, por tanto en que el pensamiento de izquierda ha estado desde sus orígenes indisolublemente ligado a la superación, por una parte, del pensamiento teológico como eje articulador de las sociedades, y por

otra, de la forma de organización social impuesta por el capitalismo, con sus respectivas superestructuras, tanto jurídicas como políticas.

De la misma forma, la superación de ambas implica el reemplazo de cualquier concepción teocéntrica o de cualquier nacionalismo, tanto laico como religioso, por una concepción que, ya en los tiempos que corren, debiera haber incluso abandonado el antropocentrismo para avanzar hacia una sociedad eco-céntrica, caracterizada por la valoración plena de la diferencia; por una actitud intelectual inclusiva e igualitaria; por la solidaridad y por el desafío más radical de todos, que insisto, reside en lograr mirarnos como iguales en un mundo que ya no tolera las identidades construidas de manera univariable y que debe poner en el centro de cualquier discusión, el necesario equilibrio entre todas las especies y entre todas las manifestaciones de la materia.

Estos elementos, centrales en el pensamiento de izquierda, derivan de una visión anclada en el concepto de unidad material del mundo que sustenta el Materialismo Dialéctico, visión que, en términos generales, no es compartida por las religiones conocidas, ni por las identidades nacionales, que normalmente, afirman su existencia negando de una u otra forma la de las demás y aceptan su verdad como única y excluyente. Estas reflexiones, sin embargo, no implican que las religiones y el nacionalismo deban necesariamente desaparecer de la vida de nuestros pueblos. Tampoco es mi idea dejar de lado todo sentimiento nacionalista, pues resulta evidente que estos forman parte de la evolución cultural de las sociedades medievales en su proceso de laicización.

Sin embargo, no podemos desmentir que la sobre-dimensionada presencia de la Religión, sumado al Nacionalismo surgido a principio del siglo pasado resultan relevantes a la hora de definir si las respuestas, siempre cambiantes, a los siempre renovados desafíos y a los conflictos perennes de las sociedades, debemos buscarlas en la Razón y en su capacidad infinita de creativa transformación del entorno y de las relaciones sociales, para la búsqueda de una más eficiente y eficaz satisfacción de las necesidades de los seres humanos. O si, en su defecto, las seguiremos buscando en algunos textos por tradición dichos sagrados, en sus derivaciones, o en las originales mezclas con nacionalismos contemporáneos que, se supone, deben dar respuesta exacta y suficiente a todos los desafíos pasados, presentes y futuros de los pueblos, de las civilizaciones y de las culturas, pasadas y por venir.

El problema principal es, en este contexto, que dicha presencia en el imaginario colectivo de nuestros pueblos, no solo está presente en los grupos más conservadores de nuestras sociedades, sino que también se encuentra tallada de manera indeleble, como parte esencial de su identidad, en aquellos individuos y grupos que dicen perseguir la transformación radical de la sociedad y que se dicen, o hacen llamar, de izquierda.

Es esa contradicción la que en no pocas oportunidades, nos impide avanzar hacia posiciones más audaces, justas y racionales, llevándonos a inhibirnos de dar algunas discusiones y de adoptar posiciones más rupturistas con lo establecido, en muchos temas políticos, en algunos aspectos de la moral pública y en casi la totalidad de los temas valóricos de la sociedad en la que nos encontramos insertos. Lo más lamentable es que esto se ha hecho en el nombre de un mal entendido respeto, que las mismas organizaciones de izquierda tienen o desean mostrar, hacia las religiones y sus originales mixturas con procesos pseudo-nacionalistas.

Ahora bien, junto al tema del predominio del pensamiento religioso, incluso sobre el nacionalismo, existe otro problema que dificulta abordar el tema de la izquierda en el conflicto palestino-israelí. Se trata de la confusión que reina, en todo el mundo, acerca de lo que hoy significa ser de izquierdas.

El Medio Oriente, como el resto del mundo, sufrió los embates de la crisis que esta forma de pensar, de interpretar y de transformar la realidad vivió a partir del fracaso de la experiencia soviética en la URSS y del impacto que éste fracaso produjo en aquellos que, incapaces de hacer autocrítica por la forma en cómo guiaron la construcción de la alternativa a la que muchos veneraron ciegamente por años, prefirieron deslindar responsabilidades en supuestas falencias teóricas, sin reparar en los errores de sus aplicaciones prácticas, arrastrando a muchos de sus seguidores hacia la renuncia ideológica o, en su defecto, hacia una sensación de derrota de la que muchos aún no se recuperan.

Los grandes responsables de dicho proceso, prefirieron plantearle al mundo que la Historia había superado a la Teoría, como si alguna vez la teoría del pensamiento de izquierda hubiera tenido la pretensión de convertirse en un libro sagrado más, de esos que, sin importar el tiempo, deben dar respuesta iluminada a los nuevos problemas que la realidad representa para los procesos de cambio social, cuando quienes dirigen dichos procesos olvidan la principal

enseñanza de la dialéctica que desde hace 25 siglos con Heráclito de Éfeso advierte: lo único permanente es el cambio.

En este contexto, resulta imprescindible plantearnos lo que significa ser de izquierda hoy, con objeto de no ingresar en una discusión que no puede aún darse por resuelta, pero que a pesar de ello, al menos ha logrado generar algunos consensos básicos. Asumiré que ser de izquierda es estar convencido y consciente de la necesidad de superación del Capitalismo como forma de organización social, con la consiguiente transformación tanto de las relaciones sociales que de esta forma de organización emanan, como de las superestructuras jurídicas que las legitiman —y que en este caso son tan de carácter religioso como jurídico—.

Esto, a su vez, debiera desencadenar necesariamente la superación o la transformación significativa de las superestructuras políticas que son la representación formal de dicha forma de organización y dominación, y que en este caso específico palestino, están representadas tanto por los distintos Estados nacionales, supuestamente democráticos, de la región, como por algunas Monarquías más o menos absolutas, dependiendo del país del que se trate.

Ambas formas de representación del modo de producción son en el Medio Oriente las que aseguran, mediante las leyes que imponen a la sociedad, la desigual distribución de los beneficios del modo de producción capitalista entre la clase dominante y el resto de la población.

Desde esta perspectiva, el solo intento de plantear los desafíos de la izquierda en Oriente Medio, y más en particular en el conflicto palestino israelí, representa un problema mayor, puesto que la cultura organizacional, los procesos de discusión y de toma de decisiones, así como los procesos institucionales de las agrupaciones y partidos de izquierda, no han logrado emanciparse del todo de los valores y anti-valores del medio en el que se insertan, y han terminado siendo permeados de manera brutal por los mismos: no logran, en la mayoría de las veces, diferenciarse significativamente de aquellos que aspiran solo al cambio dentro de la continuidad.

Esto les ha impedido definir fronteras culturales en el seno de sus sociedades que les den especificidad al “ser de izquierda” en la región, contentándose en muchos casos con presentarse ante la sociedad como la visión más racional dentro del marco establecido por las formas de pensar y de resolver los conflictos, aún hegemónicas, en el escenario de Oriente Medio.

Resulta paradójico, por ello, asistir al desarrollo de organizaciones que, en términos de su vida interna, no sean significativamente distintas de aquellas que representan a las clases dominantes del modo de producción vigente y que por lo mismo, se muevan y se vinculan con la sociedad mediante iguales cánones culturales y de comportamiento que caracterizan a las organizaciones partidarias del mundo que pretenden superar.

Ahora bien, en la actualidad existe una conciencia emergente, aunque incipiente, acerca de la necesidad de avanzar en la superación de estas debilidades estructurales de la izquierda en Medio Oriente.

Quizá la mayor prueba de ello sea el Encuentro Regional de Partidos Comunistas de Medio Oriente realizado en enero de 2009 en Atenas, y que logró unificar en una posición claramente contraria a la intervención norteamericana que se venía desarrollando en la zona con la justificación de la guerra contra el terrorismo, a todas las agrupaciones que se reunieron en dicha oportunidad. De la misma manera, aunaron posiciones en contra del terrorismo de Estado permanente y sistemático de Israel en los territorios árabes y palestinos ocupados desde 1967 y de la actitud expansionista e imperial que el Estado sionista mantiene en la zona gracias al apoyo incondicional y a la impunidad que Estados Unidos le brinda, con respecto al Derecho Internacional, en el Consejo de Seguridad de la ONU. Como si fuera poco, lograron acordar una especie de programa y un conjunto de demandas básicas comunes a todas las agrupaciones participantes, lo que constituye un avance fundamental, aunque insuficiente, para lo que Medio Oriente necesita de la izquierda en estos tiempos.

En todo caso, con independencia de lo que falta por hacer, resulta sorprendente y tremendamente positivo el que, en estas cuestiones, se hayan puesto de acuerdo representantes de la Tribuna Democrática Progresista de Bahrein, de AKEL (de Chipre), del Partido Tudeh (de Irán) y de los Partidos Comunistas de Grecia, Jordania, El Líbano, Sudán, Siria, Turkía y el Partido del Pueblo Palestino, que corresponde al Partido Comunista. Mención aparte merece la participación comprometida y fraterna del Partido Comunista de Israel como una señal más de lo acertado y de lo moralmente superior que resulta la posición de la izquierda en la región, que en temas sensibles han logrado ponerse de acuerdo, sorteando con éxito las diferencias nacionales que podrían separarlos.

A pesar de ello, la izquierda en Medio Oriente mantiene una deuda innegociable, con ella misma, a la hora de definir sus posiciones para los conflictos y temas más importantes y urgentes de la región. Esta tiene que ver, sin duda, con la necesidad de superar el marco teórico o paradigma que el contexto le impone a la hora de instalar en la sociedad sus propuestas.

De hecho, seguir planteándose como las posiciones más racionales dentro del paradigma capitalista, en su versión medio-oriental, con un sistema casi feudal de dominación al servicio de los intereses de las potencias capitalistas actuales, constituye un error que puede determinar la permanencia de la izquierda de Oriente Medio en la marginalidad social en la que se encuentra hoy por varias décadas más.

Esto, además de importante, constituye un desafío urgente, pues el agotamiento del modo de producción actual y de sus sistemas de dominación asociados resulta evidente, lo que viene fraguando la crisis institucional de que somos protagonistas en estos tiempos y cuyas consecuencias aun son difíciles de anticipar.

En todo caso, también es claro que de no mediar un cambio radical en la forma en cómo la izquierda se relaciona con la sociedad toda, que le permita salir de la marginalidad en la que se halla y presentarse como una alternativa fuerte y viable, capaz de capitalizar el descontento social y reorientarlo hacia la necesidad de superar la sociedad teocrática, se seguirán fortaleciendo los fundamentalismos religiosos más radicales, con la consiguiente involución en lo que al avance de la visión racional del mundo, y de sus formas de interpretar e intentar transformar su realidad, se refiere.

Ejemplos de este fenómeno hay varios en el último tiempo y entre ellos destacan el fortalecimiento de las posiciones fundamentalistas radicales en la sociedad palestina, libanesa, israelí, iraquí, iraní, y los estrepitosos fracasos de la llamada Primavera Árabe, sumado al fundamentalismo bárbaro que viene del Occidente cristiano bajo la forma de la lucha contra el terrorismo.

Ahora bien. Para llevar a cabo esta verdadera revolución que se hace indispensable en la estructura de pensamiento de la sociedad de Oriente Medio, el pensamiento de izquierda tiene, como primer desafío, el de dejar de ser un refugio de las élites intelectuales de la región.

Para ello resulta fundamental asumir, como vía complementaria a la

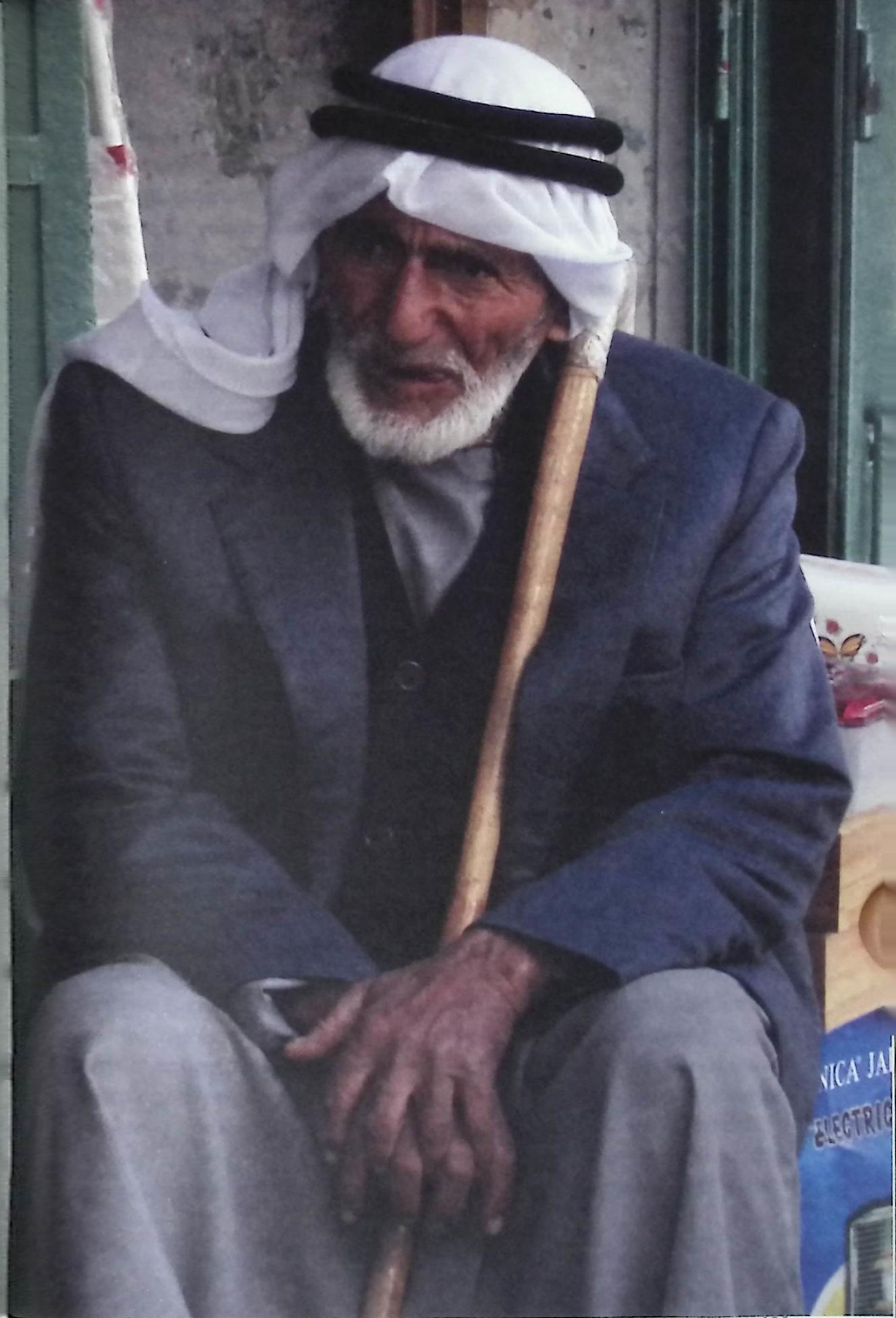
tan manoseada "conciencia de vanguardia" que dichas élites poseen, una adecuada inserción en las masas para desarrollar con ellas, desde su interior y no desde los medios de comunicación extranjeros, un movimiento social que convierta a dicha vanguardia en un verdadero liderazgo de masas puesto al servicio de la transformación radical de la sociedad y del imaginario colectivo de Oriente Medio: es por todos sabido que una vanguardia sin seguidores, definitivamente, nada tiene de vanguardia.

Por lo tanto, el debate de las ideas, en todos los espacios sociales, deberá darse mediante la búsqueda de pequeños triunfos que impliquen la instalación, en la base, de los valores que la izquierda sueña para la nueva sociedad que debe nacer, sin olvidar que estos valores deben ir de la mano de un mejoramiento de la calidad de vida de las masas árabes e israelíes, ya sea en sus demandas materiales como inmateriales, sumado a un incremento sistemático y permanente de las libertades sociales e individuales.

Promover la organización, la unidad y la lucha de masas no puede seguir siendo solamente una frase cliché dentro de las organizaciones de izquierda del mundo árabe. Y sus lugares de trabajo no pueden seguir siendo exclusivamente los escritorios de los círculos intelectuales de cada país.

Se hace imprescindible entonces desarrollar acciones para iniciar una reflexión en el seno de nuestras sociedades acerca de los cambios culturales que como sociedades debemos enfrentar. Y para ello, tanto las organizaciones de izquierda como sus líderes y militantes deberán reflejar en sus propias vidas y en sus relaciones con su entorno aquellos valores que deseamos hacer surgir como mínimo común denominador del pensamiento contemporáneo en la región.

Como correlato a esto, resulta imprescindible que valores como la democracia participativa, la tolerancia, la fraternidad, la ponderancia del intelectual colectivo sobre el culto a la personalidad y los liderazgos individuales, la igualdad de género y la inclusión de la mujer en las organizaciones de izquierda, el respeto y la integración plena de las minorías de todo tipo, el respeto irrestricto de la Naturaleza y la promoción de un cambio significativo en los patrones de consumo culturales, convivan con una revolución metodológica a nivel de las organizaciones, en cuanto a las formas de discutir, comunicarse y tomar decisiones, de manera tal que ellas puedan predicar con el ejemplo lo que Oriente Medio debe llegar a ser, de la mano de la izquierda.



En cuanto al cambio de paradigma que se hace necesario a la hora de elaborar un programa concreto o definir posiciones frente a determinados temas, deseo referirme a un solo ejemplo, quizá el más importante y urgente de la región, sin ser el único, puesto que intentar abordar todos los conflictos y sus posibles soluciones demandaría un trabajo y un texto mucho mayor que esta "Crónica" y su resultado este capítulo. Me refiero a la Cuestión de Palestina.

Frente a este tema, el Encuentro Regional antes mencionado es claro y plantea una adscripción total al Derecho Internacional, suscribiendo la tesis basada en la existencia de dos pueblos y la consiguiente necesidad de la existencia de dos Estados nacionales. Le suma a esto el respeto del "derecho al retorno" y el reconocimiento de todas las Resoluciones de las Naciones Unidas como el marco fundamental para el logro de la paz.

La pregunta que surge de estos acuerdos —y la que debe enfrentar de manera aún más decidida y audaz la izquierda de nuestras sociedades— es si las Resoluciones de Naciones Unidas bajo el contexto actual son suficientes para atraer a nuestras sociedades a poner término al conflicto que nos consume por décadas.

En lo que a mí respecta, creo que este marco de acción está superado ya hace rato: la involución hacia posiciones más radicales y conservadoras en ambas sociedades, ha devenido en cambios sobre el terreno que ya son casi imposibles de dismantelar de no mediar un verdadero y profundo cambio de enfoque en la búsqueda de una solución justa y duradera para todos y todas.

Esta propuesta, si bien es políticamente correcta y va incluso más allá que las demandas actuales del liderazgo palestino, se enmarca dentro de los cánones de resolución de conflictos que la superestructura jurídica del Capitalismo propone en su actual fase de globalización neoliberal, y que pone a la izquierda de ambas sociedades ante una nueva lucha, a dos bandas, pero de similar carácter, una vez materializada dicha propuesta. Es decir, una vez logrado los dos Estados comenzaremos a trabajar unidos para superar en ambos la estructura de dominación capitalista. Lejos de haber avanzado, solo habremos entregado tiempo a la clase dominante de ambas sociedades para consolidar todavía más su proyecto de dominación social, cultural y económica.

De hecho, resulta paradójico que la izquierda se encuentre promo-

viendo la conformación de dos Estados nacionales justo cuando el Estado nacional como expresión de la dominación de clase en el mundo contemporáneo comienza rápidamente a ser desplazado por estructuras regionales y mundiales de dominación. Desde mi perspectiva, esto obliga a la izquierda a anticiparse a las tendencias explícitas, proponiendo a ambas sociedades un camino a seguir que sea significativamente distinto al que propone o podrían proponer las clases dominantes de ambas naciones.

Sobre todo en este momento en que las clases dominantes han caído temporalmente en su propia trampa, al asociar su proyecto nacional histórico a las posturas más conservadoras de ambas sociedades, debido al fracaso que su política ha significado para las distintas propuestas de reparto que se vienen proponiendo en las últimas décadas, las que se han evidenciado como absolutamente inviables ante la negativa rotunda, precisamente, de parte de los fundamentalistas religiosos de ambos lados.

Esta negativa a aceptar el derecho del oponente como un derecho válido resulta muy propia de las visiones teológicas de mundo, que suelen ser, normalmente, de un franco y marcado carácter excluyente, constituyéndose en verdaderas identidades asesinas del Otro.

Por ello, el derecho de los otros es siempre incompatible con los proyectos nacionales religiosos planteados, de una parte, por el segmento más conservador de la sociedad israelí, que aspira a la conformación de un Estado confesional, exclusivamente para aquellos que profesan la religión judía, desde el Nilo hasta el Eúfrates; y de la otra, por grupos como Hamas y la Yihad, que plantean el establecimiento de un Estado de carácter islámico y que se han manifestado por aceptar las fronteras emanadas de guerra de 1967 solo como un primer paso hacia lo que ellos llaman la Liberación total de Palestina.

De la misma manera, cuando la teoría de los "dos pueblos-dos estados" comienza a convertirse en una posibilidad real de solución al conflicto, debido al consenso que ésta es capaz de generar en las clases dominantes de ambas naciones, lo que determina que comiencen, incluso, a actuar como aliados en contra de sus adversarios internos, es porque el Estado Nacional, como superestructura política que expresa determinada forma de dominación de clase, ya no juega ningún papel en el aseguramiento de la desigual distribución de las riquezas generadas por el modo de producción y, por tanto, su naci-

miento no reviste ningún peligro para la clase dominante que ya cuenta con otras estructuras para asegurar su dominación.

Por todo ello, se hace necesario que la izquierda vaya incluso más allá de dicha propuesta, que ya está, al menos en el papel y en el imaginario colectivo de parte importante de nuestros pueblos, aprobada por las clases dominantes como un caramelo para calmar a las poblaciones e impedir que estos vayan a volcarse hacia una solución que efectivamente ponga en peligro su dominación de clase respectiva en cada uno de ambos Estados.

En este sentido, me parece que la propuesta de un Estado Binacional, que ha comenzado a circular cada vez con más fuerza entre movimientos y agrupaciones de ambas sociedades, y que pronto debiera mutar hacia una propuesta de un Estado Multicultural, parece mucho más cercana a lo que podría ser una propuesta verdaderamente de izquierda para la región. Y ello por todo el contenido de laicidad, de integración y aceptación plena de la diferencia como pilar fundamental de la nueva identidad a la que debemos aspirar en esa nueva sociedad que todos soñamos; por todo el contenido de democracia y de inclusión social y cultural que la propuesta conlleva, con una clara superposición del orden racional sobre el pensamiento religioso y sus proyectos nacionales asociados que se caracterizan por ser excluyentes de todo aquello que no está dentro de su propia identidad nacional y religiosa.

De la misma manera, la propuesta del Estado Multicultural parece ser la única capaz de desplazar el eje del conflicto desde la disputa entre los pueblos hacia la disputa entre las clases, puesto que nada asegura que el surgimiento de dos Estados nacionales permita la superación de las desigualdades sociales y de la pobreza en la que están inmersos las capas populares en ambas sociedades, y que, debido al conflicto supuestamente de carácter nacional y a la violencia cotidiana en la que éste nos ha sumergido, no es noticia para nadie y muchas veces se asocia con el conflicto como tal, y no con el modo de producción capitalista que es, a nivel global, el gran responsable de que el mundo se haya convertido en un mundo dicotómico en el cual conviven, casi sin toparse, el derroche y la escasez, la salud y la enfermedad, el ocio y la súper-explotación humana y de los recursos naturales, la ignorancia y el desarrollo tecnológico sin igual... Todo lo cual —y otros hechos y evoluciones— ha llevado desde el año 2011 a una reacción universal que busca decretar el término de la coexistencia pacífica con el abuso y la desigualdad, sin

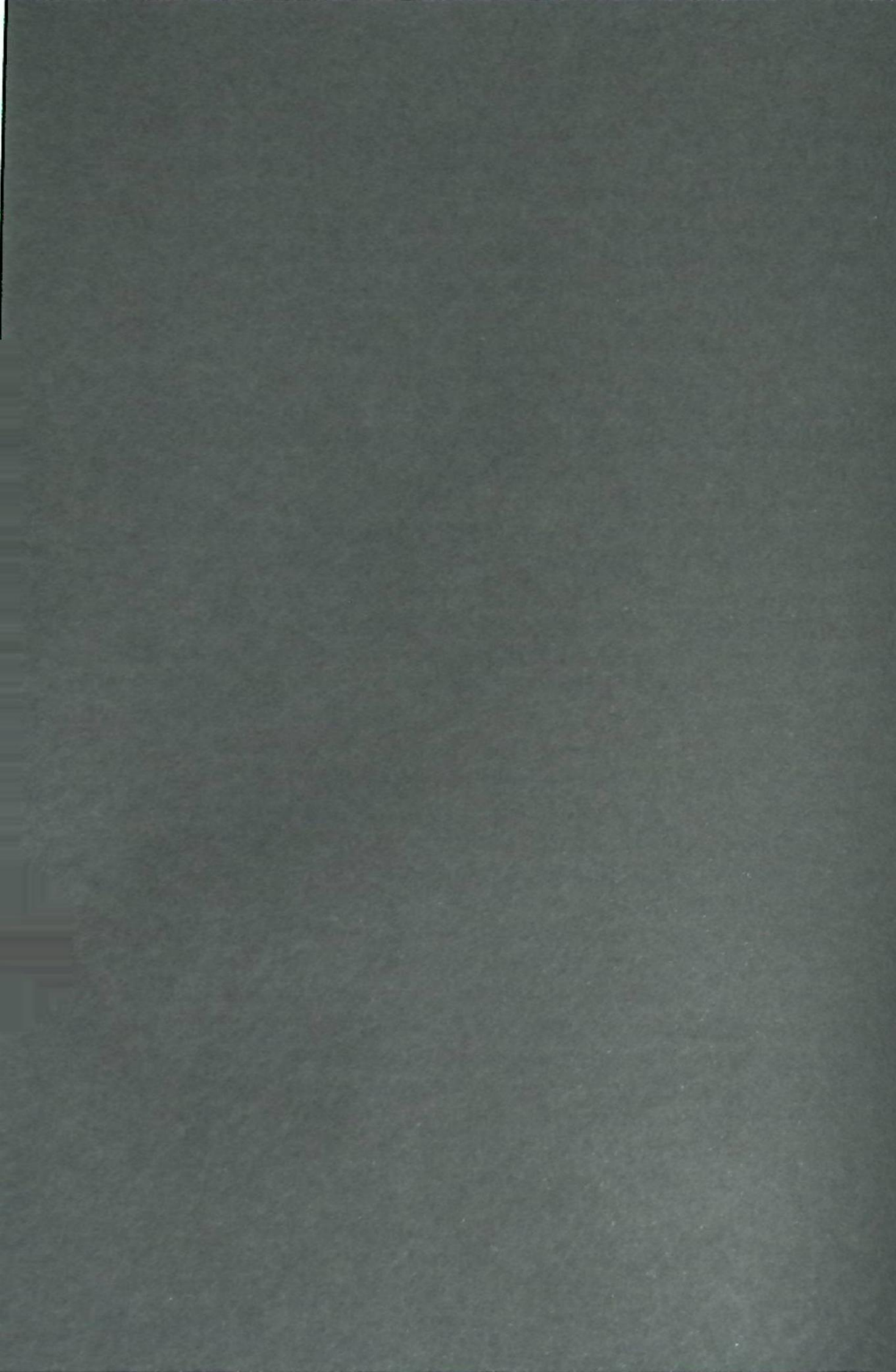
importar cual sea la forma de la superestructura política bajo la cual se esconda el modo de producción capitalista en su fase de globalización neoliberal de predominio financiero sobre la economía real.

Por último, la propuesta de un Estado Multicultural donde se respetaran los derechos humanos de todos y todas; donde se practicara la igualdad de género y se tratara a la mujer como un igual en cuanto a derechos y deberes se refiere; donde el respeto al medio ambiente y la sustentabilidad fueran parte del mínimo común denominador del pensamiento y la praxis social... pondría definitivamente en jaque a todos los sistemas de dominación existentes en la región: se instalaría como un referente obligado a la hora de analizar la situación real de los sistemas políticos existentes y del respeto que ellos profesan a los Derechos Humanos, a los derechos colectivos de los pueblos, y se constituiría, a poco andar, en un Estado-modelo de democracia, tolerancia y respeto a la diversidad. Sería, así, un faro capaz de iluminar a un mundo que, hoy por hoy, deja mucho que desear en cuanto a las posibilidades de desarrollo humano que ofrece a sus habitantes.

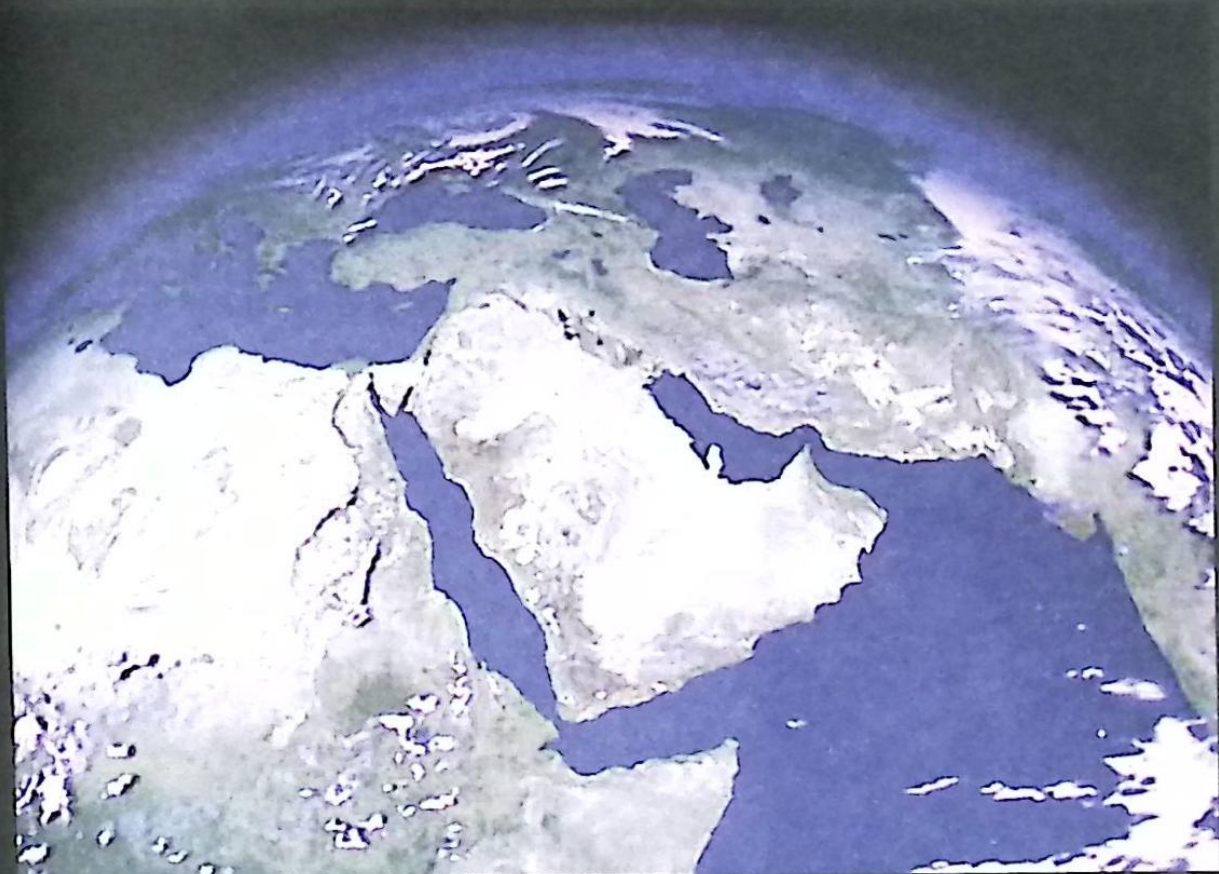
Un Estado Multicultural podría avanzar de manera decidida en materias como justicia, verdad, reconciliación y reparación de las víctimas de un conflicto que no puede seguir estando subordinado a las pretensiones de validez de mitos, religiones y mentiras originales tales como la Tierra Prometida, las bienaventuranzas, la Guerra Santa. Sólo un Estado Multicultural podría ofrecer a nuestros jóvenes libertad, protección, fraternidad y solidaridad.

No me dí cuenta cuándo había atravesado el Atlántico y ya volaba sobre tierra de América Latina en dirección a Chile. Aterricé en Santiago luego de 15 días inenarrables. Cuando llegué, me encontré con una recepción que no me esperaba. No había nadie.

Dudé si de verdad venía de vuelta o si este viaje era el de ida y mi retorno a casa debía ser en el sentido contrario. Si antes tenía dudas acerca del lugar al que pertenecía, hoy esas dudas habían desaparecido. Lo único claro es que en la constitución de mi identidad, Chile y Palestina, el pensamiento de izquierda y el laicismo, mi formación como arquitecto y sociólogo tienen, cada uno, su lugar y ninguna dictadura ni ocupación extranjera podrán cambiar eso.



Para saber más





Amantes de la cueva Ain Sajri, Wadi Jareitún cerca de Belén, 9.000 años a.n.e, arte Natufiense, escultura de bulto piedra calcita, 102 mm alto, representación más antigua conocida de dos personas en acto sexual, British Museum, Londres

Breve pasaje por la Historia desde Palestina

Daniel Jadue Jadue

con edición y notas del Editor, Raul Rispa

Palestina se ubica en el Levante mediterráneo, entre el Gran Desierto Árábigo y el mar Mediterráneo, en la confluencia de Asia, África y Europa. Corresponde a la estrecha faja de tierra que sirve de puente natural entre estos tres continentes. Fue, por ello y de siempre, zona obligada de paso, comunicación e intercambio entre las cuencas del Éufrates y del Nilo y entre las regiones continentales limítrofes.

Por situación estratégica se convirtió, desde el inicio de los tiempos, antes del surgimiento de la Historia, en la región geo-política más importante, estratégica y agitada del planeta; el corazón del Mundo Antiguo y conocido.

Era además, la región más fértil y atractiva del globo en la Antigüedad, razón que le hizo merecedora de la denominación Media Luna Fértil.¹ Por ello se encontraba en el centro de la disputa por las tierras fértiles incluso antes del descubrimiento de la Agricultura y la formación de los primeros asentamientos humanos permanentes, cuando grupos nómadas llegaron a ella siguiendo a las manadas de animales que buscaban abundante naturaleza para alimentarse y reproducirse.

Tras la cultura Kebara, los primeros habitantes son los proto-agrarios Natufienses,² entre 12.500 y 9.500 años a.n.e. con semi-asentamientos de comunidades primitivas, clanes o tribus dedicados a la recolección y la caza mucho antes de las grandes innovaciones del Neolítico: agricultura y domesticación de animales, con la consiguiente transición de la especie humana del nomadismo al sedentarismo, nuevo arte, elementos que constituyeron la primera gran revolución de la Historia de la Humanidad. Cambió para siempre la relación de la *Homo sapiens* con su entorno, en especial, con el territorio que lo acoge.

Luego de siglos interminables de lento devenir, el desarrollo de la agricultura originó el surgimiento del excedente y acopio de bienes producidos por las comu-

1 V. G. Child, en sus seminales estudios sobre la arqueología, prehistoria y historia del Medio Oriente, acuñó la noción Creciente Fértil para el arco, convexo hacia el Mediterráneo, del delta del Nilo a la cuenca de los ríos Tigris y Éufrates (Mesopotamia, actual Irak) pasando por la costa, valle del Jordán y tierras aledañas.

2 Cultura del final del Paleolítico e inicio del Holoceno, vivían en cabañas circulares, ancestros de los constructores de los primeros asentamientos ya en la Revolución del Neolítico, término también de V. G. Child.

nidades primitivas, dando inicio a la segunda gran revolución de la historia humana conocida como la Revolución Urbana en el IV Milenio a.n.e. —en definición de V.G. Child—, con la formación y desarrollo de la ciudad. Este proceso fue posible por la división social del trabajo y por el espacio urbano, que se convirtieron en símbolo de la nueva forma de organización social, acogiendo a quienes se apartaron del trabajo de la tierra y se constituyeron en clase gobernante.

La comunidad primitiva se fue lentamente diluyendo y en su lugar se instaló el modo de producción del Esclavismo, donde era fundamento —además de la propiedad de unos seres humanos sin libertad por otros, sus dueños— la división del trabajo y la producción entre el campo y la ciudad. Una vez más, Palestina y el



Próximo Oriente fueron protagonistas principales de este proceso de esencial importancia para la Historia de la Humanidad, con la fundación, a manos de los cananeos —pueblo de lengua semita del III-II Milenios a.n.e. asentado en Canaan— de algunas de las primeras ciudades del planeta³, como Jericó, Gezer y Meggido, ciudades-estado ubicadas en lo que siglos después se llamará Palestina.⁴

4 Los filisteos —*Filistin* en árabe, hasta hoy presente en el nombre *Al Fatah*, *Falastini*—, uno de los llamados Pueblos del Mar provenientes del norte, quizás de la isla de Creta, se asentaron en la zona de Gaza con 5 ciudades (la Pentapolis) en c. 1175 a.n.e. Documentos egipcios los citan como de Pleshet o Peleset. Ya sin especulación, Herodoto en el s. V a.n.e. la identifica como Palaistinê, incluyendo las montañas de Judea y el valle del Jordán, distrito de Siria entre Egipto y, al norte, Fenicia, por el pueblo fenicio hijo de Canaán asentado (1200-539 a.n.e) en ciudades-estado como Acre, Sidón, Tiro, Biblos, Ugarit, correspondientes al actual Líbano



3 En página anterior, yacimiento de Jericó, a orillas del río Jordán, a 27 km de Jerusalén, de muy antiguo amurallada y citada en los textos Bíblicos. Arriba, tell de Gezer, ciudad-estado de Canaan, fortificada en 2000-1500 a.n.e. y vasalla de Egipto, ahora Parque Nacional israelí. Abajo, tell de Meggido, a 90 km al norte de Jerusalén, en el valle de Jezreel, con 26 estratos arqueológicos de asentamientos, citada en la Biblia como lugar donde tendrá lugar la batalla final del Apocalipsis, el Ar-Maggedon.



La superestructura jurídica que dio legitimidad a esta nueva formación social fue la Religión, nacida como continuidad de animismos, cultos totémicos y mitologías que atribuían características y actividades humanas a los fenómenos naturales, lo que devino en credos locales que buscaban poner al servicio de sus intereses a las fuerzas sobrenaturales representadas en la Tierra por el soberano, supuestamente enviado por el respectivo dios.

Las religiones iniciaron pronto un proceso de globalización similar al de las empresas transnacionales actuales y fueron mutando desde creencias politeístas, de marcado carácter local, en los comienzos, hacia credos regionales conformados por panteones de dioses ordenados de manera jerárquica en virtud del poderío militar y económico de las Ciudades-Estado a los que pertenecían; y a su vez, del poder y la dominación que unas ejercían sobre otras, seducidas, doblegadas, vencidas o destruidas.

Esta evolución de las superestructuras jurídicas de orden religioso derivó en apuestas monoteístas que buscaban dar alcance "global" a su dominación, como la de Aton en Egipto y la de Iahvé en Ur y Caldea, para terminar en Monoteísmos de carácter universal varios siglos después, ya en una fase de consolidación del Esclavismo como forma de organización social.

Abajo, el dios-sol Aton, primer monoteísmo aunque efímero, en una revolución religiosa promovida en el s. XIV a.n.e. por el Faraón Amenhotep IV, deviniendo él mismo su encarnación y nombrándose Akhenaton.



En ese contexto, por estas y otras razones, desde el inicio de la Historia todo pueblo, cultura o civilización del Mundo Antiguo euro-asiático-africano que quiso ampliar sus dominios y expandir sus fronteras se vio obligado a dirigirse a Palestina, intentar ocupar el territorio y tratar de doblegar a sus habitantes. El fin básico era ampliar su base de sustentación, ampliada a regiones distantes que les generaran recursos para mantener y consolidar sus propios aparatos de dominación. No debe extrañarnos entonces que, en los últimos 10.000 años, la región no conozca más de un par de siglos de verdadera paz, y que el conflicto de Medio Oriente al que hoy asistimos, no sea más que la actualización de un conflicto perenne en torno al control y la dominación del Centro del Mundo, o mejor dicho, del lugar estratégicamente más significativo para la Historia de la Humanidad.

En ese marco, entraron, se asentaron y salieron, vinieron a, y se fueron de lo que desde hace 2.500 años conocemos como Palestina, numerosos pueblos, de procedencia indoeuropea además de, entre otros, los amorreos de origen canaanita, los semitas, incluidos los asirios, los fenicios, los hebreos... Estos, provenientes de Ur y Caldea —zona en el sureste de Mesopotamia donde se asentaron tribus semitas antes del I Milenio a.n.e. llamadas caldeos, próximos a los arameos—, tuvieron en Abraham, figura de las que serán las tres grandes religiones del Libro o Reve-

Abajo, yacimiento arqueológico de Ur, ciudad de Sumeria, del V-IV Milenio a.n.e., en su origen cerca de la desembocadura del Éufrates, tuvo una Dinastía Arcaica. Luego fué del Imperio Acadio... hoy Nassiriya, Irak



ladas, al primero de sus tres Patriarcas. Conduciendo él a su pueblo en el s. XV a.n.e. pasaron⁵ por Palestina en dirección a Egipto, donde se instalaron bien acogidos y habitaron por más de 300 años, hasta llegar a ser en la práctica esclavizados por los faraones de la dinastía Tebana. Esa esclavitud sentó las bases para el "Éxodo", nombre bíblico⁶ con el que se conoce el desplazamiento hacia lo que la historiografía hebrea denomina como la "tierra prometida de Canan", dando inicio, en el marco de las religiones monoteístas, a la utilización de argumentos y explicaciones religiosas —de difícil si no imposible demostración factual o científica— para fundamentar acciones de marcado contenido político y económico, proyectos conocidos en la actualidad como fundamentalismos religiosos.

Durante tiempos remotos invadieron, con resultados diversos, el territorio que luego se llamaría Palestina los babilonios, los hicsos, los hurritas y los hititas, y hasta llegar a la dominación de los egipcios. Estos fueron finalmente expulsados por los filisteos, quienes vieron llegar, por primera vez con intenciones de establecerse en dicho territorio, a los hebreos, que arrancando de la servidumbre egipcia se instalaron en Canaán hacia el 1230 a.n.e.⁶

Como todos los invasores, los hebreos masacraron a parte de quienes encontraron en el territorio, principalmente las tribus cananeas, y entraron en enfrentamiento perenne con los filisteos, que permanecieron siempre en el territorio concentrándose en la costa mediterránea de la zona, cuyo gentilicio años después dará origen a la denominación Palestina, acuñada definitivamente por los romanos en época de su República, a partir del s. I a.n.e. expandida a este territorio.

El choque colosal con los filisteos⁷ obligó a los hebreos a pensar en un nuevo tipo de gobierno que reemplazara el poder difuso de las tribus dispersas, concentrando el poder en la cabeza de un soberano con la calidad de monarca único. Así, tomando ejemplo de los grandes imperios, establecieron un Reino basado en el discurso teológico de la Tierra Prometida como fundamento para apropiarse de espacio donde no habían nacido y del producto del trabajo de quienes la habitaban antes.

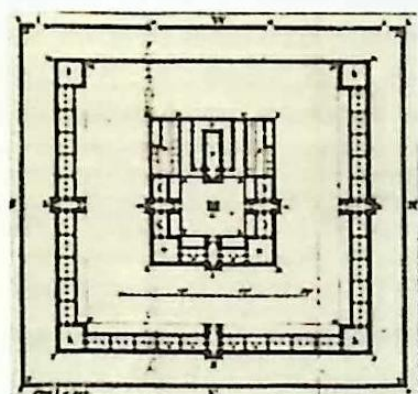
5 De acuerdo al Génesis 11:26 - 25:10, Yahvé le comunicó que le daría la tierra de Canaán y Él sería su Dios. En su desplazamiento, cumpliendo, el pacto levantaron un altar en Hebrón, actual Al Jalil en árabe, y continuaron a Egipto. A su muerte, reposaría en la Tumba de los Patriarcas, en Hebrón / Al Jalil.

6 Moisés, según el relato bíblico, salvado de las aguas y criado por la propia familia del Faraón, libra de la servidumbre a su pueblo en Egipto partiendo hacia Palestina en el 1270 a.n.e., tierra que en buena parte conquistará Josué en 1230 a.n.e, pero estableciéndose solo en áreas montañosas, no en todo el territorio.

7 Los israelitas, en una confederación de tribus, derrotaron a los cananeos en 1125 a.n.e., pero aquellos fueron a su vez masacrados por los filisteos en 1050 a.n.e.: es el origen de unirse las tribus judías bajo una sola Monarquía, lo que será el Reino de Israel.

El primero de sus soberanos fue Saúl, quien al igual que sus tres hijos encontró la muerte a manos de los filisteos, que se consolidaron una vez más en Palestina. Años más tarde, David, antiguo vasallo de los filisteos, se erigió en Rey de Israel y por primera vez venció, temporalmente, a los filisteos, estableciendo un Reino en gran parte de Palestina, pero sin poder expulsar a los vencidos de su tierra.

El Rey David (1040-970 a.n.e) gobernó cuatro décadas encabezando dos Reinos⁸, sucediéndole en el trono uno de sus hijos: Salomón de míticas relaciones con la Reina de Saba, al sureste y hasta con el reino de Tartessos, ya pasado el estrecho de Gibraltar, en el confín del mundo conocido a Poniente, el sur de Iberia en la actual Andalucía Occidental. A Salomón lo siguió Roboam quien vivió la disolu-



Arriba, el Templo de Salomón sobre el Monte Moira, en Jerusalén: alzado de la fachada principal en los planos trazados por el arquitecto, matemático, teólogo y tratadista de Arquitectura Juan Bautista Villapando según la visión del profeta Ezequiel, publicado en su obra de 1608.

A la izquierda, planta del Templo de Salomón en los cálculos y diseño del físico y matemático inglés Isaac Newton, formulador de la ley de gravitación universal y padre de la Mecánica Clásica con sus *Principia mathematica*, de 1687.

ción del Reino con la división de las tribus y la partición en dos Reinos menores, el de Israel, al norte⁹, y el de Judá, al sur.¹⁰ En el 586 a.n.e, Babilonia destruye Jerusalén y provoca el cautiverio judío en ella. Es el siglo de Confucio en China.

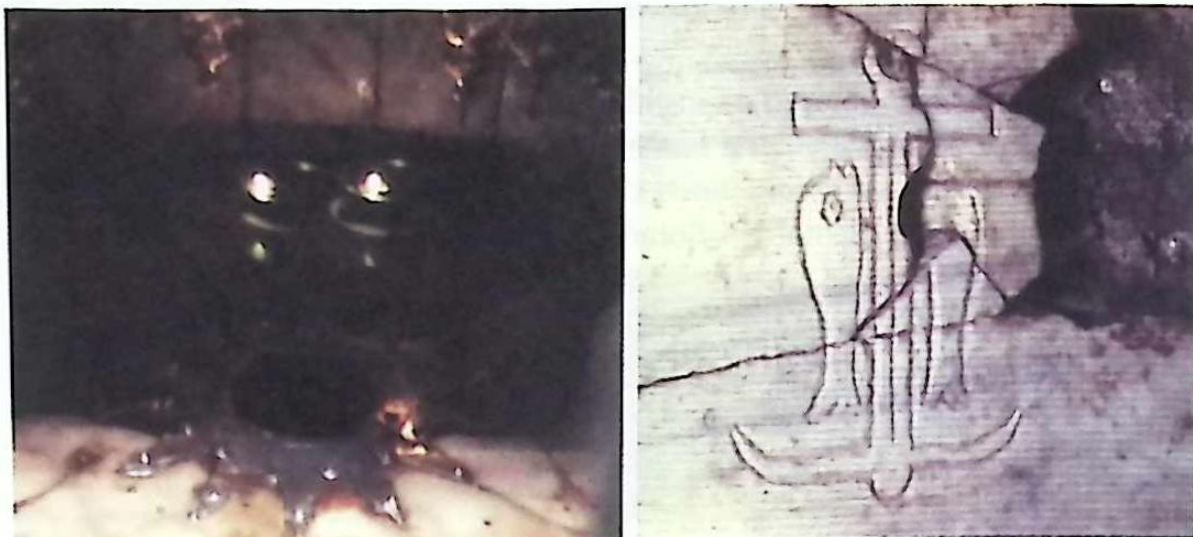
Simplificando mucho, ya en los albores de nuestra Era se instalaron en estas tierras griegos y luego romanos (s. I a.n.e.), con serias disputas por el control del territorio con los asirios y los mamelucos, que amenazaban frecuentemente sus fronteras.

⁸ David reinó en Judá en 1007-1000 a.n.e. y sobre el Reino Unido de Israel entre 1000 y 970 a.n.e., con capital en Jerusalén.

⁹ Reino de Israel con centro en Samaria entre el 922 ó el 930 a.n.e. y el 720 a.n.e. aprox., bajo los asirios.

¹⁰ El Reino de Judá se formaliza en fecha incierta en torno al s. IX a.n.e., tiene su momento álgido en torno al s. VII a.n.e. con capital en Jerusalén, que es destruida por el gran emperador Nabucodonosor III.

Bajo el Imperio de Roma nació en Palestina la segunda de las religiones monoteístas reveladas, el Cristianismo, proponiendo a la Humanidad, por primera vez en la Historia, un discurso de unidad y universalidad del pensamiento religioso y sus valores éticos y morales. Las revueltas en Palestina contra Roma fueron reprimidas duramente en los años 66-73 por el general Tito, quien destruyó Jersualén y fue



Arriba, a la izquierda, supuesto lugar exacto del parto de María dando a luz a Jesús en Belén, actual Iglesia de la Natividad, levantada inicialmente a instancias de Elena, madre del Emperador Constano el Grande, tras su viaje de Roma a Jerusalén en el s. IV de nuestra Era. A la derecha, simbología primigenia de los primeros cristianos, perseguidos y clandestinos, el Pez, representando a Jesús, y una incipiente, apenas esbozada Cruz de forma derivada de la anj (vida) egipcia.

luego Emperador, y 132-135, con nueva destrucción de la ciudad y la diáspora. Intermitentemente con los romanos se sucedieron en Palestina las ocupaciones de los Asirios, los neo-Babilónicos y los Persas, siempre en constante enfrentamiento con otros pueblos, que bajo el modo de producción esclavista, se veían interesados en ocupar esta porción de tierra geo-políticamente tan crucial.

Roma expulsó a los judíos de su imperio por considerar que estaban siempre conspirando contra el mismo. El Cristianismo como religión oficial del Imperio se iría perfilando a partir del Edicto de Milán del año 313 por el cual el emperador Constantino I el Grande legalizaba el Cristianismo.

Con el tiempo, y otros más de mil años, Roma entró en decadencia debido, entre otros factores a la dificultad, que llegó a incapacidad crónica de asegurar sus fronteras siempre debilitadas, tanto por los conflictos internos del Imperio como por la presión de quienes intentaban de manera sistemática derrotar al mismo desde el Centro-Norte de Europa —diversos pueblos nómadas, llamados “bárbaros”— como del Oriente Medio para dominar la región de Palestina y el Creciente Fértil.

El Imperio Romano cayó en el 476, terminando con la civilización que había marcado por siglos la historia de lo que se conoce como el Mundo Antiguo y mientras parte de Occidente se iba hundiendo a Europa en lo que la historia oficial ha conocido como la Edad Oscura, el Imperio Romano de Oriente, o Bizancio, viviría mil años más, en constante conflicto con los persas, con un declive progresivo de su unidad política interna y, en consecuencia de su poder e influencia.

Los persas ocuparon Jerusalén en el 614-629 y esta fue reconquistada este último año por el emperador bizantino Heraclio. La llegada a Palestina de la tercera religión monoteísta revelada, el Islam, de la mano de Mahoma y sus seguidores convertiría, luego de milenios, a los habitantes autóctonos del territorio en los protagonistas principales de su propia historia, generándole a Europa una situación de aislamiento sin precedentes en aquella etapa conocida como Antigüedad.

El Islam nació en la Península Arábiga en el 622 y conquistó Jerusalén en el 638. La cercanía de los pueblos originarios de la región con estos nuevos invasores, árabes, y los principios que la nueva religión promovía, generó una simpatía por el nuevo credo. El Islam había llegado para quedarse hasta hoy en esta tierra por 13 siglos musulmana, y proyectar al mundo entero la última de las Religiones Reveladas. Esta, en realidad, no era más que otra versión del pensamiento religioso y se presentaba a sí misma en continuidad del Judaísmo y el Cristianismo, pero disputando con ellas la supremacía moral y la posesión de la Verdad respecto de lo que asumían eran las deformaciones de esas antiguas religiones.

Basado en un sinnúmero de propuestas revolucionarias desde la perspectiva de la religión como instrumento de dominación, el Islam logró una expansión militar y cantidad ingente de adeptos en tiempo récord, sentando bases para la formación de un mundo que promovió la destrucción del modo de producción esclavista, contribuyendo al nacimiento de la Europa Feudal, por una parte, mientras por otra en el mundo musulmán surgía y desarrollaría con fuerza un proto-Mercantilismo.

Así, los árabes y pueblos islamizados se instalaron en la Historia universal y en el escenario de sus propias vidas como protagonistas principales de esta nueva etapa de la región, desarrollando la ciencia, las artes, la filosofía, la literatura y el comercio, de una manera sin precedentes y rescatando y proyectando al futuro la Cultura Clásica Greco-Romana. En ese ámbito, Palestina se constituyó nuevamente en centro económico del universo musulmán hasta la llegada del califato Abasí en Bagdad en el año 750. A partir de entonces, Palestina queda preterida, escenario de revueltas y dominaciones selúcidas, fatimíes, Cruzadas cristianas... La rápida, en comparación relativamente más pacífica expansión del Islam que los imperios que



La Cúpula de la Roca, 687-691, en el Monte Moira de Jerusalén, la hoy llamada Explanada de las Mezquitas, aunque aquella no lo es, siendo la Mezquita de Al-Aqsa construida por los Omeyas sobre las ruinas del Templo de Salomón, y finalizada en 710. En estas 15 Ha se da la mayor concentración de lugares sagrados del planeta: la roca del sacrificio de su hijo por Abraham (que aloja la Cúpula), el Templo judío, la visión de Jacob de la escala al cielo, la ascensión de Mahoma...

lo precedieron, permitió que llegara a abarcar hasta España en el extremo Occidente del Mediterráneo y el mundo conocido a Poniente, y al Extremo Oriente, hasta parte de lo que hoy se conoce como China. En muy pocos años —622-711, año de invasión de la Spania visigoda—¹¹ significó a Europa un encierro al cual no estaba acostumbrada, obligándola a valerse por sí misma. Ello detonó una serie de enfrentamientos intraeuropeos marcados por la imposibilidad de expropiar y vivir del producto y los recursos de otros pueblos externos.

Se desplazó de este modo el eje de gravedad de la historia europea desde orillas del *Mare Nostrum* hacia el centro norte del continente, sumiendo a los pueblos que habían formado parte de las grandes civilizaciones de la Antigüedad en años interminables de guerras religiosas que escondían conflictos entre caudillos de pequeñas ciudades y pueblos, que terminaron por convertirse en señores feudales y que, junto a sus cortes y ejércitos, ofrecían protección a sus siervos a cambio de tributos, las bases para el surgimiento de una nueva forma de organización social.

Era el modo de producción Feudal que llegaba a Europa para quedarse por espacio de mil años, en un periodo que viene a coincidir con los siglos de mayor poderío y expansión cultural del Islam.

Las interminables guerras intra-europeas tuvieron algunos paréntesis de relativa paz cuando sus señores, junto con los jerarcas religiosos de las iglesias cristianas de Occidente, motivados por la crisis económica que le significó la expansión musulmana lograron unirse para desarrollar un nuevo avance contra Palestina, esa porción de territorio que aseguraba, a quien ejerciera la dominación en ella, el control del intercambio económico mundial, con la excusa de la necesidad de liberar los Lugares Sagrados de manos del Islam, a pesar de que dichos lugares jamás estuvieron cerrados o prohibidos para nadie.

Este nuevo fundamentalismo religioso significó la división de la Cristiandad por el rechazo que generaba en los cristianos de Oriente, que vivían bajo dominio musulmán en paz y fraternidad con el mundo musulmán, rechazando por ello las Cruzadas y la lente deformante a través de la cual representaban al mundo islámico.

Las Cruzadas cristianas impulsadas por Francia y el Sacro Imperio durante casi dos siglos (1095-1291), sin embargo tuvieron un fugaz éxito, constituyendo el Reino Latino de Jerusalén por espacio de 60 años, hasta ser derrotado por Salah el Din,

11 La máxima expansión territorial se alcanza con el Califato Omeya, 661-750, y el de Córdoba, 756-1031.

quien restableció el dominio árabe sobre Palestina en 1127, dominio que habría de durar cerca de tres siglos más, hasta el inicio de la supremacía del Imperio Otomano por 4 siglos (1517-1917) dentro del mundo islámico que marcará el inicio del fin del dominio musulmán y del modo de producción feudal.

En el minuto de mayor expansión y consolidación del Islam, Europa, derrotada en las Cruzadas y desesperada por la bancarrota en la que se encontraba, desarrolló una nueva ofensiva expoliadora extra-europea, esta vez en el marco de los viajes Marco Polo —siglos XIII-XIV— y de Colón —1492 y siguientes—, quienes sentaron las bases para el descubrimiento de rutas alternativas a Medio Oriente para lograr el control del comercio con Asia y el Lejano Oriente, de un lado, y de la dominación de América por otra parte, dando inicio a lo que en la historia oficial se conoce como los Tiempos Modernos o Era Moderna.

El descubrimiento de América y las relaciones que Europa estableció con Oriente tras la batalla naval de Lepanto, frente a Grecia (1571), en la que el Imperio Otomano vio detenido su avance por el Imperio de España y sus aliados, volvieron a inundar Europa con recursos frescos, provenientes de estos nuevos avances extra-europeos.

Europa pudo pacificarse, ya que los recursos traídos del Nuevo Mundo permitieron firmar la paz entre ellos y reconstruir una Europa distinta. Una Europa en la que el poder y la dominación, podrían ser repartidos en partes iguales entre los dueños de las almas (las jerarquías eclesiásticas) y los dueños de la tierra (los señores de la aristocracia).

Se firmó y consolidó la paz de Westfalia¹² entre 1644 y 1648, lo que dio paso a la secularización de la vida europea y a una transformación radical de la forma de organización social, junto a un renacimiento cultural y a un renovado impulso de la producción artesanal y gremial y de la actividad comercial.

Mientras en Occidente se sentaban las bases para la incursión del paradigma de la Razón y de la revolución burguesa en contra del sistema feudal, representada por las Revoluciones Industriales, Americana y Francesa, condición previa para el surgimiento del sistema capitalista mundial y de los estados nacionales modernos, en Palestina se hallaba asentado el Imperio Turco Otomano, una rara combinación entre mundo islámico e imperio de tipo occidental.

Traicionando los principios básicos que dieron grandeza y poder durante siglos al

12 Puso fin a la Guerra de los Treinta Años en Alemania y a la de los Ochenta años entre España y los Países Bajos, creándose un nuevo orden en Europa sobre la base del concepto de soberanía nacional

al Islam, marcó el inicio de la decadencia de éste y dio espacio para el re-encantamiento europeo con el Medio Oriente, basado fundamentalmente, en su histórica ubicación estratégica y en la posibilidad de establecer un dominio directo y real sobre el “oro negro” de la modernidad: el petróleo, fuente de energía primordial para la consolidación de una nueva forma de organización social de una sociedad que luego de mil años de crisis y repliegue, volvía en gloria y majestad para intentar nuevamente volver a dominar el mundo como lo habían hecho en la Antigüedad.

El auge de los nacionalismos europeos durante el siglo XIX, que se consolidó con la formación de la nueva comunidad internacional y el intercambio de misiones diplomáticas entre los Estados para tratar de inhibir los conflictos internos con una nueva diplomacia incipiente de carácter preventiva, comenzó a despertar y estimular a los distintos pueblos del mundo a buscar su propia independencia de los imperios que los dominaban. Este proceso que tuvo su capítulo en el mundo árabe que comenzó a buscar la independencia y la emancipación del dominio otomano.

Para ello desarrollaron renovadas relaciones con Occidente, que desde la Revolución Francesa había puesto nuevamente los ojos en el Próximo Oriente su ubicación estratégica y sus riquezas petrolíferas, interesándose sobremanera en la destrucción del Imperio que en estas condiciones aparecía como el enemigo común a quien derrotar.

Al mismo tiempo, surgía en el seno de quienes profesaban la religión judía un movimiento político que, alejándose de la religión propiamente tal —que asociaba la reconstrucción del Reino de Israel a la llegada del Mesías— se proponía secularizar al judaísmo, tomando en manos de hombres de carne y hueso el proyecto divino de la reconstrucción del Reino de Israel como respuesta a los pogromos de alemanes del s. XVII y luego de la Rusia de los Zares, a la persecución en Europa representada de manera esencial desde el siglo XII por la Inquisición, a la demora milenaria e intolerable para los racionalistas judíos del tan esperado Mesías.

En ese contexto se realizó el Primer Congreso Sionista, en Basilea, Suiza, en 1897. A pesar de convocar a representantes de menos del 1% de la judería mundial, éste fijó como objetivo principal el establecimiento de un Hogar Nacional Judío en alguna parte del mundo.

Ya en el Cuarto Congreso Sionista (Londres 1900) definieron que la primera alternativa, entre varias, debía ser Palestina, debido a la ligazón religiosa que podían esgrimir con ese territorio, lo que les brindaría la coartada perfecta para un proyecto que, sabían jamás podría realizarse en paz.

Era un nuevo fundamentalismo que pretendía utilizar razones religiosas para conseguir fines políticos y económicos mediante la apropiación de una tierra en la que habían vivido de manera ininterrumpida los descendientes de todos los pueblos que alguna vez habitaron o invadieron la región de Palestina.

En paralelo, el surgimiento del nuevo orden internacional llevó al mundo a un incremento de la tensión entre los diferentes modos de organización existentes, los que comenzaron a disputarse con renovados discursos ideológicos la influencia sobre los territorios que, desde la antigüedad, habían sido los símbolos privilegiados del poder y la dominación mundial.

La Primera Guerra Mundial fue la cristalización de esta contradicción y los pueblos que vivían bajo dominación colonial o imperial aprovecharon la oportunidad para buscar su emancipación inclinándose, antes y durante la guerra, hacia los nuevos estados nacionales que buscaban la destrucción de los imperios y la ampliación de sus áreas de influencia en los territorios, estableciendo con ellos acuerdos secretos para detonar frentes internos que los debilitaran y mermaran de manera significativa su capacidad para defenderse de los embates de ese renovado Occidente.

En este contexto, la promesa que los británicos hicieron a los dirigentes árabes, en especial a través de la correspondencia mantenida (1915-1916) con Husein ibn Alí, gran Jerife de La Meca, de conceder la independencia de sus territorios tras la Guerra, jugó un rol de fundamental importancia para la expulsión definitiva de los turcos otomanos de la región, incluida Palestina, entre 1917 y 1918.

Los británicos, sin embargo, no honraron sus promesas y, en esta misma época que empeñaban su palabra con los líderes árabes, firmaban el 2 de noviembre de 1917 la Declaración Balfour, comprometiéndose con la Organización Sionista Mundial a entregarles Palestina para el establecimiento de un Hogar Nacional Judío en su territorio.

Así, sin tener derecho alguno a disponer de una tierra que no le pertenecía y sin consultar los deseos ni considerar los derechos de los pueblos originarios que ahí habitaban, Gran Bretaña se comprometió a hacer cuanto estuviese en su mano para garantizar a los sionistas —cuyo apoyo económico necesitaban para mantener el esfuerzo bélico— un “hogar nacional” en Palestina. Tal promesa que fue incorporada de manera unilateral y sin consulta al mandato conferido en 1922 por la Sociedad de Naciones a Gran Bretaña con el objeto único de acompañar a los palestinos en su proceso a la independencia.

Este mandato, en todo caso, era fiel reflejo de un tratado secreto firmado años antes

entre Francia, Rusia y Gran Bretaña, para dividirse en áreas de influencia la región. Se buscaba asegurar un desarrollo futuro coherente con sus intereses económicos mediante el establecimiento de gobiernos afines a sus fines, y con el usufructo de sus recursos naturales, por el mayor tiempo posible.

En esta época, la población de Palestina estaba conformada en un 97% por creyentes de religión cristiana y/o musulmana y menos de un 3% de religión judía. Coherentemente, la tenencia de la tierra era, en un 99,5 % de religión cristiana o musulmana y en un 0,5 % de religión judía. Hasta este momento, judíos, cristianos y musulmanes vivían en paz y armonía en el lugar más sagrado del mundo para las tres religiones monoteístas de la Humanidad.

El proyecto sionista pretendía ocupar Palestina y trasladar o exterminar a sus habitantes, para convertirla en un Hogar Nacional exclusivo para los judíos. Estos, desde el comienzo, rechazaron la idea, puesto que contradecía los fundamentos religiosos y vendría a potenciar el anti-judaísmo existente, respondiendo al mismo de manera absolutamente equivocada, con la conformación de un gran Güeto en Palestina.

Por otra parte, semejante proyecto sionista jamás hubiera visto la luz si no hubiese contado, desde su nacimiento con el apoyo de las potencias occidentales interesadas en poner sus manos sobre las riquezas de hidrocarburos del mundo árabe y consolidar una influencia incontrarrestable en esta estratégica zona.

Amparado en la Declaración Balfour, la Organización Sionista Mundial comenzó a trasladar a Palestina a sionistas de todas partes de la Tierra para formar su Hogar Nacional, el cual debía nacer sobre la tierra y la sangre del pueblo palestino. Estas inmigraciones, conocidas como *Alliah*, levantaron y difundieron mitos en forma de lemas centrales de cada operación, comenzando por la más famosa y menos cierta de todas: "Un Pueblo sin tierra para una tierra sin Pueblo".

Al tiempo, la Sociedad de Naciones, organismo internacional nacido tras la Primera Guerra Mundial con el objeto de evitar nuevas conflagraciones y resolver los conflictos por la vía de la negociación, diseñó un sistema de Mandatos en el cual un País mandatario (Francia o Gran Bretaña) tomaba una región bajo su tutela para llevarla, en el menor plazo posible y respetando la autodeterminación de sus pueblos, a la independencia. Fue así como, traicionando el espíritu y la letra del mismo, Gran Bretaña, lejos de velar y promover la independencia de Palestina, impulsó la inmigración ilegal y ayudó a modificar significativamente el *status quo* y la forma de vida de la región, sentando bases para el conflicto que en la segunda

década del siglo XXI sigue conmoviendo al mundo entero.

Conscientes de su error y ante la evidencia de las nefastas consecuencias de su breve periodo de mandato sobre Palestina, Gran Bretaña intentó, al término de la revuelta árabe de 1936–1939, poner fin a la situación: propuso la finalización de la inmigración ilegal y el establecimiento en Palestina de dos Estados, con Jerusalén y sus alrededores como ciudad protegida por el Mandato, para extender su dominio sobre la región. Este hecho marcó el final de las relaciones privilegiadas entre Gran Bretaña y el Sionismo, quien sin perder un minuto comenzó a buscar un nuevo aliado incondicional que le asegurara la continuidad de su proyecto y la impunidad ante el plan que tenían diseñado.

En el mismo período, Hitler subía al poder en Alemania y el Nazismo se convertiría de hecho y paradójicamente en el mejor aliado del movimiento sionista mundial, quienes utilizaron políticamente el Holocausto judío para negociar con la comunidad internacional —cómplice de uno de los crímenes más deleznable de la Historia de la Humanidad— el establecimiento definitivo de un Hogar Nacional sobre tierra palestina, lo que se materializaría una vez nacida la nueva organización mundial de estados nacionales.

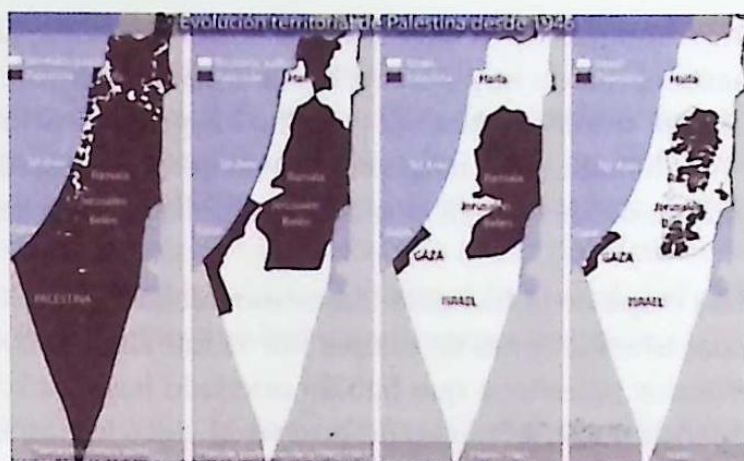
En 1945 la tenencia de la tierra en manos de los sionistas había pasado de 0,5 % en 1920 a un 5%; y la población sionista había aumentado de 0 % a cerca de un 33%.

Sin embargo, las potencias occidentales, conscientes de la importancia de contar en la región con un Estado-agente y un Estado-cliente, estaban decididos a impulsar en Palestina un camino distinto al que sus habitantes esperaban: camino que nunca contempló el establecimiento de un Estado palestino independiente en Palestina para los palestinos.

El 29 de noviembre de 1947, una vez terminada la II Guerra Mundial, la recién creada ONU Organización de Naciones Unidas, que nacía para reemplazar a la agotada Sociedad de Naciones, votaba favorablemente la Resolución 181 de Partición de Palestina entre quienes la habían habitado por las últimas 50 generaciones y los inmigrantes traídos por el sionismo internacional de todas partes del mundo, violando de manera flagrante uno de sus principios fundacionales, el respeto irrestricto a la autodeterminación de los pueblos.

Un 56 % de la tierra se destinó a los extranjeros y un 43 %, a los palestinos. Jerusalén, que representaba el 1% de Palestina, quedaba como cuerpo separado de

Diagrama de sucesivas pérdidas de territorio por los palestinos desde 1947 hasta el presente



ambos Estados, como Capital Universal, en virtud de su condición de cuna de las tres grandes religiones monoteístas de la Historia.

Ni palestinos ni sionistas aceptaron la partición. Los primeros porque eran sus legítimos dueños. Los segundos, porque el proyecto sionista contemplaba el establecimiento en Medio Oriente del Eretz Israel, el Gran Israel, que abarcaba los territorios ubicados entre los ríos Nilo y Éufrates, en un territorio incluso inmensamente superior al que alguna vez hubiera ocupado el antiguo Reino de Israel.

De hecho, desde antes de la guerra de 1948, conocida como Al Nakbah, o "la Catástrofe", las organizaciones terroristas del Sionismo tenían preparado el Plan Dalet. Un conjunto de operaciones militares que pretendían provocar el pánico entre la población palestina, cerrar las vías de escape, exterminar a la resistencia que pudiera desarrollarse y ocupar la mayor cantidad posible de territorio para hacer inviable el surgimiento del estado Palestino. Por lo mismo, el 70 % de estas operaciones estaban planificadas fuera de los territorios asignados por la ONU a los sionistas, que consiguieron, mediante el mencionado plan, apropiarse de más del 80% de la Palestina histórica, ante la mirada cómplice de las potencias occidentales que veían en Israel un Estado agente y cliente que facilitaría el dominio sobre las reservas de petróleo de la región y sobre el centro ideológico del mundo. Ello les otorgaría la posibilidad de actuar, directa o indirectamente, sobre la sensibilidad de millones de personas a lo largo y ancho del planeta.

El armisticio de 1949 terminó con la anexión por parte de Israel de la casi totalidad de Palestina y con cerca de 800.000 refugiados palestinos en los países vecinos. Palestinos quienes, desde el inicio de su exilio, comenzaron a buscar la forma de volver a su territorio.

El primer paso fue enrolarse en los partidos políticos del mundo árabe, los que incluyeron la Liberación de Palestina como parte fundamental de todos sus progra-

mas, tratando de ocultar sus lazos con Occidente, la lejanía y la desconfianza que hasta el día de hoy sienten hacia la causa palestina que ponía, y pone, en jaque directa o indirectamente a todos los gobiernos instalados por Occidente en el mundo árabe durante el proceso de descolonización asistida que ellos mismo digitaron desde sus oficinas las metrópolis respectivas.

Esta etapa de la lucha de liberación nacional culminó con la guerra de 1967 en la cual Israel terminó de ocupar por la fuerza pero sin anexar la totalidad de los territorios palestinos que habían quedado bajo jurisdicción egipcia y jordana, respectivamente. El hecho de no anexar estos territorios se explicaba solamente por la necesidad de expulsar a muchos más palestinos y exterminar cualquier indicio de resistencia al plan sionista, lo que podría haber socavado desde el interior la posibilidad de éxito del mismo.

Con esta ocupación, Israel se acercó más que nunca al ideal del proyecto sionista que contemplaba una usurpación completa del Medio Oriente, desde el Nilo hasta el Éufrates y se sentó a esperar que los palestinos se cansaran y se marcharan, alentados por la sistemática y permanente política de limpieza étnica, exterminio físico y político del pueblo palestino que Israel mantiene hasta nuestros días.

Luego de la derrota, los palestinos decidieron prescindir de los gobiernos árabes para el desarrollo de su lucha de liberación nacional y en 1968 se tomaron la OLP Organización para la Liberación de Palestina creada cuatro años antes por el gobierno egipcio para controlar la decisión política palestina y, al mismo tiempo, presentarse ante los árabes como el líder indiscutido de la región.

Se consolidó Al Fatah con Yasir Arafat al mando y nació el FPLP Frente Popular para la Liberación de Palestina, con el Dr George Habash a la cabeza. Ambas or-

Yasir Arafat ((El Cairo, Egipto, 24 de agosto de 1929, hijo de padres palestinos – Clamart, Francia, 11 de noviembre de 2004), fundó el partido secular Al Fatah —acrónimo en árabe de Movimiento Nacional de Liberación de Palestina (Harakat Al-Tahrir Al-Watani Al-Falastini— en 1957 ó 1959 en Kuwait y fue su líder., Fue Presidente de la OLP Organización para la Liberación a la existencia del Estado de Israel, cambió de posición en 1988 y aceptó la Resolución 242 de la ONU Naciones Unidas. Recibió el Premio Nobel de la Paz 1994 junto con Simón Peres e Isaac Rabin.

George Habash (Lod, 2 de agosto 1926 - Amán, 26 de enero de 2008), político palestino fundador del FPLP Frente Popular para la Liberación de Palestina. Nacido en familia árabe de religión cristiana ortodoxa, médico por Universidad Americana de Beirut, ejerció como pediatra en un hospital llevado por religiosas católicas y en clínica de Amman, Jordania —y así era llamado *El Doctor*—. Miembro de la OLP, pedía una lucha de guerrillas o ataques terroristas contra objetivos israelíes. Su Marxismo le enfrentó con los más nacionalistas de la OLP y Arafat, dimitió y fundó en 1967 el FPLP, más firme, laico, radical.

ganizaciones se desarrollaron por más de 20 años como las dos alas políticas más importantes de la nueva organización del pueblo palestino.

Mientras tanto, Israel avanzaba en su política de sionización de Palestina, destruyendo poblados y ciudades palestinas dentro de la Palestina de 1948 y reemplazándolos por autopistas y ciudades amuralladas, al tiempo que construía asentamientos judíos y Kibutzim en los territorios ocupados con el fin de establecer una situación de hecho, irreversible, sepultando para siempre la posibilidad del establecimiento pacífico de un Estado palestino independiente en la región.

Por su parte, los árabes se preocupaban de congraciarse con Occidente dándoles a los palestinos golpes militares, políticos y sociales cada vez que estos se organizaban para buscar la liberación de su tierra. Estos episodios causaron la muerte de más de 15.000 palestinos en sucesivas masacres a manos de nuestros hermanos árabes: primero, en Jordania en septiembre de 1970; luego, en el Líbano en 1976 a manos del ejército sirio en Tall Al Zattar; por último, en Sabra y Shatila en 1982 a manos de las Falanges Cristianas aliadas de la ocupación israelí.

El fracaso de la guerra convencional desde fuera de las fronteras de Israel convenció a los palestinos de la necesidad de seguir el ejemplo de Vietnam y Afganistán, desplazando el centro de gravedad de la resistencia palestina al interior de los territorios ocupados, iniciando una nueva etapa en la lucha de liberación nacional.

Coherentemente con dicha decisión, el 9 de diciembre de 1987 estalló la primera Intifada, que logró desenmascarar al Estado de Israel en todo el mundo, aislando por primera vez a nivel internacional al Estado israelí y su política permanente de exterminio físico y político del pueblo palestino. En esta etapa Israel realizó tremendos esfuerzos por minar la condición de único y legítimo representante del pueblo palestino que ostentaba la OLP y se dedicó a levantar, financiar y fortalecer a los grupos fundamentalistas islámicos en el interior de los territorios ocupados, principalmente a Hammas.

Durante cuatro años el pueblo palestino combatió con piedras al segundo ejército técnicamente mejor armado del mundo, provocando incluso una división sin precedentes dentro de la propia sociedad israelí, que comenzó a ver en la política de sus administraciones una mala copia de las prácticas del nazismo del cual muchos de ellos habían sido víctimas.

En virtud de los avances políticos que supuso la Intifada, el 15 de noviembre de 1988 la OLP proclamó unilateralmente la Independencia de Palestina en las fronteras anteriores a la guerra de 1967 e inició un proceso de búsqueda de reconoci-

miento internacional a dicho Estado, como una forma de poner límite a la impunidad de que gozaba Israel en su política sistemática de expansión en ellos mediante la construcción de asentamientos ilegales, la apropiación y demolición de viviendas palestinas y el asesinato, la expulsión o encarcelamiento de sus moradores y propietarios.

En otra arista del conflicto de Medio Oriente, en 1991 estalló la Primera Guerra del Golfo con la invasión de Kuwait por parte de Irak. La comunidad internacional movilizó, en solo un par de semanas, al ejército más grande de la Historia de la humanidad, formando una alianza en la cual participaron incluso países árabes enemigos de Irak. El objetivo era poner término a la ocupación y retomar el control de los recursos petrolíferos de la región.

El doble estándar se hizo insoportable al comparar la reacción internacional contra la ocupación iraquí de Kuwait frente a la tolerancia y complicidad frente a la ocupación israelí de los territorios palestinos que ya cumplía 30 años y Bush tuvo que asumir el compromiso de buscar una solución a la cuestión de Palestina una vez terminada la Guerra del Golfo.

El término esta dio paso a las Conversaciones de Madrid en 1991, donde sorprendentemente los palestinos no fueron invitados y tuvieron que participar a través de la delegación de Jordania según las condiciones impuestas por Israel y asumidas plenamente por los Estados Unidos y el resto de la comunidad internacional. Una vez más, se intentaba resolver la cuestión de Palestina sin considerar a los principales afectados, los palestinos.

A pesar de que la mayoría de la OLP no era favorable a participar en dicho proceso debido a las condiciones inaceptables impuestas por Israel, Al Fatah, por el contrario, decidió participar y envió representantes de los territorios ocupados dentro de la delegación jordana.

La OLP fue poco a poco desplazada de su sitio y la atención se centró, por primera vez en 25 años, en negociadores palestinos de los territorios ocupados. Sin embargo, estas negociaciones transcurrieron sin avances significativos ni rumbo definido durante más de dos años.

A medida que la frustración se incrementaba y subía la tensión, Al Fatah intentaba por todos los medios posibles reposicionarse en el centro de la toma de decisiones en la cuestión de Palestina, lo que consiguió mediante una apuesta de diplomacia secreta que supuso el final de las Conversaciones de Madrid de 1991.

Se firmaron los Acuerdos secretos de Oslo donde el liderazgo palestino reconoció el derecho a existir de Israel a cambio del reconocimiento por parte de la potencia ocupante de la OLP como único y legítimo representante del pueblo palestino. Es decir, todo a cambio de nada. La frustración en el interior de Palestina fue total. Se desmembraron los partidos políticos históricos del pueblo palestino y se fortaleció la posición de Hammas, única fuerza externa a la OLP.

El proceso de Oslo (1993, fase primera) transitó por el mismo derrotero que las negociaciones de Madrid y el doble estándar de Israel hizo que entrara en un callejón sin salida. Luego del asesinato de Isaac Rabín a manos de un extremista israelí, que amparado en el discurso de la extrema derecha sionista que acusaba al Primer Ministro de Israel de traidor por haber aceptado el principio de intercambio de "Territorios por Paz", el proceso de paz, simplemente, se estancó logrando el escenario ideal para la potencia ocupante. Un pueblo palestino desmovilizado y desencantado; una política de expansión y exterminio que goza hasta el día de hoy de complicidad de la comunidad internacional que —aparte de declaraciones simbólicas— no ha hecho nada para detener la ocupación.

En paralelo se desarrolló una estrategia para aniquilar física y políticamente a Arafat y, a pesar de haberse comprometido a detener las construcciones ilegales en territorio palestino y a disminuir los obstáculos a la movilidad de los palestinos en los territorios ocupados, continúan diariamente construyendo asentamientos, llegando al extremo de multiplicar por tres el número de colonos y por cinco la cantidad de puestos de control en los territorios palestinos. Como si fuera poco, construyeron el Muro de Segregación bajo la mirada cómplice de la comunidad internacional que frente a las constantes violaciones de Israel al Derecho Internacional y a los Derechos Humanos, ha respondido con un proceso de normalización de relaciones diplomáticas sin precedentes, premiando al ocupante con tratados de libre comercio y con la firma de convenios de cooperación académica y tecnológica.

El marco en el cual se debate el reconocimiento internacional del Estado Palestino auto-proclamado en 1988 tiene hitos notables: en 2011 al ser admitido por la UNESCO; y en noviembre de 2012 cuando la Asamblea Nacional de la ONU Organización de las Naciones Unidas, reconocía a Palestina como Estado observador en la misma. En 2013, la Autoridad Nacional Palestina pasó a denominarse Estado Palestino.

La lucha continua.





Daniel Jadue Jadue (Santiago de Chile, 28 de junio de 1967). Nieto de inmigrantes palestinos llegados a Chile durante el siglo XX, es Arquitecto, Sociólogo y Magister en Urbanismo por la Universidad de Chile.

Se ha desempeñado en Gestión Local del Desarrollo y en Arquitectura Pública. Ha realizado investigaciones en Calidad de Vida, Género, Delincuencia Juvenil, Empleo y Pobreza. Ha participado con ponencias en seminarios internacionales de Derechos Humanos, Calidad de Vida, Género, Vivienda y Contraloría Social.

Militante del Partido Comunista de Chile, desde el 6 de diciembre de 2012 es Alcalde de Recoleta, Municipalidad de unos 155.000 habitantes de la conurbación del Gran Santiago.

Es Vicepresidente de Comunicaciones y Desarrollo Organizacional de la Federación Palestina de Chile.

Es autor de numerosos artículos y textos.

Tiene varios libros de próxima aparición y en preparación.

inmaterialmedia

